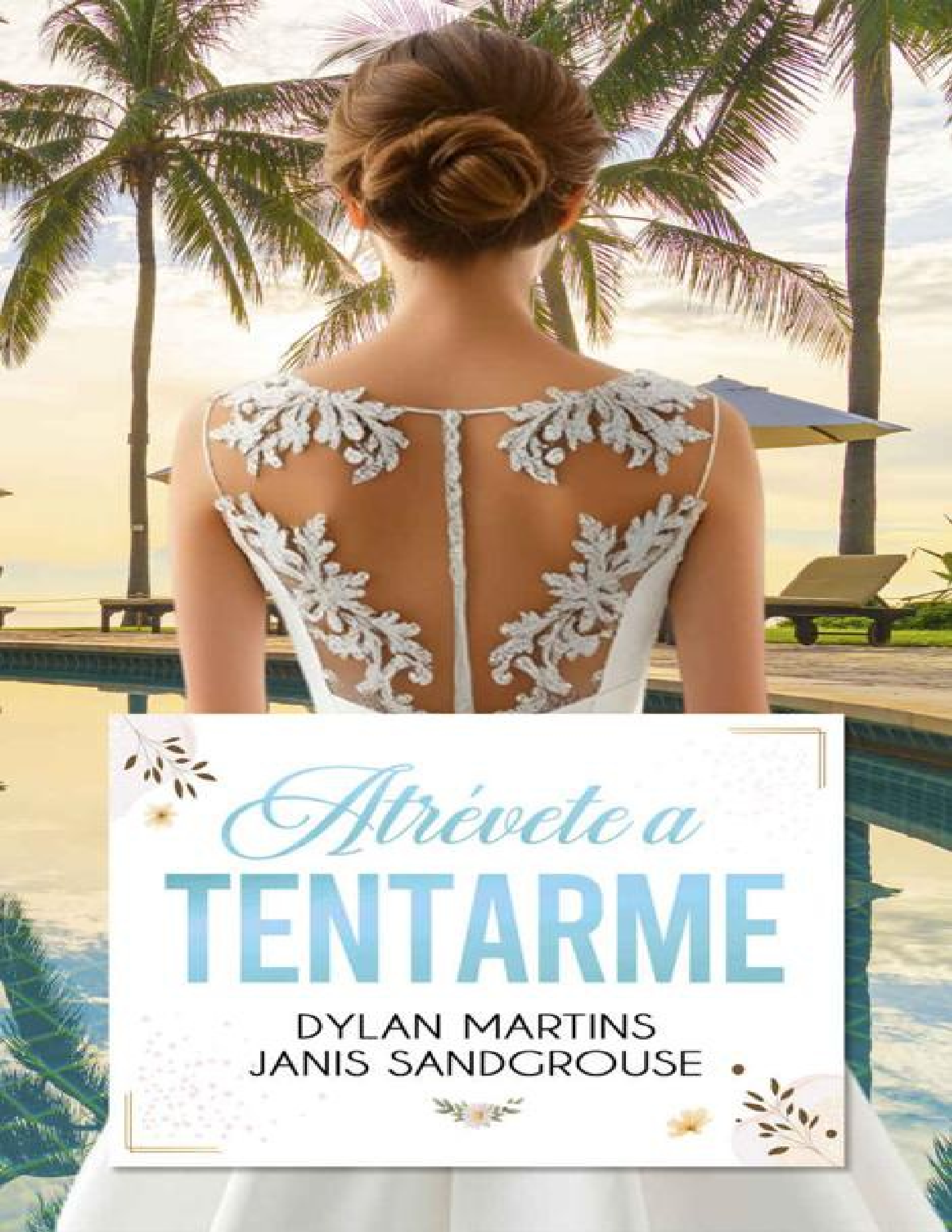




Atrevete a
TENTARME

DYLAN MARTINS
JANIS SANDGROUSE

Atrévete a
TENTARME

DYLAN MARTINS
JANIS SANDGROUSE

Atrévete a
TENTARME

DYLAN MARTINS
JANIS SANDGROUSE

Primera edición.

Atrévete a tentarme.

©Dylan Martins. Janis Sandgrouse

©septiembre, 2024.

©Imágenes por Freepik y AdobeStock

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

Primera edición.

Atrévete a tentarme.

©Dylan Martins. Janis Sandgrouse

©septiembre, 2024.

©Imágenes por Freepik y AdobeStock

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Epílogo](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Epílogo](#)

Capítulo 1



Había momentos en la vida en los que toda persona se paraba unos instantes para echar un vistazo atrás y ver todos aquellos acontecimientos vividos.

Yo lo había hecho dos años atrás, cuando después de diez años de matrimonio, y quince desde que empezáramos nuestra relación de pareja, me di cuenta de que aquel había sido el mayor error de mi vida.

Me casé enamorada, y mucho. Me casé porque él era el hombre perfecto, porque siempre tenía una sonrisa en el rostro, porque no había un solo día que no me dijera cuánto me quería y me hiciera sentir esa persona especial y única para él, porque valoraba lo que veía en mí, me respetaba y no me trataba como si no fuera más que un mero trofeo que lucir colgado de su brazo.

Permitidme empezar por el principio, puesto que toda historia siempre cuenta con uno.

Mi nombre es Victoria, Vicky para mis hermanos y mi mejor amigo, a mis cuarenta años podía decir que estaba en lo más alto de mi profesión, esa con la que soñé desde que era una niña y vi una película donde la protagonista lucía un vestido de novia digno de una princesa.

Sí, hacía más de quince años que me dedicaba al mundo de la moda y más específicamente, a diseñar el vestido soñado de toda futura novia.

Cuando se lo dije a mis padres se quedaron sin palabras, pues él, Antón, siempre pensó que seguiría sus pasos y algún día me pondría al frente del estudio de arquitectura que fundó años atrás, y como le dije, lo mío también era el diseño, pero prefería las telas y los hilos a los edificios y el hormigón.

Ahora, a sus sesenta y cinco años, era el padre orgulloso de una diseñadora de éxito y renombre a escala mundial, algo de lo que no dejaba de presumir siempre que podía.

Mi madre, Lola, también estaba orgullosa de lo que había conseguido con esfuerzo, horas sin dormir, y luchando para hacerme hueco en un mundo en el que nombres mucho más conocidos tenían ya una larga trayectoria.

A sus sesenta y tres años, mi madre era mi mayor fan, además de consejera, pues siempre que me veía dando

forma a un diseño me daba alguna idea que resultaba ser todo un acierto.

Cuando tenía cinco años nació mi hermano Héctor, él sí que era digno sucesor de nuestro padre, y ahora treinta años después de que llegara al mundo, era uno de los arquitectos más conocidos en toda España.

Por no hablar de que era uno de los hombres más sexis, según algunas revistas y programas de televisión, donde no dejaban de preguntarse cuándo dejaría de ser ese soltero de oro que toda madre deseaba para sus hijas.

No era para menos, pues mi hermano era un hombre muy atractivo, una mezcla genética perfecta de ambos progenitores. Alto y rubio como nuestro padre, muy parecido físicamente, y con los ojos azules de nuestra madre. Mi madre decía que era el Robert Redford español.

Yo había heredado todo de nuestra madre, desde el metro sesenta de altura, pasando por su bonita melena castaña, a esos ojos azules que tenía también mi hermano.

Quienes nos veían solían decir que, si no fuera por los veintitrés años de diferencia, podríamos pasar por mellizas.

Y luego estaba Abigail, la pequeña de la casa que llegó cuando nadie la esperaba, una sorpresa para todos, pero que fue bien recibida, convirtiéndose en algo así como una hija para mí, pues a pesar de que con mi madre siempre tuvo mucha confianza, al igual que yo, muchas de las cosas que quería saber me las consultaba a mí.

Ella se parecía mucho a mi madre y a mí, pero había heredado el color rubio del cabello y los ojos marrones de nuestro padre.

Su pasión por los animales desde bien pequeña, y que todos parecían sentir esa vibra que les transmitía, la llevó a estudiar veterinaria y trabajaba en una clínica desde hacía algunos años.

Siempre decíamos que parecía que fue ayer cuando teníamos a esa pequeña muñequita en brazos, y ya habían pasado veinticinco años desde que nació.

Volviendo a mi matrimonio, Héctor fue el primero en decirme que aquello que iba a hacer era un error, y eso que era el menor de nosotros dos.

Ahora, mirando hacia el momento de dar el sí al que se convirtió en mi marido, admitía que no debía haberlo hecho. Pero como solía decirse, lo hecho, hecho estaba y no podía dar marcha atrás.

Conocí a Miguel cuando tenía veintitrés años y él veintiséis. Era un joven interesante y de lo más educado, con una mirada y una sonrisa dignas de un actor de cine. Pero no fue por eso por lo que me llamó la atención, sino por el modo en el que se comportaba, como todo un caballero mostrando respeto a los demás.

A pesar de que hacía ya diecisiete años de aquello, aún recordaba esa noche como si fuera ayer.

Estaba acompañando a una de mis profesoras de diseño y confección a una fiesta que daba una amiga suya en un hotel, había empresarios, diseñadores, banqueros, gente de un alto poder adquisitivo, y entre todos ellos me encontraba yo, la hija de un arquitecto de renombre, sí, pero no quería que se me conociera por eso, sino por labrarme mi propio futuro.

Cuando vi a Miguel, mi profesora me dijo que era inversor, que siempre andaba en busca de un negocio o cualquier otra cosa en la que poder invertir, y que a sus veintiséis años era uno de los jóvenes soltero más rico de Madrid.

No, no me llamó la atención su dinero, pues como decía en mi familia de eso no faltaba. Lo que hizo que me fijara en él aquella noche, fue el modo en el que hacía sonreír a una mujer de unos noventa años a quien un chico joven, llevaba sentada en silla de ruedas.

Aquella mujer resultó ser una de las diseñadoras de joyas más importantes de Europa, que veía cómo su vida se agotaba a cada año que pasaba. Porque sí, a todos se nos agotará la vida en algún momento.

Miguel miró en mi dirección como si hubiera notado mis ojos sobre él, aparté la mirada tan rápida y disimuladamente como pude y me centré en mi profesora.

Tiempo después él se acercó a mí, sonriendo y saludando con esa galantería que le caracterizaba.

Las horas se nos pasaron hablando de su vida y de mis sueños, esos en los que siempre había creído y estaba segura que conseguiría. Me invitó a cenar una semana después y desde ese momento, no nos separamos.

Nunca supe ni le pregunté qué vio en mí, no cuestioné que me amara ni una sola vez desde que empezó nuestra relación, hasta que me di cuenta, tiempo después, que todo aquello que en principio habíamos tenido en común, no eran más que ilusiones.

Tenía veintiocho años cuando me casé, contaba con un pequeño estudio de diseño donde muchas novias venían a hacer realidad el vestido de sus sueños, y poco a poco fui adquiriendo mayor visibilidad, algo que me hizo sentir plétórica de felicidad.

Pero el tiempo pasaba, Miguel siempre decía que éramos jóvenes para tener hijos y su frase favorita era: “dentro de un par de años, princesa”.

No es que yo tuviera prisa por ser madre, de verdad, pero me habría gustado tener una pequeña Vicky correteando por mi oficina, jugando con las telas y creando esos vestidos de princesa que toda niña alguna vez había querido tener.

Tardé en darme cuenta del error que mi hermano, incluso mi padre, vieron antes que yo, y ese fue permitir a mi

marido convertirse en socio de mi empresa, de modo que los beneficios eran para ambos.

Pero eso no fue todo, puesto que cuando le dije que quería divorciarme, fue porque descubrí que ya tenía un hijo con otra persona, que cuando nos conocimos hacía un año que había nacido ese niño y que al ser la madre una mujer de pocos recursos, sus padres no la aceptaban.

Si me lo hubiera dicho habría entendido todo, que no quisiera tener hijos conmigo porque ya tenía un heredero para su legado, como dijo su padre antes de morir, y fue ahí cuando me enteré y decidí pedirle el divorcio, pero ese hombre se negaba a dármele.

a Me repetía una y otra vez que el nombre que tenía como diseñadora lo había conseguido gracias a él y sus contactos, gracias a que las esposas de muchos de sus clientes me habían encargado los vestidos de novia de sus hijas e incluso me recomendaron a sus amistades.

Jamás creí que mi marido pudiera llegar a ser tan cruel de hacerme sentir que no valía nada, que lo que había conseguido era por él y nada más, cuando antes de casarme ya me conocían, aunque fuera poco.

Al morir sus padres, vio la oportunidad perfecta para estar con esa mujer a la que realmente amaba, y aunque no firmaba el divorcio porque seguía insistiendo en que de mi empresa él debía obtener esos beneficios, nos separamos y seguía haciendo su vida normal al lado de aquella mujer con la que tenía un hijo de dieciocho años y una hija de siete que nació ya estando casado conmigo.

Sin duda me había dejado embaucar por la buena cara que le ponía a todo el mundo, y llevaba dos años detrás de un divorcio que parecía no querer llegar.

Estaba dando un sorbo a mi café mientras dibujaba unos trazos rápidos en el papel, a veces me pasaba que me levantaba con una idea en mente, un diseño de vestido que me pedía a gritos ser confeccionado, y mi mano parecía volar sobre el papel línea tras línea.

Era sábado, y a pesar de que apenas había terminado de salir del sol, ahí estaba yo, sentada en mi piso de dos dormitorios, frente al balcón que tenía en el salón, escuchando los coches que se disponían a empezar el día en Madrid.

Para cuando acabé de plasmar aquel diseño en mi libro de bocetos, me había tomado tres cafés y eran las diez de la mañana, momento en el que decidí prepararme una tostada.

, Encendí el televisor dejando las noticias de fondo, y en ese instante hablaron de mi hermano Héctor.

La noche anterior se celebró la inauguración de un nuevo hotel en Valencia que él había diseñado como arquitecto, y todos volvían a alabar su trabajo.

Cogí el móvil y lo llamé, como la hermana mayor orgullosa que era.

—Buenos días, Vicky —saludó.

—Buenos días, señor importante —sonreí.

—Importante, dice —resopló—. Solo soy el que ha hecho el diseño de arquitectura, nada más.

—Claro, y yo solo diseño los vestidos que llevan algunas de las actrices más importantes del mundo, pero mi nombre está en sus bodas —volteé los ojos.

—Vale, tienes razón. Lo siento, es que anoche no fue una gran noche, la verdad.

—No me lo digas, ¿otra vez ella? —me senté y di un bocado a mi tostada.

—Siempre es ella, Vicky —suspiró.

—¿Qué ha pasado ahora?

—Que se acabó.

—Eso dijiste hace seis meses, y no tardasteis ni dos días en volver.

—Esta vez no, hermana, esta vez es definitiva. Se va.

—¿De tu casa?

—De mi vida, de Madrid, de España básicamente.

—¿Dónde se va? —Fruncí el ceño.

—A Inglaterra.

—¿Qué se le ha perdido a Gabriela en Inglaterra?

Gabriela era algo así como una casi novia para mi hermano, pero no era nada oficial. Ella era periodista deportiva y llevaban teniendo una relación esporádica sin ataduras desde hacía tres años, cuando se conocieron en la inauguración de un centro deportivo que mi hermano había diseñado.

Ella siempre quiso más, pero mi hermano no estaba preparado, aunque yo sabía que algo sentía por esa mujer puesto que tres años, aunque fuera a ratos, era mucho tiempo para un par de follamigos, como él decía.

—Le han ofrecido un trabajo allí, y se va. Dice que no quiere esperar más, que se ha cansado de que no me decida a llevar lo nuestro a algo serio.

—A ver, Héctor, es que después de tres años...

—Ella sabía desde el principio lo que había, Vicky —me cortó—. Le dije que el amor no era lo mío y que aún no quería una familia. Joder, creo que fui claro con mis palabras.

—Sí, pero ella se ha enamorado de ti, hermanito.

—Yo no estoy enamorado, y lo sabes. Me gusta, le tengo cariño y conectamos, nada más.

—Tres años, Héctor, son muchos años para un, nada más.

—Y también ha habido otras personas, ella ha estado con otros y yo con otras, no nos olvidemos de eso.

—No voy a discutir contigo, solo llamaba para decirte que todos estamos orgullosos del arquitecto en el que te has convertido —sonreí.

—¿Has tenido noticias de Voldemort?

—No lo llames así —resoplé.

—Perdón, ¿has tenido noticias del parásito innombrable?

—Joder, Héctor —reí—. Que yo también lo tengo ya entre ceja y ceja, pero no le llamo así.

—¿Cómo le llamaba Izan? —preguntó, refiriéndose a mi mejor amigo— Ah, sí, sabandija infecta y ponzoñosa.

—Madre mía —me pasé la mano por la frente.

—¿Firma el divorcio o no? Porque al final voy a ir con todo un arsenal de abogados.

—No lo ha firmado, no —suspiré, al recordar la conversación que había tenido con mi ex, dos días atrás.

—Se le acaba el plazo que le di, te juro que como no firme antes de que llegue octubre, y estamos en junio, te juro que no respondo. Sigue sacándote el dinero, Vicky, y no es justo. Ese capullo sabía bien lo que hacía cuando te pidió que le firmaras para ser tu socio.

—Lo sé, y no imaginas cuánto me arrepiento de eso.

—Ya sabes lo que dicen, hermanita, de los errores se aprende.

—Ajá, y yo tengo clara dos cosas —suspiré—. No vuelvo a casarme en la vida, y no me asocio con una pareja.

—Tampoco digas eso de que: de esta agua no beberé, hermana, porque igual un día aparece el hombre que haga latir tu corazón con fuerza y te entra sed.

—Tú qué eres, ¿arquitecto o adivino? —Arqueeé la ceja a pesar de que no podía verme.

—¿Yo? Tu hermano mediano y consejero particular, aunque a veces no me hagas caso, pero bueno, te quiero igual.

—Yo también te quiero. Y te digo una cosa, igual que a mí puede llegarme ese hombre que me trastoque de pies a cabeza, a ti, puede llegarte esa mujer que te haga querer sentar la cabeza.

—Lo dudo, pero vale, aceptamos barco como animal acuático.

s

—No puedo contigo, Héctor —reí.

Tras unos minutos más de charla de hermanos, en ocasiones sin sentido alguno, pero que nos sacaba más de una carcajada, nos despedimos quedando en vernos el lunes para comer.

Terminé mi tostada y me dispuse a pasar esa mañana de sábado limpiando, ordenando y esperando que llegara la noche para salir a disfrutar.

,

—Ya sabes lo que dicen, hermanita, de los errores se aprende.

—Ajá, y yo tengo clara dos cosas —suspiré—. No vuelvo a casarme en la vida, y no me asocio con una pareja.

—Tampoco digas eso de que: de esta agua no beberé, hermana, porque igual un día aparece el hombre que haga latir tu corazón con fuerza y te entra sed.

—Tú qué eres, ¿arquitecto o adivino? —Arqueé la ceja a pesar de que no podía verme.

—¿Yo? Tu hermano mediano y consejero particular, aunque a veces no me hagas caso, pero bueno, te quiero igual.

—Yo también te quiero. Y te digo una cosa, igual que a mí puede llegarme ese hombre que me trastoque de pies a cabeza, a ti, puede llegarte esa mujer que te haga querer sentar la cabeza.

—Lo dudo, pero vale, aceptamos barco como animal acuático.

—No puedo contigo, Héctor —reí.

Tras unos minutos más de charla de hermanos, en ocasiones sin sentido alguno, pero que nos sacaba más de una carcajada, nos despedimos quedando en vernos el lunes para comer.

Terminé mi tostada y me dispuse a pasar esa mañana de sábado limpiando, ordenando y esperando que llegara la noche para salir a disfrutar.

Capítulo 2



A las nueve estaba entrando en el bar donde Izan, mi mejor amigo desde que tenía ocho años, y yo, compartíamos unas cervezas y unas tapas antes de ir a tomar una copa y disfrutar de nuestras noches de sábado.

Izan era dos años mayor que yo, y nos conocimos durante el recreo del primer día de colegio cuando yo tenía ocho años y él diez. Uno de los niños de mi clase tenía la insana costumbre de meterse conmigo solo porque me quedaba sentada en la escalera dibujando mientras me comía el sándwich que me preparaba mi madre, y esa mañana le dio una patada a mi estuche de colores de modo que todos cayeron escalera abajo.

Izan que pasaba por allí lo vio y no dudó en coger al chico por el cuello de su camiseta y obligarlo a pedirme perdón, algo que me sorprendió que aquel niño hiciera, ya que en su naturaleza estaba ser un capullo, y no un chiquillo amable.

Después de que se fueran, Izan me ayudó a recoger mis colores y se sentó a mi lado para ver qué estaba dibujando, le gustó la colección de bocetos que tenía en mi libro y dijo que se me daba muy bien, que algún día sería una artista.

A pesar de que estaba dos cursos por delante de mí, cada mañana en el recreo lo encontraba esperándome en las escaleras y se quedaba conmigo, incluso compartíamos nuestros desayunos.

Con el tiempo nos volvimos mejores amigos, siempre nos veían juntos, incluso en el instituto fuimos inseparables y cuando Izan cumplió diecisiete años me confesó que le gustaban los chicos, yo sonreí y me limité a abrazarlo, pues algo sospechaba, dado que en el instituto miraba mucho a un chico que jugaba al fútbol.

Él fue el primero en ver mis diseños de vestidos de novia, y quien me animó a seguir ese sueño. Lo que más ilusión me hizo fue saber que él también quería estudiar diseño, y se convirtió en mi socio cuando decidí abrir mi empresa.

Lo encontré tomando una cerveza en la barra, tan guapo como siempre con esos pantalones vaqueros, un polo y las deportivas, el cabello negro alborotado y sus bonitos ojos verdes.

—Aquí está la mujer de mi vida —dijo al verme y acogiéndome entre sus brazos para darme un beso en la frente.

—Y tu madre, ¿qué? —sonreí.

—Que no me escuche, que me deja sin herencia —murmuró y me eché a reír.

Pero razón no le faltaba, los padres de Izan no aceptaban que su único hijo fuese gay y le dieron la espalda, por lo que los míos lo tenían como a uno más de nuestra familia.

Fuimos a sentarnos a una de las mesas que se había quedado libre, pedimos unas raciones y un par de cervezas y comenzamos nuestra noche de sábado.

—He visto las noticias, otro gran éxito arquitectónico para tu hermano —sonrió.

o—Sí, se nota que lo lleva en los genes.

—Sois todos una familia de artistas, eso está claro.

—He dibujado un diseño nuevo —dije cuando nos dejaron las cervezas en la mesa.

—¿Tú es que no duermes? —Arqueó la ceja.

—Poco, la verdad —reí.

—Al final te apunto a clases de spinning para que te canses y duermas como un bebé, o te compro un vibrador, que eso también hace que te tiemblen las piernas y acabes agotada.

—Pero, ¿qué dices? No necesito un vibrador.

—Cariño, necesitas sexo del tipo que sea, y un vibrador es una buena manera de empezar. ¿Cuándo fue la última vez que la sabandija infecta y ponzoñosa te hizo quedarte afónica de gritar?

—Madre mía, pues no te has ido lejos —volteé los ojos—. Llevo dos años separada de Miguel.

—Separada, pero no divorciada. No veas cómo le cuesta soltarte, madre mía.

—¿Podemos dejar de hablar de él? Héctor también me lo ha mencionado esta mañana y entre los dos vais a conseguir que me entre mal cuerpo.

—Vale, nos olvidamos de él, pero al final veo que tengo que partirle la cara para que firme el divorcio. ¿A qué cojones está esperando? Se supone que ya puede casarse con la otra, ¿no? Ser una familia feliz y esas mierdas.

—No lo sé, pero si no firma antes de octubre, Héctor se le va a echar encima.

—Octubre, es que me parece muy fuerte. Ya tendría que haber firmado, que lleváis así dos años.

Suspiré, e Izan dio por zanjado el tema de mi ex, cosa que agradecí. Cuando nos trajeron las tapas que habíamos pedido me preguntó cómo iba el diseño del vestido de la hija del embajador de Italia, pues se casaba en seis meses y aunque ya estaba confeccionado, la futura novia no dejaba de pedir que añadiéramos detalles en el vestido.

—Es la primera vez en mi vida que estoy a punto de decirle que se busque otra diseñadora. Me va a volver loca. Ahora quiere añadir una cadenita de cristales al borde del escote, yo es que no sé dónde ve todo eso que quiere poner en el vestido.

—A saber —se encogió de hombros—. Por cierto, esta mañana me ha llamado Beatriz, el próximo sábado van a darle una fiesta de cumpleaños a Ricardo, estamos invitados —dijo mientras cogía una patata—. Cuarenta y cinco ya, y parece que fue ayer cuando le conocimos.

—¿Te recuerdo que tú estás a un paso de esa edad? —Arqué la ceja.

—No hace falta, lo sé, pero yo, como *Benjamin Button*, voy cumpliendo años hacia atrás. O sea, ahora tengo veinticuatro, o así —volteó los ojos.

—Tú lo que tienes es un morro... —reí.

Beatriz era una de las chicas con las que estudié diseño y confección, conoció a Ricardo en la cafetería cerca de donde estudiábamos y se casaron un par de años antes que yo, tenían dos hijos de diez y siete años, y estaban igual de felices que el primer día.

No perdimos nunca el contacto, y siempre que podíamos nos veíamos con ella para tomar algo y aprovechar para ponernos al día. Eso sí, tanto su cumpleaños como el de Ricardo y el de los niños, no nos los perdíamos.

—¿Qué le vamos a regalar este año? —pregunté mientras cogía una croqueta.

—Repasemos qué le hemos regalado hasta ahora —dijo rascándose la barbilla—. Corbatas, una pluma estilográfica, perfume, más corbatas... No sé, pregúntale a Beatriz que podemos cogerle.

—Otra pluma, Ricardo es notario y ya sabes que esos firman mucho.

—Cierto, a ver si algún día te firma el divorcio con esa que le regalemos.

—Madre mía, otra vez —resoplé.

No tenía remedio, pero él y mi hermano eran los que más veces me habían dicho que debía pensarme bien lo de la boda, ambos se preocupaban por mí y ahora me daba cuenta de que había errores que se pagaban durante toda la vida.

Después de la cena fuimos a uno de los locales de copas más de moda en los últimos años para tomar una copa y dejarnos llevar por la música.

Nada más entrar nos saludó la dueña, una preciosa y encantadora pelirroja que cuando me reconoció la primera vez que pisamos el local, me pidió que diseñara el vestido de novia de su prima, pues le hacía mucha ilusión llevar uno de mis diseños en su gran día.

—Buenas noches chicos —sonrió—, ¿lo de siempre?

—Sí, preciosa, un par de gin tonics —contestó Izan.

—Marchando.

Anaís fue a prepararlos y mientras esperábamos, Izan me cogió por la cintura como siempre para bailar conmigo. Me eché a reír mientras me cantaba, pues el muy jodido tenía una capacidad increíble para imitar el tono de voz de muchos de los cantantes latinos del momento.

En cuanto tuvimos nuestras copas dimos un sorbo y charlamos con Anaís, que siempre estaba ahí al pie del cañón como ella decía detrás de la barra.

No hacía ni veinte minutos que habíamos llegado y empezó a sonar la canción “*Amigos*”, de Pablo Alborán y María Becerra.

Ese para Izan y para mí era el tema estrella, ese con el que nos sentíamos identificados porque nadie conocía al otro como nosotros mismos, que más que amigos parecíamos gemelos.

“Siempre logras que vuelva otra vez la fiesta, y que el mundo frene su velocidad...”

Nos movíamos al son de la música y nos dejábamos llevar por lo que mi hermana Abigail decía que era como una especie de himno para nosotros.

Muchos al vernos pensaban que éramos pareja, pero nada más lejos de la realidad. Que nos queríamos era algo que nadie podría cuestionar nunca, como tampoco que nos éramos leales el uno al otro.

Pero nada más.

—*Puedo ver la vida en color* —cantó él y así se pasó el resto de la canción, haciéndome reír y que muchos de los

que nos rodeaban no dejaran de mirarnos.

Cuando acabamos, se disculpó para ir a saludar a un conocido y me quedé en la barra tomando mi copa. En ello estaba cuando se acercó un hombre con unos bonitos ojos marrones y sonrisa de anuncio.

—¿Puedo invitarte a una copa? —preguntó y lo miré por encima del hombro.

—Ya tengo una —sonreí educadamente.

r

—Pues, a otra —me devolvió la sonrisa.

—Te ahorro la charla preliminar para querer ligar conmigo —dije mientras me giraba en el taburete donde estaba sentada, cruzada de piernas de modo que la falda del vestido quedaba ligeramente subida a la altura de mis muslos, justo donde fueron sus ojos—. Estoy separada, mi marido no quiere firmar el divorcio, y te aseguro que no busco nada, ni un rollo, ni una noche de sexo, nada.

—Sí que te ha debido hacer daño ese capullo, sí —hizo un leve gesto con la cabeza.

—Más del que pensé, sinceramente —suspiré volviendo a mi posición anterior.

—Lo siento, hay hombres que no merecen ser llamados así.

,

—¿Es tu forma de ligar? —Arqué la ceja.

—No —sonrió—. Pero tengo una hermana en proceso de divorcio de un capullo que no la merece.

—Por tu hermana —levanté mi copa—, que se ha librado de un gilipollas.

—Totalmente de acuerdo —levantó la suya.

Nos quedamos en silencio y vi por el rabillo del ojo que seguía allí apoyado en la barra.

—Izan me ha pedido que te invitara —comentó de pronto.

—¿Qué? —Lo miré con los ojos muy abiertos.

—Es amigo de mi primo —señaló hacia donde estaba, y mi mejor amigo miraba disimuladamente al techo, el muro, el cabrito.

—Yo lo mato —resoplé.

—No lo hagas, que eres muy joven para ir presa.

—Pues también es verdad —le di un sorbo.

—Suerte con el divorcio, espero que salga bien —dijo a modo de despedida.

Suspiré sin poder creer que mi amigo acabara de enviar a alguien a ligar conmigo, es que se le iba la cabeza de una manera alucinante.

Noté que mi móvil vibraba en el bolso, lo saqué y vi que era Abigail quien me llamaba. Eran casi las doce de la noche y aquello era extraño, tal vez le había pasado algo.

—¿Abi? Espera, cariño, que salgo fuera —dije al descolgar, y fui hacia la puerta para salir a la calle—. ¿Pasa algo? ¿Estás bien? —hasta donde yo sabía, iba a cenar con su novio.

—Vicky, ¡¡me caso!! —gritó de tal modo que pensé que me rompía el tímpano.

—¿Qué? ¡Ay, cariño, felicidades! —contesté emocionada, porque sabía lo mucho que mi hermana pequeña quería a su chico, y era mutuo.

—No me lo creo, tata —estaba empezando a llorar—. No me lo creo todavía.

—Yo sí que no me lo creo, cariño. Pero me alegro mucho por vosotros. ¿Se lo has contado a los papás?

—No, eres la primera en saberlo. Es que no podía esperar a mañana —seguía llorando, y noté que a mí se me escapaba alguna que otra lagrimilla.

—Ay, mi niña, muchas felicidades, de verdad.

—Gracias —sollozó—. Estoy feliz, de verdad, pero no me lo creo.

—¿Tienes anillo en el dedo? —pregunté, aunque era obvio que sí, mi cuñado no haría una petición de ese calibre sin un anillo de por medio.

—Sí, y es precioso, Vicky.

y —Entonces créetelo, porque esa es la prueba de que ya eres una mujer comprometida —sonreí.

—Sabes quién va a diseñar mi vestido, ¿verdad?

—Ajá, sí, ese diseñador francés que tanto te gusta...

—¡Uy, lo que ha dicho! —gritó— Si no llevo un vestido de novia diseñado por mi hermana, te juro que no me caso.

—Ya será para menos —sonreí.

—Mañana nos vemos, ¿sí? Samuel quiere que os invitemos a todos a comer para contároslo.

—¿No sabe que me has llamado?

—No, así que por favor mañana hazte la sorprendida —rio.

—Descuida, lo haré.

—Dile a Izan que venga, ya sabes que es como otro hermano más.

—Muy bien, cariño, dime dónde y a qué hora, y vamos.

—Genial, te mando un mensaje más tarde. Te quiero, Vicky.

—Y yo a ti, mi niña. Vas a ser la novia más bonita del mundo.

Me despedí de mi hermana y regresé adentro, donde encontré a Izan esperando en la barra.

—Mi hermana y Samuel nos invitan a comer mañana —dije sentándome a su lado.

—¿A mí también?

—No me seas capullo y te hagas el sorprendido, que sabes que mi hermana te adora como a un hermano más. Se van a casar —sonreí—, ese es el motivo de la comida.

—¡No me jodas! ¿Se nos casa la niña? Dios, ahora sí que me siento un viejo —se pasó la mano por el pelo y me eché a reír.

—Mira que eres exagerado, hijo.

—Vicky, que se nos casa la niña, que se nos ha hecho mayor así —chascó los dedos—, en un suspiro. Por el amor de Dios, que hace nada la estábamos llevando al parque y pensaban que era nuestra hija. Y ahora se casa, increíble.

—Es lo que tienen los niños, Izan, que crecen —volví a reír.

—Bueno, ya solo falta que casemos a Héctor.

—Me da a mí que el arquitecto seguirá siendo el soltero de oro, unos cuantos años más —sonreí.

—Diseñaremos nosotros el vestido de novia, ¿no?

—¿Lo dudabas? —Arqueé la ceja.

—No, pero por si acaso...

El móvil vibró de nuevo y vi que era mi hermana, acababa de enviarme un mensaje para decirme a qué hora y dónde nos veíamos al día siguiente para comer, ella se encargaría de avisar a nuestros padres y a Héctor.

Sonreí de nuevo al pensar en mi hermana pequeña, esa que como decía Izan había creído demasiado rápido.

Hacía veinticinco años que la cogí en brazos por primera vez, que me miró y me regaló una preciosa sonrisa, ya era una mujer y ahora estaba prometida.

Sí, el tiempo había pasado demasiado rápido y mi niña, mi dulce hermanita, pronto luciría como una princesa con vestido de novia.

—Bueno, ya solo falta que casemos a Héctor.

—Me da a mí que el arquitecto seguirá siendo el soltero de oro, unos cuantos años más —sonreí.

—Diseñaremos nosotros el vestido de novia, ¿no?

—¿Lo dudabas? —Arqueé la ceja.

—No, pero por si acaso...

El móvil vibró de nuevo y vi que era mi hermana, acababa de enviarme un mensaje para decirme a qué hora y dónde nos veíamos al día siguiente para comer, ella se encargaría de avisar a nuestros padres y a Héctor.

Sonreí de nuevo al pensar en mi hermana pequeña, esa que como decía Izan había creído demasiado rápido.

Hacía veinticinco años que la cogí en brazos por primera vez, que me miró y me regaló una preciosa sonrisa, ya era una mujer y ahora estaba prometida.

Sí, el tiempo había pasado demasiado rápido y mi niña, mi dulce hermanita, pronto luciría como una princesa con vestido de novia.

Capítulo 3



Vi a Izan llegando al mismo tiempo que yo al restaurante donde nos había citado mi hermana. Al bajar del coche verme sonrió mientras se acercaba con los brazos extendidos.

—No puedo creer que se nos case la niña —dijo abrazándome.

—Y yo no puedo creer que no tengas cara de zombi. Por Dios, nos fuimos a casa a las tres de la mañana, he dormido poco y he tenido que usar maquillaje como si fuera una puerta.

—Mira que te gusta exagerar, hija mía, con lo guapísima que estás. Siempre te he dicho que el rosa palo te sienta bien.

—Por cierto, cuando den la noticia hazte el sorprendido, que fui la primera en enterarse, ¿vale?

—A sus órdenes, jefa —contestó llevando la mano a su sien a modo de saludo militar.

—Jefa dice —volteé los ojos—. Eres mi socio.

Entramos en el restaurante y vi a mi hermano en la barra tomando una cerveza, él sonrió en cuanto vio que nos acercábamos.

—Hola —saludé y le di un par de besos.

—Hola, hermana. Izan —le estrechó la mano.

—El arquitecto más famoso de Madrid —dijo mi amigo, con una sonrisa.

—No es para tanto —negó Héctor—. Oye, ¿tú sabes por qué nos han invitado a comer? —me preguntó.

—Ni idea —mentí encogiéndome de hombros.

—A ver si es que ha roto con Samuel.

—No creo, Héctor, vendrán los dos.

—Bueno, yo por si acaso, estaré preparado para consolarla, como hice contigo.

—¿Consolarme? —Elevé ambas cejas— Creo recordar que cuando te dije que me separaba de Miguel y le había pedido el divorcio, dijiste algo así como... —pensé unos segundos mientras carraspeaba para imitar un poco su voz— *“Ya era hora que dejaras a ese gilipollas, y lo echaras de la empresa”*.

—De la empresa no se ha ido —comentó Izan—. Ese capullo está ahí bien agarrado a ella como una garrapata.
y

—Lo que es —dijo mi hermano—. Pero antes de que se dé cuenta habrá firmado los papeles, así tenga que contratar un matón para que le dé un susto y le rompa todos los dedos, o hacerlo yo mismo.

—A ver, Rocky, un poquito de cabeza que no eres ningún capo de la mafia —protesté.

—Mejor nos iría si lo fuera, ese imbécil no te habría toreado de ese modo. Es que cada vez que pienso que te utilizó estos años, me hierve la sangre.

—Bueno, vale ya, ¿no? La cagué, sí, y bastante me machaco cada día, no necesito que lo hagas tú también.

—Ahí vienen tus padres —murmuró Izan, y así dimos por zanjada la conversación.

—Chicos, hola —mi madre llegó sonriendo y repartió besos y abrazos—. ¿No ha llegado Abigail?

—Hola, mamá. Aún no, pero no tardará —sonreí.

—Hija, tan guapa como siempre —dijo mi padre—. ¿Qué tal el trabajo?

—Genial, tenemos varios encargos.

—Sí, parece que este verano se han puesto de acuerdo todas las parejas de Madrid para casarse —comentó Izan.

—Mejor, así a vosotros no os falta el trabajo —contestó mi madre con una sonrisa—. Estoy orgullosa de todos mis hijos —sonrió.

—¡Hola! —nos giramos al escuchar el grito de mi hermana, que se acercaba casi corriendo con su vestido celeste y sus zapatos de tacón azul marino.

La sonrisa que tenía la delataba, no que fuera diciendo que se casaba, pero sí que estaba feliz por algo en especial.

—Hola, cariño —mi madre fue la primera en abrazarla.

Abigail era la niña de sus ojos, y no, no es que mis padres tuvieran un hijo favorito ni mucho menos porque a los tres nos habían querido siempre por igual, pero ella sin duda era especial para ambos.

La pequeña de la familia llegó tan de sorpresa que ninguno supimos cómo reaccionar, mucho menos mi padre, que fue la primera vez que lo vi sin saber qué decir, callado como una estatua.

Pero al final abrazó a mi madre, que se había puesto a llorar, y le dijo que ese bebé llegaba para darles tantas alegrías como mi hermano y yo.

Y así fue, porque desde el momento en el que entró en la casa de mis padres, todo se llenó de una luz diferente.

Recibí a mi hermana con un abrazo y sentí que suspiraba, señal de que estaba nerviosa, a fin de cuentas, aún era joven para el matrimonio y sabía que le preocupaba la reacción de mis padres, pero la tranquilicé.

—Adoran a Samuel y lo sabes —murmuré—, se van a poner muy felices por vosotros.

—Gracias hermanita —susurró, y noté que se relajaba.

Samuel, ese chico alto, rubio y de ojos azules que la acompañaba, tenía treinta años y conoció a mi hermana hacía tres, cuando ella estaba haciendo unas prácticas de verano en la clínica veterinaria en la que ahora trabajaba.

Él entró allí con un cachorro de Golden que se había encontrado en la calle poco antes, abandonado y casi sin fuerzas por el calor, el hambre y la sed según nos contó ella. La conexión entre ambos sin duda fue instantánea, Samuel dijo que iba a quedarse con el perro, a quien había decidido llamar Trasto, porque resultó ser bastante revoltoso, y estuvo visitando la clínica para las revisiones pertinentes del cachorro y también para verla a ella.

Incluso una tarde la estaba esperando fuera cuando terminaba de trabajar, el cachorro al verla corrió hacia ella y mi hermana terminó de enamorarse de ambos.

Al igual que nuestro padre y nuestro hermano, Samuel era arquitecto, solo que decidió no trabajar para ningún estudio, sino que prefería ir por libre, aunque desde que salía con mi hermana pequeña había colaborado con el estudio familiar en alguna que otra ocasión.

No tenía padres, ambos habían fallecido muchos años atrás, primero ella cuando no era más que un chiquillo de doce años, y después él, cinco años más tarde, por lo que pasó a quedar a cargo del hermano menor de su padre, a que por el momento solo conocía Abigail, dado que no vivía en Madrid.

—Felicidades, cuñado —susurré al abrazar a Samuel, y él dejó salir una leve risita.

—Gracias, Vicky.

—Está feliz —dije al ver a mi hermana.

—Como una niña con anillo nuevo —bromeó haciendo guiño.

e

—Venga, vamos a la mesa, que seguro que ya tienen preparado nuestro asado —comentó Abigail, y fuimos hacia el fondo del restaurante donde nos habían preparado una mesa alargada para los siete.

No hizo falta que pidiéramos nada, puesto que la pareja ya se había encargado de decir que sirvieran vino, así como unos entrantes para picar.

Había tostas de queso y salmón, de queso con cebolla caramelizada, unas pequeñas empañadas de carne que estaban buenísimas, y una bandeja con mariscos.

—Madre mía, qué banquete —dijo mi hermano, al ver aquellos primeros platos en la mesa—. ¿Te han dado un aumento de sueldo o algo y vamos a celebrarlo hermanita?

—No —rio ella.

—Entonces es que te han encargado un proyecto importante, cuñado —miró a Samuel, que sonrió de medio lado.

l

—Hay algo importante por ahí, pero de momento no ha salido —contestó Samuel.

—Pues no es su cumpleaños, que sé perfectamente cuándo parí a mis hijos —dijo mi madre.

—Sí, sí, entre dolores terribles y con mi mano como si fuera una de esas pelotas antiestrés —mi padre volteó los ojos.

Miré a mi hermana, le hice un leve gesto y ella se mordió el labio, señal de que estaba nerviosa, gesto que, como a toda madre, a la nuestra no le pasó desapercibido.

—Cariño, ¿qué pasa? No te muerdes el labio a no ser que estés nerviosa.

—Es que estoy un poquito nerviosa, mamá.

—¿Estás bien, hija? ¿Es algo de salud? ¿Samuel? —Mi padre miró preocupado a mi cuñado, y este sonrió al tiempo que cogía la mano de mi hermana y la colocaba sobre la mesa, pero sin que se viera el anillo.

l

—Hay algo que queremos contaros —respondió mi cuñado sonriendo, al ver a mi hermana—. Sabéis que quiero a Abigail, que desde el primer momento que la vi supe que era ella, a pesar de que aún era tan joven. Si hay algo que recuerdo de mi padre, es cuando me dijo que sabría perfectamente cuándo había llegado la mujer de mi vida,

lo que sentiría, y lo sentí con ella. Sé que no habrá ninguna otra que me haga sentir así, ni a la que ame tanto, y por eso...

—Ay, Antón —mi madre se llevó las manos al pecho, yo sonreí pues ella se olía algo.

—Anoche le pedí que se case conmigo —terminó de decir Samuel, mientras dejaba el anillo a la vista.

—Toma ya, qué pedazo de diamante —dijo Izan—. Niña, esto tiene que pesar como un ladrillo.

—Qué bobo —rio mi hermana.

—Felicidades, hermanita —Héctor se levantó para abrazarla, y le estrechó la mano a Samuel—. Cuñado, me alegro por vosotros.

—Gracias, Héctor.

—Mi hija pequeña ya es toda una mujer —mi padre tenía los ojos vidriosos, pero lo disimulaba perfectamente—. ¿Estás feliz?

—Sí, papá, mucho —respondió con algunas lágrimas en los ojos que nuestro padre se apresuró en retirar.

—Eso me alegra, cariño.

—No me lo puedo creer —mi madre también lloraba—. Mi pequeña, mi princesita se casa —la abrazó—. Ay, cariño, si parece que fue ayer cuando te vi la carita por primera vez.

—Nos hace mayores, mamá —reí.

«—Oh —no dejaba de llorar emocionada, y es que mi madre siempre quiso que cada uno de nosotros encontráramos a la persona adecuada que nos hiciera felices.

Suspiré al recordar que siempre pensé que, para mí, esa persona era Miguel, pero resultó que el príncipe me salió rana.

Después de las felicitaciones y abrazos, nos sentamos de nuevo a comer y la conversación se centró en el futuro enlace. Mi madre quería saber cuándo se casarían, cómo lo harían y demás, y ambos dijeron que sería ese mismo año, en septiembre.

«—¿Dentro de tres meses? —preguntó mi madre— Pero, cariño, igual es un poco pronto, ¿no crees?

—No queremos esperar más tiempo, mamá. Voy a empezar a hacer la mudanza a su casa y a alquilar mi piso. Y

en cuanto a cómo y dónde, pues, vamos a casarnos en Marbella, su tío ha dicho que con todos los gastos —sonrió

—Es su regalo de bodas, pagarlo todo —añadió Samuel.

—Yo pensaba que te casarías en la iglesia que yo me casé, igual que tu hermana.

—En el resort de su tío se encargarán de preparar una boda preciosa, mamá.

—Y no lo dudo, hija, pero... Bueno, es vuestra boda y vuestro día, tenéis que hacerlo a vuestro gusto y no al de los demás —sonrió.

—Mamá, da gracias que al menos se casan, que yo pensé que Samuel se llevaría a la niña a vivir en pecado —comentó mi hermano.

—Con lo modernas que son las parejas hoy en día, tampoco me hubiera extrañado —suspiró.

—Eso sí qué no, Lola —dijo Samuel—. Mis padres me enseñaron que había que hacer las cosas bien, y la casa siempre se empieza por los cimientos.

—Y así es como un yerno se gana a su suegra —comentó Izan.

—Tú calla, niño, a ver si nos das una alegría también, que me parece a mí que te quedas como Héctor, para vestir santos —protestó mi madre.

—Lola, tú sabes que soy más de desvestirlos.

—Ya empezamos con las cochinadas —suspiró—. Lo que tiene que aguantar una madre de cuatro criaturas, válgame Dios.

—Oye, que somos tres, que tú misma has dicho que recuerdas cuándo pariste a tus hijos —Héctor arqueó la ceja.

—Sí, sí, y a él no lo he parido, pero me duele como un hijo.

—Más madre eres tú, que la que me trajo al mundo, para esa ni existo.

—Pero para mí, sí, y por eso quiero verte feliz a ti también. Y una duda que yo tengo, Izan, hijo... A ti, ¿te gustan mayores o más jóvenes?

—¿A mí? Pues lo mismo me da, Lola, mientras se dejen querer y me quieran —se encogió de hombros.

—Antón, hay que buscarle un novio al niño, que ya tiene una edad...

—Vicky, ¿tu madre quiere hacer de Celestina, o es cosa mía? —Entornó los ojos.

—Eso lo he deducido hasta yo, hermano —rio Héctor.

—Ya me veo yo haciendo de Jesús Puente, yendo con la caravana en busca de un novio para ti —comentó mi padre y nos echamos a reír.

Así pasamos aquellas horas de comida en familia, riendo, diciendo cada quién la locura más grande, y viendo el amor que desprendían mi hermana y su recién estrenado prometido.

Les deseaba lo mejor, y que nunca tuvieran que arrepentirse de la decisión que habían tomado para dar ese paso tan importante.

—Vicky, ¿tu madre quiere hacer de Celestina, o es cosa mía? —Entornó los ojos.

—Eso lo he deducido hasta yo, hermano —rio Héctor.

—Ya me veo yo haciendo de Jesús Puente, yendo con la caravana en busca de un novio para ti —comentó mi padre y nos echamos a reír.

Así pasamos aquellas horas de comida en familia, riendo, diciendo cada quién la locura más grande, y viendo el amor que desprendían mi hermana y su recién estrenado prometido.

Les deseaba lo mejor, y que nunca tuvieran que arrepentirse de la decisión que habían tomado para dar ese paso tan importante.

Capítulo 4



Eran las nueve de la mañana cuando estaba entrando en el edificio de mi empresa, como cada lunes.

Saludé a María, nuestra recepcionista, y fui a los ascensores para subir a la primera planta y hablar con Noelia, para ver si finalmente hizo el pedido de telas el viernes por la tarde, y otras cosas que hacían falta.

Tras comprobar con ella que todo estaba en orden y que los pedidos llegarían en esa semana, fui a ver cómo iban los vestidos que se estaban confeccionando.

Todo el mundo trabajaba de manera meticulosa, poniendo el mismo cariño que yo a la hora de diseñar esas prendas. Recordaba cuando empecé y era yo misma quien cosía los vestidos de los pocos encargos que tenía, sobre todo, de conocidas de mis padres que confiaban en mí para hacer el vestido de novia con el que soñaban sus hijas.

Ahora, tantos años después, tenía un gran equipo de trabajo que nunca me defraudaba.

No entré en mi despacho hasta las diez, encendí el portátil y comencé la jornada como de costumbre, revisando los e-mails y comprobando que las futuras novias que debían hacer la prueba de su vestido hubieran confirmado sus citas de las próximas dos semanas.

Estaba contestado el e-mail de un proveedor, cuando mi móvil empezó a sonar y vi que era mi hermana.

—Buenos días, futura señora casada —sonreí.

—Buenos días —rio—. Oye, ¿te pilló bien?

—Claro, dime —me acomodé en el sillón.

—Me ha dicho Samuel que acababa de hablar con su tío, y este le ha dicho que nos invita a todos a pasar unos días en el resort, más que nada es para que mamá se quede tranquila, y vea que no me voy a casar en una comuna hippie, o algo así —suspiró.

—Mamá no piensa eso, cariño, pero ya sabes cómo es. Cuando ella y yo nos casamos, pues, eran otros tiempos. Las novias iban de blanco y en su caso algunas incluso llegaban vírgenes al matrimonio, y ella se imaginaba con la pamea paseando por la iglesia otra vez.

—Ya le dije ayer por teléfono que no se preocupe, que me va a casar un cura, pero fue como si le dijera que me casaba Satanás, que un cura no puede casar fuera de una iglesia.

—Sabes que muchas cosas las dice de broma, tiene sesenta y tres años, pero es muy moderna —sonreí—. Lo que pasa es que siempre se ha imaginado a sus niñas entrando en la iglesia del brazo de papá y con una cola en el vestido como el de una folclórica.

—No, pues, ya te adelanto que yo cola en mi vestido, quiero una cosa discreta, no te vuelvas loca poniendo metro y metros de tela que va a parecer que llevo una alfombra pegada.

—Tranquila, algo sencillo, pero bonito. Ya me dirás cómo quieres que sea el vestido.

—La verdad es que nunca he pensado en cómo lo quería —sonrió—. ¿Sabes? Lo dejo en tus manos para que me sorprendas.

—¿Estás segura? Abi, que el vestido de novia debe ser a tu gusto.

—Por suerte tengo una hermana con un gusto exquisito que, estoy segura, creará una auténtica preciosidad para el día de mi boda. Y tienes tres meses, ya sabes que me caso a finales de septiembre, y mínimo tiene que estar listo dos semanas antes.

s—Así me gusta, trabajar sin presiones —suspiré.

—Bueno, entonces qué, ¿te animas a venir al resort del tío de Samuel? Es un buen momento para que lo conozcáis antes de la boda.

—Sí, porque no sabemos si va a ser un hippie como en esa peli, "*Los padres de él*" —reí.

—Es un hombre muy simpático, y guapo.

—Viendo a tu prometido, imagino que tiene buenos genes.

—El padre de Samuel era un hombre muy guapo por lo que vi en las fotos.

—¿Cuándo nos iríamos?

—Samuel y yo habíamos pensado pasar el mes de julio allí, voy a hablar hoy con Paloma y que me dé las

vacaciones para entonces.

—Sabes que tendré que trabajar mucho en el diseño de tu vestido y que lo empezarán a confeccionar sin que yo esté aquí.

—Ajá, lo sé y no me preocupa, confío en tu equipo, Vicky.

—Vale, pues cuenta conmigo para ir a pasar el mes de julio en el resort. Pero que reserven una habitación para Izan, o pensará que le dejamos tirado como si fuera un sofá viejo —reí.

—Contábamos con él, no te preocupes. Samuel sabe que tengo tres hermanos, no dos. Te mando después un mensaje para confirmarte el día y lo de los vuelos, ¿vale?

—Vale, cariño. Que tengas un buen día.

—Va a ser una mañana emocionante, tenemos una mamá gata en trabajo de parto desde hace un ratito. Ha tenido dos, pero le faltan al menos otros cuatro.

—Oh, familia numerosa entonces.

—Sí —sonrió—. Vicky.

—Dime, cariño.

—Por mucho que Miguel dijera, todos sabemos que habrías sido una madre estupenda, para mí, lo fuiste siempre y lo sigues siendo.

^s—Gracias, mi niña. Te quiero —dije emocionada.

—Y yo. Hablamos, adiós.

—Adiós.

Colgué y durante unos segundos me quedé mirando el marco que reposaba en mi escritorio.

Era una foto de ambas, de Abi y mía, de hacía cinco años. La charla de que habría sido una gran madre siempre sucedía cuando me hablaba de alguna gata o perrita que estaba teniendo a sus cachorros en la clínica, y es que Abi siempre preguntó cuándo tendría una sobrinita a la que malcriar.

Suspiré mientras retomaba mis tareas, y a media mañana fui por un café a la sala de descanso, necesitaba una pequeña dosis de cafeína en ese instante, y es que había pensado en coger mi cuaderno de bocetos y dejar que mi

mente volara imaginando esos primeros trazos del vestido de mi hermana.

En el momento en el que crucé de nuevo la puerta de mi despacho, se evaporó mi tiempo de paz al ver a mi ex allí de pie, frente al ventanal, como si del dueño del mundo se tratase.

Traje gris impecable, manos en los bolsillos del pantalón, y esa pose chulesca que ahora tanto odiaba.

—¿Qué haces aquí, Miguel? —pregunté en tono molesto.

—Hola, amor mío —sonrió al mirarme.

—Déjate de tonterías, que ya no estamos juntos —caminé hacia mi sillón.

—Pero seguimos casados, y así seguiremos, ya lo sabes.

—No, no vamos a seguir casados porque tienes de plazo hasta octubre, Miguel, y demasiado es, ya tendrías que haberme firmado los papeles, llevamos dos años así.

—Es que me encanta estar casado contigo —dijo acercándose para sostener mi barbilla con dos dedos—. ¿Por qué no podemos volver a lo que teníamos?

—¿Porque te acostabas con otra? Yo sería tu esposa en el papel, pero a ella nunca la dejaste.

—También te quise mucho, Victoria —susurró mientras me miraba con esos ojos marrones que hacía tiempo me ponían nerviosa, pero ya no.

—No quiero imaginar si no lo hubieras hecho. ¿A qué has venido?

—No me ha llegado el pago de mis beneficios —contestó apartándose.

—Aún no ha terminado el mes, Miguel, y no me hagas creer que vas mal de dinero porque sé de sobra que no es así. Y si lo fuera, deshazte del deportivo.

—No tengo problema de liquidez, no, de hecho, este verano cerraré un acuerdo de inversión que llevaba meses esperando.

i —Me alegro por ti, que lo disfrutes —dije mirando la pantalla de mi ordenador.

—Sé que no ha terminado el mes, pero me gusta venir a verte y recordarte nuestro acuerdo.

—¿Acuerdo? Imposición, querrás decir.

—Soy inversor de tu negocio, querida, y bien sabes que, si no hubiera sido por mí, no habrías llegado tan lejos.

—Por supuesto que lo habría hecho, pero te interpusiste, dijiste que con tus contactos todo iría bien, y a cambio exiges unos beneficios que no deberías tener, cuentas con un miserable uno por ciento de la empresa, ni siquiera tienes voz ni voto. Izan y yo somos los socios mayoritarios.

—Una pequeñez sin importancia, te conocen porque eres mi esposa, de no ser por los contactos que tenía y el boca a boca de estos con sus conocidos y familiares, los diseños de la gran Vicky no habrían llegado a ser más que polvo.

—Vete de aquí, Miguel, vete y déjame en paz. Firma el divorcio de una buena vez y vive tu vida, cástate con ella y dale el puesto que quiere a tu lado, olvídame de una vez.

—Me voy, sí, pero porque tengo una reunión a la que no debo llegar tarde. No te olvides de hacerme el pago de mis beneficios, amor mío —hizo un guiño.

Lo vi salir del despacho y respiré con cierto alivio, aunque no podría sentirlo por completo hasta que no firmara los papeles.

Dos años dándome largas, evitando a mi abogada e incluso las peticiones de mi hermano para que me dejara libre y tranquila de una vez por todas.

Vivía con la que fuera su novia antes de conocerme y los dos hijos que tuvo con ella, no sabía qué explicación le habría dado a su hijo que tenía dieciocho años para excusar tantos de ausencias, y la verdad que tampoco debería importarme.

Preferí no pensar más en mi ex, cogí el cuaderno de bocetos y miré la fotografía donde salía con mi hermana.

Abigail era luz a todos los efectos, era una chica alegre y llena de vida que bajo ningún concepto se permitía perder la sonrisa.

Admiraba esa parte de ella, el que fuera capaz de poner su mejor cara incluso si había tenido un mal día o lo estaba pasando mal por algo.

A la hora de salir a comer tenía un par de bocetos con los que podría trabajar, mezclando detalles de uno y otro, pero tenía más ideas en mente para el que sería el vestido de novia perfecto para mi hermana pequeña.

Me encontré con Izan en la planta baja y sonrió al verme, siempre comíamos juntos.

—No sé tú, pero a mí el cuerpo me pide una hamburguesa, con bacon, queso, y toda su grasa —dijo cuando llegué a la puerta.

—¿Y eso? Normalmente solo te apetece hamburguesa cuando has visto algo sobre un ex.

—Qué bien me conoces —suspiró—. Sabes que han pasado como seis meses desde que rompimos, pero todavía queda algo.

—Lo sé —sonreí.

e —Pues nada, ya está saliendo con otro. Un modelo más joven que yo.

—Teniendo en cuenta que Travis es diseñador, lo normal es que salga con alguien de su entorno.

/

—Lo sé, cariño, lo sé, pero duele un poquito el ser consciente de que dos años de relación no significaron nada para él.

—Menos le importaron quince a mi ex, así que, no sé de qué te sorprendes —reí—. Ha estado aquí esta mañana.

—¿Quién? ¿Miguel?

—No, el Príncipe de los Cárpatos —volteé los ojos.

—¿Se casa con una de sus novias y buscaba diseñadora para el vestido? Qué nivel tenemos ya, Vicky.

—Qué paciencia tengo contigo, Izan, en serio.

—¿Y qué quería la sabandija?

—Recordarme que a final de mes tengo que darle sus beneficios, como si se me olvidara.

—Desde luego, ese tío no es más gilipollas porque no entrena. ¿Qué ha dicho del divorcio? ¿Va a firmar y está esperando a que se case su hija para que le regales el vestido?

—Va a apurar hasta el final, lo sé —suspiré.

—Con él sí que tienes que tener paciencia, vamos, el cielo ganado tienes. ¿Qué gana él con no firmar?

—¿Te parece poco? No quiere perder ese uno por ciento que tiene en la empresa, ni el dinero que le doy cada mes

5 —Como si a él le faltara, es que no puedo con tu ex, nena —dijo entrando en la cafetería, y nos sentamos en una de las mesas cerca de la puerta.

—Es lo que toca hasta que me libre de él.

—Y qué lejos lo veo, Vicky, qué lejos —suspiró.

—Bueno, vamos a dejar de hablar de mi ex que no quiero que se nos indigeste la comida.

—No, no, yo tampoco, que quiero saborear de cada bocado de mi hamburguesa.

—Buenas, ¿qué os pongo, chicos? —preguntó Rosa, la camarera que nos conocía desde hacía algunos años.

—Para mí una hamburguesa grande con bacon, queso, y patatas —pidió Izan—. Y de beber, una Coca Cola.

—Ok. ¿Y para ti?

—Lo mismo, que al final este hombre me ha dado envidia con eso de la hamburguesa —suspiré.

—Vale —sonrió—. Ahora os traigo las bebidas.

—Gracias —respondimos al unísono.

Eché un vistazo al móvil pues me había llegado una notificación y sonreí al ver que era mi hermana. Me confirmaba el día que salíamos para Marbella y la hora del vuelo, mi hermano también se había apuntado al viaje.

—¿Quién te escribe que tienes esa sonrisa? —curioseó mi mejor amigo y socio.

—Abi.

—Ah, la futura novia. ¿Ya está con los nervios típicos? Mira que aún es pronto.

—No, esta me da a mí que nerviosa se va a poner poco —reí—. Con eso de que de los preparativos no se va a encargar, va a estar súper relajada.

—Pero se pondrá nerviosa con el tema del vestido, vamos digo yo.

—Ni con eso, lo ha dejado todo en mis manos.

¡.—¿Qué me dices? ¿No te ha dicho cómo quiere que sea su vestido?

—No, y tengo ya dos bocetos.

—Así yo también quiero casarme, sin preocuparme de nada, solo de estar presente el día en cuestión, decir que sí, comer, beber, bailar, beber un poco más, y disfrutar de la noche de bodas. Y si no está nerviosa, ¿de qué te reías?

—¿Qué te parece si te digo que nos vamos todo el mes de julio al resort del tío de Samuel en Marbella?

—¿Qué me parece? Pues una maravilla, Vicky, qué me va a parecer. Sol, playa, paseos en barco, descansar en una tumbona con un daiquiri en la mano, eso sí son unas vacaciones, y no las que me hacían pasar mis padres en el pueblo de cabras del abuelo, que me sentía como Pedro el de Heidi —resopló.

—Siempre exagerando —reí—. Abi me ha escrito para confirmarme que nos vamos dentro de dos semanas, el vuelo sale a las diez de la mañana.

—Sobre las dos, entonces, estaremos en el resort.

—Sí.

—Pues a disfrutar de un mes de vacaciones, cariño, que nos lo hemos ganado. De allí volvemos con un bonito bronceado.

—Tenemos que dejar en estas semanas todo bien organizado para que no haya problemas.

—Ok, no te preocupes, ya sabes que podemos confiar en Emilia y Raquel para que se queden al mando, y cualquier cosa nos llaman.

Asentí, pues era cierto, esas dos mujeres llevaban con nosotros desde los inicios de la puesta en marcha de la empresa, y cuando se quedaban al mando de todo era como si nosotros mismos estuviéramos allí.

Nos trajeron la comida y mientras saboreábamos cada bocado de esa grasienta hamburguesa, como decía Izan, hablamos de la boda de nuestra niña, y de que, obviamente, el vestido iba a ser nuestro regalo, junto con todos los complementos necesarios para ese día.

—Sin olvidarnos del picardías y la bata para la noche de bodas —comentó—. Esa noche tiene que hacer que Samuel se quede sin aliento.

—Como si no se hubieran acostado ya en estos tres años de novios —reí.

—Mujer, estarán hartos de tanto frotar, pero la noche de bodas tiene que ser especial y sensual.

—Yo no llevé picardías en mi noche de bodas.

—Es que con el que te casaste, lo que no sé es cómo hicisteis algo —suspiró—. Pero dejemos a la sabandija a un

lado, que me da acidez de estómago.

—Sí, mejor lo dejamos.

Pedimos café y tras tomarlo, regresamos al trabajo, esa tarde tenía una prueba con una de las novias y esperaba a que quedara satisfecha.

lado, que me da acidez de estómago.

—Sí, mejor lo dejamos.

Pedimos café y tras tomarlo, regresamos al trabajo, esa tarde tenía una prueba con una de las novias y esperaba que quedara satisfecha.

Capítulo 5



Esas dos semanas Izan y yo, las habíamos pasado dejando todo organizado en la empresa, adelantamos algunas reuniones con proveedores nuevos que teníamos agendadas para esos primeros días del viaje y, como siempre, dejamos el resto en manos de nuestras chicas de confianza, Emilia y Raquel.

Por la mañana nos habíamos encontrado todos a las ocho en el aeropuerto, incluido Trasto, el perro de Samuel, y mi hermana pequeña repartió los billetes con esa sonrisa tan bonita que tenía, la que se nos contagiaba a todos por igual.

A las diez estábamos empezando a movernos por la pista del aeropuerto a punto de despegar, y cuando al fin el avión cogió altura, me relajé en el asiento y contemplé el paisaje por la ventana.

Compartía fila con mi hermano y con Izan, y mientras ellos hablaban de, a saber, qué. Yo me pasé las horas del viaje escuchando música y durmiendo, sí, la noche anterior no había dormido apenas porque estuve guardando pequeñas muestras de tela para hacer pruebas para el vestido de Abigail. Iba de vacaciones, cierto, pero en los ratos que tuviera libre aprovecharía para hacer bocetos y pruebas.

Tal como comentamos Izan y yo cuando le dije que pasaríamos un mes en el resort del tío de Samuel, a las dos estábamos llegando al lugar, situado en las afueras de Marbella.

Según el taxista que nos llevaba quedaban cinco minutos, y justo en ese momento empezó a sonar mi móvil.

Al ver que mi ex lo ignoré, pero en su segunda llamada no me quedó más remedio que contestar.

—Miguel, ¿qué quieres?

—¿Dónde están mis beneficios, amor mío?

—Deja de llamarme así. Te hice la transferencia a primera hora, ya sabes que hasta mañana no la tendrás en la cuenta.

—¿Por qué no la hiciste ayer? Tenemos un maldito acuerdo, Victoria.

—Porque ayer estuve trabajando, y como comprenderás, hace mucho que dejé de tenerte como una prioridad en mi vida.

Izan y Héctor me miraban al tiempo que resoplaban e incluso se les escapaba algún que otro suspiro, desde luego que no eran fans de mi ex, y yo a esas alturas de mi vida tampoco, para qué mentirnos.

—Me importa una mierda, la próxima vez quiero el dinero en la cuenta el día que tiene que estar, no cuando a ti te dé la gana.

—Se acabó —escuché a mi hermano y vi cómo acercaba el brazo para quitarme el móvil.

—No, Héctor —intenté recuperarlo, pero Izan, que estaba en medio, no me dejó.

—Mira, gilipollas. Deja en paz a Victoria, firma los papeles del divorcio y olvídate de ella. Sal de su vida de una maldita vez y vive la tuya —y colgó para devolverme el móvil—. No sé por qué mierda no lo has bloqueado ya.

—Porque la llama desde otros números —contestó Izan—. Es insistente el chaval.

—Lo que es, es un gilipollas que ya me tiene hasta las narices. Te lo advierto, hermana, o firma el divorcio en octubre, o no sé lo que hago. En serio, es que no sé por qué te casaste con él.

Miré por la ventana y noté que Izan me daba un apretón en la mano, pero no le dediqué ni siquiera una sonrisa como otras veces.

¿Por qué me casé con Miguel? Fácil, porque era un hombre encantador y cariñoso que me hacía reír, que me colmaba de atenciones y halagos, que mostraba amor por mí y estaba ahí para mí, hasta que comprendí que era mentira, que no sentía lo mismo, que parecía haber cambiado cuando en realidad siempre fue así porque no estaba solo conmigo.

¿Cómo fue que no me di cuenta de que, aunque se hubiera casado conmigo, yo siempre fui la amante, en realidad? Pues porque mi ex supo esconder muy bien esa doble vida, hasta que su padre mencionó al heredero de todo cuanto tenía.

Por suerte llegamos a nuestro destino y decidí olvidarme de todo, no pensar en mi ex durante esos días y si me llamaba, no atender sus llamadas ni mensajes, era lo mejor. Pero me conocía, y acabaría haciéndolo.

Bajamos del taxi y sentí que habíamos dejado Marbella lejos para adentrarnos en otra ciudad, pues a pesar de que estaba en la isla, el resort en sí era como una ciudad, dentro de otra ciudad.

Cogimos las maletas y al ver a mi hermana y mis padres con Samuel caminando hacia la entrada, los seguimos.

—Abi, no nos habías dicho que esto era como una ciudad —comentó Izan, que se había fijado en lo mismo que yo.

—La verdad es que sí —sonrió ella—. El tío de Samuel pensó que, aunque los clientes puedan salir para hacer turismo por la isla, aquí podrían encontrar todo lo que necesitasen. Tiene spa, piscinas, zona privada de playa, un centro comercial con tiendas, restaurantes, salones de belleza, una mega discoteca —rio—, campo de golf, pistas de tenis y pádel. Y obvio, cafetería y restaurante donde entra el todo incluido.

—Vicky, esto es como haber ido al Caribe —me dijo Izan, dándome un codazo.

Fuimos hasta la recepción, donde como era normal reconocieron a Samuel de inmediato, y no tardaron en hacernos entrega de las llaves de nuestros alojamientos.

Un par de empleados se acercaron con sus carros portamaletas para acompañarnos, les seguimos mientras contemplábamos lo que nos rodeaba y debía admitir que allí iba a pasar el mejor mes de vacaciones de mi vida.

El exterior era precioso, con palmeras a ambos lados del sendero que había desde el edificio de recepción y que formaba otros caminos con vallas de madera y decorados con pequeñas piedras en las jardineras, así como flores de lo más exóticas y coloridas con algo de césped donde estaban las palmeras.

Había una cafetería que parecía un chiringuito de playa, todo era de madera y cristal, al igual que el bar que había unos pasos más adelante.

Zonas con mesas y bancos donde sentarse, otra zona de palmeras con varias hamacas colgando de sus troncos para descansar y relajarse, una parte con columpios para los más pequeños y el restaurante.

Samuel nos dijo que la zona del centro comercial y las pistas estaban al fondo, alejadas de las cabañas y villas, de modo que el ruido de los eventos nocturnos no perturbara el descanso de los huéspedes.

Llegamos a la parte en la que se encontraban los alojamientos y vimos un par de edificios como si fueran apartamentos, donde Samuel dijo que se encontraban las habitaciones individuales, uno a cada lado del sendero, y de al menos diez plantas.

Después pasamos por la zona de las cabañas, eran unas treinta y contaba con uno o dos dormitorios, salón, cocina y cuarto de baño, y ahí era donde íbamos a alojarnos nosotros. Una para mis padres, otra para él y mi hermana, una para Héctor, otra para Izan y otra para mí.

Estábamos en las últimas cabañas, dos en un lado y tres en el otro, y a partir de ahí se podían ver las villas de las que nos había hablado Samuel.

En ellas se alojaban grupos de amigos, familias e incluso habló de gente del mundo del cine y la música.

Los empleados que llevaban nuestro equipaje se repartieron, uno en las cabañas de mis padres y Abigail, y otro en las de mi hermano, Izan y mía.

Si el exterior era precioso, con toda la estructura de madera y el tejado adornado con paja, el interior no se quedaba atrás.

Suelos de madera, así como los marcos de las ventanas, una cocina bien equipada junto a una pequeña zona de salón con un sofá, mesa de café y televisión, y la habitación con una cama de matrimonio con dosel de esas que por la noche hacía las veces de mosquitera para que esos bichitos no te succionaran la sangre como un vampiro.

En la parte de atrás tenía un pequeño porche con una mesa y dos sillas desde donde se podía ver la playa, a la vez que acceder a ella, y cada una de las cabañas estaba separada de las contiguas por una valla de madera con enredaderas que impedía ver quién se alojaba al otro lado.

Podía decir con toda seguridad que me había enamorado de aquel lugar, que podría vivir allí sin problemas.

Dejé las maletas en la habitación y salí de nuevo para encontrarme con el resto e ir a comer, pues entre unas cosas y otras eran las dos y media y sí, estábamos todos un poquito hambrientos, pues lo último que tomamos fue un desayuno en una de las cafeterías del aeropuerto.

Al menos había escogido ropa no solo cómoda para el viaje, sino que era adecuada para ir al restaurante del resort. Llevaba un pantalón vaquero corto en blanco, una camiseta azul con el hombro caído y las cuñas del mismo tono.

a—Vicky, creo que, desde este año, vamos a venir aquí de vacaciones todos los veranos. Tenemos de todo —dijo Izan con una sonrisa.

—Desde luego, tu tío ha sabido cómo hacer que la gente no quiera salir mucho del resort —comentó mi hermano.

—Fue mi madre quien le dio la idea de abrir algo así —sonrió—. Mi padre la llevó una semana de vacaciones a un resort parecido y cuando regresó, empezó a contarle a mi tío una gran idea que había tenido, pues él quería poner en marcha un hotel. Al final, después de algunos años, esto fue un hecho.

—Pues me encanta, y transmite una paz increíble —sonreí.

—Desde luego, os vais a pasar un mes de vacaciones de lujo —dijo mi padre.

—Será que tú no, papá —rio Abigail—. Estoy segura de que llevarás a mamá a cenar, iréis a pasear por la playa de noche, os relajareis en el spa.

—Yo apuesto a que incluso tienen noches de pasión —comentó mi hermano, y mi madre lo miró con los ojos muy

abiertos y roja como un tomate—. No me mires así, mamá, que estoy seguro de que aún tenéis una vida íntima y muy activa, no hay más que ver a papá, está hecho un chaval.

—Héctor, por el amor de Dios, que está Samuel delante —protestó ella.

—Tranquila, suegra —sonrió él, pasándole el brazo por los hombros—. Que también estoy seguro de que Antón sigue siendo todo un Don Juan contigo.

—Qué vergüenza me estáis haciendo pasar.

—Mamá, no les hagas caso —sonreí—. Ya sabes cómo son estos jóvenes de hoy en día.

—Dijo la reencarnación de Tutankamón —resopló Izan—. Lola, el amor y el sexo no tienen edad, así que no tengas vergüenza si Antón y tú todavía sois capaces de echar a arder la habitación, que eso es buenísimo para la salud.

—No vuelvo a viajar con vosotros —dijo mi madre, más roja todavía que antes, mientras mi padre lucía una sonrisilla que dejaba claro que sí, que ellos aún tenían esa llama prendida que los hacía arder.

Llegamos al restaurante del resort donde Samuel dijo que nos esperaría su tío, y nos acercamos a la barra pues aún no había llegado. Pedimos algo de beber, di un sorbo y me giré hacia la puerta donde vi un hombre que captó mi atención.

Estaba hablando con una de las camareras, tal vez preguntándole algo del resort, se veía de esos hombres que imponía, que exudaba poder e infundía respeto. Llevaba un pantalón de vestir azul marino y una camisa con los primeros botones desabrochados, así como las mangas arremangadas hasta el codo dejando a la vista el tono bronceado de su piel. Alto, cuerpo atlético, ya que sin duda hacía ejercicio, rubio y unos ojos verdes que destacaban en aquel rostro maduro de facciones masculinas, mentón cuadrado y... sí, lucía un hoyuelo en lado izquierdo cuando sonreía, como en ese momento.

n

Se despidió de la camarera, comenzó a caminar y cuando su mirada se posó en mí, sentí un escalofrío recorriéndome de pies a cabeza. Era el hombre más atractivo que había visto en mucho tiempo y por su modo de caminar, despreocupado, pero firme, era consciente de serlo.

—Ah, ahí está el tío de Samuel —dijo mi hermana a mi lado y por el modo en el que miraba hacia el rubio en el que me había fijado, no había ninguna duda que era él.

—Mierda —murmuré, girándome.

y

Capítulo 6



No tardé en escuchar sus pasos cerca, y por la sonrisa de Samuel supe que ya había llegado a la barra.

—Tío Eric —dijo mi cuñado, y escuché esas características palmadas que todo hombre da a otro al abrazarlo.

—Sobrino, me alegro de verte —contestó con una voz varonil que haría temblar a cualquier persona del mundo— Abi, cariño, estás tan guapa como siempre.

—Gracias —respondió ella y sin necesidad de verla supe que estaba sonriendo—. Eric, ellos son mi familia. Mis padres, Antón y Lola.

—¿Se puede saber qué te pasa? —murmuró Izan a mi lado, pues seguía de espaldas al recién llegado.

Sabía que mis padres estaban hablando con él, como era normal, ya que era algo así como la figura paterna del novio de su hija, pero no les prestaba atención.

—Nada —fruncí el ceño.

Abi seguía con las presentaciones, ya estaba con nuestro hermano Héctor y eso quería decir que no tardaría en mencionarme a mí.

—Está bueno, ¿eh? —Izan sonrió elevando ambas cejas— Desde luego, se nota la buena genética de Samuel. ¿Crees que será de los míos?

—Izan, por Dios —protesté,

—Ella es mi hermana mayor, Victoria —ahí estaba, era mi momento, había llegado la hora de girarme y enfrentarme a ese par de ojos verdes.

Cogí aire, miré a Izan que tenía la ceja arqueada, me dio un leve golpe en el hombro y antes de girarme tomé un pequeño sobro de mi copa de vino.

—Vicky, él es Eric, el tío de Samuel —mi hermana sonreía de oreja a oreja.

—Encantada de conocerte, Eric —dije, tendiéndole la mano, esa que él aceptó con una sonrisa de medio lado y noté una leve descarga cuando me tocó.

—Un placer conocerte por fin, Victoria. Abi me ha hablado tanto de ti, y de tus diseños, que tenía ganas de conocerte.

Tragué saliva con fuerza, ese hombre miraba de un modo tan intenso que notaba cómo mi cuerpo se estremecía.

Debía medir metro noventa, porque, aunque yo tenía una perfecta estatura de metro sesenta, y llevaba tacones con las cuñas, Eric seguía siendo demasiado alto. Eché una mirada rápida a Samuel y sí, era casi tan alto como su tío.

—Seguro que ha exagerado —conseguí decir al fin.

—No, no exageró en ninguna de sus palabras —seguía estrechándome la mano, y cuando miré hacia ellas, me soltó.

—Y él es Izan, no es hermano, pero como si lo fuera —comentó Abi—. Es el mejor amigo de Vicky, además de su socio, como te dije.

—Así que también le has hablado de mí —dijo Izan, estrechándole la mano a Eric mientras miraba a mi hermana—. Espero que cosas buenas, porque soy tu casi hermano favorito.

—Todo cosas buenas, Izan, te lo aseguro —rio Eric.

—Más le vale.

—¿Qué tal ha ido el vuelo, Samuel? —le preguntó a su sobrino.

—Bien, tranquilo.

—¿Estáis bien en las cabañas asignadas? —se interesó— Si hay algo que nos os guste, o que queráis cambiar, solo hacédmelo saber. Estoy abierto a todas vuestras peticiones.

—¿Has oído eso, nena? —murmuró Izan— Está abierto a todas —remarcó esa última palabra— nuestras peticiones. Yo estoy por pedirle una noche loca. Qué hombre, madre del amor hermoso. Dios se esmeró cuando lo hizo, sí señor.

—Basta, Izan.

—¡Samuel! —escuchamos que le llamaba alguien y al mirar, vi un hombre alto, castaño y de ojos grises acercándose. Llevaba unos vaqueros y camisa, desabotonada y arremangada al igual que Eric— Te veo bien —sonrió mientras lo abrazaba.

—Y yo a ti, Rober. Deja que te presente a la familia de Abi —dijo, y tal como había hecho mi hermana con todos lo hizo él con aquel hombre que resultó ser el mejor amigo y socio de su tío.

—Bienvenidos al resort, espero que tengáis una buena estancia —sonrió tras saludarnos a todos.

—Te aseguro que la tendremos, disfrutando de la playa y descansando lejos del ruido de la ciudad —contestó Izan.

—Y sin estresarnos por el trabajo, hermano, no te olvides de eso. Por no hablar de las noches, seguro que lo pasamos bien.

—Qué peligro tienes, Héctor —dijo Abi, al ver que nuestro hermano miraba a un par de chicas que pasaban por allí.

—¿Peligro por qué? Soy un hombre soltero y sin compromiso, si conozco a alguien que me guste y me atraiga, quién sabe, igual acaba siendo la mujer de mi vida —se encogió de hombros—. Igual que Vicky, a lo mejor conoce aquí a un hombre a su altura, no a una sabandija.

—Héctor —fue suficiente con el tono con el que mi padre se dirigió a él, para que mi hermano suspirara y diera el tema por zanjado.

Yo, por mi parte, me sonrojé como un tomate inclinando la mirada hacia mi copa de vino, esa que empezaba a vaciarse sin que me hubiese dado apenas cuenta.

Pero me sentí observada, algo en mi piel me decía que tenía unos ojos verdes puestos sobre mi persona, y al mirar por el rabillo del ojo, ahí estaba la mirada de Eric, indescifrable, por cierto, pero observándome detenida y fíjamente.

—No te preocupes Héctor, yo me ofrezco voluntario para acompañarte a salir y disfrutar de la noche —comentó Izan.

—Al menos sé que contigo, no tendré competencia —sonrió.

—¿Por qué? —curioseó Rober— ¿Tienes novia?

—En todo caso, novio —respondió con una sonrisa de medio lado—. Pero no, soy tan soltero como él.

—Como codirector del resort, me ofrezco a acompañaros y hacer vuestras noches en la isla mucho más divertidas —dijo el amigo y socio de Eric—. Quién sabe, quizás entre las personas que os puedo presentar, esté el amor de vuestra vida —sonrió.

, —Vicky, te tienes que venir con nosotros —Izan me cogió del brazo.

—Ay, por Dios —volteé los ojos.

—Bueno, ¿qué tal si vamos a comer? —propuso Abi.

—Sí, que parece que a ninguno de mis hijos les preocupe que su madre desfallezca por inanición. Con un café y una tostada me tienen desde la ocho y media de la mañana —suspiró.

—Vamos, mamá —sonreí agarrándome a su brazo—. No vayas a desmayarte antes de llegar a la mesa.

—Uy, qué mala baba tienes, Victoria —dijo Izan y mi madre soltó una carcajada.

—Menos mal que la quiero, que, si no, ya la habría regalado.

—Eso es amor de madre, sí señor —comentó Héctor—. Gracias a Dios no soy tu hijo favorito, o no sé qué dirías de mí.

l —Oye, que Victoria no es mi hija favorita —mi madre frunció el ceño.

—No, qué va —respondieron él y Abi al unísono, por lo que las dos nos giramos a mirarlos con los ojos muy abiertos.

—¿Ves lo que te dije, Eric? —sonrió Abi— Más que madre e hija, podrían pasar por mellizas.

—Ya lo veo —sonrió de medio lado—. Pero también veo de dónde viene lo bonita que eres, pequeña —le acaricié la barbilla—. Tu madre y tu hermana son unas mujeres muy hermosas. Antón, eres afortunado de tener esas bellezas en casa.

—Lo cual me deja a mí como el patito feo —suspiró Héctor.

—No seas tonto, hermanito, que eres un hombre muy guapo —le aseguró Abi, agarrándose a su brazo.

—Eres mi hermana pequeña, ¿qué otra cosa ibas a decir? —Arqueó la ceja.

—Pues la verdad, que si fueras feo también te lo diría, no iba a regalarte los oídos con palabras bonitas, vaya

—Abi volteó los ojos.

—Amor de hermana, qué emoción —resopló, y todos reímos.

Nos acomodamos en una gran mesa rectangular que había al fondo, con vistas a una parte de la playa, y Eric llamó al camarero para que viniera a tomarnos nota.

Pidió vino, entrantes para compartir y de segundo unos eligieron carne a la brasa acompañada de patatas, y otros, pescado al horno con patatas y verduras hervidas.

Durante la comida vi que la complicidad entre Samuel y Eric no era solo la de tío y sobrino, sino que al igual que en mi caso con Abi, se mostraba como un padre con él.

Sonreía y hablaba con orgullo de los logros de su chico, de lo orgullosos que estarían sus padres por lo que había conseguido, y de lo felices que se sentirían de tener a Abi como hija.

—Sé que a mi hermano y a su esposa les habría encantado conocer a Abi, se lo dije a ella, y os lo digo a vosotros. Nunca había visto a mi sobrino sonreír como lo hace cuando habla de ella. Cuando me dijo que había conocido a una chica preciosa en todos los sentidos, tuve claro que no la dejaría escapar. Y os aseguro que pensé que le pediría que se casara con él mucho antes, no después de tres años.

—Te dije que quería esperar al momento adecuado, tío Eric —sonrió Samuel.

—Y me alegro de que ese momento haya llegado. Abi, te considero una sobrina, y sabes que puedes contar conmigo siempre que lo necesites. Somos familia, y las familias se apoyan.

—Bien dicho, estoy completamente de acuerdo —comentó mi padre.

Después de comer y tomar café, Eric se disculpó pues debía ausentarse e ir a trabajar, pero quedó en que esa noche cenaríamos todos juntos de nuevo.

ó

Antes de irse me dedicó una última mirada y en serio que ese hombre imponía con su sola presencia.

—Mi amor, ¿qué te parece si vamos a conocer el centro comercial? —le dijo mi padre, a mi madre.

—Perfecto, así voy echando un vistazo a ver dónde está todo. Aunque quiero salir del resort para conocer la isla algún día.

—Tranquila mamá, que yo también quiero —dije, mientras nos poníamos en pie.

—¿Qué vais a hacer vosotros, chicos? —curioseó mi madre.

—Yo tengo una videollamada de trabajo —respondió Samuel—, pero antes de la hora de cenar habré acabado.

—Voy con vosotros, entonces —sonrió Abi—. Vicky, ¿vienes?

ó

—No, yo voy a deshacer el equipaje, después, no sé, tal vez me dé un paseo por el resort.

—Como quieras —me dio un beso en la mejilla.

—Yo voy a dar una vuelta por la playa, me apetece —comentó Héctor.

—Te acompaño, pero antes vamos a ponernos el traje de baño, ¿no? —dijo Izan.

—Qué peligro tenéis los dos juntos —resoplé.

—Tranquila, que vamos a ser dos niños buenos —me respondió Héctor.

—Sí, sí, dos angelitos, lo estoy viendo —volteé los ojos.

Fuimos hacia las cabañas y allí nos despedimos de mis padres y mi hermana. Entré en la mía y mientras escuchaba un poco de música deshice el equipaje y coloqué toda la ropa y demás enseres que había llevado en el armario, la cómoda y el cuarto de baño.

Una vez terminé salí al porche a sentarme, con ambas piernas flexionadas y apoyando los pies en el asiento, con la barbilla en mis rodillas, contemplando la playa.

Era relajante contemplar el mar, ver cómo el agua se mecía poco a poco de un lado a otro, cómo las pequeñas olas llegaban a la orilla y, sobre todo, escuchar las risas de los niños que jugaban allí y sentían el agua en sus pies.

El sonido de mi móvil hizo que suspirara, aquel tono era único para una persona y algo me decía que no iba a dejarme tranquila. Regresé dentro, lo cogí y descolgué.

—¿Qué quieres ahora?

—¿Dónde estás? —inquirió, como si tuviera que darle explicaciones.

—¿Qué te importa dónde esté?

—He venido a buscarte a la oficina y me han dicho que te has ido.

—Y no iré en todo el mes, estoy de vacaciones.

—¿Y quién se supone que va a atender a los clientes?

—Baja el tono, Miguel, que no eres mi jefe. Soy mi propia jefa y al igual que tú desapareces durante semanas de la ciudad, yo también puedo hacerlo.

—Me has hecho quedar como un imbécil delante de la mujer y la hija de uno de mis clientes. Se casa en septiembre y quiere uno de tus diseños.

—Emilia y Raquel pueden enseñarle los de la última colección, seguro que encontrará algo a su gusto.

—No me has entendido, Victoria. Quiere un diseño exclusivo.

—Miguel, ¿eres idiota o qué te pasa? No hay dos vestidos iguales en ninguna de mis colecciones, y lo sabes de sobra. Que vea la última colección y escoja uno, si necesita que hagan arreglos, Emilia y Raquel se encargarán de ello.

—¿Es que te has ido con algún hombre?

a—Lo que me faltaba por escuchar, que precisamente tú, me hagas reproches. Estamos separados, Miguel, y si quiero acostarme con otro, lo hago y punto. Y no me llames más, quiero tener unas vacaciones tranquilas.

Colgué, y sí, pensé en bloquear el número de Miguel, pero siempre, tal como dijo Izan, acababa llamándome
a desde cualquier otro número.

Qué cansada estaba ya de que no firmara el divorcio, pero claro, algo que mantenía en secreto para mi familia era , que, sí tuve que aceptar una vez que me prestara dinero, cuatro años después de la boda cuando hubo un problema con un pedido de telas y materiales que no llegó, los proveedores donde había comprado me dijeron que no sabían qué podía haber ocurrido con sus envíos, y me vi entre la espada y la pared porque debía cumplir con unos plazos de entrega.

Tenía dinero para emergencias, sí, pero no conseguiría cubrir todos los gastos que suponía los nuevos pedidos. Los proveedores se hicieron responsables solo de una parte de aquellos productos que no había recibido, sus empresas de transporte dijeron no tener un seguro contra pérdidas y yo... Yo acabé haciendo eso que me dije a mi misma que no haría nunca, pedirle dinero a mi marido.

Aquella decisión me tenía en esta situación ahora, pues le aseguré que comenzaría a devolverle el dinero a partir del siguiente año, y aún estaba pagándolo.

Desde luego que era cierto aquello de que en la vida había decisiones que solían marcar un antes y un después para la persona.

Me desnudé y entré en al cuarto de baño para darme una ducha, necesitaba olvidarme de mi ex y el agua siempre ayudaba, como decía mi madre, siempre se llevaba la mala energía.

l

l

l

Me desnudé y entré en al cuarto de baño para darme una ducha, necesitaba olvidarme de mi ex y el agua siempre ayudaba, como decía mi madre, siempre se llevaba la mala energía.

Capítulo 7



Opté por un vestido blanco de lino a la altura de las rodillas que me encantaba y solía usar para salir alguna noche con Izan, fue él precisamente quien me lo regaló dos años atrás, cuando le dije que me separaba de Miguel.

Era de tirante ancho y escote en forma de V, de tela suave y vaporosa, perfecto para el tiempo en Marbella.

Me había recogido el pelo en una coleta alta y llevaba unas cuñas también blancas. En cuanto puse un pie fuera de la cabaña me hice una foto, con una de las palmeras de fondo, al menos tendría algún recuerdo de esas vacaciones

En cuanto la vieran Izan y Abi, me dirían que la subiera a mis redes, y es que apenas había fotos mías en ese perfil. Todo lo que compartía eran procesos de creación, fragmentos de algún boceto, diseños terminados y cuando las novias me etiquetaban en sus fotos el día de su boda.

Izan era quien solía hacerme fotos a traición, en mi despacho o en mi casa, de espaldas mientras estaba concentrada dibujando en mi cuaderno de bocetos.

Esas eran las que él subía a mi perfil, porque sí, tenía mis claves y decía que había que mantener vivas mis redes.

Siempre había sido muy discreta, no me exponía, y desde que estaba separada de Miguel, mi mejor amigo subía muchas más fotos, dado que yo tenía muchas menos ganas.

Después de dos años sin convivir con el que fuera mi marido, y al menos otros dos en los que lo notaba más ausente que de costumbre en todos los sentidos, por mucho que no quisiera ver que nos ocurría algo como matrimonio porque él me aseguraba que todo estaba bien y que seguía igual que siempre, había dejado de doler y no lloraba por la separación como al principio.

Imaginaba que ya estarían todos en el restaurante esperando, por lo que tras hacerme la foto fui hacia allí mientras observaba todo a mi paso. La verdad es que aquel resort era una maravilla.

Había estado un ratito echando un vistazo a la página web y las fotos que había de cada rincón del resort, no hacían justicia a la belleza que se veía de primera mano.

Tenía varios premios de turismo, de esos que los usuarios otorgaban a los hoteles y demás, y también por parte de gremio de hoteleros de la zona.

Entré en el restaurante y miré a ver si veía a mi gente en alguna de las mesas, pero no había ni rastro de ellos, así que opté por sentarme en la barra y pedí una copa de vino mientras esperaba.

—Gracias —sonreí al camarero cuando me la sirvió poco después, y tras dar un sorbo saqué el móvil del bolso para escribir a Izan, pero una voz a mi espalda hizo que me detuviera.

—Veo que has llegado pronto —miré por encima del hombro y vi a Eric frente a mí, sonriendo.

Llevaba unos pantalones de vestir en color beige y una camisa blanca, arremangada y sin abotonar como la primera vez que nos habíamos visto hacía apenas unas horas. Se acababa de duchar, ya que tenía el cabello ligeramente húmedo, y el olor de su perfume se mezclaba con el del gel de baño.

—La verdad, creí que llegaba tarde y que estarían todos ya en la mesa —contesté dejando el bolso en la barra.

—Julio —llamó al camarero—, ponme una copa a mí, por favor.

El chico asintió y no tardó en servir a su jefe esa copa de vino que Eric cogió y acercó a la mía para un brindis.

—Por los futuros novios —sonrió y le devolví el gesto—. Dime la verdad, te ha parecido pronto que se casen en tres meses.

—¿A mí? No, para nada. A ver, llevan tres años juntos, y lo que necesiten saber el uno del otro ya lo saben. Ciertamente es que no siempre, por mucho que lleves con una persona puedes estar seguro de que la conozcas bien. Pero ellos se quieren, y es normal que piensen en dar el siguiente paso.

—Samuel no lo dio antes porque ella era joven, que sí, lo sigue siendo, pero conozco a mi sobrino y si Abi no hubiera tenido veintidós años cuando la conoció, se habría casado con ella a los tres meses —sonrió.

—En ese caso me alegro de que esperara. Pero me alegro más de que se tengan el uno al otro.

—Yo también, como dije antes, siento a Abi como una sobrina más.

—Debió ser un poco difícil para ti cuando te quedaste a cargo de Samuel —dije, cogiendo la copa y di un sorbo mientras lo miraba a esos ojos verdes que brillaban de un modo diferente con la luz de las lámparas.

—Bueno, tenía treinta y dos años y la verdad a esa edad uno no piensa en ser padre —sonrió—. Pero Samuel ya tenía diecisiete, no era un adolescente rebelde, sino un chico muy responsable, aplicado y centrado en sus estudios. Fue duro porque tuvo que dejar Madrid para mudarse aquí conmigo, acabar el instituto con gente nueva,

profesores diferentes, pero lo hizo. Regresó para ir a la universidad y aquí venía a visitarme en vacaciones. Acabó la carrera y decidió ir por libre, no quería trabajar para nadie en un estudio, aunque sé que ha hecho algunos trabajos para el estudio de tu padre.

—Así es, ese que ahora dirige mi hermano Héctor.

—¿Cómo es que tú no te hiciste arquitecta? —curioseó.

—Digamos que lo mío desde niña era jugar con los recortables. Y me gustaba dibujar, siempre andaba por ahí con un cuaderno de dibujo en la mano, Izan puede corroborarlo, ya que nos conocimos en el recreo del colegio una de esas veces. Y un día, mientras veía una película donde la protagonista se ponía un vestido elegante y precioso, empecé a dibujar vestidos, muchos de ellos eran de novia, y descubrí que eso era lo que me gustaba.

—He visto muchos de tus diseños, y debo decirte que son todos preciosos.

—Gracias —sonreí.

—Abi habla mucho de ti.

—De ti, no, la verdad. Solo sabíamos que te hiciste cargo de Samuel y que vivías aquí.

—Debí ir a conoceros antes, lo admito, pero como dice tu hermana, soy un adicto al trabajo insufrible.

—Me suena —di un sorbo a mi copa.

› —Tú también, ¿me equivoco?

—Es cosa de familia, mi padre y Héctor son iguales.

—Lo que también es cosa de familia, es la belleza, Abi y tú os parecéis muchísimo, y sois las dos preciosas.

—Uy, mi belleza de mujer de veinticinco años quedó atrás, muy atrás —elevé ambas cejas.

—La belleza de la mujer madura que tengo delante, es perfecta —dijo en un tono que me pareció demasiado íntimo e incluso seductor—. Pero nadie diría que tienes cuarenta años.

—Eso es porque soy como Jordi Hurtado, vamos al mismo pozo de la eterna juventud —murmuré, y Eric dejó salir una sonora carcajada con todas las ganas.

—Ya veo que Abi no solo ha heredado la belleza de su hermana, sino también el sentido del humor.

Se quedó mirándome fijamente y tras unos segundos en los que sentí que me ardían las mejillas por el rojo

infierno que debían haber adquirido, aparté la mía para centrarme en la copa de vino que tenía en la barra y sostenía con la mano.

Di un sorbo y no tardé en escuchar la voz de mi hermana saludando.

Giré en el taburete y vi que llegaban todos juntos, y en cuanto crucé una mirada con Izan arqueó la ceja y volteé los ojos, ya estaba con sus cavilaciones, él, que no había noche que saliéramos juntos que no intentase que ligara con alguien.

1

Eric y yo cogimos nuestras copas y fuimos con el resto a la mesa para cenar, donde pedimos más vino.

—Les dije a los cocineros que nos preparasen comida asiática —comentó Eric cuando nos sentamos—, Abi me dijo que os gustaba a todos.

—Sí, a mis padres les costó un poco acostumbrarse a algunas cosas, pero les gusta —sonrió mi hermana.

—Bueno, entonces os vais a casar aquí —dijo mi madre, tras dar un sorbo a su copa—. Admito que es un lugar precioso, y sin duda será una boda diferente.

—La celebraremos en la playa —contestó Abi—. Va a ser precioso, mamá.

—No lo dudo, cariño.

—Del cáterin se encargarán los cocineros de aquí —informó Eric—, el tema de las flores y la decoración también está hablado. Y he contratado a una *wedding planner* para que se encargue de todo.

—Como ves, el tema de la boda está controlado, mamá.

—Ya veo —sonrió mi madre.

—Hay una cosa de la que sí quiero que te encargues tú.

—¿De qué, hija?

—Quiero que escojas mi ramo —sonrió—, y el resto de flores para los centros de mesa.

—Claro cariño, yo, encantada.

—Entonces solo falta saber qué querréis de menú —comentó Eric.

—Tenemos un mes para probar todos los platos que se te ocurran, tío.

—Abigail, ¿vuestros amigos vendrán a la boda? —curioseó mi padre.

—Sí, claro, pero sabes que son poquitos. Va a ser una boda casi íntima.

Los camareros llegaron en ese momento con varios platos de comida asiática, que no solo tenía una pinta buenísima, sino que olían de maravilla.

Había incluso varios de diferentes clases de sushi que Izan atacó primero.

Durante la cena charlamos sobre cómo querían Abi y Samuel que fuera la boda, la distribución de las sillas en la playa donde sería la ceremonia, y todas esas dudas que mi madre tenía y fueron resueltas.

Sabía que al no formar parte de los preparativos se sentía un poquito desplazada, pero no había más que verla sonreír cuando miraba a mi hermana y Samuel y él le sonreía y le cogía la mano para besarla.

Tras la cena vi que uno de los camareros se acercaba a Eric y le entregaba una caja cuadrada, se notaba que era de joyería y cuando me sorprendió mirándolo, me hizo un guiño y sonrió de medio lado.

—Abi, hay algo que quiero darte —le dijo, acercándole la caja.

—¿Para mí? Pero, ¿por qué? No es mi cumpleaños —sonrió.

—Es algo que sé que mi madre querría que tuvieras —contestó.

Mi hermana miró a su prometido, que sonreía de un modo que me dejaba claro que sabía cuál era el contenido de esa caja.

—Eric, esto es... no me lo esperaba, de verdad. Es precioso —dijo con los ojos vidriosos.

—Este collar ha pasado de madres a hijas durante generaciones —comentó Samuel—. Mi abuela no tuvo hijas, como sabes —sonrió y mi hermana también—, por lo que ella fue la última en lucirlo el día de su boda.

—¿Tu madre no lo llevó? —preguntó ella.

—No.

—Y, ¿por qué me lo prestáis a mí? —Miró a Eric.

—No me he casado, y dudo mucho que lo haga a mi edad —rio él.

—Eso no puedes saberlo —le dijo mi madre—, quién sabe en qué momento puede llegar la persona adecuada a tu

vida.

—Si no ha llegado a mis cuarenta y cinco años, no creo que vaya a llegar ahora, Lola.

—O sí, nunca es tarde para ser tocado por una flecha de Cupido —comentó mi padre y Eric sonrió.

—Con vosotros empieza una nueva tradición familiar —continuó Eric—. Dará igual si tienes un hijo o una hija, el collar seguirá siendo parte del día más importante de la novia, como lo fue durante generaciones hasta mi madre.

—Muchas gracias, Eric —se levantó para darle un abrazo—. Es realmente precioso.

Y lo era, un collar tipo gargantilla de perlas con un corazón de cristal en color azul cielo en el centro.

Nos trajeron una botella de champán y todos brindamos por la feliz pareja, incluso nos hicimos varias fotos para immortalizar aquella noche.

Como no podía ser de otra manera, mi hermana compartió en sus redes una en la que aparecíamos las dos juntas y ella mostraba su anillo de compromiso junto a una preciosa sonrisa, y lo acompañó de una frase.

“Celebrando un momento especial con mi persona favorita en el mundo. Te quiero, hermana”

Sonreí al leerlo, y cuando Izan me miró vi que estaba con el móvil en la mano.

—Bueno, ¿qué tal si nos vamos a tomar una copa? —propuso Héctor— Creo que la fiesta en la disco ya debe haber empezado.

—Vosotros divertíos, hijo —contestó mi madre, poniéndose en pie—. Vuestro padre y yo, vamos a dar un paseo por la playa.

—Buenas noches, mamá —Abi fue la primera en despedirse de ellos, y los demás hicimos lo mismo hasta que los vimos salir del restaurante.

—Entonces qué, ¿quién se anima? —insistió mi hermano.

vida.

—Si no ha llegado a mis cuarenta y cinco años, no creo que vaya a llegar ahora, Lola.

—O sí, nunca es tarde para ser tocado por una flecha de Cupido —comentó mi padre y Eric sonrió.

—Con vosotros empieza una nueva tradición familiar —continuó Eric—. Dará igual si tienes un hijo o una hija, el collar seguirá siendo parte del día más importante de la novia, como lo fue durante generaciones hasta mi madre.

—Muchas gracias, Eric —se levantó para darle un abrazo—. Es realmente precioso.

Y lo era, un collar tipo gargantilla de perlas con un corazón de cristal en color azul cielo en el centro.

Nos trajeron una botella de champán y todos brindamos por la feliz pareja, incluso nos hicimos varias fotos para immortalizar aquella noche.

Como no podía ser de otra manera, mi hermana compartió en sus redes una en la que aparecíamos las dos juntas y ella mostraba su anillo de compromiso junto a una preciosa sonrisa, y lo acompañó de una frase.

“Celebrando un momento especial con mi persona favorita en el mundo. Te quiero, hermana”

Sonreí al leerlo, y cuando Izan me miró vi que estaba con el móvil en la mano.

—Bueno, ¿qué tal si nos vamos a tomar una copa? —propuso Héctor— Creo que la fiesta en la disco ya debe haber empezado.

—Vosotros divertíos, hijo —contestó mi madre, poniéndose en pie—. Vuestro padre y yo, vamos a dar un paseo por la playa.

—Buenas noches, mamá —Abi fue la primera en despedirse de ellos, y los demás hicimos lo mismo hasta que los vimos salir del restaurante.

—Entonces qué, ¿quién se anima? —insistió mi hermano.

Capítulo 8



Llegamos hasta el final del resort en un par de cochecitos, había varios empleados paseando por allí con ellos por si los huéspedes necesitaban ir a alguna de las instalaciones y era el modo más rápido.

Cuando entramos vimos a Rober charlando con un par de hombres, en cuanto nos divisó a todos, se despidió, sonrió y vino hacia nosotros.

—No esperaba veros por aquí —dijo.

—¿Y perdernos la fiesta? Ni hablar —contestó mi hermano.

Eché un vistazo al local y se notaba el lujo en cada rincón, al igual que por todo el resort.

En el centro había una piscina que hacía las delicias de muchos clientes, algunas chicas estaban sentadas en el borde con los pies en el agua, tomando una bebida y haciéndose fotos.

Repartidas por toda la sala se veían mesas con sofás en forma de semicírculo, así como otras mesas altas con taburetes cercanas a la barra donde tres camareros preparaban las bebidas al más puro estilo *Tom Cruise* y la película “*Cocktail*”.

Varias palmeras artificiales decoraban la zona, e incluso alrededor de la piscina, junto a unas camas balinesas con mesas donde algunos estaban disfrutando de sus bebidas.

—Vamos a la barra —dijo Izan llamando mi atención, asentí y seguí a los demás.

Eric pidió una botella de tequila y varios vasos de chupito, sí que empezaba fuerte la noche, sí.

Nos los tomamos todos de una vez y después preguntó qué queríamos tomar. Yo pedí un gin tonic, igual que Abi, y los chicos optaron por un whisky.

Rober se quedó allí con nosotros, pero tanto él, como Eric, estaban muy pendientes de todo, hablando con los camareros de la barra e incluso con los chicos y chicas que servían las mesas.

Abi y Samuel estaban de lo más sonrientes, y cuando empezó a sonar una canción que a mi hermana le gustaba, él entrelazó sus manos y la llevó hacia la zona de baile.

—Hacen una buena pareja —comentó Rober, dando un sorbo a su vaso. Lo miré y sonreí al tiempo que asentía—. Conozco a ese chaval desde que nació, y te aseguro que tu hermana está en buenas manos.

—No lo dudo, en estos tres años Samuel ha demostrado que mi hermana lo es todo para él.

—Puedes apostar a qué sí —alguien lo llamó y se disculpó para ir hacia una puerta que había tras la barra.

Me quedé allí observando a la feliz pareja bailando y me sobresalté cuando escuché la voz de Eric a mi lado.

—¿Otra copa? —preguntó.

—Estoy bien así, gracias —sonreí—. ¿Dónde están mi hermano e Izan? —pregunté al ver que ese par había desaparecido.

—En la zona de la piscina —indicó, señalando con la mano donde tenía su vaso de whisky.

Y sí, ahí estaba mi hermano charlando con un par de chicas, mientras Izan permanecía sentado en una de las camas. Cuando me vio, sonrió agitando la mano y levantó su vaso a modo de brindis.

Estaba loco, desde luego, pero sin duda mi mejor amigo iba a disfrutar de esas vacaciones como un niño al abrir los regalos la mañana de Navidad.

—Así que, estás divorciada —comentó Eric.

—Aún no, solo estoy separada.

—Abi me comentó hace tiempo que te divorciabas —frunció el ceño.

—Hace dos años decidí que eso era lo que quería, pero mi ex no ha firmado aún el divorcio. Es una historia larga de la que no quiero hablar.

—Entiendo. ¿Bailas? —preguntó dejando su vaso en la barra.

Lo miré por encima del hombro y vi que tenía la mano extendida, esperando que aceptara su propuesta. Dejé mi copa, en la barra como había hecho él, y al cogerle la mano sentí una corriente.

Eric sonrió de medio lado, comenzó a caminar hacia la zona de baile y la canción que sonaba se acabó, dando

paso a otra. Una melodía de guitarra que había escuchado varias veces con Izan empezó a resonar, hasta que la voz de Maluma llenó el espacio.

Eric me rodeó por la cintura con el brazo, pegándose a su cuerpo, y entrelazó nuestras manos para comenzar a moverse despacio de un lado al otro.

Aquel hombre exudaba sensualidad por cada poro de su piel, en serio, además de un aura de esas que decían: “alto voltaje”.

Me hizo girar un par de veces y sonreí, pero cuando pegó mi espalda a su pecho, dejó la mano sobre mi vientre y sentí la zona de su entrepierna en mi espalda baja, contuve el aliento.

“Procura no pensar en mí cuando estés en su cama... Loquita por mí, loquito por ti...”

Eric se movía con una soltura y una sensualidad, que no sería de extrañar que este hombre sedujera así a sus conquistas.

Volvió a hacerme girar y al quedar frente a frente, me fijé en sus ojos.

De cerca eran aún más verdes, si es que eso era posible, lo vi sonreír y siguió haciendo que nos meciéramos de un lado al otro de una manera tan sincronizada que parecía que hubiéramos bailado juntos cientos de veces.

Cuando la canción acabó sonreí apartando la mirada, pero entonces noté el dorso de la mano de Eric en mi mejilla fue una caricia tan dulce que me hizo estremecer.

—Creo que ahora sí voy a tomarme otra copa —dije alejándome, y llegué a la barra para pedir un gin tonic.

—Mauro, ponme un whisky —le pidió Eric.

Sentí su cuerpo cerca, demasiado cerca del mío, y vi que llevaba ambas manos a la barra mientras me acorralaba con sus brazos, lo miré por encima del hombro y tragué con fuerza.

—Te sonrojas con facilidad, ¿lo sabías? —murmuró con una sonrisa cuando lo miré por encima del hombro.

—Me pones nerviosa —admití.

—¿En serio? No es mi intención —respondió acercándose aún más, y contuve de nuevo el aliento—. ¿Puedo confesarte algo, preciosa?

—¿El qué? —pregunté a duras penas.

—Sé que estás separada, pero, ¿hay alguna pareja en Madrid?

—¿Por qué quieres saberlo? —Fruncí el ceño.

—Porque desde que vi esa foto que Abi me enseñó donde salías con ella, debo admitir que me sentí atraído por ti.

› —¿Y qué?

—Que he imaginado cómo sería besar tus labios, esos que me tientan desde que te conocí.

—¿Quieres besarme? —Abrí los ojos ante la sorpresa.

—Quiero hacer mucho más que eso, preciosa —sonrió—. Pero ya sabes lo que dicen, todo empieza con un beso.

—Eric, me estás poniendo muy nerviosa —admití.

En ese momento nos dejaron las bebidas en la barra, cogí mi copa y le di un trago largo, necesitaba hacer lo que fuera, y más cuando estaba sonando una canción que sin duda me quería incitar a... ¿pecar? Sí, la voz de Pedro Capó me incitaba, no tenía dudas. Ay, Dios.

“Provócame, mujer, provócame. A ver, atrévete... Provócame, libérate de una vez...”

↳ Tragué con fuerza cuando noté la mano de Eric sobre mi vientre una vez más, atrayéndome hacia él y apoyando mi cuerpo sobre el suyo, de modo que me estremecí al sentir su entrepierna de nuevo en la parte baja de mi espalda.

—¡Hermanita! —gritó Abi, y gracias a Dios que llegaba en ese momento y Eric se apartó, porque de lo contrario habría acabado ardiendo por combustión espontánea, ese hombre era un peligro— Vaya baile os habéis marcado —dijo con una sonrisa.

—Será que vosotros no —reí.

—Yo solo digo una cosa —ese era Izan, que llegaba junto a ellos—. Si Samuel se mueve en la cama igual que baila, niña te lo tienes que pasar bomba.

—Izan, por Dios —protesté.

—¿Qué? Ya sabes lo que dicen, un buen bailarín en la pista, es un buen bailarín en la cama. Y por lo que he visto en Eric, me da que lo de saber bailar es hereditario.

—Madre mía —cogí mi copa y le di un sorbo mientras todos reían.

—¿No tenéis algún otro pariente para mí? Digo, soy un hombre soltero en busca de un buen bailarín.

—No hay más parientes, no —rio Samuel, pasándole el brazo por la cintura a mi hermana.

—Nada, mi gozo en un pozo —suspiró Izan.

—Eric —miramos a Rober que llegaba en ese momento—. Tenemos un pequeño problema en... —se quedó callado y Eric frunció el ceño, Rober insistió— Ya sabes —elevó ambas cejas.

Eric me miró un momento, dio un sorbo a su whisky antes de despedirse y lo vi alejarse con su amigo y socio hacia donde suponía que debía estar el despacho, debía ser importante porque cuando Rober volvió a decirle algo, Eric parecía molesto.

—Ejem, ejem —miré a Izan, que acababa de llamarme así, con esa sutileza suya—. Se te van los ojos al tío de tu cuñado —sonrió.

—Bueno, parece molesto —me encogí de hombros.

—¿Y ese baile? ¿Y cómo te tenía acorralada contra la barra?

—Solo ha sido un baile.

—Ajá, sí, y menudo baile. Me he puesto cachondo hasta yo.

—Izan, por Dios.

—No me digas que no quieres que ese pedazo de tiarrón te coma el tigre.

—Madre mía —me pasé las manos por la cara.

—Nena, han pasado dos años desde que te separaste de la sabandija, y escucha una cosita, noticia de última hora. Él no bailaba como Eric, así que mejor no quiero pensar en cómo era en la cama.

—No, mejor no lo pienses.

Si me preguntaran a mí, el sexo con Miguel al principio era intenso, excitante, pero con el tiempo se volvió diferente, como él.

Abi me cogió de las manos para bailar allí conmigo, vi que Izan sonreía con el móvil en la mano y mi hermana se abrazó a mí para que nos hiciera una foto.

En cuanto nos acabamos esa ronda de bebidas decidimos marcharnos, el cansancio del viaje y todo lo que había conllevado ese primer día en el resort nos estaba pasando factura.

Héctor se despidió de las chicas con las que había estado hablando y salimos del local siendo recibidos por una leve brisa nocturna que nos acompañó todo el camino en los coches hasta las cabañas.

—Buenas noches —dije.

—Buenas noches, que descanséis. Nos vemos en el desa... ¡Aaahhh! ¡Samuel! —gritó Abi, cuando él la cogió en brazos y la cargó en su hombro, mientras ambos reían.

—Creo que tú vas a descansar poco, chiquilla —rio Izan.

—Oye, que no necesitaba saber que mi hermana pequeña va a tener sexo salvaje esta noche —protestó Héctor, también riendo.

Entramos cada uno en nuestras respectivas cabañas y cuando cerré la puerta, pensé en Eric. ¿De verdad sin conocerme apenas se había atrevido a decirme aquello?

Suspiré y fui deshaciéndome de la ropa mientras iba al cuarto de baño, donde me desmaquillé y, tras ponerme el pijama, me metí en la cama.

Cerré los ojos, y en mi mente se formó una imagen que no debería estar ahí, la de Eric observándome con esos ojos verdes de mirada intensa y provocativa, acariciándome como había hecho en el bar.

Me recosté de lado y miré por la ventana, la Luna estaba ahí como cada noche, solitaria y brillante, destacando en la inmensidad del cielo más oscuro.

Hacía algo más de dos años que no estaba con nadie, y realmente no sabía si estaba preparada para hacer aquello : lo que parecía incitar la canción, dejarme llevar y liberarme, atreverme a ser una versión nueva de la mujer que una vez fui.

¿Me atrevería a dejarme llevar?

En cuanto nos acabamos esa ronda de bebidas decidimos marcharnos, el cansancio del viaje y todo lo que había conllevado ese primer día en el resort nos estaba pasando factura.

Héctor se despidió de las chicas con las que había estado hablando y salimos del local siendo recibidos por una leve brisa nocturna que nos acompañó todo el camino en los coches hasta las cabañas.

—Buenas noches —dije.

—Buenas noches, que descanséis. Nos vemos en el desa... ¡Aaahhh! ¡Samuel! —gritó Abi, cuando él la cogió en brazos y la cargó en su hombro, mientras ambos reían.

—Creo que tú vas a descansar poco, chiquilla —rio Izan.

—Oye, que no necesitaba saber que mi hermana pequeña va a tener sexo salvaje esta noche —protestó Héctor, también riendo.

Entramos cada uno en nuestras respectivas cabañas y cuando cerré la puerta, pensé en Eric. ¿De verdad sin conocerme apenas se había atrevido a decirme aquello?

Suspiré y fui deshaciéndome de la ropa mientras iba al cuarto de baño, donde me desmaquillé y, tras ponerme el pijama, me metí en la cama.

Cerré los ojos, y en mi mente se formó una imagen que no debería estar ahí, la de Eric observándome con esos ojos verdes de mirada intensa y provocativa, acariciándome como había hecho en el bar.

Me recosté de lado y miré por la ventana, la Luna estaba ahí como cada noche, solitaria y brillante, destacando en la inmensidad del cielo más oscuro.

Hacía algo más de dos años que no estaba con nadie, y realmente no sabía si estaba preparada para hacer aquello a lo que parecía incitar la canción, dejarme llevar y liberarme, atreverme a ser una versión nueva de la mujer que una vez fui.

¿Me atrevería a dejarme llevar?

Capítulo 9



A la hora del desayuno entré en la cafetería del resort y allí los encontré a todos.

Abi sonreía como la joven enamorada que era y Samuel la miraba con adoración, sin duda ese par la noche anterior no habían descansado mucho.

Mis padres también sonreían, y se veían más descansados que ninguno de nosotros. Héctor por su parte estaba dando un sorbo al café mientras revisaba algo en su teléfono, e Izan hablaba con mi madre.

—Buenos días —saludé.

—Hombre, al fin se digna su alteza a aparecer —dijo Izan—. ¿Duermes con tapones en los oídos, o algo?

—¿Por qué? —Fruncí el ceño.

—Porque he llamado a tu puerta unas diez veces, y nada, que la señora no me habría. Solo me faltó echarla abajo como si fuera el lobo del cuento de los tres cerditos.

—Estaría en la ducha —me encogí de hombros.

—¿Qué tal has dormido, hermanita? —preguntó Abi.

—Como un bebé —reí—. Ese colchón es comodísimo.

—¿Verdad qué sí? —sonrió, y asentí.

Se acercó un camarero a ver qué me apetecía tomar, le pedí un café, zumo de naranja y un par de tostadas con mantequilla y mermelada.

—¿Qué planes tenéis para hoy? —curioseó mi padre.

—Yo voy a ir a la playa —contesté—, darme un baño, tumbarme al sol y broncearme. Relajarme, en una palabra

—sonreí.

—Me apunto a eso, hermanita —dijo Abi—. Y me llevo a Trasto, que le encanta el mar. Así Samuel puede trabajar tranquilo, tiene un par de videollamadas hoy.

—¿No vas a descansar en todo el viaje, cuñado? —preguntó mi hermano.

—Parece que no van a dejarme —sonrió.

—Bueno, creo que, a mí, tampoco. Me ha enviado un e-mail uno de los clientes para ver cómo llevo el proyecto, así que me pasaré la mañana con el portátil haciendo algunos planos.

—Menos mal que no nos decantamos por la arquitectura, Vicky —comentó Izan.

—Oye, que vosotros tenéis que poneros con mi vestido, que al final me veo con una cortina envuelta —dijo Abi.

—Hombre, si es así, estilo túnica griega, pues estarías guapísima —contestó él.

—Vamos, que me quieres dar una cortina y listo —resopló mi hermana—. Desde luego, qué verdad esa de que donde hay confianza da asco.

—La cortina al menos tiene todos sus lados cosidos, peor sería que te diera un trozo de tela, sin más.

—Vicky, dile algo —Abi frunció el ceño y me eché a reír.

—Si ya sabes que le encanta buscarte la lengua, tonta.

—Con lo que yo te quiero, niña, que me siento como si fuera tu padre —le dijo Izan, abrazándola.

—Sí, sí, en plan Darth Vader y la princesa Leia —volteó los ojos.

—Uy, lo que ha dicho. Que me ha llamado mal padre —mi amigo se llevó la mano al pecho, en plan ofendido.

Todos acabamos riendo, me sirvieron el desayuno y mientras lo tomábamos, mis padres dijeron que iban a ir a conocer Marbella y pasar el día fuera. Samuel comentó que le iba a pedir a su tío que les dejara un coche de modo que pudieran moverse sin necesidad de depender de un taxi.

—A ver si nos vamos a perder —contestó mi madre.

—Lola, mi amor, que llevamos el GPS del móvil —dijo mi padre.

—Buenos días —la voz de Eric hizo que me sobresaltara, y cuando miré, vi que estaba justo a mi lado, como si no hubiera más sitios donde colocarse.

—Eric, buenos días —sonrió mi madre—. ¿No desayunas con nosotros?

—Soy de los que toman un café rápido, Lola —comentó con una leve sonrisa—, ya sabes, el trabajo manda.

—Pues muy mal, el desayuno es una de las comidas más importantes del día. Hay que alimentarse bien.

—Desde luego, Lola, la vena de madre te sale con cualquiera que tenga menos edad que tú —suspiró mi padre.

—¿Qué tal vuestra primera noche en la cabaña? —curioseó Eric.

—De maravilla, y como dice Victoria, ese colchón es comodísimo —contestó mi madre, y me gané una mirada de Eric.

Esos ojos verdes hacían estragos en mi persona, sin duda se iban a convertir en algo así como mi Kryptonita, por el amor de Dios.

—Tío, Lola y Antón quieren salir del resort para conocer Marbella, les he dicho que podían llevarse un coche.

—Claro, sin problema. Rober y yo tenemos varios, podéis coger uno.

—Gracias, Eric —de nuevo mi madre y su sonrisa.

—Debo volver al trabajo, cualquier cosa que necesitéis, no dudéis en pedirla.

Todos sonreímos y Eric me dedicó una mirada y una leve sonrisa con un discreto guiño antes de irse.

Terminamos de desayunar, Samuel y mi hermana acompañaron a nuestros padres por el coche y quedé en verme con ella en la puerta de su cabaña.

Héctor se fue hacia la suya para trabajar, y ese fue el momento que Izan aprovechó para chismear conmigo, como él decía siempre.

,

—Nena, el tío Eric te hace ojitos —dijo, pasándome el brazo por los hombros.

—Madre mía, la que me ha caído contigo —resoplé.

—A ver si ahora me vas a decir que no te has dado cuenta, porque no puedes mentirme y lo sabes.

▷ —Izan, bastantes problemas tengo ya con un ex, como para enredarme con otro hombre.

—Vicky, no va a matarte un poco de sexo, en serio. Ni arderás en el Infierno por eso.

—¿Se te ha olvidado que es el tío de mi cuñado? —Arqueé la ceja.

—¿Y? Mejor, así todo queda en familia. Igual hasta hacéis dos bodas el mismo día, como en las ofertas de los supermercados.

—Señor, dame paciencia —miré al cielo.

—Paciencia que me dé a mí, que veo que aquí vais a acabar pecando todos, y yo sujetando las velas —resopló.

▷ —No tienes remedio, en serio —reí.

—Bueno, me voy a ir a echar un vistazo al campo de golf, a ver si hay algo interesante por esa zona —dijo, dándome un beso en la mejilla—. Y no seas tonta, piensa en lo que hemos hablado. ¿Qué más da que sea el tío de Samuel? Hazme caso, Vicky, ese hombre no te quita la vista de encima y estoy seguro que estaría más que dispuesto a ser el que te ayude a deshacerte de las telarañas.

—Mira que eres pesadito —suspiré.

—Yo también te quiero —sonrió haciéndome un guiño.

Lo vi alejarse y me quedé esperando en la cabaña de Abi a que llegara. Mi móvil empezó a sonar y vi que era Miguel, suspiré cerrando los ojos y entendí que no pensaba dejarme tranquila.

—Miguel, ¿qué quieres ahora? Ya debes tener el dinero en la cuenta, déjame en paz.

—Todavía no hemos acabado, amor mío, tienes que seguir aguantándome.

—Porque te niegas a firmar el divorcio, por eso tengo que aguantarte. ¿Para qué me llamas? Estoy de vacaciones, te lo dije.

—Pues las aplazas, necesito que vuelvas para lo que te dije ayer.

—No, en serio, no soy un perro al que puedas decir ven, siéntate, y esas cosas. Emilia y Raquel se pueden encargar, de hecho, les envié un mensaje para decírselo y están esperando que vaya la chica para hablar con ella.

—No me jodas, Victoria, no vas a dejarme mal otra vez con este cliente.

—Miguel, que te quede claro que me importa bien poco si quedas mal o no con alguien. Hay muchos vestidos de la nueva colección que esa chica puede escoger, que lo haga. Y deja de llamarme, vive tu vida y permite que yo viva la mía.

Colgué y en ese momento escuché a mi hermana.

—¿Qué quería ahora?

—Nada, cariño —sonreí—. Ya sabes que adora molestarte.

—Si tuvieras una pareja no te molestaría tanto, es como si pensara que algún día te dirá que quiere volver y tú simplemente saltarás a sus brazos —volteó los ojos.

—Sabe más que de sobra que eso no pasará. ¿Vamos a la playa?

—Sí, voy a ponerme el bikini y a preparar a Trasto —sonrió.

Asentí, me despedí de Samuel, que estaba hablando por teléfono, y entré a mi cabaña por la bolsa con mis cosas de playa, incluidas las gafas de sol.

Cuando regresé no tardé en ver al Golden rubito correr hacia mí, sonreí y me incliné para hacerle esos mismos que tanto le gustaban y tan feliz le hacían mostrarse, moviendo su cola de un lado al otro.

—Pero qué guapo eres, Trasto —dije rascándole tras las orejas—. ¿No dirán nada porque esté el perro por aquí?

—No, tranquila, Eric permite que los huéspedes traigan a sus peludos y vayan a la playa, desde que Trasto entró en la vida de su sobrino —sonrió.

—Así que es en un resort *pet friendly* —reí.

—Exacto. ¿Vamos?

—Sí.

Nos pusimos en marcha para ir hacia la playa y cuando llegamos, vi que había otros perros por allí correteando, jugando con los niños y entrando y saliendo del agua con toda la normalidad del mundo.

Acomodamos nuestras toallas a la sombra de una palmera y Trasto no tardó en tumbarse mientras nosotras nos quitábamos la ropa, quedándonos en bikini.

En el momento en el que Abi le dijo, a nadar, Trasto se levantó y fue corriendo al agua.

Reí al verle, y poco después empezó a jugar con otros perros que había por allí cerca.

Mi hermana pequeña y yo disfrutamos del baño, pero no dejó pasar la conversación que había tenido con mi ex y le conté a qué se debía.

—No va a dejarte nunca en paz, Vicky —suspiró.

—Acabará firmando el divorcio —sonreí, pues sabía que lo haría cuando terminara de pagar ese dinero que me prestó—, y no volveré a saber nada de él.

—¿Por qué simplemente no lo hace y ya, te deja ser libre, como es él?

—Vamos a olvidarnos del tema, ¿vale? Estamos de vacaciones y no quiero que nadie nos las estropee.

—Ven, vamos a hacernos una foto y la subo a mis redes, que vea Miguel que a pesar de la lata que da, tú sigues adelante con tu vida y sin él —sonrió.

Llamó a Trasto, que tan obediente como siempre nos siguió hasta las toallas después de sacudirse el agua, y allí se acomodó en una que Abi había preparado para él y que no se llenase de arena el pelaje.

e

Cogió su móvil y empezamos a posar como auténticas modelos, sonriendo, con las gafas de sol puestas, con ellas a modo de diadema en la cabeza, poniendo morritos, riendo y con Trasto entre medias en alguna de ellas, y las subió a sus redes.

—Abi.

—Dime —contestó mientras miraba la pantalla del móvil.

—¿El tío de Samuel alguna vez te ha hablado de mí?

—¿Hablarle en qué sentido? ¿Si ha preguntado por tu vida sentimental y todo eso?

—Bueno...

—No creas que no me he fijado en que te mira —sonrió—. Creo que le gustas desde que le enseñé una foto en la que estamos juntas.

—¿Y por qué le enseñaste una foto?

—Primero, para que conociera a mi familia, ya que no venía a Madrid. Y segundo, porque es un hombre atractivo

soltero y cariñoso, y creo que haríais buena pareja.

—Espera... ¿Me estás diciendo que tu intención cuando le enseñaste mi foto, era la de liarnos?

—Algo así —se encogió de hombros.

—No me lo puedo creer...

—Pues créetelo, porque no es solo cosa mía —sonrió—. Samuel también está colaborando.

—¿Qué?

—Lo que oyes. Quiere ver a su tío feliz y enamorado como está él.

—¿Pero por qué os metéis a casamenteros vosotros dos?

—Porque podemos. Miguel no te hizo feliz, hermanita, y acabó haciéndote daño. Y Eric, bueno, desde que el padre de Samuel perdió a su esposa, dijo que no iba a enamorarse nunca para no sufrir de ese modo, como les había pasado a su hermano y a su padre. Porque sí, la abuela de Samuel también murió cuando Eric y su hermano eran unos críos, y su padre lo pasó mal. Eric no quería eso y su vida se limita al sexo. Que no digo que no esté bien, pero el sexo con amor es una pasada —sonrió al tiempo que me hacía un guiño.

—Prefiero no imaginar a mi hermanita pequeña teniendo sexo.

—No me imagines, no —rio—. No quiero que te escandalices.

—Hombre, a no ser que me digas que Samuel y tú recreáis escenas al estilo del señor Grey, no vamos mal —mi hermana pequeña, esa que aún seguía siendo una niña a mis ojos, se mordió el labio y miró hacia Trasto, evitando así el contacto visual conmigo—. ¿Abi? —Arqueé la ceja— Dime que lo que se me acaba de pasar por la cabeza, es una locura.

—Es sexo, Vicky, y con amor, como te he dicho, ese sexo es mucho mejor.

—Ay, mi madre. ¿Samuel y tú tenéis un cuarto rojo?

—No —rio—. Pero sí que tiene algunas cosas en su casa.

—Estoy alucinando, mi dulce niña es un diablo —al escucharme, Abi soltó una carcajada y acabamos las dos tiradas en las toallas muertas de risa.

, No me hubiera imaginado nunca que mi hermanita pequeña fuera tan atrevida en cuanto al sexo, pero desde luego

que las nuevas generaciones conseguían sorprendernos.

—Vicky.

—Dime, cariño —estábamos en las toallas y ella tenía la cabeza apoyada en mi vientre, mirándome.

—No te escandalices, ¿vale? Pero Rober y Eric tienen un local fuera del resort —dijo, y por cómo se mordía el labio y la conversación que acabábamos de tener, algo me olía, pero preferí preguntar.

—¿Qué tipo de local?

—Un local de sexo —contestó, y suspiré.

—Empezaba a sospecharlo —sonreí—. ¿Tú has estado?

—Sí, con Samuel. Pero solo con él, no tenemos sexo con otras personas. No somos una pareja liberal.

—Ok. Creo que estoy teniendo demasiada información hoy —me incorporé y ella se sentó a mi lado.

—Si quieres ir a conocerlo, solo... dímelo, y Samuel lo organiza.

—¿Eres consciente de que nuestro hermano sí va a querer ir, cierto? Y también Izan.

—Contaba con ello, pero quería evitar que me hicieran preguntas incómodas.

—Pues te las van a hacer, como, por ejemplo: ¿dónde está la niñita que todos tuvimos en brazos hace veinticinco años? —le acaricié la mejilla y ella sonrió.

—Se convirtió en mujer —se encogió de hombros.

—Una gran mujer, de hecho —la abracé—. Se siente raro esto de que mi hermana pequeña me hable de sexo.

—Pues me he quitado un peso de encima, la verdad.

—Así que tengo por cuñado a la versión española y rubia de Christian Grey. Qué fuerte.

—No tanto —rio.

—Bueno, mejor vamos a tomar un poco el sol antes de ir a comer. Y que sepas que no voy a poder volver a ver a mi cuñado con los mismos ojos, sabiendo lo que sé.

—Mientras no se enteren papá y mamá, porque ahí sí que me muero de vergüenza, vamos.

—Tranquila, que no se van a enterar. Cuando se lo contemos a Héctor y a Izan, no se lo van a creer.

—No tengas prisa, ¿eh?

Reí al ver la cara de circunstancia que ponía, saqué la crema protectora y nos pusimos la una a la otra un poco para tomar el sol.

En ese momento sentí que el modo en el que Eric exudaba poder dejaba claro que ese hombre era del tipo dominante. Me estremecí durante unos instantes al pensar en él en ese aspecto de su vida.

¿Cómo sería el sexo con alguien como él? Mierda, no podía estar pensando en eso. ¿Y era por esa razón por la que me deseaba, para tener sexo en un cuarto rojo del dolor conmigo?

Dios mío... ¿En qué me iba a meter Abi?

—Mientras no se enteren papá y mamá, porque ahí sí que me muero de vergüenza, vamos.

—Tranquila, que no se van a enterar. Cuando se lo contemos a Héctor y a Izan, no se lo van a creer.

—No tengas prisa, ¿eh?

Reí al ver la cara de circunstancia que ponía, saqué la crema protectora y nos pusimos la una a la otra un poco para tomar el sol.

En ese momento sentí que el modo en el que Eric exudaba poder dejaba claro que ese hombre era del tipo dominante. Me estremecí durante unos instantes al pensar en él en ese aspecto de su vida.

¿Cómo sería el sexo con alguien como él? Mierda, no podía estar pensando en eso. ¿Y era por esa razón por la que me deseaba, para tener sexo en un cuarto rojo del dolor conmigo?

Dios mío... ¿En qué me iba a meter Abi?

Capítulo 10



Después de esa mañana de hermanas que habíamos tenido Abi y yo, comimos con nuestro hermano, con Samuel y con Izan.

Mis padres nos habían enviado una foto en un restaurante del puerto comiendo, ambos con una copa de vino en la mano y la mejor de sus sonrisas. Era como si estuvieran viviendo una segunda luna de miel tantos años después.

Tomamos café y nos despedimos acordando vernos para la cena y después ir a tomar algo. Samuel y Abi dijeron que irían a dar un paseo por el resort con Trasto, mientras que mi hermano, iba a seguir trabajando durante la tarde.

Izan y yo entramos en mi cabaña, nos acomodamos en el porche disfrutando de las vistas que nos ofrecía el mar, y hablamos del vestido de novia que estaba diseñando para mi hermana pequeña.

Me pidió ver los bocetos que tenía hasta el momento y fui a coger mi cuaderno.

—Son preciosos, Vicky —dijo pasando las páginas—. Este es una fusión de los dos anteriores, ¿no?

—Ajá, sí. Solo son pruebas, pero quería ver si podía unir dos ideas y crear algo especial.

—Va a ser la novia más guapa a la que hayas vestido, lo sabes, ¿verdad? —me miró y sonreí.

—Por eso quiero hacer varias pruebas, tengo muchas ideas en mente y el vestido de Abi quiero que sea no solo especial, sino que la haga sentirse una reina.

—Todos tus diseños son especiales, Vicky, las novias quedan fascinadas al ver lo que has hecho para ellas. Incluso tu vestido fue una auténtica preciosidad, lástima que lo hicieras trizas cuando supiste lo de Miguel —suspiró.

—Siempre supe que nunca iba a volver a usarlo, y además no tendría una hija que quisiera utilizarlo.

—Venga, cambiemos de tema porque no quiero saber nada de la sabandija. ¿Qué tal con el señor ojos verdes?

—¿Qué quieres saber exactamente, Izan?

—¿De verdad no te gusta?

—Yo no he dicho eso.

—Entonces te gusta —sonrió.

—Tampoco he dicho eso. Es evidente que es un hombre guapo.

/

—Muy guapo, sí. Lástima que no sea gay —suspiró.

—Por lo que me ha dicho Abi, Eric no busca enamorarse.

—Más a tu favor, una aventura de verano —hizo un guiño.

—No cantes victoria. ¿Sabes que mi hermanita pequeña y su prometido, se han propuesto hacer de casamenteros con Eric y conmigo?

/

—¿Y eso cómo es?

—Pues...

Y así empecé a hablarle de todo lo que me había contado esa mañana en la playa la que una vez fue mi dulce niñita, y que ahora era una mujer adulta que tenía más vida sexual que yo.

Izan me escuchaba atentamente, sin interrumpir y sin casi pestañear, sin duda se había quedado tan en shock como yo, al saber que el tío de mi cuñado tenía una doble vida fuera del resort.

—Estoy flipando, nena. ¿De verdad me estás diciendo que Abigail, nuestra pequeña Abigail, tiene sexo rollo Grey con el encantador Samuel?

—Eso parece, sí.

—Virgen Santa, con la cara de niño bueno que tiene el arquitecto. Desde luego, qué cierto es eso de que, “a la Chita callando no todo ángel es tan santo” —resopló y me eché a reír.

—¿Qué refrán es ese? —pregunté sin poder dejar de reír.

—Yo qué sé, me he puesto nervioso. ¿Y dice la niña que el tío Eric tiene un local de sexo?

—No es tu tío Eric, Izan.

—Nena, si me enseña su cuarto rojo puede llamarme sobrino y lo que quiera.

—Él no es gay, a ver si le vas a tirar la caña...

—Si pica, eso que me llevo. ¿Tú lo has visto bien? Ese hombre debe ser familiar de Brad Pitt. Se parece al actor.

—Ahora que lo dices, sí, tiene un ligero parecido.

—Yo que tú, dejaba que me hincara el diente rollo, *Entrevista con el vampiro*, no te digo más.

—Tú es que dejarías que te mordiera cualquiera.

—No, cariño, cualquiera no, que tengo mis gustos. El socio del tío Eric, por ejemplo, pero es hetero, muy hetero
—suspiró.

Su móvil empezó a sonar y al echar un vistazo, frunció el ceño.

—¿Qué pasa? —curioseé.

—Es Travis —contestó mientras se quedaba mirando la pantalla—. ¿Para qué me llama?

—Si no descuelgas, no lo vas a ser.

—Es que no sé si quiero hablar con él. A ver, que me dejó hace seis meses.

—Izan, te mueres de curiosidad.

/ —Yo creo que en otra vida fui un gato —resopló mientras se ponía en pie, descolgando la llamada—. ¿Hola?
Travis, ¿qué tal?

Sonreí al verlo entrar a la cabaña. Izan estuvo muy enamorado de Travis, ese diseñador de padre neoyorquino y madre madrileña al que conoció hacía ya tres años y con el que estuvo saliendo durante dos años.

Al igual que yo cuando se acabó mi matrimonio, mi mejor amigo sufrió con esa ruptura pues pensaba que era el verdadero amor de su vida.

Cerré los ojos mientras respiraba disfrutando del aroma al agua salada que me llegaba desde el mar, de la tranquilidad que había alrededor, sin el ruido que a diario era parte de mi rutina en Madrid, y el canto de algunos

pájaros que sobrevolaban por allí.

Me llegó una notificación al móvil y al cogerlo, era un mensaje de un número que no tenía guardado.

Desconocido: *Buenas tardes, Victoria, soy Eric. Esta noche para la cena quiero que preparen algo especial con lo que sorprenderos, y me preguntaba si alguno de vosotros tiene alergia a los frutos secos. Pistachos, concretamente.*

Fruncí el ceño al leer aquel mensaje, pero acabé por sonreír.

Victoria: *Buenas tardes, Eric. No, nadie de la familia tiene alergia a los pistachos. De todos modos, no es necesario que pidas que preparen algo que esté fuera de carta, en serio, todos los platos que hay en ella deben ser deliciosos.*

Eric: *No es un plato salado, preciosa, se trata de un postre. ¿Cómo está yendo la tarde?*

Victoria: *Estoy con Izan en la cabaña, hablando de unas cosas que me ha contado Abi esta mañana. Cosas que nos han dejado a los dos realmente sorprendidos.*

Dudé antes de enviar el mensaje en si decirle sobre lo que había hablado con mi hermana pequeña o no, pero finalmente no comenté nada.

Eric: *Disponemos de servicio de habitaciones, si os apetece pedir café, un cóctel, o cualquier cosa, no dudéis en hacerlo. Disfruta de la tarde, nos vemos en la cena.*

Victoria: *Es bueno saberlo, gracias. Igualmente, hasta luego.*

—Después de seis meses, pregunta por un reloj que ha echado en falta y quería saber si estaba en mi casa —dijo Izan volviendo al porche y sentándose a mi lado.

—¿Y está en tu casa?

—No, se lo llevó junto con las pocas cosas que tenía allí. Si no lo encuentra, él sabrá qué ha hecho con el reloj, ¿a mí qué me cuenta? Igual pensaba que me lo había quedado yo para ver si cuando viniera a recuperarlo, se arrepentía y volvía conmigo. Pues no, lo quise mucho, pero no voy a volver con él. En fin... ¿Qué has hecho en mi ausencia, vida mía?

—Poca cosa, disfrutar de la paz que hay aquí, y hablar con Eric.

—¿Desde cuándo tienes su número? —Arqueó la ceja.

—No lo tenía, pero ahora sí.

—¿Te ha hecho alguna proposición indecente? ¿Quiere invitarte a su cuarto de juegos?

—Por Dios, Izan, controla tu mente y tu boca cuando estén mis padres delante, que no pueden saber nada de esto, Abi se moriría de vergüenza.

—Sí, tranquila, que mis labios están sellados. Pero, venga, dime: ¿qué quería el señor ojos verdes?

—Solo preguntaba si alguno de nosotros tenemos alergia al pistacho, al parecer va a pedir que preparen un postre especial para la cena.

—Hum, a mí me suena a excusa para hablar contigo.

—Teniendo en cuenta que mi hermana y su sobrino quieren emparejarnos, y que solo ellos le han podido dar mi número de teléfono, sí, creo que era una excusa —sonreí.

—En serio, Vicky, suéltate el pelo y deja que todo fluya. No vas a ir al Infierno por disfrutar un poquito de la vida y del sexo. Aunque bueno, al Infierno te quiere llevar él, diría yo.

—Él puede querer llevarme a muchos sitios, otra cosa es que yo, acepte ir —sonreí.

—Pues acepta, hija, acepta porque seguro que el tío Eric hace que descubras el verdadero placer en el sexo, no como la sabandija.

—Dejemos el tema de mi ex para cuando volvamos a Madrid, por favor, quiero tener unas felices y tranquilas vacaciones.

—Y placenteras, nena, no te olvides que el tío Eric seguro que está más que dispuesto a hacer de tus vacaciones, las más placenteras de tu vida —dijo, mientras me señalaba con el dedo.

Izan no tenía filtro, y remedio tampoco, su locura, esa que era sumamente contagiosa, aparecía cuando menos la esperabas.

Dejamos todos los temas a un lado y cogí el cuaderno de bocetos para hacer algunos trazos, había poco tiempo para diseñar el vestido perfecto para Abi y quería poder enviarle a Emilia una foto del definitivo para que comenzaran a confeccionarlo nuestras modistas.

Ese debía ser el mejor vestido que mi mente y mis manos hubieran creado, pues era para una de las personas más especiales e importantes de mi vida.

Eran cerca de las ocho cuando Izan se despidió de mí, con un beso en la frente y fue a su cabaña a prepararse para la cena, dejándome sola en la mía para ducharme y vestirme.

Eché un vistazo a la ropa que había llevado, y sonreí al decidirme.

Eran cerca de las ocho cuando Izan se despidió de mí, con un beso en la frente y fue a su cabaña a prepararse para la cena, dejándome sola en la mía para ducharme y vestirme.

Eché un vistazo a la ropa que había llevado, y sonreí al decidirme.

Capítulo 11



Entré en el restaurante y vi que mi hermana y Samuel estaban en la barra, ella reía mientras él parecía susurrarle algo al oído.

Se miraron con esa complicidad que había entre ellos desde el inicio de su relación, y acabaron dándose un breve beso en los labios antes de que Samuel la abrazara y ella cerrara los ojos con la cabeza apoyada en su pecho.

Sonreí, pues aquella muestra de cariño y ternura en un lugar público, sin que le dieran la más mínima importancia a lo que pudiera decir la gente que les rodeaba, era señal inequívoca de que se amaban por encima de todo.

—Hola, parejita —saludé al llegar, y mi hermana se apartó de su prometido para abrazarme.

—Vicky. Pero qué guapa te has puesto —sonrió.

—No es nada, cariño —le devolví la sonrisa.

—Pues tienes varias miradas puestas en ti, cuñada —comentó Samuel, y al mirar donde él lo hacía, que era justo tras de mí en la barra, vi que había un grupo de hombres observándome.

Llevaba una falda negra a la altura de las rodillas, una blusa de tirante fino en color rosa, y los zapatos de tacón también negros.

—Estaremos de vacaciones, pero hay que cenar elegantes con nuestros padres —me encogí de hombros.

—Ahí lleva razón mi hermana, mamá no nos dejaría ponernos unos leggins para venir a cenar —rio Abi.

—Por ahí llegan tus padres —dijo Samuel, y no tardamos en verlos aparecer a nuestro lado.

—Buenas noches, mis niñas —mi madre nos abrazó a ambas, y después lo hizo mi padre.

—Buenas noches, mamá. ¿Qué tal lo habéis pasado de excursión hoy? —preguntó Abi.

—Muy bien, volveremos a salir otro día, hay cosas que no hemos visto —contestó mi padre.

—Sí, y vuestro padre se ha empeñado en que quiere alquilar un barco y que nos lleve a navegar. Se ha vuelto loco —dijo mi madre, al tiempo que negaba.

—Esa es una buena idea, mamá. ¿Y si vamos con ellos, Samuel? —le propuso Abi.

—Claro, mi tío conoce al dueño de una de las empresas de alquiler, le diré que hable con él y que nos busque un barco adecuado.

—Estáis todos locos, yo no me subo a un barco, ni borracha.

—Mamá que no es para tanto —sonrió mi hermana—. No va a pasar nada.

—¿Y si me mareo? ¿Y si me pongo malísima?

—Pues te tomas una pastilla contra el mareo, mi amor, que te lo he dicho antes —contestó mi padre.

—Nada, que me veo subiendo a un barco como si fuera la protagonista de la canción de Perales —resopló, y nos echamos los tres a reír al escucharla.

—No llegamos tarde, menos mal —me giré al escuchar la voz de Izan.

—No, pero ya íbamos a ir a la mesa y empezar a cenar sin vosotros —contesté.

—Y habríais sido capaces —protestó mi hermano.

—Buenas noches —la voz de Eric hizo que me estremeciera, lo miré por encima del hombro y sentí un cosquilleo que no debía ser normal.

—Buenas noches, Eric —saludó mi padre.

—¿Vamos a la mesa? —propuso, y como todos estaban por delante de mí, comenzaron a caminar y me quedé a su altura. Noté que posaba la mano en la parte baja de mi espalda y tragué con fuerza mirándolo por el rabillo del ojo — Estás muy guapa esta noche, Victoria —murmuró en mi oído.

—Gracias —respondí.

Nos sentamos a la mesa y no tardaron en servirnos el vino. Izan preguntó por Rober, y Eric dijo que estaba atendiendo unos asuntos de trabajo y no podía acompañarnos. El camarero esperó a que pidiéramos cada uno lo que iba a cenar y cuando tuvo todo anotado, se retiró para ir a buscar los primeros platos.

Mi hermana comentó con él lo del barco, y Eric dijo que llamaría al día siguiente a su amigo para ver cuándo podía alquilar uno para que saliéramos todos a navegar.

Cenamos y de nuevo la conversación se centró en la vida de los futuros novios. Mi hermano preguntó dónde irían de luna de miel y Samuel sonrió escuchando a mi hermana dar la respuesta.

—No lo sé, eso parece un secreto de Estado porque no me lo quiere decir.

—Es una sorpresa, pequeña, ya te lo dije —contestó Samuel.

—Pero tendré que saber qué llevar, ¿no? O sea, qué meto en la maleta. ¿Ropa de verano o de invierno? ¿Va a hacer calor o me llevas a que se me congelen las ideas al Polo Norte?

—Cariño, tú mete un poco de todo por si acaso —reí—, y si te falta ropa de algún tipo, la compras allí donde sea que vayas.

—Pues menuda maleta voy a tener que llevar. Me veo cargando con un baúl, como las vedettes —volteó los ojos.

Mi madre le aconsejó lo mismo, que llevara ropa variada puesto que, aunque donde fueran pudiera hacer calor, por la noche a lo mejor cambiaba la temperatura y refrescaba.

—Ya sabes que una rebequita siempre hace falta —comentó, al tiempo que mi hermano, Izan y yo decíamos lo mismo que ella.

—Estabas tardando en decirlo, mamá —rio Héctor.

—Es que es verdad —mi madre frunció el ceño—. Cuando seáis padres todos vosotros —nos señaló uno a uno—, me daréis la razón.

—Algunos ya tenemos una edad en la que no creo que tengamos hijos —dijo Eric.

—Muchacho, nunca digas de esta agua no beberé —contestó mi padre.

—Ni este cura no es mi padre —añadieron Izan y mi hermano, al unísono, pues con esa frase también solía acabar mi progenitor.

—Es verdad, tío Eric, tampoco eres tan mayor como para no tener hijos.

—No sé las veces que me has pedido un primo, Samuel —sonrió él.

—Era hijo único, y cuando me quedé a tu cargo, eché en falta un primo —dijo con una sonrisa.

—Lo que está claro es que, a día de hoy, la primera en darte nietos va a ser Abi, mamá —comentó Héctor.

—Pero será más adelante, hermanito —sonrió ella.

—Yo os digo una cosa, cuando nos anunciasteis que os casabais, pensé que era porque estabas embarazada.

—Pues no, papá, todavía no vais a ser abuelos.

—Ya lo veo, ya.

Seguimos cenando, charlando y riendo con las locuras de unos y otros, y cuando terminamos, mis padres se fueron a su cabaña a descansar mientras los demás subimos a un par de coches que nos llevaron a la zona de marcha del resort.

Entramos en el local y al igual que la noche anterior, aquello estaba lleno de gente.

Vi a varias chicas tomándose fotos en la parte de la piscina, saludaron a Eric con una sonrisa de lo más pícaro y él asintió.

—Ya le han echado el ojo al rubio —comentó Izan, y todos le oímos, obviamente.

—Son influencers —dijo Eric—. Han venido para un evento en Marbella y dado que se alojan aquí, nos hacen un poco de publicidad.

—Nena, a mí se me está ocurriendo una idea —Izan me miró mientras se rascaba la barbilla con dos dedos.

—Y a mí tus ideas me dan miedo, no lo olvides —le recordé.

—¿Y si promocionamos aquí la nueva colección de vestidos de novia? Este es el lugar perfecto. Solo hay que pedir a Emilia y Raquel que nos los hagan llegar, encontrar una modelo y... No, no, olvida lo de la modelo. Os tenemos a Abi y a ti.

—¿Qué? —grité yo.

—¡Sí! —gritó mi hermana pequeña al mismo tiempo.

—¿Te has vuelto loco? Soy la diseñadora, no voy a posar para hacerme fotos con alguno de mis vestidos de novia. Además, la colección ya fue promocionada.

—Sí, con fotos de estudio y fondo blanco, como todas. Repito, nena, este es el lugar perfecto para promocionar esos vestidos.

—Vamos, Vicky, no seas así. ¿Quién mejor que una misma para promocionar sus diseños? Incluso podríamos posar juntas cada una con un vestido, este lugar es perfecto. Tenemos piscina, playa, un restaurante, zonas de palmera con una luz maravillosa para las fotos. Además, pueden maquillarnos y peinarnos los estilistas del salón de belleza, ¿verdad, tío Eric?

—Abi, no puedes estar hablando en serio.

—Totalmente en serio, hermanita —sonrió.

n—Yo estoy con ellos, es una buena idea, Vicky —dijo Héctor.

—¿Os recuerdo que hemos venido para estar de vacaciones? Va-ca-cio-nes —deletréé.

—No os llevará mucho tiempo —contestó Samuel—. Incluso me ofrezco para posar con un traje como si fuera el novio.

—Ay, por Dios —resoplé—. Habría que traer un fotógrafo.

—Puedo ponerte en contacto con uno de aquí —comentó Eric.

—¿Lo ves, nena? Todo perfecto. Y no necesitaremos más de tres días para hacer esas fotos.

—Para una vez que nos cogemos un mes entero de vacaciones, Izan, nos traemos el trabajo —suspiré.

—Eso es que va a decir sí —rio mi amigo.

—Pero te encargas tú de todo —le advertí, señalándole—. Hablas con las chicas y que nos hagan llegar los vestidos, negocias con el fotógrafo y buscas dos modelos.

—No, no, de eso nada. Vamos a ser nosotras —dijo Abi.

—Necesito una copa, algo fuerte —dije mientras llamaba al camarero—. Whisky con hielo, por favor.

Todos me miraron como si me hubieran crecido tres cabezas de repente, pero me dio igual. En cuanto tuve el vaso de whisky delante, le di un buen sorbo, aquello quemaba horrores, pero no me importó.

.. —Que no se me vea demasiado la cara, es lo único que os pido —les advertí a mi hermana, y mi loco mejor amigo.

—¡Ay qué te como! —Izan me abrazó con todas sus fuerzas y yo suspiré.

Pedimos las bebidas, yo opté por un gin tonic pues el whisky, definitivamente, no era lo mío, y mi hermano no tardó en irse para hablar con las chicas con las que había estado la noche anterior.

—De aquí sale con novia —rio Abi.

—Bueno, a ver si alguna tiene un amigo para mí —comentó Izan—. Y otro para ti, nena —me dio un codazo.

Lo miré con los ojos muy abiertos queriendo fulminarlo, pero nada, ahí seguía él bebiendo de su copa.

Tampoco me pasó desapercibido el modo en el que mi hermana y Samuel miraban a Eric, que parecía ajeno a la conversación, pero que estaba atento, así me lo decía la sonrisa de medio lado que tenía mientras se acercaba el vaso a los labios para dar un sorbo.

—Vamos a bailar, cariño —dijo Abi tirando de Samuel, y ambos fueron hacia la zona de baile.

—Voy a hacer compañía a Héctor, que lo veo muy solo —comentó Izan, y también se fue dejándome en la barra con Eric.

Suspiré, di un buen trago a mi bebida y cuando dejé la copa en la barra, Eric me observaba apoyado en ella con el codo.

—¿Bailamos? —propuso tendiéndome la mano.

Tragué saliva al ser consciente de nuevo del modo en el que me miraba, y acepté bailar con él. No sabría decir qué me pasaba al estar con Eric, pero era como si un imán tirara de mí, atrayéndome hasta él constantemente.

Al igual que la noche anterior comprobé que lo suyo era el baile sensual, era incluso seductor, y acabé riéndome sola.

—¿Te has acordado de algo gracioso, preciosa? —curioseó, mientras pegaba mi espalda a su pecho.

—No, me río por algo que acabo de pensar.

), —¿Puedo saberlo?

—Tu modo de bailar, tan sensual, ¿es el modus operandi que tienes para seducir a una mujer y conseguir que se vaya contigo a la cama?

—¿En serio acabas de preguntarme eso? —arqueó la ceja, y empezó a reír poco después— No bailo mucho, la verdad.

—Pues para no bailar, te mueves como un profesional.

—Digamos que bailar es como tener sexo, debes saber moverte en el momento indicado, hacer que la otra persona se sienta cómoda y llevarla donde ambos queréis.

—Jamás me habían dicho algo así de un baile.

—¿Y alguna vez te han dicho que tienes unos labios muy tentadores? —preguntó con un susurro ronco y sí, de lo más seductor, mientras observaba mis labios— Incitan a ser besados, preciosa —dijo acercándose aún más a él.

Me estremecí de nuevo, y al mirarlo a los ojos sentí una vocecita en mi cabeza que decía que me dejara llevar, que hiciera caso a las palabras de la canción de la noche anterior.

Pasé la lengua despacio por mis labios, mordisqueé el inferior, y estos se abrieron diciendo unas palabras que no creí que me atrevería a decir nunca.

—Y si deseas besarlos, ¿por qué no lo has hecho ya? —mi voz sonó incluso sensual, algo que me sorprendió a mí misma.

—No me tientes, preciosa.

Se quedó unos instantes más mirándome, hasta que acortó la distancia que nos separaba y sentí sus labios, carnosos y posesivos, sobre los míos.

¿

Cerré los ojos ante aquel asalto y dejé que ocurriera, me sentía como si en el fondo yo misma deseara que ocurriera aquello y mi cuerpo, todo mi ser, lo hubiera pedido a gritos.

Noté el brazo de Eric alrededor de mi cintura, estrechándose con fuerza mientras su otra mano sostenía mi mejilla. Su tacto era suave, cálido, compitiendo con la manera posesiva en la que me mantenía junto a él.

Suspiré cuando se apartó, lo miré y vi que sus ojos brillaban de un modo distinto.

—Ahora que te he probado al fin, Victoria, quiero más —sentenció, y mentiría si dijera que yo no quería más de ese hombre.

¿Era posible que un simple beso me hiciera sentir y desear querer más de él? ¿Que aquella inocente caricia en mi mejilla hubiera sido suficiente para que mi cuerpo quisiera que Eric tocara cada rincón?

Pues parecía que sí, porque de mis labios salieron unas palabras que nunca creí que diría sin apenas conocer a una persona.

—Yo también quiero más.

1

2

Pues parecía que sí, porque de mis labios salieron unas palabras que nunca creí que diría sin apenas conocer a una persona.

—Yo también quiero más.

Capítulo 12



El trayecto hasta la cabaña de Eric, esa que estaba cerca de la playa, solitaria, lejos de los edificios de habitaciones, las cabañas y villas de huéspedes, e incluso de todo lo demás que formaba parte del ocio del resort, fue rápido en uno de los coches que él mismo condujo, pero también lo hicimos en silencio.

Estaba nerviosa, no iba a mentir al respecto, y eso a mis cuarenta años era gracioso, como diría Izan.

No era una joven inexperta y virgen que iba a tener sexo por primera vez, pero cierto es que había pasado un tiempo desde la última, y durante muchos años solo estuve con un hombre, por lo que me sentía avergonzada al ir a dejar que otro me viera desnuda.

—Esto ha sido un error —murmuré cuando Eric paró el coche en la entrada de su cabaña, pero él me había escuchado, por supuesto que lo había hecho.

—No tienes que estar nerviosa, Victoria —dijo mientras me cogía la mano, lo miré y vi cómo la acercaba a sus labios para besarla.

Bajó del coche y yo me quedé allí como paralizada, eso sí que era vergonzoso. Se suponía que aquel hombre tenía delante a una mujer adulta y madura, no una niña asustada.

Eric sonrió al llegar a mi lado, me cogió en brazos y comenzó a caminar hacia la puerta.

—¿Qué haces? —pregunté.

—Llevarte en brazos, ¿qué más parece que esté haciendo?

—Dios, esto es vergonzoso —hundí el rostro en su cuello, una mala idea, por cierto, porque su olor era más que suficiente para hacerme perder la cabeza.

—¿Cuánto ha pasado desde que estuviste con un hombre por última vez? —curioseó mientras abría la puerta de la cabaña.

—Demasiado —suspiré.

—Tranquila, esto es como montar en bici.

—Eso dice Izan —resoplé.

Noté que me dejaba en el suelo y cuando miré a mi alrededor, vi que la cabaña era muy parecida a la que ocupaba yo. Solo que esta era bastante más grande. El lugar en el que estábamos era el salón junto con una amplia cocina, y a la derecha había un pasillo que estaba segura que daba a la habitación.

—¿Quieres una copa?

—No creo que sea buena idea, puedo hacer alguna tontería —contesté, y él sonrió.

—Entonces, pasemos a lo importante —susurró mientras me rodeaba con ambos brazos y volvía a besarme.

Al sentir sus labios sobre los míos, noté que me relajaba un poco, pero solo un poco, a fin de cuentas, Eric, un hombre al que apenas conocía, estaba a punto de tener sexo con él.

Me cogió en brazos de nuevo, esta vez haciendo que le rodeara con mis piernas por la cintura, y comenzó a caminar hacia el pasillo.

Por un momento entré un poquito en pánico, ese hombre era dueño de un local de sexo. ¿Y si tenía un cuarto rojo del dolor en esa cabaña? Noté cómo me estremecía.

—¿Tienes frío? —preguntó.

—No, es solo que... —suspiré.

—Tranquila, relájate —sonrió.

—Dime que no me llevas a un cuarto lleno de látigos, vibradores y cosas de esas, por favor —dije al fin, y Eric se paró en seco frunciendo el ceño.

—No tengo un cuarto de esos aquí, preciosa.

—Ah, pero lo tienes —le señalé con el dedo abriendo mucho los ojos, y él se echó a reír, una de esas carcajadas que empezaba a conocer.

—¿Qué te ha contado tu hermana? —curioseó mientras caminaba de nuevo y no tardé en ver que entrábamos en una habitación normal, con paredes blancas, muebles oscuros y una cama en el centro, esa donde Eric se sentó

conmigo a horcajadas.

—Que Rober y tú, tenéis un local de sexo fuera del resort.

—Vale, ¿qué más?

—Que ella ha estado allí con Samuel, y déjame decirte que me sorprendió saber que tu sobrino, ese chico con cara de ángel, tiene una doble vida.

—¿Y no es cierto que mucha gente la tiene? —dijo mientras me colocaba un mechón de cabello tras la oreja— Tu marido, sin ir más lejos.

—Exmarido, pronto, espero —suspiré—. Y puede que tengas razón, pero no sabía que incluso mi hermana había entrado ahí.

—Sientes curiosidad, ¿a qué sí? —sonrió de medio lado.

—No sé qué siento, la verdad.

—Te diré una cosa, Victoria —me atrajo hacia él de modo que, al moverme sobre su entrepierna, noté el modo en el que esta palpitaba y me estremecí, deseando sentirlo dentro—. El sexo no tiene por qué ser solo como nos lo enseñaron nuestros padres, el placer que podemos llegar a sentir no viene solo de que la mujer se recueste en la cama con las piernas abiertas para que el hombre satisfaga sus deseos, se corra y ella, en ocasiones, espere tener un orgasmo.

—Por el amor de Dios, acabas de resumir mi matrimonio —apoyé la cabeza en su hombro y él volvió a reír con todas sus fuerzas.

—No sé por qué, pero algo intuía al respecto —comentó acariciándome la espalda y noté que apartaba el pelo de mi hombro, para acto seguido, besarme el cuello—. Esta noche voy a hacerte disfrutar, preciosa, y si quieres, si me lo pides, otro día te llevo al cuarto donde tengo látigos, vibradores y cosas de esas —rio.

—No te rías de mí, que sé de qué va eso, pero nunca pensé que conocería a alguien que practicara el sexo... ya sabes, perverso.

—¿Perverso? —sonrió de medio lado.

—¿Cómo lo llamarías tú? —Arqué la ceja.

—Placentero, excitante, lujurioso e incluso adictivo cuando es con la persona correcta.

—Sigo en shock pensando que Samuel es un hombre dominante, y mi hermana una sumisa.

—A ver, no todo lo que envuelve a ese tipo de sexo es así. Puede que nos guste llevar el control de la situación, pero te aseguro que no obligamos a nuestras compañeras a mostrar sumisión de rodillas en el suelo ante nosotros. Hay quien sí es así, pero ni Samuel, ni Rober ni yo, lo somos. Me gusta más disfrutar de modo visual cómo ella se estremece anticipándose a lo que haré después de haberle inmovilizado las muñecas, por ejemplo. Del modo en el que se eriza su piel cuando deslizo la lengua de la fusta por todo su cuerpo —sonrió al ver que me estremecía de nuevo—. Sientes curiosidad por lo que te estoy diciendo. Si un día quieres, estaré encantado de mostrarte cuánto placer puedes sentir.

—No sé si estaré preparada.

—No tiene por qué ser mañana, ni pasado. Cuando tú quieras, Victoria —susurró, acercándose para besarme.

Y mientras Eric me besaba, sus manos comenzaron a deslizarse por mi cintura, de modo que se hizo con la tela de la blusa y unos segundos después estaba en algún rincón de la habitación.

Cerré los ojos al notar la suavidad de sus labios en el cuello, besándome despacio y bajando hacia el torso, me quitó el sujetador liberando ambos pechos y primero lamió y mordisqueó un pezón y después el otro.

Gemí al tiempo que me estremecía presa de lo que Eric me estaba haciendo sentir, y es que sí, había pasado demasiado tiempo desde la última vez que mi cuerpo recibía esas atenciones.

Noté su mano deslizándose por el muslo y me mordí el labio cuando retiró la tela de la braguita y llevó el pulgar sobre mi clitoris.

Apenas tardé en ser consciente de ese cosquilleo que me resultaba conocido y de que comenzaba a excitarme. Eric seguía jugando con sus dientes en mis pezones y grité al sentir cómo tiraba de uno de ellos.

Llevé ambas manos a su cabello, acercándolo más a mí, de modo que noté cómo separaba los labios y se llevaba el pecho a la boca. Volví a gemir estremeciéndome y sentí que iba a volverme loca.

Entonces, sin dejar de tocarme con el pulgar, me penetró con el dedo y ahí sí sentí que el primer orgasmo en años no tardaría en aparecer.

Tiré de su cabello hasta que se apartó de mi pecho y lo besé, me apoderé de sus labios con esa necesidad que me invadía en ese instante. Eric dejó salir un sonido ronco de su garganta y por el modo en el que me estrechó más fuerte con el brazo por la cintura y me penetraba, cada vez más rápido, supe que le había gustado.

Comencé a moverme sobre él, mientras me penetraba con el dedo y me llevaba a un nivel superior de excitación con el pulgar sobre mi clitoris, y noté el roce de su miembro erecto en mis nalgas, el modo en el que palpitaba y

parecía querer ser liberado.

Mis manos bajaron solas desde su cabello, pasando por el torso hasta alcanzar el pantalón, lo desabroché y no dudé en llevar la mano hasta su miembro.

Lo envolví con ella y Eric gimió en respuesta, y mientras yo lo tocaba, subiendo y bajando despacio mi mano en su longitud, él movió las caderas y aumentó el ritmo con su propia mano penetrándome con el dedo.

Notaba todo mi cuerpo tembloroso, sentía cada poro de mi piel erizarse ante aquellos besos y ese modo en el que nos tocábamos el uno al otro, y mientras más rápido iba él, más me movía en busca del placer que quería alcanzar ese que casi podía tocar con la yema de los dedos.

Me corrí instantes después dejando caer la cabeza hacia atrás, moviéndome rápido y gimiendo sin parar mientras Eric aprovechaba para lamer y morder mis pezones, tirando de ellos con los dientes, consiguiendo que el orgasmo fuera aún más intenso.

En el momento en el que sentí ese último coletazo del orgasmo abandonando mi cuerpo, apoyé la cabeza en su hombro y detuve la mano que aún envolvía su miembro erecto, respirando con dificultad.

Eric me besó el hombro, se levantó llevándome consigo en brazos y haciendo que retirara la mano del interior de sus pantalones, me recostó en la cama y sin dejar de mirarme, se deshizo de mis zapatos, la falda y la bragueta.

La vergüenza se apoderó de mí en ese momento, y como pude, me cubrí ambos pechos con un brazo al tiempo que cerraba las piernas y las flexionaba sobre la cama, tapándome lo mejor que podía el cuerpo, incluso noté mis mejillas sonrojarse.

—¿Qué haces? ¿Por qué te cubres? —preguntó mientras se cernía sobre mí, para hacer que bajara las piernas.

—¿Por qué crees? No tengo el cuerpo de una veinteañera —resoplé—. Y me da vergüenza que lo veas.

—Victoria, no tienes que avergonzarte de nada —dijo mientras apoyaba las manos en la cama, a ambos lados de mi cabeza—. Eres preciosa, perfecta, y tienes un cuerpo sensual y seductor hecho para incitar al pecado a cualquier hombre con ojos en la cara y susceptible de sufrir un infarto —me dio un beso rápido en los labios.

—Solo faltaba que te diera uno, y a ver qué hago, no quiero que me acusen de homicidio —resoplé, y él soltó una carcajada.

—Solo disfruta, preciosa, porque esta noche es para eso —sus labios se posaron de nuevo en los míos en un beso íntimo y posesivo.

Eric se apartó y comenzó a desnudarse ante mí. Tal como intuía, se ejercitaba lo suficiente para tener un cuerpo

bien definido, con pectorales y abdominales que pedían a gritos ser tocados, y esos brazos fuertes con los que me cogía como si no fuera más que una pluma para él.

Se acomodó entre mis piernas y llevó su lengua a mi zona íntima, esa sensible y excitada a partes iguales que comenzó a lamer con avidez haciéndome gemir y estremecerme de nuevo.

Añadió un par de dedos al juego erótico que se traía entre manos, y no tardé en comenzar a gritar ante el placer que me daba.

, Hasta que noté que uno de esos dedos jugaba en cierta zona que nunca antes habían tocado.

—Para —le pedí—. ¿Qué haces? —jadeé con la respiración entrecortada y viendo mi pecho subir y bajar rápido.

—¿Nunca te han...?

—No —le corté.

—Bueno, eso también es placentero —hizo un guiño y volvió a lamer mi zona y a penetrarme con dos dedos, enloqueciéndome una vez, hasta que minutos después sentí que volvía a tocar esa parte inexplorada.

—Eric —jadeé.

—Tranquila, no voy a hacer nada —me aseguró, y confié en él—. Al menos por el momento, porque quiero que sientas placer de todas las formas que conozco.

—A mí eso me suena a amenaza, qué quieres que te diga —resoplé y él se rio.

—En absoluto, preciosa, es más bien una promesa.

Continuó con su lengua jugueteando en cada rincón de mi sexo hasta que me hizo alcanzar un nuevo orgasmo, y cuando terminé de liberarlo, se cernió sobre mí, para besarme en la frente.

Lo vi sacar un paquetito del cajón de la mesita de noche y, tras colocarse el preservativo, llevó una de mis piernas flexionada sobre su cadera y comenzó a penetrarme despacio.

Gemí al sentir cómo se abría paso hasta llenarme completamente. Ambos soltamos el aire al estar unidos de manera tan íntima, y mientras me besaba de ese modo fiero y casi posesivo que había descubierto que parecía gustarle, empezó a moverse entrando y saliendo.

A cada segundo que pasaba lo hacía más y más rápido, más fuerte y profundo, y tras varios minutos de besos, caricias, gemidos, jadeos y gritos, ambos sentimos que llegábamos a ese punto álgido del sexo, al momento en el

que los dos, sin pensarlo y de manera sincronizada, liberamos el clímax.

Fue intenso y excitante, debía admitir, algo que nunca antes había sentido al tener sexo, y tal como él había dicho sentía curiosidad por saber cómo sería el sexo como Eric lo conocía.

—Hora de irme a mi cabaña —dije cuando se retiró para levantarse, y me miró con el ceño fruncido.

—¿En serio crees que soy de la clase de hombres que después del sexo, deja que la mujer se vaya sin más? ¿O que yo mismo me iría si estuviéramos en tu cabaña? Porque si es así, preciosa, te equivocas —me dio un beso en la frente y lo vi ir al cuarto de baño.

Cubrí mi desnudez con la sábana y cuando Eric regresó, con su miembro semi erecto, y se metió en la cama, no tardó en rodearme por la cintura y besarme en los labios.

—Vamos a dormir, y mañana desayunaremos juntos antes de que te lleve a tu cabaña. Buenas noches, preciosa —dijo antes de hacer que me recostara de medio lado de modo que mi espalda quedó pegada a su pecho.

No, nunca pensé que viviría una situación así, jamás creí que conocería a un hombre que me hiciera sentir el deseo de querer dejarme llevar y tener sexo con él, y mucho menos que me acabaría quedando a pasar la noche en su cama.

Pero como había mencionado antes, Eric tenía algo que me atraía como un imán.

que los dos, sin pensarlo y de manera sincronizada, liberamos el clímax.

Fue intenso y excitante, debía admitir, algo que nunca antes había sentido al tener sexo, y tal como él había dicho sentía curiosidad por saber cómo sería el sexo como Eric lo conocía.

—Hora de irme a mi cabaña —dije cuando se retiró para levantarse, y me miró con el ceño fruncido.

—¿En serio crees que soy de la clase de hombres que después del sexo, deja que la mujer se vaya sin más? ¿O que yo mismo me iría si estuviéramos en tu cabaña? Porque si es así, preciosa, te equivocas —me dio un beso en la frente y lo vi ir al cuarto de baño.

Cubrí mi desnudez con la sábana y cuando Eric regresó, con su miembro semi erecto, y se metió en la cama, no tardó en rodearme por la cintura y besarme en los labios.

—Vamos a dormir, y mañana desayunaremos juntos antes de que te lleve a tu cabaña. Buenas noches, preciosa —dijo antes de hacer que me recostara de medio lado de modo que mi espalda quedó pegada a su pecho.

No, nunca pensé que viviría una situación así, jamás creí que conocería a un hombre que me hiciera sentir el deseo de querer dejarme llevar y tener sexo con él, y mucho menos que me acabaría quedando a pasar la noche en su cama.

Pero como había mencionado antes, Eric tenía algo que me atraía como un imán.

Capítulo 13



Escuché mi móvil a lo lejos, pero me sentía tan a gusto en la cama que no quería despertarme todavía.

El tono de llamada paró unos instantes, pero quien fuera que estaba llamándome insistió de nuevo.

—No se te ocurra levantarte, preciosa —me tensé al escuchar aquella voz, la de Eric concretamente, en un tono somnoliento.

Abrí los ojos y me quedé inmóvil, más que nada porque en ese momento fui consciente de que su brazo me tenía rodeada por la cintura y pegada a su cuerpo, su cuerpo desnudo, caliente y fibroso debía decir.

A pesar de que el móvil dejó de sonar, volvió a hacerlo poco después y suspiré, debía ser Izan, pues era la única persona en el mundo que insistía tanto en una llamada tan temprano por la mañana.

—¿A dónde crees que vas? —preguntó cuando empecé a moverme.

—A por el teléfono, si es Izan no va a parar hasta que conteste.

—Ya se dará por vencido —me hizo rodar hasta que quedé cara a cara con él—. Buenos días, ¿has dormido bien?

—Sí, este colchón es tan cómodo como el de mi cabaña.

—Estás preciosa recién levantada —dijo colocándose un mechón de cabello tras la oreja.

—¿Qué dices? Debo estar horrible. No me desmaquillé anoche, seguro que tengo el rímel corrido, y el pelo, esto es un desastre, un nido de cuervos lo más seguro —volteé los ojos y Eric rio con una de sus sonoras carcajadas.

—No puedo contigo, en serio. Me encanta tu sentido del humor.

—Oye, que no estoy bromeando. Anoche me hiciste sudar, y estos pelos...

—Anoche no sudaste ni la mitad de lo que puedo hacerte sudar, preciosa —se acercó y me besó, al mismo tiempo

que con el brazo alrededor de la cintura me atraía hacia él.

No tardé en notar su mano, grande y fuerte, apretándome la nalga y cogiendo la pierna para colocarla sobre su cadera, de modo que puse sentir su miembro rozando mi sexo.

El clítoris reaccionó de inmediato ante aquel roce, palpitando en respuesta y lanzando una descarga de deseo que hizo que todo mi cuerpo se estremeciera. Eric comenzó a moverse haciendo aún más fricción de su duro y erecto miembro sobre mi sexo, y gemí al pensar lo que ocurriría si seguíamos así.

—Eric —su nombre salió de mis labios en un claro gemido, él sonrió y tiró de mí, hasta que me tuvo recostada sobre su cuerpo.

Lamió y mordisqueó mis pezones al tiempo que llevaba una mano entre ambos cuerpos, tocando con el pulgar ese pequeño botón que él sabía cómo tocar para hacer que acabara encendiéndome y notando cómo mi cuerpo se estremecía ante el placer.

Gemí mientras me movía sobre él, despacio, lentamente y con el objetivo de llegar al orgasmo. Eric movió la mano y comenzó a penetrarme, lo hacía rápido y no dejaba de atender mis pezones, esos que ya estaban suficientemente erectos y sensibles.

—Oh —jadeé apoyando ambas manos en sus hombros y comencé a moverme.

Podía notar su miembro palpitante entre mis nalgas, y al recordar el modo en el que me penetró la noche anterior, comencé a moverme más mientras él aumentaba el ritmo de su dedo entrando y saliendo, y me corrí.

—Este sí que es un buen amanecer, preciosa —dijo, sosteniéndome por la nuca para atraerme a hacia él y besarme con fuerza.

No tardó en hacernos rodar la cama, esa que debía tener el tamaño de dos camas de matrimonio juntas, y sin dejar de besarme abrió el cajón de la mesita de noche.

Cuando tenía el preservativo en la mano, lo abrió y tras colocárselo me penetró con una fuerte embestida.

Jadeamos al unísono y volvimos a besarnos mientras nos entregábamos al placer, moviéndonos al ritmo que Eric marcaba, tocándonos, acariciándonos y dejando pequeñas marcas de dedos en la piel del otro.

Él, agarraba con fuerza mi muslo para mantener mi pierna aún flexionada sobre su cadera, penetrándome una y otra vez.

Entonces se retiró, me recostó de lado y se situó detrás, pegando el torso a mi espalda y volviendo a penetrarme.

Mis gemidos resonaban en la habitación mezclándose con el sonido ronco de su voz al jadear, así como al choque

de nuestros cuerpos. Agarró mi pierna para colocarla sobre la suya y comenzó a tocarme con dos dedos llevándome a experimentar un placer aún mayor.

Gemí, grité, me moví rápido al mismo tiempo que él. Eric me embestía con sus poderosas penetraciones una y otra vez, y yo llevaba mis caderas a su encuentro hacia atrás buscando más de eso que me ofrecía.

Dejé caer la cabeza hacia atrás cuando sentí un leve mordisco en el hombro, lo miré y se apoderó de mis labios una vez más, penetrándome rápido y con todas sus fuerzas, hasta conseguir que ambos nos dejáramos llevar por el éxtasis que nos envolvía, hasta correrlos al unísono.

Cuando todo acabó y recobramos el aliento, Eric me besó el cuello antes de retirarse y abrazarme.

: —Debería irme, seguro que se estarán preguntando dónde estoy. Ni siquiera sé qué hora es.

—Ya han debido desayunar todos.

—¿Qué? —Lo miré por encima del hombro— Ay, por Dios —me levanté de la cama y corrí desnuda hasta el salón mientras escuchaba la risa de Eric.

Saqué el móvil del bolso, que estaba en la encimera de la cocina y que Eric debió dejar ahí la noche anterior, y tenía varias llamadas perdidas de Izan, así como algunos mensajes en los que preguntaba dónde me había metido.

Sí, ya todos habían desayunado pues eran las diez de la mañana, y yo no recordaba haber dormido hasta tan tarde nunca, salvo cuando era pequeña, claro.

¿ Pulsé el botón de llamada y tras un único tono de espera, escuché la voz de Izan.

—¿Te han abducido los extraterrestres?

—No, ¿qué clase de pregunta es esa?

—Hombre, no has ido a desayunar, he tenido que mentir a tus padres y decirles que anoche tomaste un par de copas de más y aún no te habías levantado. ¿Se puede saber dónde demonios estás, Vicky? Ayer desapareciste sin decir nada, y hoy no estabas en tu cabaña.

—Es largo de contar —suspiré.

—Pues hazme un resumen.

—Me acosté con Eric.

—¿Qué? Serás guarrilla, no pensabas contármelo, ¿verdad?

—Pues no, no tenía pensado hacerlo.

—Mala suerte, querida, ahora quiero todos los detalles, pero todos, todos.

—Izan.

l

—Dos años sin sexo, Vicky, tu noche ha tenido que ser la puta ostia.

—Y la mañana también —murmuré.

—¿Sexo matutino también? Tienes una hora para traer tu culo a mi cabaña, y contarme todo. Yo pido café y bollos al servicio de habitaciones. Una hora, Vicky, ni un segundo más.

No me dio tiempo a decir nada pues colgó dejándome con la boca abierta. Suspiré y al girarme encontré a Eric apoyado en el marco de la puerta del pasillo, cruzado de brazos y completamente desnudo.

Tragué con fuerza mientras mis ojos recorrían cada centímetro de su cuerpo, me mordí ligeramente el labio y cuando llevé la vista a su rostro, estaba sonriendo de medio lado.

—Si te gusta lo que ves, preciosa, puedes cogerlo —me hizo un guiño—. Te espero en la ducha.

Se fue de nuevo hacia la habitación y por un momento dudé. Pero entonces, esa vocecita en mi cabeza que había escuchado la noche anterior, volvió a hablar y le hice caso. ¿Por qué no dejarme llevar de nuevo con el señor ojos verdes penetrantes y cargados de deseo cuando me miraba?

Porque eso sentí cuando me había visto desnuda, cada vez que me contemplaba. Sus ojos derrochaban deseo y me hacía sentir así, no como con mi ex, que apenas me dedicaba una mirada y yo...

No, no iba a pensar más en Miguel, es que me negaba a hacerlo mientras estuviera de vacaciones. Y mucho menos mientras un hombre como Eric, que no solo era atractivo sino simpático, me esperaba en la ducha.

Dejé el móvil donde estaba, fui hacia la habitación y al entrar en el cuarto de baño lo encontré bajo el agua, con ambas manos apoyadas en la pared dejando que cada gota cayera por su cuerpo.

En cuanto escuchó que abría la puerta me miró, sonrió de medio lado y me cogió de la mano tirando de mí, para atraerme hacia él hasta apoderarse de mis labios con un beso rudo y posesivo.

Nos tocamos, besamos y llevamos al límite, volvió a tomarme allí de varias maneras diferentes y que nunca antes había practicado, y cuando liberamos el orgasmo se encargó de enjabonarme y lavarme el pelo con mimo.

Me besó con ternura en la frente antes de salir de la ducha, nos envolvió a ambos con una toalla y tras secarnos, nos vestimos y preparó el desayuno en la cocina.

Tomamos café y tostadas mientras hablábamos de la boda de Samuel y Abi, me dijo que había quedado con la *wedding planner* para esa tarde y que hablara con mi hermana sobre lo que le gustaría tener en su gran día. Sonreí emocionada porque Eric se mostraba muy cariñoso con mi hermana, incluso sin ella estar presente.

Y pensé en Miguel, en que hacía años que la conocía y nunca sintió un ápice de cariño o empatía por ella, pero tampoco es que tuviera mucho en común con el resto de mi familia.

—Ahora sí debo irme —dije cuando recogimos todo—. Izan me esperaba en su cabaña.

—Llamaré luego al fotógrafo que os dije ayer, seguro que estará encantado de colaborar con vosotros —me dio un beso en los labios y sentí esa calidez que Eric desprendía—. ¿Nos vemos esta noche?

—En la cena con todos, obvio.

—Me refiero a después, preciosa —sonrió al tiempo que me colocaba un mechón de cabello tras la oreja—. No me hagas suplicarte, no es mi estilo y lo sabes.

—No, claro, tú eres más de ordenar.

—Tampoco eso, solo me gusta llevar el control en la cama. Cuando quieras te muestro ese lado pervertido del que hablabas anoche —elevó ambas cejas.

—No me veo en un cuarto rojo como el del señor Grey, qué quieres que te diga —suspiré.

—No es como ese, el mío es mucho mejor.

s—Ah, vale, me quedo más tranquila —volteé los ojos—. Me voy.

—Te llevo, que es diferente —me dio otro beso y entrelazó nuestras manos para salir de su cabaña.

Subimos al coche y el camino lo hicimos en silencio, pensaba en lo que había hecho, y en que, aunque apenas nos conocíamos y sin duda, aunque esa era la madre de todas las locuras e irresponsabilidades que había cometido en mi vida, no me arrepentía de haberlo hecho en absoluto.

Es más, ni siquiera me importaría repetir.

—¿Cuándo volverás a mi cama, preciosa? —preguntó al parar frente a la cabaña de Izan, mirándome con esos

ojos verdes que me habían deseado durante horas.

—¿Y por qué tengo que ir yo a tu cama? También puedes venir tú a la mía —me encogí de hombros y bajé del coche.

—¿Me estás retando, preciosa?

—No, solo digo que no tiene por qué ser siempre en tu cama, también puede ser en la mía. Que tengas un buen día, Eric —sonreí.

—Igualmente, Vicky.

—Nos vemos en la cena.

1

—Ya lo estoy deseando —sonrió de medio lado y negué mientras me giraba.

Sí, en el fondo yo también estaba deseando volver a verlo.

;

ojos verdes que me habían deseado durante horas.

—¿Y por qué tengo que ir yo a tu cama? También puedes venir tú a la mía —me encogí de hombros y bajé del coche.

—¿Me estás retando, preciosa?

—No, solo digo que no tiene por qué ser siempre en tu cama, también puede ser en la mía. Que tengas un buen día, Eric —sonreí.

—Igualmente, Vicky.

—Nos vemos en la cena.

—Ya lo estoy deseando —sonrió de medio lado y negué mientras me giraba.

Sí, en el fondo yo también estaba deseando volver a verlo.

Capítulo 14



Ni tiempo me dio Izan para llamar a su puerta, me abrió cuando tenía la mano preparada.

—Ya era hora, jovencita —dijo cruzándose de brazos—. Me tenías preocupado, he tenido que mentir a tus padres y sabes que Lola tiene un radar para detectar mentiras. Casi me atraganto con el café después de mentir.

—No habrá sido para tanto —sonreí.

—Pasa, y cuéntame qué tal folla ese Adonis —cerró la puerta a mi espalda.

—Mira que eres bruto —volteé los ojos.

—Curioso, como un gato, ya te lo dije ayer. ¿Te llevó a su local? ¿Has visto su cuarto de juegos? Por Dios, dime que sí.

—Estuvimos en su cabaña, hablamos...

—¿Qué? ¿Hablasteis? Por el amor de Dios, Victoria, ¿cómo es posible que tuvieras a ese hombre delante, y os pusierais a hablar en vez de follar? Aunque espera, por teléfono me dijiste que te acostaste con él, o sea que después de la charla llegó el sexo. Vale, vale, continúa. Ahí tienes café y bollos —señaló la mesa del pequeño salón.

Me senté y tras tomar un sorbo de café, cogí uno de los Donuts con azúcar que había en la bandeja y di un bocado. Sí, había desayunado hacía apenas unos minutos en la cabaña de Eric, pero, así como el café era el motor con el que me activaba cada día, los Donuts de azúcar eran mi pequeño vicio más placentero en lo que al dulce respectaba.

Izan me miraba con la ceja arqueada, impaciente, esperando a que le contara, yo seguía callada y disfrutando de cada bocado y cada sorbo de café.

—¿Quieres hablar ya, mujer? —protestó. No, la paciencia no era una virtud de mi mejor amigo, precisamente.

Le conté todo lo que había ocurrido cuando nos dejaron solos en la barra de la discoteca, el modo en el que me miraba, cómo deseé que me besara y que le incité a hacer lo que quería.

Se echó a reír cuando le estaba hablando del momento anterior al sexo en su habitación, pero me conocía y sabía que eso había sido porque estaba nerviosa. Le aseguré que Eric se había preocupado de hacerme disfrutar de cada segundo que compartimos, al igual que por la mañana y en la ducha, y sonrió con picardía.

—Nena, has encontrado al hombre de tu vida.

—¿Qué dices, Izan?

—Lo que oyes. Eric es tu hombre. Te hace reír, es cariñoso, tierno, y no va a lo que va como tu ex, que es a que te abras de piernas y esperes a que se corra.

—Te recuerdo que a Eric le gusta otro tipo de sexo.

—Sí, sí, a muchos hombres les gusta el sexo pervertido y con juguetes, pero ahí ha estado, follando con calma. ¿Cuándo os vais a volver a ver? Y sí —me cortó cuando abrí la boca—, sé que será durante la comida o la cena. Pero yo me refiero a los dos solos, de manera íntima y sucia.

—Por Dios, mira que eres —reí—. No lo sé, la verdad.

—Pero a ver, nena —se sentó de lado en el sofá y me cogió de la mano—. ¿Tú quieres repetir? Otro día, me refiero, porque repetir has repetido, y tripitado, esta mañana.

—Sí, no me arrepiento de lo que ha pasado.

—Menos mal, ya creí que ibas a decir que esto era una locura y todo eso. En fin, eres una mujer madura, moderna libre e independiente, que puede hacer con su cuerpo y su vagina lo que le dé la gana. Nada de arrepentimientos, cariño, que lo que no se coman hoy los humanos se lo comerán mañana los gusanos. ¿Te va a llevar a su local de sexo?

—Me lo ha propuesto, pero sin presionarme, dice que me llevará cuando yo se lo pida.

—¿Y te atreves a decirme que no es el hombre de tu vida? Vicky, si el señor ojos verdes solo quisiera follar contigo, te estaría llevando esta misma noche a ese lugar a rastras de ser necesario. Escúchame bien, no se te ocurra dejarlo escapar.

—¿Y qué quieres que haga, Izan? ¿Le pido que se case conmigo? —reí.

—No es mala idea, ¿qué tamaño tiene? —preguntó cogiendo el móvil.

—Izan, por favor, que no me paré a medir el tamaño de su pene.

—Me refería al dedo, cochina —me dio un manotazo en el brazo—. El tamaño de su dedo para buscar un anillo.

—¿Pero es que te has vuelto loco? ¿Cómo voy a pedirle que se case conmigo?

—Mujer, no digo que lo hagas ahora, sigues casada con la sabandija para desgracia de todos, pero más adelante...

—Soy moderna, pero no tanto. Me gustaría que, si tengo que volver a casarme, quien sea me haga una pedida bonita, no la que tuve con mi ex.

—Ni me lo recuerdes, que me pongo malo —resopló.

Sí, tal vez en el momento en el que me pidió que me casara con él debí darme cuenta de que el nuestro no iba a ser un matrimonio bonito ni normal, pero yo estaba enamorada y en aquel entonces no me importaba cómo se declarara, la verdad, por eso a que me lo pidiera en un parque, después de un paseo, y de haber cenado, sin anillo, pero diciéndome que era la mujer a la que quería en su vida, acepté.

En aquel momento eso me pareció tierno, y romántico. Ahora no.

—¿Has hablado con Emilia y Raquel?

—Tú y tu fascinante habilidad de cambiar de tema cuando no te interesa —suspiró—. Sí, he hablado con ellas y van a enviarnos la colección completa. ¿Sabes algo del fotógrafo?

—Eric me ha dicho que lo llamaría.

En ese momento, y como si me hubiera escuchado hablar de él, mi móvil empezó a sonar y vi su nombre en la pantalla.

—Eric, hola —saludé.

—Hola, preciosa. Acabo de hablar con el fotógrafo, me ha dicho que cuando queráis, le avise para que venga.

—Oh, vale, yo... Gracias, no pensé que fueras a llamarlo, ya.

—Bueno, mejor ahora, antes de ponerme con todo el trabajo —sonrió al otro lado de la línea—. ¿Cuándo llegarán los vestidos? Para informar al personal de recepción.

—Pues, no sé, dame un momento —miré a Izan que sonreía como un niño travieso—. ¿Te han dicho las chicas

cuándo llegarán los vestidos? —le pregunté.

—En un par de días, o sea que hoy es miércoles, pues el viernes estarán aquí.

—El viernes.

—Bien, puedo decirle al fotógrafo si queréis que venga el sábado, domingo y lunes para hacer las fotos. ¿Cómo les ves?

—Claro, por mí, bien. Tendré que hablar con los estilistas del salón de belleza.

—Pásate en un par de horas por allí si quieres, le diré a Jasmine que irás para hablar con ella, es la encargada.

—Vale, genial —sonreí—. Gracias.

r

—Un placer ayudar. Nos vemos esta noche, preciosa.

—Sí, adiós.

—Se te ha quedado una cara de boba enamorada, que es para hacerte una foto —dijo Izan cuando colgué.

—Anda ya, no exageres. Solo creo que Eric está siendo muy amable para esta locura que tú y mi hermana pequeña habéis organizado para promocionar la nueva colección, a pesar de que ya la habíamos promocionado.

—Mira el lado bueno, cariño. ¿Y si cada nueva colección que saques la promocionamos con fotos aquí, en este idílico y maravilloso lugar del mundo? No me digas que no serían unas fotos divinas y que llamarían la atención. Piénsalo, incluso podemos mencionar el resort en la publicidad y así tu nuevo futuro marido también ganaría visitas y clientes.

—¿Mi nuevo futuro marido? ¿En serio, Izan? —Volteé los ojos— Estás más loco de lo que creía.

—Mientras no me internes en un psiquiátrico —se encogió de hombros.

—No me des ideas.

—Bueno, ¿qué te ha dicho el señor ojos verdes?

—Que el fotógrafo está avisado, y al saber que los vestidos llegan el viernes, le va a pedir que venga el sábado.

—Genial, sábado, domingo y lunes, perfecto.

—Y que vaya en dos horas a hablar con Jasmine, la encargada del salón de belleza.

—Bien, pues ve a cambiarte de ropa, que llevas la misma de anoche y huele a sexo, vas a ir dando envidia.

—No huele a sexo, nos desnudamos para... —sonrió con malicia y volteó los ojos— Oh, por favor, no puedo contigo, Izan —me levanté y fui hacia la puerta.

—Te veo en dos horas, cariño. Voy a hablar con un par de clientas que tenían concertada la cita para la prueba del vestido ayer por la tarde, a ver qué tal se vieron.

Asentí y salí de su cabaña para ir a la mía.

Aunque me había duchado en la de Eric me aseo un poco antes de vestirme, escogí unos pantalones cortos vaqueros, una blusa blanca y las cuñas del mismo color, y mientras hacía tiempo para encontrarme con Izan e ir al salón de belleza que había en el centro comercial, cogí el cuaderno de bocetos y plasmé algunas ideas que tenía para el posible vestido de mi hermana.

Cuando mi mejor amigo llamó a la puerta dejé todo, cogí el bolso y salí encontrándome con su sonrisa. Fuimos paseando por el resort y disfrutando del paisaje, deteniéndonos para hacernos algunas fotos, y hablando de ideas que tenía para las sesiones de fotos con los vestidos.

Llegamos al salón de belleza, pregunté por Jasmine y no tardó en aparecer una preciosa morena de ojos marrones con una bonita sonrisa.

—Hola, soy Jasmine. Tú debes ser Victoria.

—Sí —sonreí estrechándole la mano—. Él es Izan, mi socio.

—Encantada de conoceros. Eric me ha dicho que necesitáis un par de estilistas para unas sesiones de fotos.

—Eso es —contestó Izan, y pasamos la siguiente hora hablando con ella de lo que necesitaríamos para esos tres días a partir del sábado.

Salimos de allí con todo hablado, nos dijo que Diana y Paloma estarían el sábado a la hora acordada en la recepción del resort, y aprovechando que estábamos en el centro comercial Izan y yo fuimos a echar un vistazo.

—Es simpática, ¿verdad? —dije mientras cogíamos un café para ir tomándonos.

—Quién, ¿Jasmine? Sí que lo es.

—Bueno, dime, ¿has conocido a alguien? —curioseé.

—Pues no, bueno sí, pero no.

—A ver, ¿sí, o no? —reí.

—Sí, pero no me ha hecho sentir querer que me besara, como te pasó a ti con tu churri.

| —No es mi churri.

—¿Tu churra? —Arqueó la ceja.

—Dios, no puedo contigo —reí—. Izan, que te quede claro que porque me haya acostado con Eric un par de veces...

|

—Tres —me cortó—, no omitas ninguna que todos los polvos que gocemos en vida, eso que nos llevamos al más allá.

—Porque hayamos tenido un poco de sexo, y puede que volvamos a tenerlo...

—Lo tendréis, estoy seguro de eso.

—Déjame hablar, por Dios.

—Disculpa. Sigue por favor —me pidió.

—Eso no significa que él vaya a ser el hombre de mi vida, y yo la mujer de la suya.

—O sí, quién sabe.

—No te pongas como mi hermana y Samuel, que bastante tengo con dos casamenteros en Marbella.

—Mira, un buen título para una película: "*Dos casamenteros en Marbella, próximamente en cines*".

—Señor, qué paciencia tengo que tener contigo —suspiré.

—Ajá, mucha, pero reconoce que me quieres porque te hago reír, soy cariñoso y un amor contigo. Nena, si no fuera gay, podrías casarte conmigo, yo sería el hombre de tu vida.

—Lo que me faltaba, amigo, socio y marido. Qué cruz —resoplé.

—Bruja —me hizo una burla, sacándome la lengua.

Recorrimos el centro comercial, ese lugar lleno de tiendas en las que acabamos picando y comprando algunas cosas que nos gustaron, aunque no necesitábamos, y otras qué sí, y regresamos para dejarlo en nuestras cabañas e ir a comer con mi familia.

Le mandé un mensaje a Eric para hacerle saber que había hablado con Jasmine y estaba todo acordado para esos tres días, y me respondió que el fotógrafo también estaba avisado.

Sonreí pensando en lo distinto que era Eric de Miguel, y sí, las comparaciones siempre son odiosas y estaba claro que no tenían nada que ver el uno con el otro, pero en este caso no pude evitar compararlos.

Mientras que Eric se había ofrecido a ayudarnos de manera desinteresada y altruista, el que fuera mi marido me prestó ayuda tan solo una vez y aún estaba pagando, y muy caro, el resultado de su ayuda.

Recorrimos el centro comercial, ese lugar lleno de tiendas en las que acabamos picando y comprando algunas cosas que nos gustaron, aunque no necesitábamos, y otras qué sí, y regresamos para dejarlo en nuestras cabañas e ir a comer con mi familia.

Le mandé un mensaje a Eric para hacerle saber que había hablado con Jasmine y estaba todo acordado para esos tres días, y me respondió que el fotógrafo también estaba avisado.

Sonreí pensando en lo distinto que era Eric de Miguel, y sí, las comparaciones siempre son odiosas y estaba claro que no tenían nada que ver el uno con el otro, pero en este caso no pude evitar compararlos.

Mientras que Eric se había ofrecido a ayudarnos de manera desinteresada y altruista, el que fuera mi marido me prestó ayuda tan solo una vez y aún estaba pagando, y muy caro, el resultado de su ayuda.

Capítulo 15



Después de comer en familia pasé la tarde en la cabaña concentrada en mi cuaderno de bocetos, sentada en el porche disfrutando de la tranquilidad que ofrecía la playa.

Tan metida estaba en ello, que no fue hasta que me llegó un mensaje de Izan para decirme que estaban todos en el restaurante esperándome para cenar que dejé el cuaderno y fui hacia allí. Ni tiempo para cambiarme de ropa tuve.

Entré y los vi en la barra, sonreí disculpándome por llegar tarde y al saber el motivo, mi hermana preguntó si le dejaría verlos pronto.

—Aún tengo algunas ideas en mente, hermanita —contesté.

—Pues esas me las enseñas después —sonrió.

—¿Y por qué no le dices cómo lo quieres, cariño? —preguntó mi madre, una vez nos sentamos a la mesa.

—Porque la verdad, nunca he tenido una idea específica de cómo me gustaría que fuera mi vestido de novia. Los diseños de Vicky son todos preciosos y me encantan, ella es la hermana con buen gusto —sonrió de nuevo mirándome—, y confío en su criterio y en que diseñará un vestido de ensueño para mí.

—Te aseguro que sí, yo he visto algunos bocetos que tenía, y se está superando —comentó Izan—. Esos pueden ser buenos para futuras colecciones, Vicky.

—Ahora tengo más curiosidad por verlos, hermana —dijo Abi.

Nos trajeron el vino, pedimos la cena y degustamos cada plato mientras hablábamos con mi hermana y Samuel sobre las sesiones de fotos de los vestidos. Mis padres que no estaban al tanto de eso preguntaron qué íbamos a hacer, se lo contó Izan y fue mi padre el que rio negando, mientras mi madre protestaba.

—Son iguales que tú, no dejan el trabajo ni estando de vacaciones.

—Que conste que yo me negué, precisamente porque estamos de vacaciones —dije—, pero ellos insistieron.

—Cuando veas las fotos de esos vestidos con la playa de fondo, con las palmeras, en las hamacas, las camas balinesas y en esa zona donde hay columpios dentro del agua, ya me dirás si ha sido una gran idea o no —contestó Izan—. Estoy por apostar mi Audi a que después de esto, y tal como te dije, acabarás queriendo hacer las fotos para promocionar tus futuras colecciones en este resort.

—Eso sería genial, Vicky —comentó Abi, con una amplia sonrisa y los ojos cargados de felicidad—. Seguro que a Eric no le importaría ¿verdad? —Lo miró, y él sonrió tras dar un sorbo a su copa de vino.

—En absoluto, creo que sería una buena manera de promocionar tus colecciones. Normalmente las firmas lo hacen con fotos de estudio y fondos blancos.

—Eso es exactamente lo que le dije yo —escuché que dijo Izan.

—También hay muchas que las hacen en salas con espejos, cortinas, habitaciones, algunas incluso he visto en la calle, en caserones o algo así —comentó mi hermana—, y paisajes de fondo, el mar, pero nadie lo hace directamente en la playa. Con esto triunfas, hermana.

—Pues es una buena idea, hija —dijo mi madre.

—No hace falta que insistáis todos, en serio, que sí que me lo estoy pensando. Vamos a ver qué tal quedan las fotos que hagamos en los próximos días, el resultado de la promoción, y después ya veremos las próximas colecciones.

Y dimos al fin por zanjado el tema, y seguimos cenando pasando esta vez a hablar de la boda.

Tras la cena Abi dijo que le habían gustado los entrantes y que esos podían ponerlos en bandejas para que los invitados en la boda picotearan durante el cóctel que iban a dar antes del banquete, así que Eric dijo que tomaba nota y lo apuntaría en la lista de la boda.

Tomamos café y una botella de champán, y mis padres se retiraron a descansar pues al día siguiente irían a Marbella para continuar con sus visitas turísticas de la zona.

—A ver si el martes nos acompañan nuestras hijas —dijo mi padre, antes de despedirse.

—Eso está hecho, papá —contestó Abi, dándole un abrazo.

—¿Vais a ir a tomar una copa y bailar? —curioseó mi madre.

—Yo no, tengo algunos e-mails que enviar —respondió mi hermano.

—Lo dicho, no desconectáis ni en vacaciones —suspiró mi madre—. Buenas noches, hijos, que descanséis.

—Buenas noches —respondimos todos al unísono.

—Nosotros vamos a tomarnos una noche de descanso —dijo mi hermana.

—De descanso, seguro —rio Héctor—. Lo que vais a hacer es practicar para la noche de bodas.

—Nos han pillado, pequeña —comentó Samuel, haciendo un leve chasquido con la lengua.

—Eso es envidia, que él no puede —contestó ella.

—Desde luego, esto hay que hacérselo mirar, en serio —mi hermano nos miró a Izan y a mí—. Que nuestra hermana pequeña tenga más vida sexual que nosotros, me va a crear un trauma —suspiró.

—Y no sabes ni la mitad, hermano —dejó caer Izan.

—¿Qué es lo que no sé? —Frunció el ceño.

—¿Me dais permiso para contárselo? —nos preguntó Izan a nosotras dos, así como a Samuel y a Eric.

—Mejor tú que nosotras, que seguro que nos moriríamos de vergüenza —le contestó Abi.

—¿Tengo que asustarme, o preocuparme? —Héctor arqueó la ceja.

—Lo que vas a hacer es sorprenderte, eso seguro. Vamos a coger una botella de whisky, que igual la necesitas —Izan le pasó el brazo por los hombros y se lo llevó hacia la barra del bar, ambos salieron de allí con el whisky.

—Yo mañana no salgo de mi cabaña —dijo Abi, mirando a nuestro hermano.

—Se va a sorprender porque es normal, eres nuestra niña —reí—. Pero seguro que querrá conocer el local antes que ninguno.

—Las puertas de ese lugar están abiertas para cuando vosotros queráis ir, preciosa, solo tenéis que decirlo —comentó Eric, posando una mano en mi espalda—. Debo irme, tengo algunos asuntos que atender en la discoteca. Nos vemos en el desayuno.

—Adiós, tío Eric —se despidió Samuel con una palmada en el hombro, mientras que Abi lo hizo con un par de besos.

—Buenas noches, Victoria —me dijo con un tono demasiado sensual, al menos así me lo pareció a mí, mientras

me miraba fijamente con esos ojos verdes que me intimidaban y ponían nerviosa, antes de inclinarse para darme un beso cerca, muy cerca, de la comisura de mis labios.

—Buenas noches, Eric —respondí en un susurro.

Nos marchamos juntos hacia las cabañas, mi hermana iba cogida de mi brazo mientras me seguía insistiendo en que le mostrara los bocetos que tenía, y aunque me hice la remolona, en el fondo quería saber su opinión.

—Mañana podíamos desayunar juntas en la cabaña, y así me los enseñas —dijo antes de que llegáramos.

—Está bien, pero tú te encargas de pedir al servicio de habitaciones —respondí.

—Hecho —sonrió dándome un abrazo—. Buenas noches, hermana. Te quiero.

—Y yo a ti, cariño.

—Buenas noches —escuché a Samuel.

—Advertidos quedáis vosotros —les señaló Héctor—, no quiero escucharos aullar como lobos.

Mi hermana y Samuel se miraron, sonrieron con malicia y ambos miraron hacia el cielo al mismo tiempo.

—*Aúuuuuuuu* —gritaron—. *Aúuuuuu aú aú aúuuuuuu*.

Izan y yo empezamos a reírnos a carcajadas, al igual que hicieron ellos, mientras mi hermano los miraba con los brazos cruzados y la ceja arqueada.

—Hasta mañana, hermano —le dijo Abi, dándole un sonoro beso en la mejilla.

—Hasta mañana dice, o sea, encima de que me vacilan —resopló—. Dame esa botella de whisky —se la quitó a Izan de la mano y volví a reírme—. Buenas noches.

—Es malo beber socio, hermano —le recordó Izan—. Nos vemos mañana, chicos, que descanséis. Vosotros después de aullar, obvio.

Más risas, y así entró la parejita en su cabaña, riendo sin poder parar.

Cerré la puerta y tras quitarme las cuñas, cogí el cuaderno de bocetos y me senté en el sofá con las piernas estilo indio para seguir dibujando.

Siempre me pasaba lo mismo cuando me concentraba en los diseños, y acababa perdiendo la noción del tiempo.

Había dibujado dos preciosos vestidos y sonreí al imaginarme a mi hermana pequeña con ellos. Se me hacía raro que fuera a casarse, sí era cierto que ya era toda una mujer, pero para mí nunca dejaría de ser mi niña, esa a la que cambiaba los pañales y le daba el biberón, a la que le cantaba nanas hasta que se quedaba dormida.

Durante sus tres primeros años de vida para mí fue como ser madre, hacía las mismas cosas que nuestra madre y fue por mi pequeña Abigail por quien deseé tener hijos alguna vez.

Pero el hombre con el que me casé no deseaba lo mismo, al menos conmigo.

Suspiré cerrando el cuaderno para dejarlo en la mesa y en ese momento llamaron a la puerta. Miré y pensé en mi hermano y en Izan, seguro que Héctor querría hablar conmigo sobre ese lugar al que nuestra hermanita pequeña y su prometido habían ido.

Desde fuera se veía la luz de la lámpara del salón encendida y por eso estaban llamando a la puerta, de lo contrario me habrían enviado un mensaje o me habrían llamado para ver si podían entrar.

Abrí, y ante mí estaba la persona que no esperaba ver hasta el día siguiente.

—Eric, ¿qué haces aquí?

—Hola, preciosa. Pasaba por aquí y pensé: ¿se alegrará de verme? —sonrió al tiempo que arqueaba la ceja.

—Estás loco —reí—. Pasa, antes de que te vea alguien.

Entró y ni siquiera dudó un segundo en inclinarse para darme un beso en los labios. Cerré la puerta y le seguí al sofá, donde se acomodó tras coger mi cuaderno de bocetos.

—¿Puedo? —preguntó mostrándomelo.

—Claro.

Me senté a su lado y empezó a ver todos los diseños que tenía ahí, cuando llegó a los primeros que había hecho para Abi se lo dije, y a esos le prestó aún más atención.

—Se nota que están pensados para ella, tienen ese toque juvenil, pero elegante y sofisticado que caracteriza a tu hermana —sonrió.

—Aún tengo más ideas, incluso como ves, combino dos o tres diseños para crear uno.

—Como dijo Izan, los que descartes para Abigail, puedes usarlos para otras colecciones. Tienes mucho talento,

Victoria —dijo mirándome.

—Gracias.

Lo vi dejando el cuaderno en la mesa y no tardó en rodearme por la cintura para llevarme hasta él, de modo que me sentó a horcajadas sobre sus piernas y comenzó a besarme.

Lo hacía despacio, como si saboreara no solo mis labios, sino cada segundo que pasaba así conmigo. Comenzó a deslizar las manos por mis muslos en una caricia lenta con las yemas de los dedos, subiendo hasta alcanzar la tela de la camiseta.

Sentí el calor del contacto de ambas manos en la espalda, me atrajo hacia él aún más y acabé rodeándole con ambos brazos por sus hombros. El beso pasó a ser aún más profundo y apasionado, y Eric no tardó en quitarme la camiseta.

o

Empezó a besarme el cuello, el hombro, bajó poco a poco hasta alcanzar el escote entre mis pechos, y retiró la tela que los cubría para liberarlos. Lamió, mordisqueó y besó sin pudor mientras yo gemía, y en un rápido movimiento se deshizo del sujetador.

Volvió a besarme mientras masajeaba mis pechos y gemí en su boca al notar el pellizco que dio en ambos.

Le quité la camisa con prisa y al igual que hacía él, acaricié su torso caliente, bajando hasta desabrocharle el pantalón.

—¿Qué buscas, preciosa? —preguntó en un susurro y sonrió de medio lado.

No dije nada, tan solo llevé la mano al interior de su pantalón y comencé a tocarlo como había hecho la noche anterior.

Eric volvió a besarme y se dejó hacer, me permitió tocarlo y notaba cómo se movía despacio mientras yo subía y bajaba envolviendo toda su longitud. Jadeó y escuché un sonido ronco saliendo de sus labios antes de hacer que retirara la mano.

—Hora de ir a la cama —dijo poniéndose en pie y llevándome en brazos.

Apagó la lámpara y caminó por la cabaña hasta la habitación, me recostó en la cama y se deshizo de mis pantalones y las braguitas, para después sacar un preservativo de la cartera y quitarse los suyos, quedándose completamente desnudo ante mí.

Separó mis piernas mientras me observaba con esos ojos verdes cargados de deseo, se colocó entre ellas y no tardó en comenzar a lamer mi zona, despacio al principio y más rápido después, añadiendo dos dedos con los que

me penetraba una y otra vez sin parar.

Me llevó al orgasmo y grité mientras me estremecía al notar un leve mordisquito en el clítoris, lo que hizo que él se riera.

Tras ponerse el preservativo, se adentró en mi cuerpo despacio mientras me besaba y terminó con una fuerte y poderosa embestida haciéndome gritar mientras sentía que me quedaba sin aliento.

Eric comenzó a moverse deprisa, entrando y saliendo con fuerza, sin dejar de besarme por todas partes, mientras yo me aferraba a sus hombros y me movía yendo al encuentro de sus embestidas.

Eso hombre me encendía como nunca antes había sentido, arqueé la espalda, dejé caer la cabeza hacia atrás y sentí sus dientes en los pezones, mordiendo y tirando de ellos mientras seguía penetrándome.

Aquello fue tan intenso que no tardamos mucho en acabar llegando al clímax los dos al mismo tiempo, dejándonos caer abrazados en la cama para recobrar el aliento.

,

Eric me acarició el cabello y me besó el hombro antes de incorporarse, sonrió y se levantó para ir al cuarto de baño.

Me quedé en la cama recostada con los ojos cerrados, no sabía lo agotada que estaba hasta ese momento, que sentí los párpados pesados y apenas podía abrir los ojos.

Noté que Eric se metía en la cama y no tardó en rodearme con el brazo acercándose a mí y pegando su cuerpo al mío.

—Buenas noches, preciosa —susurró antes de besarme el cuello.

Quise responder, pero el cansancio no me permitió ni separar los labios, sentí su aliento en el cuello y dejé que la oscuridad del mundo de Morfeo me envolviera hasta quedarme completamente dormida.

me penetraba una y otra vez sin parar.

Me llevó al orgasmo y grité mientras me estremecía al notar un leve mordisquito en el clítoris, lo que hizo que él se riera.

Tras ponerse el preservativo, se adentró en mi cuerpo despacio mientras me besaba y terminó con una fuerte y poderosa embestida haciéndome gritar mientras sentía que me quedaba sin aliento.

Eric comenzó a moverse deprisa, entrando y saliendo con fuerza, sin dejar de besarme por todas partes, mientras yo me aferraba a sus hombros y me movía yendo al encuentro de sus embestidas.

Eso hombre me encendía como nunca antes había sentido, arqueé la espalda, dejé caer la cabeza hacia atrás y sentí sus dientes en los pezones, mordiendo y tirando de ellos mientras seguía penetrándome.

Aquello fue tan intenso que no tardamos mucho en acabar llegando al clímax los dos al mismo tiempo, dejándonos caer abrazados en la cama para recobrar el aliento.

Eric me acarició el cabello y me besó el hombro antes de incorporarse, sonrió y se levantó para ir al cuarto de baño.

Me quedé en la cama recostada con los ojos cerrados, no sabía lo agotada que estaba hasta ese momento, que sentí los párpados pesados y apenas podía abrir los ojos.

Noté que Eric se metía en la cama y no tardó en rodearme con el brazo acercándose a mí y pegando su cuerpo al mío.

—Buenas noches, preciosa —susurró antes de besarme el cuello.

Quise responder, pero el cansancio no me permitió ni separar los labios, sentí su aliento en el cuello y dejé que la oscuridad del mundo de Morfeo me envolviera hasta quedarme completamente dormida.

Capítulo 16



Escuché que llamaban a la puerta y fue por eso que me desperté. Cuando abrí los ojos comprobé que no estaba sola en la cama y noté el peso del brazo de Eric en la cadera.

Mi móvil empezó a sonar y lo cogí de la mesita de noche, vi que era mi hermana.

—Abi —dije aún somnolienta.

—¿Sigues durmiendo? Habíamos quedado para desayunar, ya he llamado al servicio de habitaciones y no tardará en venir. Venga, ábreme la puerta que llevo llamando diez minutos.

—¿Estás aquí? —Se me quitó el sueño de golpe.

—¿Qué pasa, preciosa? —preguntó Eric.

—Vicky, ¿con quién estás? ¿Esa era la voz de un hombre? Ay, Dios, ¿estás con un hombre? —gritó.

—Baja la voz, a ver si te van a escuchar mamá y papá, o Héctor.

—Están en el restaurante con Izan, yo les dije que iba a desayunar aquí contigo. ¿Con quién estás?

—Dame unos minutos, ahora te abro.

—Y me cuentas quién es ese hombre. Me siento como en esa telenovela que veía mamá. *¿Quién es ese hombre...*

—empezó a cantar, y colgué— ¿En serio me has colgado, Victoria? —gritó desde la calle aporreando la puerta.

—¿Esa es Abigail? —preguntó Eric, frotándose la cara tras sentarse en la cama, con la sábana cubriéndole de cintura para abajo.

—Sí, es ella, y tú, tienes que irte —dije mientras me levantaba y buscaba ropa en el armario—. Sal por el porche, salta la valla y solo... vete.

—¿Que salte la valla? Victoria, no voy a salir a hurtadillas.

—Bastante es que mi hermana quiera que le cuente con quién he pasado la noche. Si te ve, me muero de vergüenza —contesté mientras me ponía unas bragas y una camiseta.

—No voy a esconderme —dijo con tono serio mientras me abrazaba desde atrás—. Somos adultos, tengo cuarenta y cinco años y me da igual que me vea. ¿Hemos hecho algo malo? No, en absoluto —me besó la mejilla y me quedé allí observando cómo se vestía.

Me cogió de la mano para salir de la habitación y fue hacia la puerta de la cabaña y la abrió.

—Aleluya, hermana —exclamó Abi, mientras se giraba, y entonces se topó con el tío de su prometido y abrió mucho, muchísimo, los ojos—. ¿Tío Eric?

—Buenos días, Abigail —sonrió él—. Preciosa —se inclinó rodeándome con el brazo y me plantó un beso de eso que dejaban a una con las piernas temblorosas y el cerebro licuado—. Nos vemos. Adiós, Abigail —le dio un beso en la mejilla a mi hermana y salió de la cabaña sin más, caminando con ambas manos en los bolsillos.

1

—Dime que he tenido una alucinación, Vicky —me pidió Abi sin dejar de mirar hacia donde estaba Eric, que caminaba hablando por teléfono—. ¿Te has acostado con él? —Se giró para mirarme— ¡Aaahhh! Quiero que me lo cuentes todo. ¿Cómo ha sido? Se suponía que él tenía trabajo anoche, y no fuiste al bar, ¿o sí? —Frunció el ceño.

—Buenos días —nos giramos al escuchar la voz de un chico—. Les traigo el desayuno —dijo mostrando el carrito.

—Sí, sí, pasa por favor —le pidió mi hermana—. Puedes dejarlo en el porche, gracias.

El chico entró, llevó el carrito hacia el porche y tras dejarlo, se despidió de nosotras, que entramos en la cabaña para ir a desayunar.

Nada más sentarnos, Abi sirvió el café y el zumo y me pidió que le contara todo, así que suspiré.

?

—Cuando le diga a Samuel que nuestra misión de emparejaros ha tenido éxito, no se lo va a creer —sonrió.

—A ver, que nos hemos acostado un par de días.

—¿Un par de días? —Abrió los ojos— ¿Anoche no fue la primera vez?

—No, fue la segunda noche, pero la cuarta vez que nos acostábamos.

—Hermana, tienes mucho que contarme —dijo mientras me señalaba—. Ya puedes empezar a hablar, porque no me voy a ir de tu cabaña sin saber lo que hay entre el tío Eric y tú. Aunque bueno, puede que dentro de poco tengas que dejar de llamarlo así para llamarle cuñado —sonrió.

—No adelantes acontecimientos, Abi, que nos hemos acostado, no me ha pedido matrimonio —volteé los ojos.

1

—Pero es porque sigues casada con la sabandija.

—¿Tú también vas a llamarlo así? —resoplé.

—Hermana, a las cosas se las llama por su nombre. Miguel es una sabandija y de las peores, da gracias a que no lo llamemos algo mucho peor. Pero dejemos a ese ser fuera de esta conversación, que me he levantado muy contenta y lo estoy aún más de ver que el tío Eric, futuro cuñado mío, y tú, habéis dormido juntos. Venga, cuéntame, soy toda oídos —me pidió mientras se llevaba la tostada a la que acaba de ponerle mantequilla y mermelada a los labios para dar un bocado.

2

Volví a suspirar, y acabé por contarle a mi hermana pequeña todo lo ocurrido con el tío de su prometido dos noches atrás, cuando nos quedamos solos en la barra de la discoteca, y a dónde nos había llevado.

No esperaba que Eric estuviera aún en mi cabaña cuando me despertara, de modo que no creí que mi hermana fuera a verlo.

Abi no dejaba de sonreír, me miraba con los ojos brillantes y se veía feliz de saber que Eric y yo habíamos conectado de algún modo, tal como había dicho.

—De momento solo sabe esto Izan —le dije.

—No quieres que se enteren papá y mamá, y tampoco Héctor, vale —asintió—. Pero no es tan malo, eres una mujer adulta, puedes salir con quien quieras, y bastante tiempo llevas sin tener una relación.

—Lo que no quiero es que Héctor me pueda decir algo al respecto, no sé, como por ejemplo que va a investigar a Eric, porque después de lo de Miguel lo creo capaz —volteé los ojos—. Tampoco que mamá se haga ilusiones, no sabemos dónde acabará esto. ¿Qué tal si solo es una aventurilla de verano?

—Vale, puedes estar tranquila porque ni Samuel, ni yo, diremos nada. Tu secreto está a salvo con nosotros.

—Gracias, hermanita —sonreí.

—Ahora ve a darte una ducha, que se te nota a la legua que has tenido una noche de sexo sucio y sudoroso —sonrió con malicia.

—Eres una pequeña bruja, ¿lo sabías? —protesté.

—¿Dónde está el cuaderno de bocetos? Echaré un vistazo mientras te duchas.

—En la mesa del salón —contesté mientras nos poníamos en pie.

La dejé allí con mis diseños mientras iba a la habitación, al entrar escuché que me llegaba un mensaje al móvil y fui hacia la mesita para ver quién era. Sonreí al ver el nombre de Eric.

Eric: *¿Entonces lo nuestro ya no es ningún secreto? Pregunto por si mi sobrino me comenta algo. ¿Abigail ha salido del shock que le ha provocado verme allí? ¿Sigo siendo su tío favorito o me odia?*

Sonreí mientras tecleaba mi respuesta y se la enviaba.

Victoria: *No, no es un secreto, salvo para mis padres y mi hermano. Abigail salió del shock y está feliz de saber que hemos congeniado y conectado de algún modo, por lo que sí, imagino que sigues siendo su tío favorito. Solo que ahora además le ha dado por decir que, en vez de tío, tendrá que llamarte cuñado. Abigail y su costumbre de adelantar acontecimientos. Que tengas un buen día, Eric.*

Dejé el móvil de nuevo en la mesita, cogí ropa y fui a darme una ducha de esas que desentumecían todo el cuerpo y te dejaban como nueva.

Me vestí, me recogí el pelo en una coleta alta después de secarlo un poco, y cogí el móvil para volver con Abi.

Tenía otro mensaje de Eric y ese sí que me dejó sin palabras.

Eric: *Quién sabe a dónde nos pueden llevar los acontecimientos, preciosa. Lo importante es no cerrarse a aquello que pueda pasar.*

No me cerraría, desde luego, pero después de un matrimonio fallido, no me hacía ilusiones con vivir uno de esos amores bonitos y románticos que acababan con un final feliz, una boda, hijos y futuros nietos.

—Vicky, son preciosos todos, no sabría cuál escoger —dijo mi hermana, con una sonrisa al verme llegar.

—Pues aún tengo algunas ideas en mente, solo espero no volverte loca —reí mientras me sentaba—. Todavía recuerdo cuando estaba diseñando el mío, la de ideas que tenía y la cantidad de bocetos que hice hasta dar con lo que quería.

—Bueno, ya te dije que me pongo por completo en tus manos —sonrió—. Siempre me han gustado tus diseños y sabes que lo único que pido es que no lleve una cola demasiado larga. Ya ves dónde vamos a casarnos, sería una pena estropear la cola paseándola por la arena de la playa.

—Lo tengo claro, cariño, por eso no has visto ni un solo boceto con una cola en plan cupletista.

—Gracias a Dios, porque eso seguro que sería lo que querría mamá para mí. Verme con una cola de esas largas como si fuera el vestido de la Faraona, que ya me veía yo dando vueltas con él en un baile y perdiendo el pendiente como ella —sonrió—. La de veces que me habrá puesto mamá ese vídeo para que viera cómo se hacía una vuelta de esas.

—Y a mí —reí.

—Nos quiere mucho, ¿a qué sí?

—¿Mamá? Con locura, nos quiere con locura a los tres. Bueno, a los cuatro, que Izan es como si lo hubiera parido antes que a mí.

—Tenemos suerte de tener estos padres, no querría pasar por lo que pasó Izan. ¿Quién daría la espalda a su único hijo solo porque no ama a quien ellos quieren?

—Son de otra época, de otra manera de pensar.

—Pero nuestros padres son de su edad y, míralos, encantados con Izan y con los novios que les ha presentado. Bueno, vale, que hubo un par de ellos que no les gustaron, pero el resto...

—Porque nuestros padres son de los que prefieren ver a sus hijos felices, por eso.

—Odian a Miguel con toda su alma, que lo sepas.

—No hace falta que me lo digas, lo sé —sonreí—. Bueno, ¿qué te parece si nos vamos a pasar la mañana al centro comercial? Cuando estuve ayer con Izan compré algunas cosas y vi varias que seguro te gustarían.

—Vale, así pasamos un día de chicas y pensamos en cómo va a ser mi despedida de soltera. Aunque yo sé cómo lo quiero —sonrió.

—¿Y cómo la quieres? No me digas que voy a tener que buscar un local de strippers masculinos por Marbella, porque sabes que Izan se vendría con nosotras.

—No, no, así no. Ya te lo diré, pero sí que vamos a celebrarla aquí, las dos solas. Rober se va a encargar de preparar la despedida de Samuel aquí con su tío, Héctor e Izan.

—Qué peligro —resoplé.

—Mucho —rio—, pero confío en Samuel, sé que no me será desleal nunca.

—Porque te quiere, cariño, y eso no hay más que verlo por cómo te mira —le di un abrazo y cogí el bolso para irnos.

Teníamos por delante una mañana de hermanas que, estaba segura, acabaríamos prolongando hasta al menos la hora de comer, y es que a pesar de los quince años de diferencia que había entre nosotras, nos encantaba pasar tiempo de chicas juntas.

,

,

a

—Porque te quiere, cariño, y eso no hay más que verlo por cómo te mira —le di un abrazo y cogí el bolso para irnos.

Teníamos por delante una mañana de hermanas que, estaba segura, acabaríamos prolongando hasta al menos la hora de comer, y es que a pesar de los quince años de diferencia que había entre nosotras, nos encantaba pasar tiempo de chicas juntas.

Capítulo 17



Acabábamos de terminar de desayunar esa mañana de viernes, cuando Eric recibió una llamada al móvil y me dijo que acababan de entregar un paquete a mi nombre en recepción.

—¡Los vestidos! —gritó Abi, poniéndose en pie— Pasadlo bien en alta mar —les dijo a nuestros padres, dándoles un beso—. Vamos Vicky, vamos a cogerlos —me agarró de la mano haciendo que me levantara y tiró de mí.

—No quiero ni pensar, el día que le entreguen su vestido de novia —comentó mi padre.

—Se pondrá histérica y escucharé sus gritos de emoción por toda la casa —dijo Samuel con una sonrisa.

—¿Cuándo llega el fotógrafo? —preguntó mi hermana, mirando a Eric.

—En una hora estará aquí —contestó.

—Venga, vamos a llevar los vestidos a tu cabaña —Abi insistía en tirar de mi mano.

—¿Quieres calmarte? Me vas a arrancar el brazo —resoplé, y en ese momento empezó a sonar mi móvil, fruncí el ceño al ver que era Miguel—. Dame un momento, tengo que responder —le pedí a mi hermana, aunque ciertamente no quería hacerlo—. ¿Qué quieres ahora, Miguel?

—Joder con la sabandija —escuché que protestaba mi hermano, y al echar una mirada rápida, toda mi familia estaba con el ceño y los labios fruncidos.

—Esa no es manera de saludar a tu marido —contestó Miguel, del otro lado de la línea.

—Exmarido, solo me falta tu firma, pero no me considero casada contigo.

—Dame el teléfono, que ya me está tocando mucho la moral el imbécil ese —vi a Héctor con la mano extendida.

—Hijo, deja que ella se encargue, no la pongas en una situación peor, por favor —le suplicó mi madre.

—Es que no entiendo por qué mierda no ha firmado ya. ¿No ha recibido ya los jodidos beneficios del mes? Pues que te deje tranquila, que estás de vacaciones con tu familia.

—¿Me estás escuchando, Victoria? —preguntó casi gritando Miguel.

—¿Qué quieres? —insistí yo.

—Saber para qué has hecho que envíen los vestidos de la nueva colección a Marbella.

—Para lo que sea, no es asunto tuyo.

—Hasta que termine nuestro acuerdo, todo lo que ocurra en la empresa, es asunto mío.

—¿Solo llamabas para eso? Pues lamento decirte que has llamado para nada. Adiós.

Colgué y dejé salir un suspiro mientras cerraba los ojos. Cada vez que mi querido ex me llamaba, conseguía quitarme un poquito de paz, por no hablar de que me ponía en un leve estado de ansiedad.

Noté unas manos en los hombros y me sobresalté, hasta que el aroma de Eric llegó a mí, miré por encima del hombro y lo vi observarme con preocupación.

—¿Estás bien, preciosa? —preguntó.

—Sí —suspiré de nuevo—. Es que mi ex es capaz de alterarme como nadie más lo hace.

—Puedo hablar con él si quieres, ¿qué tal si le digo que ya tienes a alguien en tu vida y que deje de molestar? —se inclinó un poco más para susurrar— La próxima vez que te llame contesto yo, y digo que te estoy follando como él nunca supo hacerlo.

—Por Dios, eso no —contesté con los ojos muy abiertos, y Eric soltó una carcajada.

—Estaría bien, conseguiríamos que se cabreara y que dejase de llamarte en un tiempo, por no hablar de que lo dejaríamos con el ego por los suelos. Porque los dos sabemos que él no te hizo correrte como lo he hecho yo —hizo un guiño y noté que me sonrojaba, mal asunto.

Eché un vistazo rápido a mi familia y ya estaban todos fuera de la cafetería, gracias a Dios.

—Vamos, no permitas que tu ex te arruine el día, ni las vacaciones —me dio un beso rápido en los labios y me quedé sin palabras, podrían haberlo visto y parecía que le daba igual.

Fuimos hacia donde estaban todos esperando, Abi me abrazó y no tardó en colgarse de mi brazo para ir a

recepción, donde Izan, Eric y Samuel nos acompañaron.

Mis padres se fueron a pasar el día en un barco en alta mar y Héctor pasaría la mañana trabajando, tenía algunas videollamadas con clientes y dijo que así al menos podría quedarse tranquilo el resto del fin de semana.

Cogimos todas las cajas y uno de los empleados las colocó en el carrito de equipajes para ir a la cabaña. Eric quedó en avisarme cuando llegara el fotógrafo y nos fuimos los cuatro.

No tardamos en ver a las chicas que había enviado Jasmine para prepararnos en esa primera sesión.

En un momento mi cabaña se convirtió en el camarote de los hermanos Marx, ahí no cabía más gente.

Abi escogió un par de vestidos para cada una y acorde a cada diseño, Diana y Paloma, las estilistas, pensaron en un peinado y un maquillaje para nosotras.

—Voy yo —dijo Izan, cuando escuchamos que llamaban a la puerta—. Hola, Eric, pasa.

Lo vi entrar y lo hizo con un hombre alto, castaño y de ojos verdes tras él, vestido con unos vaqueros, un polo y deportivas, cargando con una maleta y una mochila.

—Este es Xander, el fotógrafo —nos informó a todos.

—Hola —saludó Xander con una sonrisa.

—Encantada —dije poniéndome en pie, y entonces vi que los ojos de Eric se quedaban fijos en los míos.

e

Me observaba con atención, con admiración incluso podría decir, aunque no estaba muy segura. Izan sonrió con picardía al ver que el tío de mi cuñado se había quedado callado y con la boca ligeramente abierta, y no dudó en darle una palmada en el hombro al tiempo que hablaba.

—¿A que Vicky es la novia más guapa que has visto en tu vida, Eric? —se atrevió a decirle, y por Dios que noté mis mejillas aún más rojas por la vergüenza.

—Sin duda, lo es —contestó él.

—Vicky, ¿de Novias Victoria? —preguntó el fotógrafo.

—La misma que viste y calza, como se suele decir —rio Izan.

—Eric, ¿eres consciente de la cantidad de fotógrafos que estarían encantados de hacer las fotos de estos diseños?

—Xander lo miró y él sonrió— Esto es, joder, no tengo ni palabras. Me dijiste que era una sesión de fotos, pero

no para quién.

—¿Por qué crees que pensé en ti?

—Gracias, en serio.

—¿No eres fotógrafo profesional? —curioseó Izan.

—Sí, claro, o sea, he hecho sesiones de fotos para algunos diseñadores de trajes de baño, colecciones de ropa de verano y eso, pero siempre quise hacer una de fotos de novia. A Eric le comenté alguna que otra vez que este lugar era perfecto para hacer unas fotos que hicieran lucir los vestidos de un modo diferente al convencional.

—¿Ves, Vicky? Te lo dije —comentó Izan—, te dije que una sesión de fotos aquí sería un éxito. Xander, creo que tú y yo nos vamos a llevar bien —dijo mientras le pasaba el brazo por los hombros como si se conocieran de toda la vida.

Y a mí no me pasó desapercibido el modo en el que Xander se sonrojaba. ¿Se habría dado cuenta Izan de que ese hombre, que debía tener la edad de mi hermano, seguramente era gay?

—Bueno, las novias ya están listas —dijo Paula con una sonrisa cuando terminó de maquillar a Abi.

—¿Por dónde empezamos con las fotos, Vicky? —preguntó Izan— Creo que, en la zona exterior, donde las palmeras que hay por aquí, estaría genial.

—¿Tú qué opinas, Xander? —Lo miré y él abrió mucho los ojos.

—Sí, creo que estaría bien. Esos vestidos pueden lucir bien entre las palmeras, incluso en la playa —contestó.

—Pues empecemos por las palmeras entonces —sonreí—. Samuel, ponte el traje y así hacemos algunas fotos tuyas y de Abi juntos —le pedí.

—Ok, dadme unos minutos y me uno a vosotros —respondió, yendo hacia la puerta.

Los vestidos que llevábamos Abi y yo eran un par de diseños de lo más veraniegos.

Ambos eran de gasa, una tela muy vaporosa y con una caída que me encantaba usar para esta época del año. El suyo era con escote en forma de corazón, sin tirantes ni mangas, de modo que tanto la espalda como los hombros quedaban al descubierto.

Todo el borde del escote llevaba una fila de cristales de Swarovski y en el centro se veía un cristal grande con forma de corazón.

La falda acababa en una discreta cola y Abi se veía feliz con ella.

El mío era con escote palabra de honor, de tirante fino que en realidad eran un par de tiras de cristales de Swarovski, era entallado hasta la cintura donde había otra fila de cristales a modo de cinturón y del que salía una fina capa de tela a modo de capa sobre la falda, que también acababa en una discreta cola.

Nos habían recogido el cabello en un moño elegante y el maquillaje era en tonos muy naturales, destacando el color de nuestros ojos con el *eye liner* negro y haciendo nuestros labios más visibles con un bonito tono rojo.

Salimos de la cabaña y seguimos las indicaciones de Xander para cada una de las fotos que nos hacía junto a las palmeras. Pensé que Eric se marcharía a trabajar pues sabía que solía estar ocupado, no solo con el resort, sino con ese lugar donde tenía curiosidad por ir.

Samuel regresó poco después y Abi sonrió al verlo, se acercó a ella y se dieron un beso de esos tiernos y llenos de amor que Xander plasmó con su cámara.

Hicimos varias fotos de ellos y como dijo Izan, no había más que ver cómo se miraban.

—Abi mira a Samuel como miraba el pastel de su quinto cumpleaños, deseando darle un bocado —comentó Izan, y todos nos echamos a reír—. Pero es que el arquitecto está para darle un bocado, vaya.

—Izan, no mires a mi prometido como si quisieras comértelo —protestó Abi muerta de risa.

—Y qué hago, niña, ¿me saco los ojos?

—Ponte una venda, mejor —contestó mientras le daba un apretón en las nalgas a su chico, y llevaba una pierna alrededor de la suya, momento en el que Samuel soltó una carcajada.

—Qué mala es, por favor. Cómo le gusta darme envidia —resopló Izan.

—Están quedando unas fotos de lo más originales —dijo Xander—. Son espontáneas, me gustan —sonrió—. Mira, Vicky —me mostró la cámara y tenía razón.

Las fotografías de Abi y Samuel eran preciosas, se veía la complicidad entre ambos y esas sonrisas dejaban claro que estaban disfrutando la sesión.

Tras un par de tomas más fuimos todos hacia la playa y posamos en las tumbonas y las camas balineras. Primero nosotras dos juntas y después, ella y Samuel.

Cuando vi las imágenes que había tomado Xander en ese lugar, con el mar de fondo, con la mirada perdida que

tenía yo y esa sonrisa que lucía en otras por las tonterías que había escuchado decir a Izan, debía admitir que sí, que había sido una buena idea por parte de mi mejor amigo y socio hacer aquellas fotos.

Volvimos a la cabaña y dado que era casi la hora de comer, nos pusimos nuestra ropa y fuimos al restaurante.

—¿Qué tal ha ido la sesión? —preguntó Héctor cuando llegamos.

—Genial, han quedado unas fotos súper chulas, hermano —contestó Abi—. Después de comer hacemos otra.

—¿Qué tal si la hacemos en el salón del restaurante? —propuso Eric— Puedo pedir que nos preparen una zona al fondo, con vistas a la playa.

1

—Perfecto, ya os veo, con botellas y copas de champán, pasteles, una representación del banquete. Vicky, van a quedar perfectas —dijo Izan.

;

—No se hable más, yo me dejo guiar por lo que queráis —sonreí.

Mientras comíamos Xander dijo que pensaría cómo hacer las fotos de las sesiones del sábado y el domingo, buscando los lugares con mejor luz del resort.

Tras tomarnos el café regresamos a la cabaña para ponernos el segundo vestido de ese día, y cuando salí de la habitación con el mío puesto, vi que solo estaba Eric esperándome en el salón.

—¿Y los demás? —Fruncí el ceño.

—Fuera —contestó—. Xander va a hacer unas fotos a Samuel y Abi en las palmeras.

—Oh, vale.

—¿Cuándo te casaste la primera vez, te veías así de guapa? —preguntó mientras me rodeaba con ambos brazos por la cintura.

—¿La primera vez? —reí— No me he casado una segunda, ni creo que lo haga.

—Preciosa, nunca digas nunca jamás. ¿Y si aparece un hombre que te lo pida?

—Uf, eso es precisamente lo que no creo que ocurra —reí de nuevo—. Y sí, diseñé mi vestido de novia y me veía guapa.

—Fue un hombre con suerte, aunque no lo viera —se inclinó y me dio un beso rápido en los labios.

—Será mejor que salga, cuanto antes hagamos la sesión, antes acabaremos.

Eric asintió y me acompañó fuera, donde mi hermana y su prometido posaban con ese amor que se tenían.

Fuimos de nuevo al restaurante y ya teníamos preparado un rincón al fondo con un par de mesas con pasteles, champán y copas, junto al ventanal que daba a la playa, y donde Xander tomó unas fotos que quedaron espectaculares.

Se veían profesionales, ya que era un buen fotógrafo, pero también naturales y sin parecer poses forzadas.

Nos echamos a reír cuando Abi cogió un pedazo del pastel y se lo estampó a Samuel en la cara, algo que por supuesto él no esperaba.

Después de que se limpiara y no quedara ni rastro de pastel, recogimos todo y quedamos con Xander en vernos al día siguiente a la misma hora para la sesión.

—Nos vemos en la cena —dijo Eric antes de alejarse, y asentimos.

Cuando entré en la cabaña me eché un vistazo en el espejo. Aquel diseño lo hice pensando en cómo habría querido mi vestido de novia si me casara ahora, y no cuando lo hice.

Era de tirante ancho, con escote en forma de V, entallado hasta la cintura y con la falda suelta y con caída. En uno de los hombros llevaba un bonito adorno en forma de flor blanca con un cristal en el centro.

Me llegó un mensaje y al ver que era Eric, sonreí.

Eric: *Me ha gustado verte vestida de novia, preciosa. Estoy deseando ver los demás vestidos. ¿Sigues pensando que no volverás a diseñar uno para ti?*

No respondí, porque realmente no sabía qué decirle.

Tras cambiarme de ropa salí de la cabaña y me encontré con Izan en la puerta.

—Creo que el fotógrafo juega en mi liga —comentó, mientras me pasaba el brazo por los hombros.

—Es probable, se sonrojó con lo que dijiste —sonreí.

—Es guapo, y simpático.

—Y si me permites una pequeña apreciación... es tu tipo.

—Sabía que dirías eso —suspiró.

—No estoy ciega, Izan —reí—. Le has estado mirando el culo todo el día.

—Joder, es que, ¿tú has visto cómo le quedaban esos vaqueros? Uf, me dan hasta calores. ¿Qué edad crees que tiene? ¿Cuarenta, cuarenta y alguno?

—Treinta y cinco, no más.

—Hum, está dentro de la media.

—No te lances a lo loco, que te conozco. Mira Travis.

—No, no, yo con calma, no te preocupes. ¿Qué hay de ti y el tío Eric? —curioseó.

—Anoche, y antes de anoche, durmió en mi cabaña.

—Eso me suena a que está interesado, cariño. No te cierres, que te conozco —repitió mis últimas palabras.

o

—Lo que tenga que ser, será, Izan —respondí.

' —Así me gusta, que te dejes llevar —me dio un beso en la sien y seguimos paseando hasta el restaurante.

No iba negar lo evidente, que Eric me gustaba y parecía que yo a él también, por lo que, si esto era el principio de algo más que una amistad, no me cerraría a ello.

Al fin y al cabo, estaba a solo unos meses de convertirme, oficialmente en una mujer completamente libre.

—Sabía que dirías eso —suspiró.

—No estoy ciega, Izan —reí—. Le has estado mirando el culo todo el día.

—Joder, es que, ¿tú has visto cómo le quedaban esos vaqueros? Uf, me dan hasta calores. ¿Qué edad crees que tiene? ¿Cuarenta, cuarenta y alguno?

—Treinta y cinco, no más.

—Hum, está dentro de la media.

—No te lances a lo loco, que te conozco. Mira Travis.

—No, no, yo con calma, no te preocupes. ¿Qué hay de ti y el tío Eric? —curioseó.

—Anoche, y antes de anoche, durmió en mi cabaña.

—Eso me suena a que está interesado, cariño. No te cierres, que te conozco —repitió mis últimas palabras.

—Lo que tenga que ser, será, Izan —respondí.

—Así me gusta, que te dejes llevar —me dio un beso en la sien y seguimos paseando hasta el restaurante.

No iba negar lo evidente, que Eric me gustaba y parecía que yo a él también, por lo que, si esto era el principio de algo más que una amistad, no me cerraría a ello.

Al fin y al cabo, estaba a solo unos meses de convertirme, oficialmente en una mujer completamente libre.

Capítulo 18



Ese fin de semana tanto Abi, como yo, podíamos decir que había sido uno de los más divertidos hasta la fecha.

Sí, lo pasamos haciendo las sesiones de fotos con mis diseños, pero es que entre las locuras de Izan, las ocurrencias de Samuel y lo que Xander, el fotógrafo, proponía, no hubo ni un solo instante que nosotras no estuviéramos riéndonos.

Varias de esas fotos las hicimos en los columpios que había en una zona de playa del resort, dentro del agua y, claro, los vestidos acabaron un poquito mojados, pero no fueron los únicos.

Cuando estábamos con las fotos de pareja, esas para las que Samuel se había ofrecido voluntario junto a mi hermana, a ella se le ocurrió que quedaría divertida una foto en la que él la llevara a caballito. Dicho y hecho, Abi saltó a la espalda de Samuel y él comenzó a caminar hasta el agua. Y sí, acabaron cayendo los dos mojados y chorreando agua.

Eric, al igual que el viernes, nos acompañó los dos días por todo el resort para las sesiones de fotos, y aportó algunas ideas que me gustaron mucho y Xander llevó a cabo.

Sobraba decir que por las noches después de cenar se había venido a mi cabaña.

Era lunes de nuevo, me desperté con un mensaje de mi ex en el móvil insistiendo en que debía estar en las oficina para atender a esas personas influyentes que él conocía y que enviaba, y eso me tocó bastante la moral.

Le respondí que él no era quién para decirme qué hacer y qué no, y tenía derecho a irme cuando me diera la gana con mi familia.

Eric no estaba cuando desperté, pero encontré una nota en la almohada, tenía algunos asuntos que atender y se había ido temprano, pero quedó en que nos veríamos a la hora de comer.

Tras una ducha y ponerme ropa cómoda, fui a desayunar con mi familia, todos me recibieron con una sonrisa.

—Buenos días, cariño —dijo mi madre, dándome un abrazo.

—Buenos días.

—Hermana, estábamos hablando los chicos y yo de ir a visitar Marbella, ¿qué te parece? —preguntó Abi cuando me senté.

—Por mí perfecto, me apetece mucho —sonreí.

—Genial —sonrió—. Mamá y papá se quedan aquí, van a ir a pasar el día al spa.

—Sí, nos ha comentado Rober que dan unos masajes que te dejan el cuerpo como nuevo —dijo mi madre—. Así que hoy nos toca día de relax a nosotros —sonrió.

—Eso está bien, que os mimen con aceites y esas cosas —reí.

Mientras desayunábamos, Izan me preguntó si Xander me había enviado alguna de las fotos, le dije que aún no, pero que no se preocupara porque en cuanto recibiera el e-mail del fotógrafo, sería el primero al que avisaría.

El móvil de Héctor empezó a sonar y al echar un vistazo en la pantalla, suspiró.

—Voy a atender la llamada, dadme cinco minutos y nos vamos —dijo poniéndose en pie, pues estábamos a punto de marcharnos.

Asentí, y mientras él iba a hablar fuera, mis padres se despidieron de nosotros para ir al spa.

—Mañana tenemos que ir al campo de golf —comentó Izan, cuando salíamos nosotros también—. Que no sé jugar, no tengo *swing* o como se diga, pero al menos dar un paseo y hacerme algunas fotos allí, me tengo que ver interesante en mis redes.

^s—La madre que te parió —reí.

—A esa déjala en casa, que no es buena gente —resopló, y negué.

Vimos a mi hermano hablando mientras gesticulaba, parecía estar molesto por algo y cuando terminó con su llamada, se unió a nosotros.

—Podemos irnos —dijo.

—¿Con quién hablabas? No te ha puesto de muy buen humor —comenté.

—Pues no, la verdad. Una clienta que me trae de cabeza, en serio. He cambiado los planos del nuevo proyecto, al

menos seis veces. O sea, y ella ni siquiera es la dueña, es la secretaria del tipo —resopló—. Me saca de mis casillas, en serio. Le he repetido como mil veces que estoy de vacaciones con mi familia en una especie de despedida de solteros prolongada, y ella dice que no es su problema —volteó los ojos—. Que si tengo que pasarme todo el mes cambiando los planos que lo haga.

—Quiero conocer a esa mujer —rio Izan, y lo miré con el ceño fruncido, hasta que caí en la cuenta.

—Hermano, creo que esa mujer es la horma de tu zapato —solté una carcajada.

—¿Qué coño dices?

—Lo que oyes. Bueno, ¿nos vamos? —dije, poniéndome las gafas de sol.

—Voy por un coche —comentó Samuel, y fuimos a esperararlo a la puerta del resort.

Cuando apareció con un todoterreno subimos los cuatro y puso rumbo a la ciudad. Aproveché el momento para hacer algunas fotos a las vistas, incluso me tiré algún que otro selfi que subí a mis redes como si la foto la hubiera tomado alguien por mí, poniendo que no había nada como desconectar unos días de la rutina y disfrutar de lo que nos ofrecía el mundo.

Llegamos a Marbella poco después y tras dejar el coche, Samuel y mi hermana, nos hicieron de guías a Héctor, a Izan y a mí.

Samuel comentó que Marbella no era solo la capital de la emblemática Costa de Sol que todo el mundo conocía por el lujo, las fiestas y los yates, sino que contaba con lugares y rincones preciosos que estaba seguro nos dejarían impresionados.

El primer sitio al que nos llevó fue a la Avenida del Mar, una avenida corta, pero realmente impresionante donde cabía destacar diez esculturas de bronce diseñadas por el gran artista Salvador Dalí, de modo que aquella zona de Marbella era como un pequeño museo al aire libre donde muchos turistas se concentraban para ver las obras flanqueadas por palmeras.

Desde allí llegamos al Parque de la Alameda, un lugar lleno de vida donde te recibía una gran fuente rodeada de bancos hechos con azulejos andaluces, en el que se respiraba una tranquilidad que no se podía expresar con palabras, gracias a la gran variedad de árboles que se encontraban allí.

Abi nos dijo que ese parque era el comienzo de la zona del casco antiguo, donde no tardaríamos en adentrarnos.

Dejando atrás el parque, Samuel y mi hermana, nos llevaron hacia la Plaza de los Naranjos, nombre que recibía obviamente por los numerosos naranjos que podían verse allí y que llenaban de color la plaza, destacando entre todas las casas blancas de estilo andaluz que había en ella.

Aprovechamos para tomar un café en una de las terrazas, y para hacernos varias fotos.

Mi hermano se levantó y tras colocarse entre Abi y yo, con un brazo sobre los hombros de cada una, sonrió mientras Izan nos hacía una foto.

—Esta va para mis redes, tengo que presumir un poco de ser el guapo de la familia —dijo así, con todo el descaro por lo que mi hermana pequeña y yo, le dimos una colleja cada una al mismo tiempo—. ¡Auch!

—Eso por insinuar que somos feas —comentó Abi, arqueando la ceja.

—Señor, que no puede uno ni gastar bromas, cómo está el patio. ¿Os habéis puesto las dos en esos días al mismo tiempo?

—Hermana, sujétame que todavía le saco un ojo y lo dejo tuerto. Verás luego el guapo de familia —dijo Abi, y nos echamos a reír, incluido Héctor.

—Mira, mira el texto que he puesto, hermanita —Héctor le mostró el móvil y ella leyó con una sonrisa.

—Junto a las dos mujeres más impresionantes y guapas del mundo, afortunado de que sean mis hermanas —Abi me miró y sonreí—. Lo perdonamos entonces por lo que ha dicho.

—Lo perdonamos —reí.

Mi móvil sonó en ese momento y vi que era un mensaje de Eric.

Eric: *Abi es guapa, pero tú lo eres aún más, al menos a mis ojos. Héctor no es el único afortunado de tenerte en su vida, yo también. Si estáis conociendo la ciudad no creo que vengáis a comer. Después llamo a Samuel y voy a comer con vosotros.*

Victoria: *¿Y por qué eres afortunado de tenerme en tu vida? Me suena a palabrería para llevarme a la cama, ja ja ja... Imagino que no iremos a comer al resort, no, pero no he preguntado.*

Eric: *Ya te he tenido en mi cama, y en la tuya, y sí, espero que vuelvas pronto a la mía, cuando tú quieras. ¿Esta noche, tal vez?*

Sonreí, pero no respondí, y al mirar hacia el frente vi a Izan observándome.

—Esa sonrisa tiene nombre, y el tipo es rubio con los ojos verdes —dijo mi mejor amigo.

—¿Rubio con los ojos verdes? —Miré a mi hermano y tenía el ceño fruncido, volví a mirar a Izan e intentó

escondese, pero claro, no tenía dónde— Vicky, ¿te has liado con Eric?

No me salían ni las palabras, mi hermana y Samuel estaban disimulando mirando el móvil de ella, como si buscaran algo interesante allí, y Héctor volvió a hablar.

—¿En serio? Aleluya, alabado sea Dios —levantó ambas manos—. Por fin dejas la soltería a un lado, hermanita. Hay que haceros una foto y subirla a las redes, que vea la sabandija que no seguías esperándolo a él, solo al hombre adecuado.

—Justo pensé lo mismo, pero no lo dije porque me iba a mandar a la mierda —dijo Abi.

—En cuanto lo veamos en el resort hacemos una foto y la subimos —ese era Izan.

—¿Esto es un complot o algo así? No voy a subir ninguna foto.

—Oh, sí, por supuesto que sí —contestaron los tres, al unísono.

Vale, estaba perdida, y en cuanto vieran a Eric me lanzarían a sus brazos para hacer esa foto. A veces odiaba que esos tres se llevaran tan bien y se aliaran para fastidiarme.

Después de tomarnos el café continuamos con la visita, esta vez sí, adentrándonos en la zona del casco antiguo.

Y sí, disfrutamos de lo lindo y paseando entre las estrechas callejuelas, donde el estilo árabe y la arquitectura andaluza eran de gran notoriedad. Las casas de fachadas blancas donde destacaba el color de las flores en cada balcón eran dignas de fotografiar.

Visitamos varias tiendas de artesanía local y mi hermana y yo acabamos comprando algunos recuerdos.

El móvil de Samuel sonó y supe quién era, habló unos minutos con él y no tardé en verlo aparecer por una de las calles, sonriendo al verme.

—Y aquí está el Romeo del verano —dijo mi hermano, que ni corto ni perezoso, me cogió del brazo para acercarme a Eric—. Futuro cuñado, posa con tu Julieta, que os vamos a hacer unas fotos de esas con las que presumir de amor en las redes.

—¿Qué? No, Héctor, no se te ocurra... —protesté, pero me Eric me cortó de inmediato.

—Por mí, encantado —me rodeó con el brazo por la cintura y se inclinó para darme un beso rápido en los labios que me dejó de piedra.

—Qué foto más bonita —escuché que dijo Abi.

—Venga, mirad a la cámara —nos pidió Izan.

Y de manera casi autómatas lo hice, posando para varias fotos que mi mejor amigo, con acceso a mis redes, subió con un texto que rezaba así:

“Qué ciertas las palabras que aseguran que el amor está donde menos lo esperamos. El primero de muchos veranos juntos”

—Yo te mato, Izan —protesté, yendo a por él, pero Eric me retuvo.

—¿Por qué, preciosa? A mí me parecen unas palabras muy acertadas. Quién sabe, igual este es el comienzo de algo más —hizo un guiño y yo me quedé allí de nuevo petrificada, mientras los demás nos observaban sonriendo.

—Yo sé de uno que va a echar humo por las orejas —comentó mi hermano.

—Lástima que no arda directamente, pero claro, yo creo que ni siquiera Satán lo quiere en su morada —dijo Abi.

—Vamos a comer, aquí cerca hay un restaurante donde preparan el mejor marisco y pescado de toda Marbella —comentó Eric, y casi que agradecí que interrumpiera esa conversación, porque no quería que la simple mención de mi ex me estropeará el día.

Fuimos hasta el restaurante y al ver a Eric, el dueño nos llevó a una de las mesas en la terraza con vistas a la playa. Comimos mientras mi hermana y Samuel seguían organizando aquella visita, y fue mi cuñado el que dijo que en un solo día se podía disfrutar de todo lo más bonito de allí.

Aunque estaba claro que saldríamos más a menudo, al menos Abi y yo queríamos tener un día de hermanas por Marbella, por no hablar de que todos acabaron diciendo que debíamos alquilar un barco y salir a navegar.

Algo a lo que sin duda no pondría ninguna resistencia, pues sí me apetecía disfrutar de la brisa marina mientras surcaba los mares, vale, no es que fuera a ser como un pirata, pero aprovecharía para hacerme algunas fotos con Abi.

—Venga, mirad a la cámara —nos pidió Izan.

Y de manera casi autómatas lo hice, posando para varias fotos que mi mejor amigo, con acceso a mis redes, subió con un texto que rezaba así:

“Qué ciertas las palabras que aseguran que el amor está donde menos lo esperamos. El primero de muchos veranos juntos”

—Yo te mato, Izan —protesté, yendo a por él, pero Eric me retuvo.

—¿Por qué, preciosa? A mí me parecen unas palabras muy acertadas. Quién sabe, igual este es el comienzo de algo más —hizo un guiño y yo me quedé allí de nuevo petrificada, mientras los demás nos observaban sonriendo.

—Yo sé de uno que va a echar humo por las orejas —comentó mi hermano.

—Lástima que no arda directamente, pero claro, yo creo que ni siquiera Satán lo quiere en su morada —dijo Abi.

—Vamos a comer, aquí cerca hay un restaurante donde preparan el mejor marisco y pescado de toda Marbella —comentó Eric, y casi que agradecí que interrumpiera esa conversación, porque no quería que la simple mención de mi ex me estropeará el día.

Fuimos hasta el restaurante y al ver a Eric, el dueño nos llevó a una de las mesas en la terraza con vistas a la playa. Comimos mientras mi hermana y Samuel seguían organizando aquella visita, y fue mi cuñado el que dijo que en un solo día se podía disfrutar de todo lo más bonito de allí.

Aunque estaba claro que saldríamos más a menudo, al menos Abi y yo queríamos tener un día de hermanas por Marbella, por no hablar de que todos acabaron diciendo que debíamos alquilar un barco y salir a navegar.

Algo a lo que sin duda no pondría ninguna resistencia, pues sí me apetecía disfrutar de la brisa marina mientras surcaba los mares, vale, no es que fuera a ser como un pirata, pero aprovecharía para hacerme algunas fotos con Abi.

Capítulo 19



Después de comer Samuel nos llevó hasta la conocida Calle Ancha, y allí, cuando llegamos al final, en la conocida Plaza de Santo Cristo, visitamos la Ermita del Santo Cristo de la Vera Cruz, un lugar precioso que presidía dicha plaza.

Mi cuñado encendió algunas velas por sus padres y regresamos a la calle, donde nos hicimos varias fotos en la fuente del centro de la plaza.

Nos sentamos en una de las terrazas y tomamos café mientras mi hermano hablaba por teléfono con su ayudante, quien le decía que había recibido una llamada de esa mujer del proyecto quejándose porque él no le cogía el teléfono.

Tras el café paseamos hasta las Murallas de Marbella, Eric me llevaba de la mano y parecía no importarle en absoluto que mi familia nos viera, algo que, a mí, sí, pues me ponía un poquito nerviosa porque después, posiblemente, tuviera que soportar algún que otro comentario.

—¿Qué os parece si vamos a Puerto Banús? —preguntó Eric— Podemos tomar algo allí.

—Por mí, sí, y ya de paso miramos a ver para qué día alquilamos un barco y salimos a navegar.

—A ver si ahora vas a querer ser como Simbad el marino, Izan —rio Abi.

—Me falta bronceado.

—Y pelo, que ese hombre tenía una melena que ni los del pelo Pantene —comentó Héctor.

—¿Vamos, entonces? —insistió Eric, y todos asentimos.

Regresamos a los coches y Eric no me soltó la mano, de modo que subí al suyo para ir hasta el puerto.

Durante todo el camino, que no fue muy largo dado que estábamos cerca, me llevó cogida de la mano y dejó en ella algún que otro beso.

—Esto es una pasada —dije cuando llegamos, antes de que aparcara.

—Sí, muchos dicen que les recuerda a *Saint Tropez*, y la verdad que es cierto, guarda un cierto parecido —comentó.

Una vez nos reunimos con los demás, paseamos por el puerto deportivo más conocido de Marbella, donde una infinidad de lujosos yates con varios metros de eslora permanecían amarrados y donde se podía ver que algunos estaban empezando a celebrar alguna fiesta.

—De noche las fiestas se ven por todos ellos —comentó Samuel—, hay quienes incluso van de yate en yate tomando una copa si conocen a los dueños, como quien va de bar en bar —sonrió.

También se veían coches de alta gama aparcados por allí, y mi hermana y Samuel nos llevaron hasta la zona de la boutiques más exclusivas.

Entramos en algunas de ellas y acabamos cargando todos con un par de bolsas, mi hermana incluso les echó el ojo a varias cosas y dijo que las compraría en nuestro día de hermanas, no pude evitar soltar una carcajada.

Dejamos las bolsas en los coches y fuimos hasta el faro del puerto, desde donde disfrutamos de unas preciosas vistas del Pico de la Concha.

Ni qué decir que nos hicimos varias fotos allí y mi hermana subió algunas en las que estábamos las dos y me etiquetó. No me gustaba que hicieran eso porque para mí era muy importante mi intimidad y privacidad, pero bueno, como solía decirse, una vez al año no hacía daño, y pocas veces me verían a mí subiendo más fotos a mis redes.

Paramos a tomar una copa y mientras disfrutamos de las vistas, Héctor dijo algo que hizo que casi me acabara ahogando con el sorbo que había dado a mi bebida.

—Así que mi hermanita pequeña ha ido a un local de sexo que tiene el tío de su prometido por aquí.

—Ay Dios —Abi se cubrió el rostro.

—No quiero saber qué has hecho ahí, porque me lo imagino, pero, ¿los demás también estamos invitados, aunque sea a tomar solo una copa? —preguntó mirando a Eric.

—Claro, cuando queráis —sonrió.

—No estamos muy lejos —todos miramos a Samuel—, y ahora que está cerrado, podías enseñárselo.

—Me parece una buena idea, siento curiosidad por ver dónde mi hermanita pequeña perdió su inocencia.

—Héctor, por favor —protestó ella.

—¿Qué? Insisto en que es vergonzoso que tengas más vida sexual que nosotros tres —nos señaló a Izan, a mí, y después a él mismo.

—Espera, que Vicky este verano está poniéndose al día con ese tema —dijo Izan.

—Es verdad, hermano. Estamos perdiendo facultades —Héctor suspiró, Eric y Samuel sonreían, y yo sentía que me ardían las mejillas por la vergüenza.

—Si queréis podemos ir ahora —comentó Eric.

s

—Estamos tardando, cuñado.

’ —Héctor, que no lo llames así.

—¿Por qué, hermanita? —Me miró con la ceja arqueada— Este hombre sí me gusta para ti, no como la sabandija —volteó los ojos mientras se ponía de pie.

Izan y Abi asintieron al mismo tiempo que se levantaban, y cuando miré a Eric, sonrió haciéndome un guiño.

Volvió a cogerme de la mano para ir de regreso al coche, subimos y no dijimos nada en todo el camino hasta que llegamos al local de su propiedad.

Estaba a las afueras y más que un local, era como si de una casa se tratase. Tenía muros alrededor que Eric nos dijo eran para dar mayor privacidad a los clientes, contaba con una zona privada de aparcamientos en el interior y estaba todo bordeado por palmeras.

La fachada de aquel lugar era blanca, los marcos de puertas y ventanas eran negros, al igual que el tejado, y todos absolutamente todos los cristales, eran de esos que no dejaban ver el interior desde fuera, pero desde dentro sí podían ver lo que había en el exterior.

Entramos una vez que Eric abrió la puerta y nos topamos con un elegante recibidor de paredes grises, suelos en blanco y negro de mármol y todo el mobiliario negro.

Caminamos por el pasillo hasta llegar a la zona de bar, la barra quedaba a la derecha, con varios taburetes, toda esa pared de espejos con botellas delante, y repartidas por toda la sala, varias mesas con sillas. En cada pared, mesas con sofás en forma de medio círculo que daban un poco más de privacidad a quienes, como dijo Samuel, quisieran algo de intimidad antes de irse a otra zona.

Eric nos llevó hasta una puerta lateral y allí encontramos un acogedor recibidor, unas escaleras y una puerta.

Entramos por la puerta y nos llevó a conocer las distintas salas que había allí.

Una con jacuzzis, conté seis en total, todos amplios y repartidos por la sala entre algunos bancos, otra con camas tipo balinesas y con dosel, según dijo para quienes querían compartir a solas sin ser vistos, o en compañía.

La siguiente sala tenía varios sofás con una enorme cama redonda en medio, y mientras unos practicaban sexo, otros observaban e incluso podían unirse, si así lo deseaban.

Terminamos en una donde había varias camas de masajes, donde las parejas iban a dar rienda suelta a algunas de sus sensuales fantasías.

Regresamos por el pasillo hasta la puerta que nos llevaba a la escalera y subimos a la primera de las dos plantas que había en la casa.

—Todas las habitaciones son iguales —dijo mientras mantenía la mano en el tirador de la puerta, mirándonos—. Cuentan con todo lo que quienes entran en ella quieran usar para sus juegos, y un cuarto de baño privado.

En el momento en el que abrió aquella puerta y entramos, me quedé sin palabras.

Las paredes eran de terciopelo negro con decoraciones plateadas, los suelos eran grises y el mobiliario en negro.

Una de las paredes tenía colgadores con látigos y fustas, estantes con botes de gel, esposas, vendas para los ojos y mordazas. Había una vitrina con vibradores y otros objetos que no sabía decir qué eran, y tampoco pregunté.

En el centro estaba la cama, una de tamaño extragrande, como si hubiesen unido dos camas de matrimonio, en un lateral había una especie de sofá con forma, al otro lado un sillón con reposabrazos, y en otro una mesa con lo que parecían grilletes colgando por debajo.

Por no hablar de la cruz, la enorme cruz debía decir, que se encontraba en la otra pared.

Y una puerta que sin duda era el cuarto de baño.

—Nena, esto es Disneyland para los amantes del BDSM —dijo Izan a mi lado con un silbido.

—Abi, ¿tú has estado en una de estas habitaciones? —preguntó Héctor y todos miramos a nuestra hermana pequeña, que sonrió levemente— Por Dios, aquí perdiste esa inocencia que siempre has tenido.

—Y pensar que te cambiamos los pañales cientos de veces, y ese culito de bebé ha visto... No, mejor no quiero ni imaginarlo —dijo Izan, mientras miraba el lugar donde estaban los vibradores y demás objetos que ahora intuía

para qué podrían ser.

—Siempre fui una niña curiosa, ya lo sabéis —se encogió de hombros.

—Bueno, curiosos somos todos —Izan se acercó a la pared y cogió un látigo—. Héctor, ponte en el sofá que vamos a probar esto, corazón.

—¿Qué? Ni lo sueñes, hermano.

—Qué aburrido eres, hijo mío —Izan volteó los ojos, me hizo un guiño y nos echamos a todos a reír.

—Cuando queráis venir, solo decídmelo y os acompañaré —comentó Eric.

—Claro, nos acompañas para ayudar a Vicky a perder su inocencia, muy buena esa, cuñado —Héctor lo señaló y yo sentí que empezaba a tener calor, pero por el modo en el que me ardían las mejillas.

—¿Qué inocencia, hermano? Vicky dejó de ser virgen a los diecisiete —dijo Izan.

—Dato que no necesitaba saber, muchas gracias —protestó Héctor.

—Creo que Vicky disfrutaría con... —vi a mi hermana pequeña ir hacia la vitrina de los vibradores y señaló uno de ellos— Este, este sería perfecto —sonrió.

—Dios, me voy —dije saliendo de la habitación, y no tardé en escuchar las risas.

—Preciosa —Eric me rodeó con ambos brazos e hizo que girara para mirarme—. Opino igual que Abi, disfrutarías con ese juguete —hizo un guiño y se inclinó para mirarme—. Cuando estés lista, por supuesto.

—Podíamos venir esta noche y tomar una copa —comentó Izan, y lo miré con los ojos muy abiertos—. Solo para tomar una copa, Vicky, no me mires así —se encogió de hombros.

—Pues a mí me parece bien —Abi sonrió.

—Genial, ahora voy a saber que mi hermanita pequeña va a tener sexo con su prometido y varios juguetes. Oh, Dios mío, qué imagen para mis retinas —Héctor se frotó los ojos y no pude evitar reírme—. Pero vale, yo me apunto a venir esta noche.

Eric me miró, suspiré con fuerza y me mordí el labio antes de decir que sí, que vale, que podría estar bien volver por la noche y tomar una copa, observando el ambiente que habría una noche de lunes en un local como ese, donde todas las fantasías sexuales de cualquiera que entrara allí tenían cabida y podrían, o no, hacerse realidad.

Volvimos a los coches y regresamos al resort para ducharnos, arreglarnos y cenar con nuestros padres, quienes dijeron que habían salido del spa como nuevos, con el cuerpo relajado.

—Hemos visto las fotos de vuestros perfiles, chicos, qué bonitas todas —dijo mi madre con una sonrisa cuando acabamos de comer.

—¿Verdad qué sí? Y Vicky no quería subirlas —resopló Abi.

—Bueno, es normal, ya sabes que tu hermana es muy reservada. Por cierto, estáis todos guapísimos esta noche.

—Sí, es que vamos a ir ahora a la discoteca, a bailar y tomar una copa —contestó Héctor.

—Eso está bien, que os divirtáis y desconectéis del trabajo. Sobre todo, tú, que no sueltas el móvil —le dijo mi padre.

—Es lo que tiene ser el futuro director del mayor estudio de arquitectos de Madrid —se encogió de hombros.

En cuanto terminamos de cenar nos despedimos de ellos y esperamos a que se fueran hacia la playa, allí había un chiringuito con música y copas donde ellos estaban a gusto, y en cuanto desaparecieron de nuestra vista, cogimos los coches para ir al local.

Mentiría si dijera que no estaba un poquito nerviosa, pues lo estaba, pero también sabía que Eric haría que me sintiera tranquila y dejara el miedo, o mejor dicho la vergüenza, a un lado.

Y estaba dispuesta, porque en el fondo debía admitir que ver aquella habitación me había generado curiosidad.

Volvimos a los coches y regresamos al resort para ducharnos, arreglarnos y cenar con nuestros padres, quienes dijeron que habían salido del spa como nuevos, con el cuerpo relajado.

—Hemos visto las fotos de vuestros perfiles, chicos, qué bonitas todas —dijo mi madre con una sonrisa cuando acabamos de comer.

—¿Verdad qué sí? Y Vicky no quería subirlas —resopló Abi.

—Bueno, es normal, ya sabes que tu hermana es muy reservada. Por cierto, estáis todos guapísimos esta noche.

—Sí, es que vamos a ir ahora a la discoteca, a bailar y tomar una copa —contestó Héctor.

—Eso está bien, que os divertáis y desconectéis del trabajo. Sobre todo, tú, que no sueltas el móvil —le dijo mi padre.

—Es lo que tiene ser el futuro director del mayor estudio de arquitectos de Madrid —se encogió de hombros.

En cuanto terminamos de cenar nos despedimos de ellos y esperamos a que se fueran hacia la playa, allí había un chiringuito con música y copas donde ellos estaban a gusto, y en cuanto desaparecieron de nuestra vista, cogimos los coches para ir al local.

Mentiría si dijera que no estaba un poquito nerviosa, pues lo estaba, pero también sabía que Eric haría que me sintiera tranquila y dejara el miedo, o mejor dicho la vergüenza, a un lado.

Y estaba dispuesta, porque en el fondo debía admitir que ver aquella habitación me había generado curiosidad.

Capítulo 20



Llegamos al lugar al que habíamos ido apenas unas horas antes y, tras pasar los muros, vi que había varios coches ya en la zona de aparcamientos.

Bajamos de los nuestros y caminamos hacia la puerta, Eric abrió y allí nos encontramos con una pelirroja vestida de negro, sonriente, dándonos la bienvenida.

—Buenas noches, señor —se dirigió a Eric.

—Buenas noches, Amanda.

Caminamos por el pasillo hasta llegar al bar, entramos y no había ni una sola mesa libre, todas estaban ocupadas con parejas o grupos charlando e incluso riendo. Quien viera aquel lugar pensaría que era una sala de bar más, sin imaginar lo que escondían tras la puerta lateral, con aquellas salas y las habitaciones de las plantas de arriba.

Fuimos hacia la barra y Abi y yo nos sentamos en dos de los taburetes que había libres, los chicos se quedaron de pie a nuestro lado. Yo pedí una copa de vino, Abi y un gin tonic y ellos, whisky.

—La verdad es que hay más gente de la que pensé —dije cuando nos sirvieron las bebidas.

—No todos vienen a usar las habitaciones, aunque seguro que habrá más de una ocupada en este momento —contestó Eric—. Muchos solo vienen a tomar una copa, charlar con algunos conocidos o incluso a hablar de negocios —dio un sorbo a su vaso de whisky.

—El ambiente es tranquilo, relajado —dijo Izan—, y la música permite mantener una conversación, lo cual ya es un punto para eso de venir solo a charlar.

Noté la mano de Eric en la espalda, subiendo y bajando despacio, acariciándome la piel desnuda pues el vestido que llevaba la dejaba toda descubierta.

Era de tirante fino con brillantitos, a la altura de las rodillas y me había puesto unas sandalias de tacón del mismo color. Llevaba el pelo recogido en una coleta alta, por lo que Eric no tenía ningún impedimento para tocarme.

Me estremecía a cada centímetro de piel que tocaba, lo miré por encima del hombro con cierto disimulo y vi que me observaba con una sonrisa en los labios.

—Si te invito a subir a una habitación —murmuró tras inclinarse para hablarme en el oído—, ¿qué me dirías, preciosa?

Tragué con fuerza, porque no sabía si estaba preparada para ir a una de esas habitaciones con él y usar algo de todo lo que había visto horas antes.

“Disneyland para los amantes del BDSM”, lo había llamado Izan, y desde luego que razón no le faltaba.

La habitación tenía un buen surtido de objetos diseñados para el placer. Y sí, antes de vestirme para ir a cenar había curioseando en Internet, buscando una página donde encontré algunos de ellos en los que me había fijado.

—Me encantaría que lo hicieras —siguió susurrando—, quiero que conozcas todas las maneras en las que puedo darte placer —un escalofrío me recorrió de pies a cabeza al notar las yemas de sus dedos por la espalda al mismo tiempo que me hablaba con ese tono de voz.

Cerré los ojos cuando Eric se atrevió a deslizar sus dedos por mi muslo, subiendo despacio, adentrándose por debajo de la tela del vestido mientras me besaba justo debajo del lóbulo de la oreja para después dar un leve mordisco en él.

Me estaba excitando de solo pensar hacia dónde iba su mano, esa que esperaba nadie pudiera ver porque me moriría de vergüenza. Yo, una mujer de cuarenta años dejando que un hombre me tocara de ese modo en público.

Sin pensarlo un segundo Eric separó ligeramente mis piernas de modo que sentí sus dedos en mi zona íntima, deslizándose despacio sobre la tela de la braguita por mi clítoris.

Dios mío, ese hombre era el pecado hecho carne, capaz de hacerte perder la cabeza y dejarte llevar.

Lo tenía delante de mí, colocado entre mis piernas de modo que parecía que solo estábamos hablando, al menos esperaba que eso fuera lo que todos pensaban. Cuando noté que retiraba la tela de la braguita a un lado y deslizaba el dedo entre mis pliegues, tocándome el clítoris sin el más mínimo pudor, y segundos después me penetraba, me mordí el labio al tiempo que lo agarraba con fuerza del brazo.

—Sé que quieres, preciosa, sé que tienes curiosidad por saber lo que puedo hacerte ahí arriba —susurró una vez más y pasó la lengua por mi cuello—. Vamos, Vicky —jadeé cuando me penetró de nuevo—, tan solo atrévete, preciosa.

Volví a agarrarme con fuerza a su brazo mientras me penetraba una, y otra vez, y entonces retiró el dedo, me observó y vi cómo se lo llevaba a los labios, lo introducía en su boca y lo saboreaba sin apartar la mirada de mí.

Pasé la lengua por mis labios, los notaba secos al igual que la garganta, lo mordí mientras me debatía entre aceptar o no, y di un sorbo al vino, necesitaba hacer algo, lo que fuera con tal de distraerme de aquella mirada, de los ojos verdes de Eric que me observaban con deseo, con lujuria y hambre, un hambre voraz de tenerme en su cama.

—Tal vez mañana me arrepienta de esto —dije con un suspiro—, pero, sí, voy a subir contigo.

Eric sonrió de medio lado, se inclinó para besarme mientras sostenía mi barbilla con dos dedos y, mirándome fijamente, susurró.

—No te vas a arrepentir, preciosa, me pedirás que volvamos a jugar de nuevo.

Se bebió el resto del whisky de un sorbo y tras dejar el vaso en la barra, me tendió la mano para ayudarme a bajar del taburete. Ese simple gesto hizo que me ganara las miradas de mis hermanos, de mi mejor amigo y de mi cuñado.

—Si nos disculpáis, Victoria y yo nos retiramos —dijo Eric con una sonrisa, y yo pensé que acabaría ardiendo allí mismo de lo rojas y calientes que notaba las mejillas por la vergüenza.

—Ole, ole y ole, esa es mi Vicky —contestó Izan dando palmas—. Que disfrutes de los polvos, nena.

—Por Dios —murmuré.

—Nosotros también vamos a subir —comentó Samuel, y mi hermana sonrió mirándolo con cariño.

—Perfecto, ahora sé que mis dos hermanas van a follar —resopló Héctor—. Camarero, whisky —le pidió—, pero déjame la botella.

—Héctor —protesté.

—Tranquila, que yo lo vigilo —contestó Izan.

a

—Olvida el whisky, dame agua con gas, porque si encima me emborracho, este me lleva a una habitación y me seduce —señaló a Izan.

Soltamos todos una carcajada, y allí dejé a mi hermano y mi mejor amigo en la barra, mientras Eric me llevaba de la mano hacia la puerta. Abi y Samuel ya habían desaparecido, gracias a Dios, así que subí las escaleras un poco menos avergonzada, aunque esa sensación seguía ahí.

Caminamos por el pasillo hasta llegar a una de las puertas del final, Eric me miró antes de abrir, yo lo miré, sonreí mientras se inclinaba y me dio un beso en los labios.

rEntramos y cogí aire mientras daba ese paso al frente cruzando la puerta, notaba las piernas flojas y temí acabar cayendo, pero por suerte Eric estaba ahí sosteniéndome.

Confiaba en él y sabía que no haría nada que yo no quisiera o con lo que me sintiera incómoda, por eso estaba ahí haciendo aquello que me había pedido, que me atreviera y me dejara llevar.

Se colocó a mi espalda y noté sus labios en el hombro, lo besaba con delicadeza subiendo hacia el cuello, me estremecí y cerré los ojos.

Eric llevó una mano sobre mi vientre, se pegó más a mi cuerpo y todo el calor que emanaba de él me envolvió en ese instante. Apoyé la cabeza en su hombro y jadeé cuando su otra mano comenzó a subir despacio por el muslo hasta acabar cubriendo toda la zona íntima entre mis piernas.

La movía despacio haciendo fricción con ella sobre la tela de mis braguitas, consiguiendo que ese roce me hiciera estremecer al sentir que poco a poco me iba excitando.

í

Volvió a retirar la tela igual que había hecho en la barra del bar, deslizó el dedo entre mis pliegues y gemí cuando me penetró despacio con él.

—Te aseguro que vas a disfrutar, Victoria —susurró cuando llegó a mi oído, y dejó un leve mordisco en el lóbulo de la oreja.

Era consciente de ello, aunque no podía evitar sentirme nerviosa porque jamás en mi vida había experimentado el sexo con ninguna de esas cosas que había visto.

,

—Tú tienes la última palabra, ¿de acuerdo? Si hay algo que no quieras que haga, solo dilo y me detendré —dijo, y asentí—. Solo quiero darte placer, pequeña, solo eso —murmuró sosteniendo mi barbilla con la mano para apoderarse de mis labios.

Y entre el beso, y su mano entre mis piernas, volví a gemir mientras me movía sintiendo el placer que me provocaba en ese instante.

Pero se detuvo, retiró la mano y noté sus dedos en los tirantes del vestido, esos que deslizó despacio por mis hombros y los fue bajando por los brazos hasta dejarlo caer alrededor de mis pies.

,

No llevaba sujetador, por lo que Eric se colocó ante mí, y mientras me observaba, llevó ambas manos a mis pechos para masajearlos despacio, acarició los pezones con los pulgares y cerré los ojos sintiendo esas punzadas de placer y deseo que iban directas a mi entrepierna.

;

El clítoris palpitaba pidiendo atenciones de nuevo, pero Eric no parecía tener prisa para ello.

Se inclinó y comenzó a lamer un pezón y después el otro, mordisqueándolos y tirando de ellos hasta hacerme gritar.

, Me cogió de la mano y caminamos hacia la cama, donde hizo que me sentara en el borde.

Vi que cogía un mando de la mesita y tras pulsar un botón comenzó a sonar música, una melodía que sin duda iba a incitar a la sensualidad y a dejarnos llevar.

Sin apartar la mirada de mí, lo vi quitarse la chaqueta y dejarla sobre una silla, después comenzó a deshacer el nudo de su corbata y vi cómo la llevaba hasta mis muñecas, envolviéndolas con ella, anudándola e inmovilizándome, mientras la voz del cantante, una muy sexy y sensual, nos acompañaba.

Cantó en ese momento, mientras Eric me miraba con sus penetrantes ojos verdes fijamente, al tiempo que deslizaba el pulgar por mis labios, tirando un poco del labio inferior hasta que los separé y lo llevó al interior de mi boca, de modo que lo sentí sobre mi lengua y me atreví a lamerlo.

“Drive me insane. So what if i’m fucked up, fallen in love. ¿So what if I’m such a sucker for pleasure?”^[1]

Eric se inclinó mientras retiraba el dedo de mis labios y me besó, cerré los ojos dejándome llevar por aquel beso que sí, debía admitir que se había convertido en una especie de adicción para mí.

Comenzó a quitarse la camisa y me mordió el labio, quería tocarlo como había hecho otras veces, pero no podía, tenía las manos inmovilizadas, él sonrió como si en ese momento pudiera leerme la mente.

Lo vi desabrocharse el pantalón y tras liberar su miembro ya erecto, comenzó a tocarse a sí mismo.

No apartaba los ojos de mí, y yo alternaba con mi mirada a los suyos y a lo que hacía. ¿Era posible que me excitara verlo tocarse? Porque eso era exactamente lo que me estaba pasando.

“Heaven Isn’t as beautiful as you...”^[2]

Me lamí los labios, Eric volvió a sonreír llevando la mano a mi rostro, me acarició la mejilla y de nuevo sentí su pulgar en los labios, esos que separó mientras se acercaba a mí.

No hizo falta que pronunciara una sola palabra, podía ver en sus ojos lo que quería, y no me negué.

Separé mis labios y deslicé la lengua por toda su longitud antes de acogerlo en mi boca.

Eric jadeó al sentir mis labios envolviendo su miembro y sus ojos se oscurecieron ligeramente.

"Cause you're no saint... I'm glad you came..." [\[3\]](#)

Desde luego aquella canción en ese momento nos iba como anillo al dedo.

Eric llevó su mano hasta entrelazarla en mi coleta y comenzó a guiar mis movimientos al mismo tiempo que acercaba sus caderas hacia mí, embistiendo deprisa, pero con cuidado, jadeando y dejando salir algunos leves sonidos roncós de lo más hondo de su ser.

Yo misma gemí y tuve que moverme sobre la cama en busca de un poco de fricción, el más mínimo roce que me diera placer.

Pero Eric no parecía querer dejarme sin mi dosis de placer y disfrute, así que minutos después se retiró poco a poco, pasó de nuevo el pulgar por mis labios y sonrió.

—¿Por qué tuvimos que tardar tanto en conocernos, cariño? —preguntó en un susurro antes de besarme.

“Cause you’re no saint... I’m glad you came...” [\[3\]](#)

Desde luego aquella canción en ese momento nos iba como anillo al dedo.

Eric llevó su mano hasta entrelazarla en mi coleta y comenzó a guiar mis movimientos al mismo tiempo que acercaba sus caderas hacia mí, embistiendo deprisa, pero con cuidado, jadeando y dejando salir algunos leves sonidos roncós de lo más hondo de su ser.

Yo misma gemí y tuve que moverme sobre la cama en busca de un poco de fricción, el más mínimo roce que me diera placer.

Pero Eric no parecía querer dejarme sin mi dosis de placer y disfrute, así que minutos después se retiró poco a poco, pasó de nuevo el pulgar por mis labios y sonrió.

—¿Por qué tuvimos que tardar tanto en conocernos, cariño? —preguntó en un susurro antes de besarme.

Capítulo 21



Esas palabras resonaban en mi mente, y yo misma me preguntaba por qué no lo había conocido a él antes que a mi ex.

Volví al presente y vi cómo Eric se deshizo de sus pantalones y zapatos y se quedó tan solo con el bóxer. Me cogió en brazos y caminó hasta el sofá que había a un lado. No dudó en recostarme, y tal como había visto en Internet, mi espalda se amoldó perfectamente a su forma.

Eric me quitó la braguita, separó mis piernas tras sentarse en el sofá y con una sobre cada uno de sus hombros, se inclinó para comenzar a lamer mi zona.

Lo hacía despacio, con lamidas lentas y jodidamente tortuosas, a la par que excitantes. Podía notar cómo la humedad se apoderaba de mi zona a cada segundo que pasaba, y fue entonces cuando sentí uno de sus dedos entrando y saliendo rápido, al mismo tiempo que su lengua se movía más y más deprisa.

—Aquí tengo una norma, cariño —dijo deteniéndose poco antes de que mi cuerpo colapsara llegando al orgasmo —. No puedes correrte hasta que yo te diga que lo hagas.

—¿Qué? Pero, eso es cruel —protesté.

—Y muy placentero, pequeña, porque cuando lo hagas, sentirás una liberación aún mayor —contestó con una sonrisa y un guiño.

Se levantó sin permitirme llegar al orgasmo, tal como había dicho, y me cogió de la mano para llevarme hacia la mesa, donde me sentó y pidió que me recostara.

Noté el roce de las muñequeras de cuero alrededor de una de mis muñecas y después de la otra, así como en los tobillos. Eric me había inmovilizado por completo, y en ese momento me sentí como si fuera una estrella de mar.

Sonreí ante mi ocurrencia y mientras la misma canción volvía a reproducirse una vez más, lo vi ir hacia la pared donde estaban los geles, así como los demás juguetes, y también a la vitrina.

Regresó con un botecito de gel, un vibrador, un succionador de clítoris y eso que parecía una pequeña pera y en Internet vi que era un plug anal.

—Eric —notaba el corazón latiendo rápido, no podía estar pensando en lo que yo creía que pensaba.

—Tranquila, prometo que no va a doler en absoluto, solo sentirás placer, cariño —dijo sin dejarme protestar más.

Colocó todo en la mesa, junto a mi pierna, y vi que dejaba caer un poco de gel en su mano, esa misma que pasó por mi sexo y bajó hasta la parte inexplorada de mi cuerpo y que nunca, jamás creí que alguien exploraría.

¡Puso un poco más en sus dedos y volvió a cubrir aquella parte mientras me miraba, noté el líquido frío y tragué con fuerza, pasándome la lengua por los labios pues empezaba a notar que me quedaba sin saliva de los nervios que me estaban entrando.

—Relájate, es un tamaño pequeño para empezar —dijo, y sí, era cierto, aquel era el tamaño más pequeño, ya que había visto en Internet que eran tres tamaños diferentes.

Menos mal que no le dio por coger el más grande, o me habría desmayado de la impresión al verlo.

Eric cogió el vibrador, lo conectó y fue pasándolo despacio por mi clítoris haciéndome gemir. Dios mío, qué sensación más... intensa.

Arqueé la espalda y jadeé ante aquella vibración, y cuando noté que me penetraba con él, grité de placer al notarle entrando y saliendo.

Lo retiró y lo dejó en la mesa de nuevo, y lo siguiente que vi en su mano fue el plug. Ay señor.

—Relájate, cariño, necesito que estés relajada y no te cierres, todo lo contrario —me pidió.

Llevó el plug a esa parte, suspiré al notar la punta, resoplé cada vez más nerviosa, y Eric se inclinó para besarme el vientre, bajando poco a poco hasta que noté su lengua deslizándose por el clítoris y jadeé.

Si quería conseguir que me olvidara de que había algo invadiendo cierta parte de mi cuerpo, lo consiguió, porque cuando fui consciente ya lo tenía dentro.

—Buena chica, cariño —sonrió de ese modo que me hacía estremecer y me besó el vientre—. ¿Bien?

—A ver, se siente algo ahí, pero... si no lo mueves no duele.

—No duele —rio—, pero tengo que prepararlo para poder, ya sabes.

—No, ni loca.

—Preciosa, por aquí —movió un poco el plug haciéndolo girar despacio, y gemí— sentirás el mismo placer que por aquí —me penetró con dos dedos.

Cogió el vibrador de nuevo y tras ponerlo en una velocidad baja, volvió a penetrarme con él haciendo que de nuevo gritara ante el placer.

Lo vi coger el succionador de clítoris y llevarlo hasta él, jamás en mi vida había gritado tanto y tan fuerte al sentir aquella intensidad en mis partes bajas.

Eric comenzó a penetrarme con el vibrador y eso me llevó a rozar el orgasmo minutos después, volviéndome loca de placer y necesitando correrme con urgencia, con mucha urgencia debía admitir, pero una vez más, me privó de esa posibilidad.

Con cuidado retiró todo y me dejó allí en la mesa mientras iba de nuevo a la pared, esta vez para coger una fusta.

Se paseó alrededor de la mesa con ella en la mano mientras deslizaba la lengüeta de cuero por todo mi cuerpo, y cuando decía por todo él, era por cada rincón que encontraba.

Me estremecí al sentir el modo en el que me acariciaba con ella desde el tobillo hasta el interior del muslo, como la pasaba por el brazo y me hacía gemir, pero lo que consiguió que hiciera que perdiera por unos instantes la cordura fue cuando sentí el modo en el que golpeaba sobre mi clítoris.

Miré a Eric sin saber qué decir o por qué lo hacía, y él sonrió. Gemí al sentir el siguiente golpe, me estremecí con el siguiente y arqueé la espalda gritando tras varios más.

Lo hacía despacio, pero sabiendo cómo hacerlo para dar placer ante el contacto de aquella pequeña lengüeta de cuero contra el clítoris.

Se detuvo poco después, pasó la lengua por la zona en una lenta lamida mientras nos mirábamos fijamente a los ojos, y liberó primero mis tobillos, masajeándolos, y después las muñecas, haciendo lo mismo antes de besarme.

—¿Qué tal? —preguntó mientras me cogía en brazos— ¿Se te ha pasado el miedo y la vergüenza?

—Un poco sí, la verdad —sonreí—. Pero entiéndeme, yo nunca...

—Lo sé, cariño —me besó de nuevo y noté que me recostaba en la cama—. Pero si tú me dejas, te haré disfrutar del sexo de mil maneras diferentes —susurró antes de volver a besarme mientras notaba la punta de su erección en mi entrada—. ¿Me dejarás, preciosa?

—Sí —jadeé al notar que me penetraba.

Me rodeó con el brazo por la cintura, se sentó sobre sus talones y me colocó en sus muslos de manera que me penetraba mejor así.

Eric comenzó a moverse al mismo tiempo que me movía a mí, llevándome al encuentro con su miembro una embestida tras otra.

Entraba y salía sin parar, rápido y con fuerza, mientras la canción nos acompañaba. Y me sentía en el cielo en sus manos, dejándome llevar como me había pedido.

Me agarré con todas las fuerzas que pude a las sábanas cuando noté su pulgar en el clítoris, haciendo fricción igual de rápido que me penetraba, llevándome de ese modo hasta el abismo de los orgasmos, hasta el precipicio que me lanzaría de lleno al éxtasis.

—Eric, necesito...

—Hazlo, pequeña —dijo, sin dejarme acabar mi frase.

Comenzó a moverse más y más rápido, entrando y saliendo con fuerza, golpeando en lo más profundo de mí, y unos segundos después noté cómo ambos llegábamos al clímax.

Nos dejamos ir por el éxtasis al unísono, moviéndonos aún de esa manera descontrolada, gimiendo y gritando mientras Eric me penetraba aún con fuerza en esos últimos coletazos del que sin duda había sido el orgasmo más intenso de mi vida.

Me quedé recostada en la cama con los ojos cerrados, recobrando el aliento mientras Eric lo hacía con la frente apoyada en mi vientre. Jamás en mi vida había tenido un orgasmo así, y nunca pensé que practicaría sexo de ese modo.

Con mi ex siempre fue todo tan convencional, que ahora entendía que ni siquiera lo convencional con él era excitante como lo había sido otras veces con Eric.

—Vamos a la ducha, preciosa —dijo tras darme un beso en el vientre.

Se retiró y me cogió en brazos para llevarme de la cama al cuarto de baño. Era un lugar amplio, y en la ducha estaba segura que cabrían al menos tres personas.

¹Eric me enjabonó con ese mijo que ya conocía, lo hizo entre besos y caricias, y cuando terminamos, regresamos a la habitación, apagó la música y nos vestimos para volver al bar.

Allí estaban Izan y Héctor tomando una copa y charlando, sin duda hablando cada uno de sus respectivos desamores.

Ambos me miraron con la ceja arqueada, volteé los ojos y escuché a mi hermano decir que no quería saber nada de lo que había hecho en esa habitación.

—Tranquilo, que no voy a contarte mis intimidades, hermano —contesté.

—Mejor, porque solo me faltaba que mi hermana mayor me diera envidia.

Sonreí negando y vi aparecer a mi hermana con Samuel, los dos cogidos de la mano y con esa carita de enamorados.

—Otra con cara de orgasmo —dijo Izan—. Al final me bebo la botella entera.

—Calla, mejor nos vamos para el resort que mañana tengo una videollamada a primera hora. A ver si ya de una vez deja esta mujer de cambiarme los planos del proyecto —comentó Héctor.

Al girarme vi a Jasmine, la dueña del salón de belleza, y frunció el ceño.

—Eric, hacía tiempo que no te veía por aquí —dijo acercándose a él con una sonrisa, y pasó el dedo por su torso—. ¿Te quedas y me acompañas?

—No, me vuelvo al resort —contestó.

—Colega, si después de estar con mi hermana me dices que tienes energía para otra, me hago fan tuyo —dijo Héctor, dándole una palmada en el hombro.

—Tengo energía, pero es para tu hermana —sonrió él—. Disfruta de la noche, Jasmine.

Eric me cogió de la mano y fuimos hacia el pasillo que daba a la puerta de entrada, nos despedimos de la chica pelirroja que nos había dado la bienvenida y salimos para coger los coches y volver al resort.

No dije nada en todo el camino, pero me había quedado claro que Eric y Jasmine estuvieron en una de esas habitaciones en algún momento.

Cuando llegamos al resort, en completo silencio debía decir, Eric paró el coche y me cogió de la mano.

—Victoria...

—No necesito que me digas nada —le corté—. No soy tonta, Eric, sé que algo has tenido con ella.

—Pero fue antes de que tú vinieras. Es más, desde que estás aquí, no he ido allí hasta hoy.

Asentí, bajé del coche y cuando lo hizo él, le di las buenas noches y un beso rápido en los labios antes de comenzar a caminar hacia mi cabaña, ni siquiera esperé a que llegaran los demás.

No tenía que pedirle explicaciones, pero tampoco me veía con ánimo de quedarme en ese momento allí imaginando a Eric con otra mujer a la que le habría hecho lo mismo que a mí, y a saber, qué otras cosas más.

Entré en la cabaña, me desnudé y cogí una camiseta para ponerme y meterme en la cama. Estaba a punto de hacerlo cuando escuché que llamaban a mi puerta.

Suspiré porque seguramente sería Izan, y si no abría, me llamaría o la tiraría abajo, que capaz era, desde luego.

Pero no era él, sino Eric, quien estaba allí.

—Eric —murmuré, y ni tiempo me dio a decir nada más.

Me cogió en brazos mientras se apoderaba de mis labios, cerró la puerta con una patada y me llevó hasta la habitación, donde me recostó en la cama.

—El pasado no me importa, preciosa, porque tú, tú eres mi futuro.

Volvió a besarme, y después de hacerme el amor, nos quedamos dormidos abrazados el uno al otro.

—Pero fue antes de que tú vinieras. Es más, desde que estás aquí, no he ido allí hasta hoy.

Asentí, bajé del coche y cuando lo hizo él, le di las buenas noches y un beso rápido en los labios antes de comenzar a caminar hacia mi cabaña, ni siquiera esperé a que llegaran los demás.

No tenía que pedirle explicaciones, pero tampoco me veía con ánimo de quedarme en ese momento allí imaginando a Eric con otra mujer a la que le habría hecho lo mismo que a mí, y a saber, qué otras cosas más.

Entré en la cabaña, me desnudé y cogí una camiseta para ponerme y meterme en la cama. Estaba a punto de hacerlo cuando escuché que llamaban a mi puerta.

Suspiré porque seguramente sería Izan, y si no abría, me llamaría o la tiraría abajo, que capaz era, desde luego.

Pero no era él, sino Eric, quien estaba allí.

—Eric —murmuré, y ni tiempo me dio a decir nada más.

Me cogió en brazos mientras se apoderaba de mis labios, cerró la puerta con una patada y me llevó hasta la habitación, donde me recostó en la cama.

—El pasado no me importa, preciosa, porque tú, tú eres mi futuro.

Volvió a besarme, y después de hacerme el amor, nos quedamos dormidos abrazados el uno al otro.

Capítulo 22



Los días en el resort pasaban sin que apenas nos diéramos cuenta, era miércoles y la noche anterior los chicos se llevaron a Samuel a cenar y tomar algo para celebrar lo que ellos llamaron un ensayo de su despedida de soltero, en fin...

Abi y yo aprovechamos para cenar con nuestros padres, pasear por la playa y hablar de esos consejos que toda hermana mayor debía darle a la pequeña, esperando que no cometiera los mismos errores que yo cuando me casé.

Pero ella y Samuel se veían felices juntos, enamorados y con una conexión increíble.

Y dado que ellos habían tenido el ensayo de la despedida de soltero de mi cuñado la noche anterior, esta vez nos tocaba a Abi y a mí.

Pedimos que nos sirvieran unas pizzas, una botella de vino, otra de tequila con limón y sal, y una de ginebra con varias tónicas y hielo, mucho hielo, además de helado.

La idea había sido de mi hermana, quería que tuviéramos una de nuestras noches de chicas como si estuviéramos en su casa o en la mía, ambas con el pijama y viendo varias de nuestras películas de amor favoritas.

Teníamos un buen número de ellas para elegir, desde *Romeo & Julieta*, de Leonardo DiCaprio, pasando por *Titanic*, *La boda de mi mejor amigo* o la icónica, *Pretty Woman*.

Después de comer y beber viendo la primera, acabando como siempre con el pañuelo en la mano, Abi puso *Ghost*

—¿No hemos llorado bastante con la tragedia veronense? —pregunté con la voz tomada por el llanto.

—Mujer, que aquí nos reímos con Whoopie.

—También es verdad. Pásame el helado —le pedí señalando la gran tarrina de helado de vainilla con nueces, me la dio y cogimos una cuchara cada una.

—Así que tú y el tío Eric, bien, ¿no? —curioseó tras esa primera cucharada de helado que nos llevamos a la boca.

—Ajá.

—¿Ajá? —Me miró con la ceja arqueada— ¿Qué clase de respuesta es esa?

—Pues una —me encogí de hombros y seguí comiendo helado.

—Voy a tener que llamarlo cuñado, lo veo —sonrió.

—No te adelantes, anda, que sabes que sigo casada. Y por mucho que queramos, no sabemos cómo acabará esto con Miguel —suspiré.

—Pues firmando, así tenga que ir yo misma a su casa con los papeles y pedirle, de manera sutil y educada, que firme de una vez.

—Sutil y educada, ¿eh? —sonreí.

—Así es, muy sutil y muy educada —carraspeó—. Miguel, ¡¡firma ya, huevón!!

—Madre mía —solté una carcajada—. Vamos a ver la película, anda, que nos estamos perdiendo el principio —dije, a pesar de que ambas nos sabíamos no solo esa película, sino todas nuestras favoritas, de memoria.

Seguimos comiendo helado, sonriendo ante esas miradas de amor que compartían en pantalla los eternos Patrick Swayze y Demi Moore, y cuando llegamos a ese primer momento tierno y romántico de la película, ambas observamos sonriendo y tarareando ese clásico que, sin duda, era una de las canciones más románticas que dedica a la persona amada.

“Oh my love, my darling, I’ve hungered for your touch...” ¹⁴¹

—Vicky, toma nota porque eres la encargada de algunas cosas de mi boda —dijo mirándome—. Quiero esta canción como primer baile —sonreí.

—Lo sé, es lo único que siempre me has dicho sobre tu boda desde que la vimos juntas por primera vez.

—Uf, y de eso hace doce años ya, cómo pasa el tiempo.

—Dímelo a mí, que, de cambiarte los pañales, he pasado a saber que tienes sexo pervertido con tu novio —hice como que me daba un escalofrío y ella se echó a reír.

—Al carajo el jarrón de barro —dijo en ese momento y resopló.

“*Lonely rivers sigh wait for me, wait for me...*” ^[5]

Esta siempre fue la película favorita de nuestra madre, y es que ella era una romántica empedernida, algo que Abi y yo compartíamos con nuestra progenitora.

Seguimos viendo la película y como era de esperar, como siempre ocurría, nos pasamos esas horas riendo con las ocurrencias de la vidente, y llorando con esas escenas donde el amor más allá de la muerte quedaba patente.

Ni qué decir tenía que gastamos tantos o más pañuelos que con la de, DiCaprio, pues eso de que el alma de las personas que morían y no iban a su lugar definitivo porque tenían algo pendiente en la tierra, en esta película significaba que el amor, el amor de verdad, todo lo podía.

—Me he quedado sin lágrimas —dijo Abi tras secarse las mejillas por enésima vez, durante el final.

—Tranquila, tienes tiempo para recuperarlas y llorar el día de tu boda —comenté.

—Más vale que me pongan un maquillaje a prueba de todo, porque mira que no quiero llorar, pero sé que lo acabaré haciendo, sobre todo si veo a mamá llorando. Todavía me acuerdo de cómo lloraba en tu boda, y eso que no les gustaba el novio. En la mía vamos a tener que darle una sábana en vez de un paquete de *Kleenex*.

—Sabes que llorará de felicidad, porque te ve feliz con Samuel y espera que ese amor nunca se acabe —le aseguré, acariciándole la mejilla.

^r—Tengo miedo de eso, ¿sabes? De que se acabe, de que Samuel se canse de mí, que me deje por otra...

—A ver, tontita, ¿cómo iba a dejarte por otra? —Fruncí el ceño— No hay más que ver cómo te mira, Abi. En sus ojos hay cariño, amor, respeto y determinación. Te quiere y no va a cambiarte por otra. ¿Dónde va a encontrar una mejor que tú? Y tan loca no digamos —reí.

—Joder, qué mala eres —rio ella.

—Dime una cosa, cariño —le cogí la mano mientras la miraba—. Lo de tener sexo en esas habitaciones del local, no sería por el miedo a que, si decías que no, te dejara, ¿verdad?

—No, no, Vicky, eso es porque yo quiero. Sabes que he leído algunas de esas novelas, y la verdad nunca creí que lo probaría, pero, ya ves, tuve curiosidad y al final me gustó. Y Samuel es delicado, o sea, un poquito perverso —sonrió de medio lado—, pero delicado. Nunca se ha excedido.

—Tenías que ver la carita y la mirada que se te ponen cuando hablas de él —sonreí—. Estás enamorada hasta el tuétano, como dice Héctor.

—Lo quiero muchísimo, Vicky, y si me dejara...

—Si te deja, te aseguro que Héctor, Izan y yo, le hacemos la vida imposible. Hasta vudú, si me apuras.

—Por Dios, que os veo a los tres confeccionando un muñeco y clavando agujas —se echó a reír.

—No nos des ideas.

—Gracias, hermanita —me abrazó con un suspiro—. Por ser mi hermana, mi segunda madre y sin duda, mi mejor amiga.

—Ay, cariño, que me vas a hacer llorar otra vez. Y no sé si nos quedan pañuelos.

—Tranquila, tenemos sábanas —dijo, y nos echamos a reír.

Nos tomamos un gin tonic mientras le mostraba otros bocetos que había hecho esos días y le dije que pusiera un post-it en los que más le gustaran, con ellos seguramente podría hacer algún diseño uniendo varios.

Eran cerca de las dos y media cuando dimos la noche por terminada y nos fuimos a la cama, durmiendo juntas como tantas veces habíamos hecho.

Eric me dijo que tenía trabajo que hacer, por eso Abi quiso que tuviéramos esta noche para nosotras, no me había escrito por lo que yo tampoco lo hice, no quería molestarlo.

No tardamos mucho en quedarnos dormidas, el alcohol, aunque había sido poco, hizo efecto casi de inmediato.

—Lo quiero muchísimo, Vicky, y si me dejara...

—Si te deja, te aseguro que Héctor, Izan y yo, le hacemos la vida imposible. Hasta vudú, si me apuras.

—Por Dios, que os veo a los tres confeccionando un muñeco y clavando agujas —se echó a reír.

—No nos des ideas.

—Gracias, hermanita —me abrazó con un suspiro—. Por ser mi hermana, mi segunda madre y sin duda, mi mejor amiga.

—Ay, cariño, que me vas a hacer llorar otra vez. Y no sé si nos quedan pañuelos.

—Tranquila, tenemos sábanas —dijo, y nos echamos a reír.

Nos tomamos un gin tonic mientras le mostraba otros bocetos que había hecho esos días y le dije que pusiera un post-it en los que más le gustaran, con ellos seguramente podría hacer algún diseño uniendo varios.

Eran cerca de las dos y media cuando dimos la noche por terminada y nos fuimos a la cama, durmiendo juntas como tantas veces habíamos hecho.

Eric me dijo que tenía trabajo que hacer, por eso Abi quiso que tuviéramos esta noche para nosotras, no me había escrito por lo que yo tampoco lo hice, no quería molestarlo.

No tardamos mucho en quedarnos dormidas, el alcohol, aunque había sido poco, hizo efecto casi de inmediato.

Capítulo 23



Desperté con una pierna de Abi sobre las mías y uno de sus brazos en mi frente, seguía sin explicarme cómo dormía mi hermana pequeña.

La aparté sin que se despertara para levantarme, cogí ropa y fui a darme una ducha. Sentía un ligero dolor de cabeza así que me tomé una pastilla que lo aliviara, no íbamos a tardar en ir a desayunar.

Acaba de terminar de vestirme cuando escuché que llamaban a la puerta, abrí y vi a uno de los empleados.

—Buenos días —saludé.

—Buenos días, señorita. Esto es para usted —dijo mientras me entregaba una cajita con el nombre de la firma de la joyería que había en el centro comercial.

—¿Para mí? ¿Quién lo envía? —pregunté cogiéndola.

—El señor Eric —sonrió, y sentí que se me paraba el corazón.

—Gracias.

—Que tenga un feliz día, señorita —asintió antes de retirarse.

—Igualmente, adiós.

Cerré la puerta y fui al sofá, me senté y quité el lazo que cerraba la caja. Cuando la abrí se me escapó un sonido de sorpresa al ver aquellos pendientes.

Eran preciosos, de verdad que sí. Parecían ser de oro blanco, eran un par de aretes pequeños y de ellos colgaba una finita cadena que acababa en un brillantito con forma de estrella.

—Buenos días —escuché a Abi acercarse y al mirarla, vi que se frotaba los ojos, seguía con el pijama puesto.

—Buenos días —sonreí.

—¿Qué es eso?

—Unos pendientes que me envía Eric.

—¿En serio? Qué bonitos —dijo al sentarse y verlos—. Póntelos, que te los vea cuando desayune con nosotros.

—Pero son muy elegantes para ponérmelos con estos vaqueros cortos —reí.

—Son perfectos para ponerlos con cualquier cosa. Voy a darme una ducha y vestirme —me dio un beso en la mejilla—. No tardo.

Asentí y la vi volver hacia el pasillo. Me cambié los pendientes, cogí el móvil y activé la cámara para echarme un vistazo, no tenía espejos cerca, y me quedaban bien.

Mientras esperaba a Abi, salí al porche, me hice una foto mirando hacia la playa de modo que se viera de fondo, y también los pendientes, y la subí a mis redes, algo a lo que empezaba a acostumbrarme, sin etiquetar a Eric por supuesto, con un texto sencillo.

“Momentos que sacan sonrisas”

Sabía que él lo entendería.

Abi regresó poco después y salimos para ir a la cafetería a desayunar con los demás, que ya estaban esperándonos

—Buenos días, niñas —saludó mi madre, sonriendo.

—Buenos días —respondimos al unísono.

—Hola, cariño —Samuel abrazó a Abi y le dio un beso rápido en los labios.

—¿Me echaste de menos anoche? —preguntó ella.

e

—Sí —respondió haciéndola sonreír.

Fuimos a la mesa y Eric me cogió de la mano para que me quedara con él, sonrió mientras se inclinaba.

—Te quedan muy bien esos pendientes —susurró.

—Son preciosos, muchas gracias. Pero no tenías que haberme enviado nada.

—Es un regalo, preciosa. Mereces eso y más, te lo aseguro —me dio un beso en la mejilla sin que nadie nos viera y fuimos hacia la mesa con los demás.

Pedimos el desayuno mientras mi hermano contestaba a un e-mail, y fue Izan quien preguntó qué tal había ido nuestro ensayo para despedida de soltera.

—Como en Sonrisas y lágrimas —dijo Abi—. Vimos *Romeo y Julieta*, y después, *Ghost*.

—O sea, que llorasteis a mares —Héctor volteó los ojos.

—Sí —reí.

—Nos tomamos algunas copas y he de decir que nos hemos levantado con un poquito de dolor de cabeza —rio esta vez mi hermana.

—Vaya dos, no se os puede dejar solas —dijo Izan, resoplando.

Mientras desayunábamos me entró una llamada, pero no la atendí porque era un número desconocido y solo había una persona en el mundo que llamaría de ese modo, y eso que no le había bloqueado su número, pero como me llamó un par de veces y lo ignoré por completo, no era de extrañar que probara suerte de ese modo.

Lo puse en silencio tras obtener una segunda llamada y seguí desayunando e ignorando las llamadas de mi ex, no iba a dejar mis vacaciones para volver a las oficinas y hacer lo que él quisiera, estaba en mi derecho de tomarme ese descanso de la rutina y Miguel tenía que respetarlo, ya no era mi marido y no podía simplemente ningunearme como había hecho durante años, aunque a mí me costara reconocerlo.

—¿Qué planes tenéis para hoy? —preguntó mi padre.

—Samuel y yo vamos a ir al campo de golf. ¿Queréis venir? —contestó mi hermana.

—Pues sí, es una buena idea.

—¿Y tú, Vicky?

—No, cariño —tengo algunos diseños que hacer para cierta novia que se casa en unas semanas —sonreí.

—Entonces nos vemos en la comida, porque cuando te centras en el trabajo, te olvidas de la hora —comentó mi madre.

Después del desayuno me despedí de todos, pues iban al campo de golf, y Eric se quedó conmigo unos minutos.

, —¿Qué te parece si te invito a cenar esta noche, preciosa?

—Me parece bien —sonreí—. ¿Qué tal fue el trabajo ayer?

—Como siempre, algunos incidentes que tuve que solventar, pero afortunadamente, todo bien. Debo irme, tengo varias reuniones esta mañana.

—Claro, nos vemos en la comida.

—Adiós, preciosa —me dio un beso rápido y se fue hacia donde tenía el despacho del resort.

Fui dando un paseo hasta mi cabaña y, poco antes de llegar, me topé con Jasmine, sonreí saludándola por cortesía, y ella dejó de mirar el móvil y me saludó.

—Ah, hola, Victoria —sonrió, y no pude evitar fijarme en los pendientes que llevaba, iguales a los míos—. ¿Dando un paseo?

—Sí, voy a trabajar un poco en unos bocetos.

—Imagino que, para el vestido de tu hermana, seguro que será una novia preciosa. Oh, esos pendientes... ¿Regalo de Eric, por casualidad? —curioseó.

—Así es.

—Bueno —sonrió de nuevo—, así es él. Siempre que tiene una noche de juegos con alguna chica, le envía un regalo a la mañana siguiente, o unos días después. A mí me han llegado estos después de estar con él anoche —su sonrisa se amplió de nuevo—. Imagino que no creyó que nos veríamos, a veces es un poquito despistado. Si me disculpas, voy a verlo ahora. Que tengas un buen día, Victoria.

Un buen día me deseaba, después de lo que acababa de decirme. ¿En serio Eric me había mentado y no estuvo trabajando durante la noche? Por no hablar del hecho de que, según él, no había vuelto a estar con nadie desde que estaba conmigo.

Vi a Jasmine alejarse y sentí que el corazón me latía a toda velocidad. ¿Cómo me había hecho eso?

Quería llorar, pero no iba a dejar que nadie me viera hacerlo, así que comencé a caminar más deprisa para llegar a mi cabaña, y en ese momento empezó a vibrar de nuevo mi móvil. Acabé respondiendo.

—Te pedí que no me llamas más —fueron mis palabras sin dar tiempo a que dijera un simple hola.

—Buenos días, ¿es usted Victoria? —preguntó una voz masculina al otro lado de la línea, y no, no era la voz de Miguel.

—Sí, ¿quién lo pregunta?

—Inspector Ramírez, de la policía de Madrid.

—¿La policía? —Fruncí el ceño mientras entraba en la cabaña— ¿Qué ocurre?

—Verá, la llamo porque está usted entre los contactos de Miguel, su marido.

—Exmarido, aunque no ha firmado los papeles todavía y llevo esperando dos años. ¿Qué le ha pasado?

—No es una noticia fácil de dar, y menos por teléfono, pero... Lamento decirle que su marido ha fallecido — escuché esas palabras y me quedé en shock.

Noté cómo mi cuerpo parecía pesar un millón de toneladas en ese momento y me dejé caer en el sofá con la mirada perdida, mientras escuchaba las palabras de aquel policía que acababa de darme una noticia que no esperé oír en mi vida.

Al parecer Miguel y su novia, porque casados no podían estar hasta nuestro divorcio, habían viajado al sur de Francia, mi ex tenía una reunión con un cliente al que al parecer iba a comprarle el hotel o a invertir en él, no me quedé con los detalles exactos, y mucho menos cuando escuché lo que había ocurrido.

—Un camión invadió el carril por el que circulaba su marido, al parecer perdió el control del coche tras intentar evitar chocar, y cayó por el precipicio. Segundos después, según los testigos, el coche se incendió. Ambos fallecieron en el acto.

No podía hablar, de verdad que no. ¿En serio Miguel había muerto? ¿O era solo un mal sueño que estaba teniendo en ese momento?

—Señora Victoria, como su esposa, necesitamos hablar con usted cuanto antes.

—Claro —conseguí decir poco después—, sí. Yo... Bueno, estoy de viaje con mi familia, pero sí, buscaré un vuelo para volver lo antes posible. Los hijos de Miguel, ¿estaban con ellos en ese viaje?

—No, es por eso que tenemos que hablar.

—Claro, dígame dónde debo ir, iré lo antes que pueda.

El Inspector Ramírez me dijo que me enviaría la dirección por mensaje al móvil, y en cuanto colgué, busqué en

Internet hasta encontrar el primer vuelo que saliera de Marbella con dirección a Madrid.

Por suerte había uno que salía en dos horas y media, así que lo compré, hice el equipaje y pedí un taxi para que me llevara al aeropuerto. No avisé a nadie, ese era un asunto que me concernía a mí, por seguir siendo la mujer de Miguel de manera legal, y no quería que me dijeran nada.

Internet hasta encontrar el primer vuelo que saliera de Marbella con dirección a Madrid.

Por suerte había uno que salía en dos horas y media, así que lo compré, hice el equipaje y pedí un taxi para que me llevara al aeropuerto. No avisé a nadie, ese era un asunto que me concernía a mí, por seguir siendo la mujer de Miguel de manera legal, y no quería que me dijeran nada.

Capítulo 24



Apagué el móvil en cuanto entré en el aeropuerto, pasé los controles y me senté a esperar el aviso para ir hacia la puerta de embarque.

Mientras esperaba pensé en lo que me había dicho el policía, en el modo en el que Miguel había fallecido.

A ver, que no era mi persona favorita del mundo después de lo que me había hecho, pero joder, tampoco es que mereciera morir de ese modo.

Me estremecí ante la angustia que sentí en el momento de pensar en lo que él y esa mujer debieron pasar en aquellos primeros instantes, con el coche envuelto en llamas.

Subí al avión poco después y durante el vuelo me fui preguntando por qué querían hablar conmigo, por qué si no tenía ya una vida en común con Miguel desde hacía dos años cuando decidí separarme.

¿Qué podrían querer hablar sobre sus hijos? El mayor ya tenía dieciocho años, era mayor de edad legalmente.

Cuando aterricé salí arrastrando mi equipaje y fui a mi casa para dejarlo, seguía con el móvil apagado, pero sabía dónde estaba la dirección, así que pasé por una cafetería en mi calle antes de coger el coche para comprarme un sándwich y refresco, y fui hacia la comisaría donde me estaría esperando el Inspector Ramírez.

—Buenas tardes —dije al llegar al mostrador—. Me llamó el Inspector Ramírez, quería hablar conmigo.

—¿Quién le busca? —preguntó la mujer que estaba allí.

—Soy Victoria, contactó conmigo por el fallecimiento de mi... marido —acabé diciendo, pues, aunque estábamos separados, legalmente seguía siendo su mujer.

—Espere allí, que lo aviso —indicó señalando varias sillas.

—Gracias.

Tomé asiento para esperar, saqué el móvil del bolso y vi que seguía teniéndolo apagado. Suspiré, fui a encenderlo y en ese momento escuché la voz del inspector llamándome.

—Sí —respondí mirando y guardé el móvil.

—Soy el Inspector Ramírez —me tendió la mano y se la estreché.

No debía tener más de cuarenta y cinco años, era alto, de cabello negro y unos ojos azules que me recordaron al océano de noche.

Me pidió que lo acompañara y lo seguí hasta una sala al fondo del pasillo que había a la izquierda de donde me había quedado sentada.

—Siéntese, por favor —ofreció cuando entramos en lo que resultó ser su despacho.

—Por teléfono me dijo que quería hablar de los hijos de mi marido.

—Así es.

—Ellos, ¿están bien?

—Darío se encontraba en el domicilio cuando tuvo lugar el accidente, Cintia estaba en un campamento de verano del que la trajeron ayer de vuelta. Ahora mismo están los dos en la casa.

Darío era el mayor, ese que Miguel tuvo un año antes de conocerme a mí, y Cintia, de siete años, la pequeña, que nació cuando yo ya estaba casada con su padre.

—Entiendo —dije al mismo tiempo que asentía.

—Su marido no tenía más familia que usted, y la madre de los chicos tampoco tenía a nadie.

—¿Qué quiere decirme exactamente, inspector?

—Que ahora mismo solo la tienen a usted, y la niña ni siquiera sabe que sus padres, ya sabe. Pero hay algo más, algo por lo que la he hecho venir.

—¿De qué se trata?

—Su marido tenía dos seguros de vida. De uno de ellos usted es la beneficiaria, imagino que ni siquiera lo anuló cuando lo cambió cuando decidieron separarse. Del otro, los beneficiarios son sus hijos. ¿Dónde estuvo el lunes entre las once y las once y media de la noche? —preguntó de pronto.

—Como le dije esta mañana, me encontraba de viaje en Marbella con mi familia, en el resort del tío de mi cuñado. Llevaba allí unas semanas, y aún nos quedaban unos días para volver. ¿Por qué me está preguntando esto, inspector?

—En casos de fallecimiento, y cuando hay un seguro de vida tan elevado para un beneficiario, en concreto el cónyuge...

—Espere —le corté—. ¿Insinúa que yo sabía que, mi prácticamente exmarido, tenía un seguro de vida del que yo aún era beneficiaria, y que fui hasta el sur de Francia para provocar un accidente y que falleciera? ¿O que pude contratar a alguien para que lo hiciera? Por Dios, eso es absurdo. ¿Acaso también piensan que una niña de siete años provocó la muerte de sus padres para quedarse con el dinero del seguro?

—Entiéndame, en estos casos, como le he dicho, el primer sospechoso siempre es el cónyuge.

—Le voy a decir una cosa, inspector, aunque no esté bien hablar mal de un muerto. De ser yo la que hubiera fallecido y tuviera un seguro de vida millonario para Miguel, sí podrían sospechar de él, porque se negaba a firmar el divorcio hasta que yo terminara de devolverle un dinero que me prestó hace años, que maldita la hora en la que se lo pedí. Pero no, yo no quería saber nada de él, no tenía ni idea de que había un seguro en el que me hubiera puesto como beneficiaria, y le aseguro que no aceptaré ese dinero, se lo pueden quedar sus hijos. Siento mucho que mi ex haya fallecido en esas circunstancias, pero estábamos separados y nada me une ya a él. Si hemos terminado me gustaría irme —dije poniéndome en pie, aún sorprendida por lo que ese inspector de policía había insinuado.

—Señora, esos chicos no tienen a nadie, como le he dicho —lo escuché decir antes de llegar a la puerta—. Su marido dejó una carta, una carta para usted.

Miré al inspector con el ceño fruncido sin saber por qué Miguel dejaría una carta para mí, no entendía nada, de verdad.

—¿Una carta para mí?

—Sí. La tiene Darío, y me pidió que le diera su número para que le llame —contestó entregándome un papel con un número de teléfono.

—¿Estoy o estaré detenida como sospechosa de la muerte de mi casi exmarido? —curioseé.

—No, cuando me dijo que estaba en Marbella comprobé los vuelos hacia allí en estas últimas semanas y vi que efectivamente había viajado allí.

—Puede verificarlo mejor echando un vistazo a mis redes, y las de mi hermana, mi hermano, mi cuñado e incluso mi socio. Yo solo quería que Miguel firmara los papeles del divorcio, no es plato de gusto para nadie enterarse,

después de diez años de matrimonio, que en realidad la amante has sido tú por mucho papel que hubiera de por .medio. Si no estoy detenida, me marchó.

—Lo que sí le pediría es que no salga de la ciudad, por si necesitamos hablar de nuevo con usted.

—No sé qué podrían querer hablar si yo ni siquiera sabía dónde estaba Miguel. Pero no se preocupe, no volveré a Marbella.

Salí del despacho del inspector pensando en que tenía que llamar a los míos para ponerlos al corriente de lo que había pasado, de mi repentina ausencia en el resort, pero también vi el papel que tenía en la mano con el número del hijo de Miguel anotado.

¿Qué querría decirme en esa carta, y por qué su hijo era quien la tenía?

Lo primero que hice al subirme al coche fue encender el móvil, no tardaron en llegarme un montón de notificaciones de llamadas perdidas de toda mi familia, así como mensajes, incluidos algunos de Eric.

r

Suspiré pensando en él, en cómo me había creído como una tonta el hecho de que pudiera verme como alguien especial. Qué ingenua había sido, parecía mentira que fuera una mujer adulta y madura de cuarenta años.

e

· Miré el número que tenía apuntado en el papel, y en vez de llamar a cualquiera de mi familia, tecleé esos nueve dígitos y pulsé el botón de llamada.

Esperé un tono, dos, tres, y cuando estaba a punto de colgar, escuché una voz masculina al otro lado.

—¿Hola? —preguntó.

—Hola, ¿Darío? —respondí, con dudas.

—Sí, ¿quién es?

—Victoria —dije, seguido de una pausa—. Soy Victoria, la exmujer de tu padre.

—Seguiais casados, legalmente aún eres su mujer, bueno, ahora ya eres su viuda.

—¿Sabes lo que le ha pasado a tu padre?

—Sí, pero mi hermana no. No sé cómo explicárselo, la verdad. Están siendo unos días de auténtica mierda.

—El Inspector Ramírez me ha dado tu número.

—Ya lo veo.

—¿Por qué querías que me lo diera?

—Tengo una carta de mi padre, una que me entregó hace dos años.

—Hace dos años le pedí el divorcio.

—Sí, esto también lo sé. Por eso me dio la carta. ¿Podríamos hablar?

—No sé qué podríamos tener que hablar nosotros, tu padre me tuvo engañada desde el principio de conocernos.

—Bueno, así era él, contaba alguna que otra mentira, si te soy sincero.

—Mira, no sé qué esperabas cuando le diste tu número al Inspector para que me lo diera, pero entre tu padre y yo no había nada, solo nos unía su obsesión por conseguir unos beneficios de mi empresa —no le dije que estaba devolviendo una deuda, tampoco sabía si el conocía ese dato por parte de su padre.

—En la carta él lo explica todo, tienes que leerla.

—¿La has leído? —pregunté por curiosidad, porque parecía saber qué me contaba su padre en ella.

—Sí, pero porque él me dio permiso para que lo hiciera si pasaba... esto.

—Darío, ¿tu padre estaba metido en algún lío, y esto no ha sido un accidente?

—No, no estaba metido en nada, ha sido un accidente, pero quiso dejar algunas cosas bien hechas, al menos según lo que dice la carta.

Ahora tenía curiosidad por saber qué decía esa bendita carta, y qué interés podría haber tenido Miguel en que la leyera.

Aún tenía que llamar a mi familia, pero podría hacerlo después, cuando supiera qué quería mi ex.

—Acabo de salir de la comisaría.

—Nosotros estamos en casa, no iremos a ningún lado. Puedes venir ahora, si quieres. Te doy la dirección, o...

—No es necesario, sé dónde está la casa que siempre fue de tu padre —le corté—. Estaré allí en quince minutos.

—Vale, hasta ahora.

Colgamos al unísono y vi de nuevo todas esas notificaciones de llamadas perdidas y mensajes, pero no hice por llamarlos, sino que volví a apagar el móvil y conduje hasta la casa en la que Miguel vivía cuando nos conocimos, esa que nunca vendió y que mantenía aun habiendo comprado una cuando nos casamos, y que acabamos vendiendo hacía dos años para repartirnos el dinero que yo empleé en pagar mi piso.

No fue hasta el momento en el que me enteré de que mi marido tenía una familia de la que yo no sabía nada, que supe que ellos vivían en la que fue su casa antes de conocerme.

Colgamos al unísono y vi de nuevo todas esas notificaciones de llamadas perdidas y mensajes, pero no hice por llamarlos, sino que volví a apagar el móvil y conduje hasta la casa en la que Miguel vivía cuando nos conocimos, esa que nunca vendió y que mantenía aun habiendo comprado una cuando nos casamos, y que acabamos vendiendo hacía dos años para repartirnos el dinero que yo empleé en pagar mi piso.

No fue hasta el momento en el que me enteré de que mi marido tenía una familia de la que yo no sabía nada, que supe que ellos vivían en la que fue su casa antes de conocerme.

Capítulo 25



Llegué allí justo quince minutos después, aparqué el coche y al ver la fachada fueron muchos los recuerdos que vinieron a mi mente, como esas cenas que en aquel entonces me parecían románticas, así como los fines de semana que me pedía que me quedara con él antes de casarnos.

Suspiré bajando del coche, cogí el bolso y caminé hacia la puerta, llamé al timbre y esperé.

No tardó en abrirme un chico que, indudablemente, era hijo de mi marido. Misma altura, cabello negro y ojos marrones, complexión atlética, mandíbula cuadrada, pero se notaba que aún era un niño, bueno, ya era mayor de edad, pero en su rostro se notaba la juventud y nadie diría que tenía más de veinte años, a pesar de que tenía dieciocho.

—Hola, Victoria —me saludó, y fruncí el ceño—. Siempre he sabido quién eras —sonrió levemente.

—Claro —hice lo mismo—. Te pareces mucho a él.

—Para mí desgracia, te lo aseguro. Pasa, por favor —se hizo a un lado dejándome pasar, y entré.

Darío llevaba un conjunto de ropa deportiva, pantalones cortos anchos y camiseta de manga corta, parecía ser de algún equipo de baloncesto, pero no lo conocía, no seguía ningún deporte.

—Cintia está en su habitación, dormida. Se enfadó cuando la trajeron de vuelta del campamento, no entiende por qué y no he sabido cómo decirle lo de nuestros padres —comentó mientras caminábamos hacia el salón.

—Imagino que no es fácil decirle algo así a una niña de siete años.

—La verdad, no lo es —suspiró—. ¿Quieres beber algo? Tengo Coca Cola, limón, zumo de naranja o manzana, y agua. Lo siento, pero yo no tomo café y no sé usar la cafetera que tiene mi madre.

—Agua estará bien, Darío, no te preocupes.

—Vuelvo enseguida —dijo cuando llegamos al salón, y asentí.

Sí, estar en esa casa me transportaba a años atrás de tal modo, que si cerraba los ojos incluso podría jurar que distinguiría el perfume que Miguel llevaba en aquella época.

Caminé hacia el mueble donde estaba colocada la foto con los cuatro, Miguel estaba en medio, con la niña en brazos, Darío a su izquierda y su novia a la derecha.

Cintia sonreía feliz y ajena a cualquier cosa, tenía el cabello castaño igual que su madre, pero los ojos, ese color marrón era el de Miguel y su hermano mayor.

—Aquí tienes —me giré al escucharlo cuando regresó, entregándome una botella pequeña de agua.

—Gracias.

—Siéntate, por favor —me pidió señalando el sofá, y vi que se acercaba a un cajón del mueble del que sacó un sobre—. Como te he dicho, siempre he sabido quién eres, mi madre nunca habló bien de ti, decía que eras la mujer que se había interpuesto entre ella y mi padre.

—Yo ni siquiera sabía que ella existía, no hasta que tu abuelo estaba a las puertas de encontrarse con San Pedro —le corté, y tal vez fui un poco brusca, pero me había salido así.

—Lo sé, y espero que me creas cuando te digo que yo no te odio, no como lo hacía ella. Al leer esta carta he entendido muchas cosas, la verdad —miró el sobre—. Te dejo sola para que la leas, después podremos hablar —me lo entregó y lo vi alejarse para ir hacia el pasillo por el que se subía a la planta de las habitaciones.

Le di un buen sorbo de agua a la botella, saqué aquellos folios del sobre y me acomodé para empezar a leer lo que fuera que Miguel quería contarme en esa carta que había escrito dos años atrás.

«Hola, Victoria.

Si estás leyendo esta carta, es que ya he pasado a mejor vida, como suelen decir, y Darío te la ha entregado. Yo le pedí que lo hiciera, pero solo si nos pasaba algo a Elvira y a mí, antes de que mi pequeña Cintia cumpliera los dieciocho años.

Ella ahora solo tiene cinco, y sé que esta es demasiada responsabilidad para Darío y sus dieciséis años, pero es un chico muy maduro para su edad.

Primero que todo quiero pedirte perdón, no me porté bien contigo, no te conté la verdad cuando debí hacerlo desde que nos conocimos, pero tampoco te menté ni una sola vez cuando dije que te quería.

Si hay algo que he aprendido con el paso del tiempo, es que Elvira fue el mayor error de mi vida, como siempre

dijo mi padre.

Nunca pretendí casarme con ella y eso lo sabía, se lo dejé siempre muy claro. Se quedó embarazada en un intento de que la viera como algo más que solo una aventura, debí decírtelo, fui un idiota por no hacerlo.

Le aseguré que al bebé nunca le faltaría nada y así fue, el error fue seguir viéndola y acabar de nuevo en la cama con ella, pero eso acabó unos meses después de conocerte, le dije que no quería verla más que para cuando me permitiera ver al niño, y cumplió.

Salvo cuando fui tan estúpido de acostarme con ella, estando ya casado contigo, y se quedó embarazada de nuevo.

Puedo ver ahora tu rostro como si lo tuviera delante, pensarás que fui mucho más que un estúpido, y sí, tienes razón.

Lamento que te enteraras del modo en el que lo hiciste, que no te dijera nunca la verdad y que debido a lo que hice esa vez estando casado contigo me volviera distante y diferente en todos los aspectos.

r

Llegó un momento en el que ella me presionó tanto, en el que incluso me costaba estar separado de mis hijos, que me planteé el divorcio, pero te quería y no quería perderte.

Ahora dirás que menuda manera de quererte, si te pedía el dinero que te presté aquella vez. Ese dinero está en una cuenta de la que Elvira nunca supo nada, y es tuyo, eres la beneficiaria en caso de que me pasara algo. No sé cómo habré muerto, pero bueno, si había llegado mi hora, no se podía hacer nada.

También hay un seguro de vida, mejor dicho, dos, uno cuya beneficiara eres tú, y otro, mis hijos. La casa será para ellos, así como la empresa, dile a Darío que haga lo que considere oportuno con todo lo que hay, aunque ya habrá leído la carta por lo que espero que haga caso a mi siguiente consejo: que se asesore bien y que lo que hay lo venda en condiciones y genere su propio patrimonio para él y su hermana pequeña.

Sé que no me porté bien y que nunca le gusté a tu familia, sobre todo a Héctor, creo que él sabía que ocultaba algo, no lo culpo por odiarme y a ti tampoco, al contrario, entiendo que lo hagas.

e

Sé que esto que Darío ya ha debido leer va a dolerle, pero a veces la cruda realidad duele. Elvira nunca ha querido a mis hijos, no como yo los quiero, y si hay algo de lo que me arrepiento profundamente es de no haber sido padre contigo, Victoria.

Siempre te decía que esperaríamos porque tenía miedo a que fueras como ella y solo quisieras tener un hijo para sacarme el dinero después de pedirme el divorcio. Puedes llamarme gilipollas, sé que lo estás pensando, porque no te pareces a ella en nada, y a diferencia de Elvira, sé que habrías sido una buena madre.

Ella nunca les demostró mucho amor a mis hijos, no lo sentía, y seguramente ahora que he vuelto con ella, más por mis hijos que por ella en sí, estoy seguro que en este tiempo me ha debido acompañar a más de un viaje.

o Darío y Cintia no tienen a nadie, si cuando leas esto él es mayor de edad, puede hacerse cargo de su hermana, lo sé, la adora, siente absoluta devoción por ella, pero también sé que si consideran que él no puede cuidarla ni darle lo que necesite, los separarán, y mi niña sufrirá mucho.

1

No debería pedirte esto, Victoria, no después de cómo acabó todo entre nosotros, pero me gustaría que fueras la tutora legal de mis hijos, o que los adoptes si así lo deseas y ellos quieren, porque sé que no habría nadie mejor que tú para cuidar de lo único bueno que dejo en este mundo. Aparte de ellos, conocerte a ti y tener la suerte de ser tu marido, es lo mejor que me ha pasado en la vida.

No soy quién para pedirte algo así, pero si tanto Elvira como yo hemos fallecido, no quiero que mis hijos sufran.

De todo corazón te pido perdón, y aun habiéndome comportado como un capullo para que me odieras y no sufrir yo mismo, jamás dejé de quererte, Victoria.

Tú fuiste y siempre serás el gran amor de mi vida.

2

Espero que al menos pienses en lo que te he pedido, pues te confío a ti lo más valioso que dejo en la tierra.

Cúdate, Victoria. Con afecto, Miguel.»

3

Mis ojos no eran ojos, sino dos cascadas por el modo en el que lloraba en ese momento.

¿De verdad había vivido engañada esos dos años separada de él? ¿De verdad me quería o no eran más que palabras que decía para que me hiciera cargo de sus hijos?

4

Me sequé ambas mejillas y miré aquellos papeles en silencio, pensando en lo que mi exmarido, la persona a la que más odiaba desde hacía algo más de dos años, me pedía en esa carta.

—Victoria —escuché la voz de Darío y al mirar, vi que estaba apoyado en el marco de la puerta, con Cintia a su lado.

—¿Quién es? —le preguntó ella.

—Es una amiga de papá.

—¿Conoces a mi papá? —Abrió mucho los ojos y corrió hacia el sofá, entonces frunció el ceño al verme— ¿Por qué lloras?

—No es nada, cielo —sonreí—. Así que tú eres Cintia.

—Sí —sonrió entonces.

Era una niña preciosa, y sin duda alguna, esos ojos eran de Miguel. Darío vino hasta nosotras y se sentó en el sillón de una plaza que había a la derecha de donde estaba yo, Cintia se sentó a mi lado.

—¿Tú sabes dónde están mis padres? Me trajeron del campamento, pero no me han dicho por qué.

Miré a Darío, se encogió de hombros y supe que tenía ese miedo de contarle la verdad a la niña.

—Se fueron a Francia, es lo que sé, y te trajeron del campamento porque escucharon que iba a hacer mal tiempo, iba a llover mucho y te aburrirías de estar encerrada todo el día.

—Ah, pues sí, mejor aquí en casa con Darío, que me prepara pizza para cenar en el microondas.

—Cintia, que también cocino otras cosas.

—Sí, sabe hacer huevos fritos con patatas, y hamburguesas —me dijo, y sonreí.

—Tengo que irme, solo vine a ver cómo estabais —dije poniéndome en pie.

—Cintia, ve a la cocina que ahora voy a prepararte el vaso de leche con cacao.

—Vale. Adiós, Victoria —sonrió y se fue corriendo.

—Lo que me pide tu padre en esta carta, es una locura.

²—No tenemos a nadie más, tengo dieciocho años y se la llevarán, lo sabes. Tal vez nunca me dejen tenerla conmigo. Después de lo que leí en esa carta, no puedo odiarte como siempre me dijo mi madre que debía hacer, ella ni siquiera nos quiso —resopló.

—Tu padre me mintió, no me habló de ti ni de tu madre, ni siquiera me contó que se acostó con ella y nació la niña. Mira, ahora mismo todo esto es mucho para digerir, yo... Necesito pensar.

—Esperaré un par de días para decirle a Cintia que mis padres no van a volver, tengo que hacerme cargo de sus entierros, o bueno, que me den una urna o qué sé yo —dijo pasándose la mano por el pelo, se veía perdido, y era normal, solo era un chiquillo de dieciocho años.

—Tengo que irme, dame tiempo para pensar.

—Si no nos quieres a los dos, al menos, hazlo por ella. Sé su tutora, yo puedo buscarme la vida como sea, pero ella no.

No dije nada, simplemente fui hacia la puerta de la casa en la que había estado tantas veces años atrás y salí de allí para subir al coche, llevando aún la carta de Miguel en mi mano.

Suspiré al ver aquel sobre, lo guardé en el bolso y me fui para casa, necesitaba darme una ducha, tomarme una copa de vino y poner en orden a mi cabeza y lo que había pasado.

Mi exmarido había muerto, y en vez de convertirme en una mujer oficialmente divorciada dentro de unos meses, tal como esperaba, ahora era una mujer viuda a la que dejaban la decisión de cuidar, o no, de los hijos del hombre que me había engañado durante diecisiete años.

No dije nada, simplemente fui hacia la puerta de la casa en la que había estado tantas veces años atrás y salí de allí para subir al coche, llevando aún la carta de Miguel en mi mano.

Suspiré al ver aquel sobre, lo guardé en el bolso y me fui para casa, necesitaba darme una ducha, tomarme una copa de vino y poner en orden a mi cabeza y lo que había pasado.

Mi exmarido había muerto, y en vez de convertirme en una mujer oficialmente divorciada dentro de unos meses, tal como esperaba, ahora era una mujer viuda a la que dejaban la decisión de cuidar, o no, de los hijos del hombre que me había engañado durante diecisiete años.

Capítulo 26



Entré en mi casa, fui a la habitación y tras preparar un pijama y desnudarme, me metí en la ducha dejando que el agua se llevara todo lo malo.

Apoyé ambas manos en la pared y cerré los ojos, recordando lo que había leído en la carta de Miguel.

¿Cómo había sido capaz de ocultarme toda la verdad? ¿Por qué me hizo sentirme como si yo hubiera sido la amante durante todos esos años de matrimonio, cómo siquiera permitió que ella lo manejara de ese modo y utilizara a sus hijos?

Dios, me iba a estallar la cabeza.

Salí de la ducha casi media hora después, me sequé el pelo, lo recogí con un moño y me puse el pijama. No fue hasta que cogí el móvil para pedir algo de comida china para cenar que caí en la cuenta de que aún lo tenía apagado.

Lo encendí y de nuevo varias notificaciones de llamadas y mensajes de todos los que había dejado en Marbella.

El que más miedo me dio fue el de Izan, pero también el que me hizo soltar una carcajada al leerlo.

Izan: *Victoria María Fernández Jurado, o me llamas en cuanto veas este mensaje, o te juro por Dios, la Virgen, todos los Apóstoles de la Última Cena con Jesucristo y María Magdalena, del Código DaVinci, que llamo a la policía, a la Guardia Civil, al CNI, a los GEO, el FBI, la CIA y la jodida Interpol para ponerte en busca y captura. Y no es una puta broma.*

No, no lo era, aunque me hubiera empezado a reír con todas mis ganas, pero es que Izan era así, capaz de hacerme reír incluso cuando lloraba a mares.

Vi sus últimas veintiocho llamadas, y no exageraba, y pulsé el botón de llamada. Ni siquiera tuve que esperar más de un tono para escuchar su voz.

—¡¡Al fin das señales, hija de la gran fruta!! —gritó— ¿Se puede saber dónde coño te has metido? Llevamos toda

el día buscándote, has dejado la cabaña vacía solo con una puñetera caja de pendientes. ¿Qué mierda ha pasado, Victoria?

Sí, cuando me llamaba Victoria, o Victoria María, era porque estaba muy enfadado.

—Tuve que volver a Madrid en el primer vuelo que encontré —dije.

—¿Has vuelto a Madrid? —preguntó.

—¿Está en Madrid? —esa era la voz de Abi— ¿Y qué hace allí?

—Yo qué sé, Abi, no me dice nada.

—Pon el manos libres, Izan, o me da un infarto —mierda, esa era mi madre, y suspiré pasándome la mano por el rostro.

—Victoria, hija, ¿qué haces en Madrid? —interrogó mi padre.

—Ha surgido una emergencia, he tenido que volver.

—¿Pero qué emergencia? ¿Ha pasado algo en la empresa? ¿Una inundación, un derrumbamiento? ¿Vicky, qué ha pasado? —preguntó Izan.

—¿Por qué has dejado los pendientes que te ha regalado Eric en la cabaña, hermana? —Ahí estaba Abi.

—¿Te los ha regalado Eric, hija? ¿Es que vosotros...? Te lo dije, Antón, la niña y el tío de Samuel se hacían ojitos.

—Mamá, por Dios —resoplé.

v

—¿Qué? No pasa nada, cariño, eres una mujer libre —me respondió.

—En cuanto la sabandija firme, lo será —dijo Héctor.

'

—Joder, ¿es que estáis todos ahí? —grité.

;

—Sí —contestaron al unísono, incluido Samuel, esperaba que Eric no estuviera.

,

—A ver, por partes. Los pendientes los dejé porque vi a Jasmine y tenía unos iguales, me dijo que Eric siempre regalaba algo a sus amantes después de una noche de... —carraspeé— Abi, tú me entiendes. Y resulta que Eric anoche tenía trabajo, pero no fue así, estuvo con ella, y se iba a reunir con ella también, claro, ya sé yo qué tipo de

reunión. Pues mirad, estuve años casada viviendo una mentira, pero es que la mentira es peor de lo que pensaba, y no voy a aguantar que otro hombre me trate como si no valiera más que unos cuantos polvos —ya lo había dicho, y con mis padres delante, había que joderse.

—Os dije que estaban ahí por algún motivo —contestó mi hermana—. Eric, tienes que decirle que no estuviste en Jasmine.

—¿Eric? —grité al tiempo que entraba en pánico.

—Estoy aquí, preciosa —sí, era él, esa era su voz, y yo quería desaparecer.

—Sabía que esa mujer iba a causar problemas —joder, ¿también estaba Rober con ellos? Esto ya era demasiado para mí.

—¿Es por eso por lo que te has marchado, Victoria? —me preguntó Eric— Podíamos haberlo hablado.

—No es por eso, no, recibí una llamada, una emergencia de verdad.

—¿Qué emergencia, cariño? Me estás asustando. ¿Tú estás bien?

—Sí, mamá, yo sí. Es Miguel.

—Acabáramos, la sabandija exigiendo —resopló mi hermano, y hasta podía imaginarlo volteando los ojos—. ¿Es que no puede dejarte en paz ni siquiera durante tus vacaciones? Te lo juro, Vicky, como no firme el divorcio en octubre...

—No lo va a firmar, hermano —le corté.

—¿Qué? Lo mato, te juro que lo mato. Espera —escuché que se movía, y su voz sonó más cerca del micrófono del teléfono—. Vicky, dime por favor que no te ha dado una de esas enajenaciones transitorias, y has vuelto con él.

—¿Qué? No, no he vuelto con él, ya te dije que nunca volvería con un ex.

—Vale, entonces, ¿qué está pasando Vicky? —volvía a ser Izan quien hablaba, esta vez un poco más calmado.

Suspiré dejándome caer hacia atrás para apoyarme en el respaldo del sofá, cogí aire y me armé de valor para verbalizar aquellas palabras que aún no acababa de digerir.

—Miguel y Elvira murieron el lunes en un accidente al sur de Francia —dije.

,

’ Silencio, eso encontré tras mis palabras al otro lado de la línea, un silencio tal que me hizo fruncir el ceño y pensar que se había cortado la llamada, por lo que aparté el móvil de mi oreja y comprobé que no se había cortado, que la llamada seguía en curso.

—¿Habéis oído lo que he dicho? —pregunté.

—¿Miguel ha muerto? —era mi madre, y sonaba calmada y con la voz ligeramente entrecortada.

—Sí, me llamó un inspector de policía y por eso salí de allí sin avisar a nadie, lo siento. Ha sido un día lleno de sorpresas, la verdad.

—¿Cómo estás, pequeña? —se interesó Eric.

—Aún estoy tratando de digerir todo desde que recibí esa llamada. No solo me han notificado su fallecimiento sino otras cosas.

—¿Qué más te han dicho, hija? —quiso saber mi padre, suspiré y comencé a hablarles de la conversación con el Inspector Ramírez.

Ninguno se podía creer que de verdad la policía sospechara de mí por el hecho de que fuera a ser beneficiaria de un seguro de vida de Miguel, hecho este que sin duda a toda mi familia les sorprendió bastante.

Y entonces, llegué al momento de mi visita a la casa de Miguel, de lo que había hablado con su hijo mayor y de lo que ambos descubrimos con esa carta.

—No me lo puedo creer, es que ni después de muerto deja de joder —protestó Héctor—. ¿De verdad no tuvo las pelotas de confesar todo eso antes de que le pidieras el divorcio?

—Madre mía, diecisiete años ocultando cosas y tapándolas con mentiras, que fuerte lo de Miguel, Vicky —dijo Izan.

—Hay algo más —suspiré, pensando en cómo se tomarían la petición de mí, ya difunto marido.

—Cualquier cosa me espero, hermanita —contestó Abi.

—Dudo mucho que te esperes esto, pero bueno, allá va —solté el aire—. En la carta que escribió hace dos años y pensando en que me la diera si la niña aún no tenía los dieciocho años, Miguel me pide que sea la tutora legal de sus hijos, o que los adopte.

—¿Qué? —la pregunta fue un eco de voces de mis padres, mis hermanos e Izan.

rY a partir de ahí, cada uno empezó a decir algo diferente al respecto, desde que la sabandija no tenía vergüenza ninguna, dicho por mi hermano, hasta que había perdido la razón según Izan.

Mis padres decían que no debería ni siquiera plantearme aquello, que no pensara en lo que el idiota de Miguel había pedido, y que no se me ocurriera aceptar.

—Esos chicos no tienen la culpa de lo que pasó, la madre simplemente utilizó a Miguel y también a ellos para conseguir que no la dejara.

—No me jodas, Vicky, ¿es en serio? —gritó mi hermano.

—Héctor, solo son niños —acerté a decir.

—Madre mía, otra que ha perdido el juicio —resopló.

—Cariño, no tomes decisiones a la ligera —dijo mi padre.

—Solo he dicho que tengo que pensarlo.

—¿Pensarlo? Es que no tendrías nada que pensar, hermanita —contestó Abi—. Te mintió y después te cuenta la verdad, o lo que él quiere que creas, en una carta que dejó en caso de que muriera antes de que su hija cumpliera los dieciocho, no me digas que no huele un poquito mal.

—Vicky, tu difunto lleva cogiendo unos beneficios que no le pertenecen desde hace años, por si esa carta ha hecho que lo olvides —comentó Izan.

—En realidad no eran beneficios —suspiré abatida porque iba a contarles la verdad—. Miguel me prestó una gran cantidad de dinero hace tiempo y eso que le mandaba cada mes, era para devolvérselo, pero según dice en la carta lo metió todo en una cuenta de la que soy beneficiaria solo yo.

—Venga ya, no me jodas, hermana. ¿En serio te crees toda esa mierda? ¿Qué tienes, Vicky, dieciséis años? —protestó Héctor— Es otra puta mentira, nada más que mentiras para que te hagas cargo de sus hijos y que no acaben siendo carne de presidio como debería haber sido el padre.

—¡Héctor, basta! —gritó mi padre— Victoria, ¿le pediste dinero prestado a Miguel, y no nos lo dijiste?

—Fue hace mucho, papá, tuvimos un problema con unos envíos de telas, y tuve que volver a comprar todo.

—Ostias, Vicky, ¿aquello que nos pagaron las empresas de transporte? —dijo Izan.

—Sí.

—¿Por qué no acudiste a mí, cariño? Soy tu padre, mi niña, y sabes que, por ti, que por cualquiera de vosotros cuatro —siempre incluía a Izan— haría lo que fuera.

—No quería pedírtelo y mi marido podía prestármelo, eso es todo.

—Claro, por eso tenía el uno por ciento de la empresa —asumió Héctor, y razón no le faltaba.

—Así es —suspiré.

—Mira, hermana, eres una mujer adulta y tú sabrás lo que haces, pero... si me preguntas, te diría que esos chicos pueden apañárselas solos, es una pena que hayan perdido a sus padres y que la niña sea tan pequeña, pero no son tu problema, Victoria —cuando mi hermano no me llamaba Victoria, era porque el asunto era serio y ahí zanjaba la conversación—. Me voy por una copa, o mejor una puta botella entera.

—Te acompaño —dijo Izan, que ni siquiera se despidió de mí.

Escuché cerrarse la puerta e intuí que estaban todos en la cabaña de mis padres.

—Victoria, eres una mujer adulta para tomar tus propias decisiones —me centré en la voz de mi padre, sonaba serio y sereno, como de costumbre—, pero de verdad piénsalo bien y no tomes una decisión a la ligera. Ese hombre te engañó durante años, te ocultó un hijo, te fue infiel y tuvo otra hija, y no fue lo suficientemente valiente ni hombre como para decírtelo. No voy a decirte qué hacer, hija, pero sí espero que escuches mi consejo de que pienses bien antes de tomar una decisión. Ahora, si nos disculpáis, chicos, Lola y yo nos vamos a cenar.

—Vamos con vosotros, papá —dijo Abi.

—Yo me voy a la discoteca, socio —escuché que le dijo Rober a Eric.

—¿Puedes llevarle el móvil a Izan? Se lo ha dejado aquí —le pidió mi hermana.

—Claro.

—Adiós, Vicky, voy a colgar.

—Adiós, Abi.

Lo siguiente que escuché fue el sonido de que ya había colgado. Dejé el móvil a un lado en el sofá y me quedé allí con los ojos cerrados, se me había quitado hasta el hambre.

Aquello era una mierda, ¿cómo me ponía Miguel en esa tesitura? Estaba contra la espada y la pared, sin ninguna

duda, porque hiciera lo que hiciera estaría mal.

Si no aceptaba la petición de Miguel, Darío y Cintia seguramente fueran separados, ella era una niña y él no podría hacerse cargo de ella, en eso Darío tenía razón.

Y si aceptaba, mis padres, mi familia entera, no se lo tomarían nada bien.

Me llegó un mensaje al móvil, lo cogí y vi que era de Eric.

Eric: *Preciosa, siento el malentendido con Jasmine, voy a hablar con ella y aclararlo. Anoche estuve trabajando, de verdad, y hoy ni siquiera la he visto después del desayuno. Te lo dije, no ha habido ninguna desde que llegaste al resort, y te aseguro que no quiero que haya ninguna otra. ¿Puedo llamarte para hablar? No solo de eso, sino de lo que has sabido hoy, de lo de esos chicos.*

Victoria: *Ahora mismo no quiero hablar con nadie, solo quiero meterme en la cama y despertar mañana a ver si descubro que esto es una pesadilla y que nada ha pasado. Porque ahora sé que, haga lo que haga, sufrirán esos chicos o mi familia. Es todo una mierda. Buenas noches.*

Decidí apagar el móvil y olvidarme de todo, al menos por unas horas. Me tomé un zumo que tenía en la nevera y me fui a la cama sin comer nada, todo ese asunto me había cerrado el estómago.

En cuanto me acomodé pensé en Darío y Cintia, como le había dicho a mi familia, ellos no tenían culpa de nada, ni de cómo se había portado su padre conmigo, ni mucho menos de que su madre los trajera a este mundo solo para mantener a Miguel a su lado, dándole todos los lujos que siempre quiso.

No entendía que aún pudieran quedar personas en el mundo con esa maldad en sus almas, pero bueno, estaba claro que Miguel y Elvira, eran mucho más parecidos de lo que pudieran haber pensado ellos.

duda, porque hiciera lo que hiciera estaría mal.

Si no aceptaba la petición de Miguel, Darío y Cintia seguramente fueran separados, ella era una niña y él no podría hacerse cargo de ella, en eso Darío tenía razón.

Y si aceptaba, mis padres, mi familia entera, no se lo tomarían nada bien.

Me llegó un mensaje al móvil, lo cogí y vi que era de Eric.

Eric: *Preciosa, siento el malentendido con Jasmine, voy a hablar con ella y aclararlo. Anoche estuve trabajando, de verdad, y hoy ni siquiera la he visto después del desayuno. Te lo dije, no ha habido ninguna desde que llegaste al resort, y te aseguro que no quiero que haya ninguna otra. ¿Puedo llamarte para hablar? No solo de eso, sino de lo que has sabido hoy, de lo de esos chicos.*

Victoria: *Ahora mismo no quiero hablar con nadie, solo quiero meterme en la cama y despertar mañana a ver si descubro que esto es una pesadilla y que nada ha pasado. Porque ahora sé que, haga lo que haga, sufrirán esos chicos o mi familia. Es todo una mierda. Buenas noches.*

Decidí apagar el móvil y olvidarme de todo, al menos por unas horas. Me tomé un zumo que tenía en la nevera y me fui a la cama sin comer nada, todo ese asunto me había cerrado el estómago.

En cuanto me acomodé pensé en Darío y Cintia, como le había dicho a mi familia, ellos no tenían culpa de nada, ni de cómo se había portado su padre conmigo, ni mucho menos de que su madre los trajera a este mundo solo para mantener a Miguel a su lado, dándole todos los lujos que siempre quiso.

No entendía que aún pudieran quedar personas en el mundo con esa maldad en sus almas, pero bueno, estaba claro que Miguel y Elvira, eran mucho más parecidos de lo que pudieran haber pensado ellos.

Capítulo 27



Me desperté esa mañana con dolor de cabeza, algo normal dado que la noche la había pasado apenas sin dormir pensando en todo lo ocurrido en cuestión de unas horas.

Mi ex había fallecido, su novia, o lo que fuera, también, se había pasado los últimos diecisiete años desde que nos conocimos mintiéndome, y me pedía que me hiciera cargo de sus hijos porque no tenían a nadie más que lo hiciera.

Suspiré mientras salía de la cama y noté que al caminar era como si me pesara todo el cuerpo, solo me faltaba estar incubando algo, en serio.

Cogí el móvil y mientras iba a la cocina para tomarme un zumo y una pastilla, pues no tenía leche y no podía hacerme el café, lo encendí para hacer una compra rápida en el super de la esquina, sabía que no tardarían en subirla.

Después de hacerlo presté atención a los mensajes que tenía de mi hermana, decía que estaban todos pensando en volver a Madrid, pero le dije que no lo hicieran, que siguieran con sus vacaciones que yo iba a aprovechar para trabajar, ya que estaba de vuelta.

Me hicieron entrega de la compra y preparé mi café matutino con un par de tostadas, estaba a punto de dar el primer sorbo cuando sonó el teléfono y vi el nombre de mi mejor amigo en la pantalla.

—Buenos días —respondí.

—Buenos días, dice Abi que vas a ir a trabajar.

—Así es, ya que estoy de vuelta y que tendré que quedarme a petición del Inspector Ramírez, iré a la empresa.

—Vicky, tenemos que hablar muy seriamente sobre lo de ayer.

—¿Sobre qué, exactamente? —di otro sorbo al café y después cogí una de mis tostadas, tenía hambre pues no había cenado nada.

—Sobre lo que puso Miguel en esa carta, o sea, tendrás que cerciorarte de que todo lo que dice es cierto, vamos, creo yo.

—¿Qué parte, Izan?

—Joder, Vicky, pues todo. Que tiene una cuenta con el dinero que le devolviste, por ejemplo. Y, ¿de verdad la policía sospechó de ti por ser beneficiaria de un seguro de vida?

—Ajá —respondí tras dar otro bocado.

—Es que no me puedo creer que de verdad ese hombre al final te quisiera, aunque menuda forma de querer, vaya. Oye, y... ¿lo de sus hijos?

—¿Qué pasa con ellos?

—¿En serio vas a plantearte ser su tutora? Estamos hablando de un adolescente de dieciocho años que no sabes si va a meterse a tu casa y a robar lo que sea para comprar drogas.

—Madre mía, Izan —volteé los ojos—. Estuve ayer con ese adolescente y no se ve que sea un delincuente ni mucho menos. Y la niña...

—No, no vayas por ahí, Vicky —me cortó—. No te encariñes, que nos conocemos.

—Izan, no tienen a nadie, si yo no acepto a ella se la llevarán a un centro y a saber, si alguna vez él podrá recuperarla.

—No es tu problema, Vicky, su padre te mintió, te ocultó su existencia.

—Y su propia madre ni siquiera los ha querido nunca.

—Eso no puedes asegurarlo, son palabras que te dejó escritas en una carta un ser egoísta que te mintió.

—Ese ser egoísta aún me tenía como beneficiaria en un seguro de vida, y tiene otro para sus hijos, no hay nada para su novia.

—Eso dice él, pero no puedes estar segura.

—Izan, me duele la cabeza, no he dormido apenas y aún estoy digiriendo que mi exmarido ha muerto, que no soy divorciada, sino viuda, y mil cosas más.

—¿Creíste de verdad que Eric se había acostado con Jasmine? —preguntó cambiando de tema.

—Sí, lo creí porque él mismo me dijo que habían tenido algo.

—Anoche bebió más de la cuenta —comentó—, y dijo algunas cosas sobre ti, como que eres perfecta, que no pensó enamorarse como lo había hecho y que te quiere. Y ya sabes eso de que los borrachos y los niños siempre dicen la verdad, ¿cierto? Por no hablar de que cuando supo que te habías ido, se quedó hecho mierda. Pudiste llamarme a mí al menos, habría calmado a tu familia.

—Pues no lo pensé, la verdad, tenía otras cosas en la cabeza y me olvidé del móvil.

—Tu madre está preocupada, deberías...

—Izan, tengo mucho en qué pensar —le corté—. Haga lo haga perjudicará a alguien.

—Vicky, te juegas perder a tu familia, y sabes que hablo en serio.

—Lo sé —suspiré, y escuché el tono de que estaba recibiendo una llamada—. Oye, me llaman, después hablamos ¿ok?

—Vale, pero en serio, piensa bien antes de tomar una decisión.

—Sí, adiós —colgué y de inmediato vi un número que no tenía guardado—. ¿Hola?

—Buenos días, ¿la señora Victoria María Fernández Jurado? —si preguntaban por mí, con el nombre completo, e que debía ser un asunto serio.

—Sí, soy yo.

—Mi nombre es Elisabeth, la llamo del despacho de abogados *Garrido y Núñez*, representamos a su marido, el señor Miguel Díaz. Como sabrá, su marido ha fallecido, y nos dejó una serie de peticiones. ¿Podría venir al bufete para hablar con usted? Dado que es su viuda, le concierne.

—Claro, sí, yo... —carraspeé— ¿Dónde está su despacho? —pregunté, y cogí papel y boli para apuntar la dirección y el nombre del abogado que me atendería en una hora y media.

Tras colgar y recoger lo del desayuno, fui a darme una ducha y me vestí, escogí una falda lápiz negra, una blusa en color rosa palo y los zapatos también negros, apliqué un poco de maquillaje y el cabello lo dejé suelto.

El despacho de abogados no quedaba muy lejos de mi casa, por lo que en coche tardé poco más de media hora. Aparqué cerca, por suerte, y entré en el edificio subiendo a la tercera planta.

—Buenos días, soy Victoria Fernández, me han llamado hace poco —dije cuando un chico de unos veinticinco años abrió la puerta.

—Pase, por favor, enseguida vendrá don Leandro a buscarla.

—Gracias —sonreí.

Esperé sentada en la pequeña sala que había ahí, en la entrada, y justo cuando me disponía a poner el móvil en silencio me entró un mensaje de Darío.

Darío: *Buenos días, Victoria. Me ha llamado el abogado de papá, dijo que tenía algo que hablar contigo. ¿Podrías llamarme después y contarme, por favor? Me ha pedido que vaya, pero no puedo dejar a Cintia con nadie.*

Victoria: *Buenos días, Darío. No te preocupes, te llamo cuando salga.*

, —Señora Fernández —miré hacia la izquierda y vi a un hombre, de unos cincuenta años, con traje oscuro, camisa azul, corbata azul marino y gafas que sonreía—. Soy Leandro Núñez, abogado de Miguel —me tendió la mano.

—Encantada —se la estreché.

—Por favor, acompáñeme.

sLo seguí por el pasillo hasta la puerta del final a la derecha, entramos en el despacho y tomé asiento frente al escritorio. Todo el mobiliario era de madera oscura y los asientos en color crema.

—Lamento lo de Miguel, era un buen hombre —fue lo primero que dijo, y me abstuve de resoplar o voltear los ojos, porque debía estar hablando de otro Miguel, aunque bien cierto era que yo realmente no conocía al hombre con el que había estado casada.

;

—Una tragedia, según me dijo la policía.

—La verdad es que sí —cogió una carpeta de encima del escritorio—. Miguel me dejó sus últimas voluntades, y también me dijo que había una carta que esperaba que usted hubiese leído cuando viniera a verme.

—Ayer leí una carta, sí es que hablamos de la misma.

—Seguro que sí. Bien, como le decía, Miguel tenía claras sus últimas voluntades —abrió la carpeta—. Aquí tiene los datos de la cuenta bancaria en la que él fue ingresando mensualmente, en los últimos años, el dinero que le devolvió de lo que él le prestó a usted para la empresa —me dio un sobre cerrado—. También tengo aquí los

papeles para rellenar y que hagan efectivo, en ese mismo número de cuenta, el importe del seguro de vida del que es usted beneficiaria. Le pedí a Darío que viniera, pero no ha podido, no tenía con quién dejar a Cintia —asentí— Verá, señora Fernández. Aunque él es mayor de edad y podría hacerse cargo de la niña, no tiene un trabajo estable, empieza este año la universidad en empresariales y aunque le aseguro que es un chico muy responsable, Miguel pidió que alguien se hiciera cargo del dinero del seguro que era para ellos. Me nombró a mí como albacea hasta que usted decidiera si ser su tutora legal, adoptarlos, o no. Como albacea me encargaría del dinero, de que a la niña no le falte nada, aunque esté en alguna casa de acogida, y que Darío no malgaste el dinero en fiestas y lujos. Pero los dos sabemos que necesitarán a alguien en su vida que les guíe. Mire —suspiró—. Conocía a Miguel desde hacía veinte años, siempre fui su abogado y amigo, Elvira no quería a sus hijos y solo él se encargaba de que no les faltara nada. Sé que Miguel no hizo las cosas bien con usted, pero adoraba a esos niños y no había un solo día que no se arrepintiera de que no fueran hijos suyos. No quería firmar los papeles del divorcio porque en el fondo esperaba que volvierais, pero le dije que la brecha que él mismo había abierto, era muy difícil de cerrar. ¿Puedo tutearte?

—Claro —dije con un leve nudo en la garganta.

—Darío es un chico un poco más independiente, pero Cintia estaba muy unida a Miguel. Si me permites darte un consejo, Victoria, es que los conozcas, que pases tiempo con ellos y veas cómo son. Miguel no debió hacer las cosas así, su padre tampoco tenía que haber hablado de más, pero lo hizo. Antes de que le pidieras el divorcio estuvo intentando conseguir la custodia de los chicos y sincerarse contigo, pero fue algo complicado porque Elvir: no se lo quería poner fácil. No justifico nada de lo que hizo, pero sí te pido que al menos a esos chicos les des una oportunidad.

—¿Qué pasará con la casa de Miguel, la empresa y las propiedades? No es que yo quiera nada de eso, que quede claro.

—Son para los chicos. Darío tendrá que decidir si lo mantiene, yo sería algo así como el administrador de todo hasta que cumpla al menos veinticinco años, pero él estará al tanto de todo. Bueno, digo que seré yo, pero podrías serlo tú, como su tutora o madre adoptiva.

—¿Dónde llevarían a Cintia? Sé que los separarían, pero...

—Estaría en una casa de acogida con un matrimonio que decidan los Servicios Sociales, habría otros niños, pero no Darío. Él podría ir a verla, por supuesto, y lo más seguro es que no pudiera recuperarla hasta que cumpliera los veinticinco.

Suspiré, y por un momento pensé en qué habría sido de mis hermanos en caso de que les hubiera pasado algo a nuestros padres, y hubiéramos tenido que separarnos, aun teniendo yo los dieciocho años.

Abi solo era una bebé de tres años en aquel entonces, y Héctor un niño de trece, me habría muerto de pena si me alejaran de ellos.

—No tienes que darme una respuesta ahora mismo, Victoria, pero no podremos mantenerlos juntos mucho más tiempo. Darío tendrá que contarle a Cintia que sus padres han muerto, hay que celebrar los funerales y poner orden en sus vidas. El curso escolar y la universidad empezarán en unas semanas, y hay que dejarlo todo preparado.

—Tengo tu número, Leandro —dije poniéndome en pie—, te llamaré con lo que decida.

—Bien, que tengas un buen día, Victoria. Y hazme llegar el documento firmado para que transfieran el dinero del seguro a tu cuenta —estreché su mano y salí del despacho.

Una vez en la calle cogí aire y fui hasta el coche, al sacar el móvil para llamar a Darío vi que tenía una llamada perdida de mi madre, y un mensaje.

Mamá: *Victoria, sé que no quieres que interfiramos en tus decisiones, pero por favor, no hagas algo de lo que después te puedas arrepentir. Hija, no conoces a esos chicos, no sabes si el mayor puede ser un delincuente o... Dios sabe qué. Tu marido te engañó, y no me creo que de verdad te quisiera. Cariño, soy tu madre y te quiero, siempre he apoyado todo lo que has hecho, pero esto, esto no es algo que tomarse a la ligera.*

Tenía razón, lo sabía, y entendía que tuviera miedo, incluso dudas, yo misma lo tenía, pero siempre me han dicho^a que la primera impresión es la que cuenta, y cuando vi a Darío, cuando hablé con él y lo vi con su hermana, no era la actitud de un mal chico. Al menos Miguel había educado bien a esos chicos, a mi modo de ver.

No respondí a mi madre, pero sí le envié un mensaje a Darío para decirle que había salido del despacho de abogados y le pregunté si podía pasarme por su casa para hablar, a lo que respondió que sí, Por lo que puse rumbo hacia la casa de Miguel, que ahora era de ellos.

—No tienes que darme una respuesta ahora mismo, Victoria, pero no podremos mantenerlos juntos mucho más tiempo. Darío tendrá que contarle a Cintia que sus padres han muerto, hay que celebrar los funerales y poner orden en sus vidas. El curso escolar y la universidad empezarán en unas semanas, y hay que dejarlo todo preparado.

—Tengo tu número, Leandro —dije poniéndome en pie—, te llamaré con lo que decida.

—Bien, que tengas un buen día, Victoria. Y hazme llegar el documento firmado para que transfieran el dinero del seguro a tu cuenta —estreché su mano y salí del despacho.

Una vez en la calle cogí aire y fui hasta el coche, al sacar el móvil para llamar a Darío vi que tenía una llamada perdida de mi madre, y un mensaje.

Mamá: *Victoria, sé que no quieres que interfiramos en tus decisiones, pero por favor, no hagas algo de lo que después te puedas arrepentir. Hija, no conoces a esos chicos, no sabes si el mayor puede ser un delincuente o... Dios sabe qué. Tu marido te engañó, y no me creo que de verdad te quisiera. Cariño, soy tu madre y te quiero, siempre he apoyado todo lo que has hecho, pero esto, esto no es algo que tomarse a la ligera.*

Tenía razón, lo sabía, y entendía que tuviera miedo, incluso dudas, yo misma lo tenía, pero siempre me han dicho que la primera impresión es la que cuenta, y cuando vi a Darío, cuando hablé con él y lo vi con su hermana, no era la actitud de un mal chico. Al menos Miguel había educado bien a esos chicos, a mi modo de ver.

No respondí a mi madre, pero sí le envié un mensaje a Darío para decirle que había salido del despacho de abogados y le pregunté si podía pasarme por su casa para hablar, a lo que respondió que sí, Por lo que puse rumbo hacia la casa de Miguel, que ahora era de ellos.

Capítulo 28



Aparqué frente a la casa y cuando miré hacia ella, vi a la pequeña Cintia asomada en la ventana.

Posiblemente estaría esperando la llegada de sus padres, sin saber que no iban a volver.

Suspiré mientras bajaba del coche, caminé hacia la puerta y llamé, esperando allí aún con las gafas de sol puestas para que me abrieran.

—Hola, Victoria —saludó Darío al verme, con una leve sonrisa.

—Hola. ¿Cómo estás? —no dudé cuando me acerqué a él para darle un beso a modo de saludo, era una costumbre que tenía de siempre.

—Dando vueltas al modo de darle la noticia a Cintia, ha llamado a mi padre varias veces y, claro, el teléfono está apagado, pero ella sabe que él siempre le devuelve las llamadas.

—La he visto asomada a la ventana —dije mientras íbamos hacia el salón.

—Los está esperando.

—Lo imaginaba.

—¿Quieres algo de beber?

—Agua, por favor —contesté mientras me sentaba, y Darío asintió para ir a la cocina.

Eché un vistazo al salón, ese mismo en el que tantas veces estuve, y podía vernos a Miguel y a mí allí, de pie junto a las puertas que daban al patio contemplando la noche.

Volví a preguntarme cómo habría sido nuestro matrimonio si él me hubiera contado desde el principio toda su historia, y no que me contó la misma mentira que le había contado a su padre y yo me enteré cuando este mencionó al heredero.

—Aquí tienes —dijo Darío, entregándome la botella.

—Gracias —sonreí.

Llevaba unos pantalones vaqueros, una camiseta y unas deportivas, tenía ese mismo aire desenfadado que su padre.

—¿Qué te ha dicho Leandro? —preguntó tras sentarse en el mismo sillón de una plaza que el día anterior.

Le conté lo que había hablado con el abogado, lo que me dijo sobre que Miguel lo había nombrado albacea para él y su hermana, eso que su padre dejó escrito en su carta sobre la empresa y todo lo que ello conllevaba para él.

—Yo no quiero el dinero de tu padre, para mí ya era mi exmarido a falta de su firma en los papeles del divorcio. Le quise mucho y lo admito, hasta que lo noté distinto conmigo, pero ya no sentía nada por él.

—Imagino.

—Darío, quiero que ese dinero que me corresponde del seguro, sea para vosotros, y hablaré con Leandro para que lo arregle.

—Pero él quería que tú...

—Sé lo que tu padre quería, pero no es lo que yo quiero —le interrumpí.

—Y, sobre lo otro, ¿has pensado algo?

—Eres muy maduro para tener solo dieciocho años, ¿lo sabías?

—Bueno, desde que nació Cintia tuve que hacerme cargo de ella, cuando mi madre no estaba en casa.

—¿Os dejaba solos? —Fruncí el ceño.

—Sí. Mi padre estaba contigo, a fin de cuentas, eras su esposa, algo de lo que me enteré mucho tiempo después, claro, así que ella para hacerle daño se iba de casa, salía con sus amigas, o eso decía, se iba a las nueve de la noche y no regresaba hasta la mañana siguiente, así prácticamente todos los fines de semana que papá no te mentía con algún viaje para estar aquí.

—¿Quién en su sano juicio dejaría solo a un niño de once años con una bebé, por Dios?

—Mi madre lo veía de lo más normal —se encogió de hombros—. Comprenderás que para mí va a ser duro si me

separan de Cintia, es como...

—Tu hija —sonreí—. Así siento yo a mi hermana pequeña, tiene quince años menos que yo.

—¿Tienes una hermana? —curioseó.

—En realidad, tengo un hermano, cinco años menor, y una hermana. Y, bueno, luego está mi mejor amigo que es como un hermano y es dos años mayor que yo.

—Entonces me entiendes, si tuvieras que separarte de tus hermanos pequeños, lo pasarías mal.

l

No respondí, tan solo asentí mientras daba un sorbo de agua.

—Darío —la voz de Cintia nos llegó desde el pasillo, ambos miramos y la vimos allí parada con los ojos ligeramente brillantes.

—Cintia, ¿qué haces ahí? Te dije que te quedaras en tu habitación.

—¿Dónde está papá, Darío? —preguntó con la voz un poco entrecortada, y cerré los ojos pues algo debía haber escuchado.

—Ven, cielo —le pedí con una sonrisa, palmeando el sofá a mi lado—. Siéntate.

—Hola, Victoria.

—Hola preciosa. Pero puedes llamarme Vicky, que es más corto y me gusta más —le dije con un guiño.

—Vicky, también me gusta más —contestó.

—Darío, ¿nos dejas un momento a solas? —le pedí.

—Yo iba a...

—Yo me encargo, si no te parece mal —interrumpí, al tiempo que le daba un leve apretón en el brazo.

e

—Vale, yo voy a... Estaré en el jardín —señaló la puerta, y lo vimos salir.

—¿Tú sabes dónde está mi padre, Vicky? Lo he llamado, pero el teléfono siempre está fuera de cobertura —suspiró—. Y mi padre siempre, siempre, me devuelve las llamadas. Incluso cuando estuvo tanto tiempo viajando que solo venía algunos fines de semana a estar con nosotros, me llamaba al ver mis llamadas perdidas.

Esos viajes no eran tales, sino que vivía conmigo y se excusaba durante los fines de semana para estar con ellos.

—Sí sé dónde está tu padre, Cintia —sonreí al tiempo que le colocaba un mechón de cabello tras la oreja—. Está con tu madre.

—Sé que fueron de viaje, pero es raro que no hayan vuelto.

—Cintia, lo que voy a decirte, es algo... delicado de explicar.

—¿Qué pasa, Vicky?

—Tus padres no van a volver, preciosa.

—¿Por qué? —Frunció el ceño— ¿Nos han abandonado? El padre de mi amiga Carolina se fue y no volvió, su madre le dijo que las había abandonado porque ya no las quería.

—No, no, ellos no os han abandonado, y os quieren mucho.

—Bueno, papá si nos quiere, pero mamá... —hizo una leve mueca— Ella no nos quiere tanto. A veces los oía discutir, y ella decía que lo único que habían hecho esos mocosos era estropear su figura. Los mocosos supongo que somos Darío y yo, ¿no?

—No sois unos mocosos, ¿me oyes? Sois dos chicos estupendos —le acaricié la mejilla.

—Entonces, si no nos han abandonado, ¿por qué dices que no van a volver?

—Porque ahora están en el cielo —le cogí ambas manos.

—¿En el cielo? —susurró.

—Sí, preciosa.

—Y no están allí porque se hayan hecho astronautas, ¿verdad?

—No —sonreí, porque en ese momento me recordó a Miguel, a algunas de las bromas que el joven al que conocí solía hacerme.

—Entonces, ¿ellos han... han...? —se le saltaron las lágrimas y no acabó de decir esa palabra.

—Sí, preciosa, ya no están y no pueden volver.

—¿Nos van a separar a Darío y a mí? —preguntó abrazándome, llorando sin consuelo.

—Eso no lo sabemos aún.

Sí, sí que lo sabía, porque dependía de mí que los separaran o no, pero no podía decirle eso a una niña que acababa de enterarse que no iba a volver a ver a sus padres.

Darío entró en el salón, se sentó en el sofá con nosotras y le acarició la espalda, momento en el que ella se apartó de mí secándose las mejillas y miró a su hermano.

—¿Tú lo sabías? —preguntó en un susurro.

—Sí, pequeña, pero no me atrevía a decírtelo. ¿Me perdonas?

—Sí —lo abrazó—, pero no me dejes sola tú también, ¿vale?

Vi que Darío cerraba los ojos mientras estrechaba a su hermana entre sus brazos, y yo sentí que se me partía el corazón al ver así a la niña.

Mi móvil empezó a sonar, me disculpé y al sacarlo del bolso mientras me ponía de pie, vi que era Eric.

—Hola —respondí saliendo al jardín.

—Hola, preciosa. ¿Cómo estás?

—Bien.

—Victoria, quiero que hablemos, lo de Jasmine...

—Eric —le corté—, ahora mismo esa mujer es lo que menos me importa. Sí, tenemos que hablar, es obvio, hay cosas que aclarar, pero en estos momentos tengo otras cosas de las que preocuparme.

—¿Es por los hijos de tu ex?

—Sí, estoy con ellos ahora. Te llamaré más tarde, Eric. Adiós.

Colgué y cuando me giré para entrar, vi que Cintia se había sentado en el regazo de Darío, que la mantenía abrazada.

—Ni siquiera pudimos despedirnos de papá —dijo ella.

—No pienses en eso, pequeña.

—¿Tenéis comida preparada? —pregunté y ambos me miraron.

—Iba a llamar al restaurante chino —contestó él.

—Mejor os llevo yo a comer allí —sonreí—. Si os apetece, claro.

—Sí, a mí, sí —Cintia se secó las mejillas—. ¿Podemos ir, Darío?

—Claro —sonrió dándole un beso en la frente.

—Pues vamos —dije cuando ella se levantó.

Salimos de la casa, subimos a mi coche y en el camino Cintia me preguntó de qué conocía a su padre, tragué saliva y miré a Darío por el rabillo del ojo, que me observaba con los ojos muy abiertos. Suspiré y me preparé para contarle una verdad a medias a esa niña.

—Le conocía desde hacía mucho tiempo, éramos amigos.

—¿También viajas mucho por trabajo? Mi padre era... ¿cómo decía él, Darío?

—Inversor, invertía dinero en negocios.

—Eso —sonrió la niña—. ¿Tú haces lo mismo?

—No, yo soy diseñadora de vestidos de novia.

—¿En serio? —gritó y se quedó mirándome con la boca abierta—. ¿Como esos de las princesas de la tele?

—Algunos sí —reí.

—Qué guay. Seguro que haces unos diseños muy bonitos.

—Eso intento.

Llegamos al restaurante, nos acomodamos en una de las mesas y pedimos refrescos para beber, rollitos primavera, arroz frito, gyozas y pollo al limón.

Durante la comida me reí mucho con ellos, Darío también tenía ese humor que conocí en Miguel, por no hablar de que físicamente eran iguales. Y la niña, era un amor, de verdad que sí. ¿Cómo era posible que su madre no los

hubiera querido?

Con lo pequeña que era Cintia y se dio cuenta de esas cosas, pobrecilla.

Después de comer Darío me preguntó si podía llevarlo a ver a Leandro, le dije que sí y lo llamó para asegurarse que estaría en su despacho.

Me quedé con Cintia en un parque cercano y nos sentamos en un banco a disfrutar de un helado que compramos en una cafetería.

—Voy a echar de menos a papá —dijo de pronto.

—Es normal, cielo, y ahora lo tienes muy reciente.

—¿Sabes lo que siempre me decía?

—¿El qué, preciosa?

—Decía que sabía que me convertiría en una gran mujer —sonrió—. Que sería una gran empresaria, como él.

—Por supuesto que sí, ya lo verás.

—¿Crees que nos cuidará desde allí arriba? —Miró al cielo.

—Estoy segura de ello. Tu papá te quería mucho, os quería mucho a los dos. Siempre decía que vosotros erais lo mejor que había hecho en la vida —recordé lo que ponía en la carta, aunque no sabía si aquello era algo que soliera decir, la verdad.

—Sí, me lo dijo muchas veces. Vicky.

—Dime, cielo —le pasé el brazo por los hombros cuando vi que se recostaba a mi lado.

—¿Me dolerá mucho tiempo? —preguntó mientras comenzaba a llorar.

—Un poco sí, preciosa —no le mentí, y le sequé las lágrimas—. Pero tendrás a Darío para que alivie ese dolor con sus abrazos.

—¿Y a ti? ¿Vendrás a verme?

¿Cómo se le decía a una niña tan dulce que no tenía la culpa de lo que hicieron sus padres y del dolor que me causaron a mí, qué no?

Pero tampoco podía mentirle.

—Intentaré visitarlos.

Nos quedamos en silencio y sentí que se me partía el alma al verla secándose las mejillas. Ni siquiera podía evitar imaginarme a Abi a su edad si nos hubiéramos quedado sin padres, era desgarrador ver el dolor que sentía ella en ese momento.

Su vida había cambiado apenas en unos días, en los que se había despedido de sus padres antes de ir a un campamento de verano, y poco después ellos simplemente ya no estaban y no volverían.

Vimos a Darío acercarse, le pregunté cómo había ido con Leandro y dijo que bien, que tenía algunas cosas que firmar y se las iba a preparar.

—Cintia, ¿por qué no vas a comprarte unas chuches? —le dijo a su hermana y le dio unas monedas.

—Vale —sonrió levantándose para ir al quiosco que había a unos pocos pasos.

—Tengo que preparar lo del funeral y eso —comentó con un suspiro—. No sabía ni por dónde empezar, así que Leandro me va a echar una mano —asentí.

—Darío, si necesitas algo, puedes llamarme, ¿de acuerdo? —Le di un leve apretón en el hombro.

—Lo que necesitaría de ti sé que es complicado.

Sí que lo era, y mucho, porque si me decidía a ser tutora legal o adoptarlos, discutiría con mis padres.

Cintia regresó poco después con una bolsa llena de chuches y una sonrisilla de lo más pillina, eso sí, nos ofreció una chuche a cada uno y aceptamos.

Los llevé a casa y quedé en que Darío me llamaría para decirme cuándo sería el funeral. Me marché y durante el camino pensé todo el tiempo en Cintia, en esa preciosa y encantadora niña que lloraba la pérdida de su padre.

¶ Cuando entré en mi casa me quité los zapatos y fui a la cocina a servirme una copa de vino, esa que tomé mientras plasmaba en mi cuaderno de bocetos.

Estaba concentrada en eso cuando me llegó un mensaje de Darío, adjuntaba un vídeo. Al abrirlo vi que era Migue con su hija, ella debía tener cuatro o cinco años y estaba en la cama, mientras él leía un cuento, tumbado a su lado y ella quedándose dormida sobre su pecho.

Sonreí, e incluso sentí un nudito en la garganta al ver aquella faceta de Miguel, y no, el brillo en su mirada al ver : su hija no podía ser fingido.

Victoria: *Si intentas hacerme chantaje emocional, Darío, de antemano te digo que no va a servirte.*

Darío: *Yo solo te muestro a Cintia, para que veas que es una niña que no da guerra.*

Victoria: *Cualquiera pensaría que sí quieres deshacerte de ella.*

Darío: *Antes de que me separen de mi hermana, te aseguro que nos vamos del país para que no nos encuentren. Solo quiero que tenga la oportunidad de tener una buena vida, ella se lo merece. Buenas noches, Victoria.*

Victoria: *Los dos lo merecéis, Darío. Buenas noches.*

Dejé el móvil de nuevo en su lugar y continué con el boceto hasta acabarlo. Sonreí ante el resultado y estaba segura de que ese iba a ser el que le gustaría a mi hermana.

Sonreí, e incluso sentí un nudito en la garganta al ver aquella faceta de Miguel, y no, el brillo en su mirada al ver a su hija no podía ser fingido.

Victoria: *Si intentas hacerme chantaje emocional, Darío, de antemano te digo que no va a servirte.*

Darío: *Yo solo te muestro a Cintia, para que veas que es una niña que no da guerra.*

Victoria: *Cualquiera pensaría que sí quieres deshacerte de ella.*

Darío: *Antes de que me separen de mi hermana, te aseguro que nos vamos del país para que no nos encuentren. Solo quiero que tenga la oportunidad de tener una buena vida, ella se lo merece. Buenas noches, Victoria.*

Victoria: *Los dos lo merecéis, Darío. Buenas noches.*

Dejé el móvil de nuevo en su lugar y continué con el boceto hasta acabarlo. Sonreí ante el resultado y estaba segura de que ese iba a ser el que le gustaría a mi hermana.

Capítulo 29



Dos días después de mi reunión con Leandro, el abogado de Miguel, me encontraba acompañando a Darío y Cintia en el funeral.

Muchos de los empleados y conocidos de Miguel estaban allí, algunos me conocían, pero tal como les pedí, no mencionaban ante la niña que yo era su esposa. Con Darío acordé el día anterior que no sabría aquello hasta que fuera mayor de edad, y eso siempre que él quisiera que se lo contásemos, pues había cosas que eran difíciles de entender.

Cintia lloró viendo cómo bajaban el ataúd de Miguel, un ataúd vacío había que decir, pero ella no lo sabía y no queríamos que lo supiera. Fue ella quien decidió que quería que estuvieran en el cementerio y tener un lugar al que poder llevarle flores, así de unida estaba a su padre, y a mí eso no solo me sorprendía, sino que hacía que se me encogiera el corazón.

Se abrazó a mí llorando para no ver cómo cubrían el ataúd, aquello era demasiado duro para una niña.

Después de una breve charla de Darío con Leandro, donde acordaron que iría el lunes siguiente al despacho para firmar algunos papeles, le pedí que entregara al seguro el papel firmado para el cobro de la cantidad que me correspondía, pero en la cuenta de los chicos.

—Victoria —me dijo él.

—Leandro, como ya te dije, no quiero ese dinero. Darío empezará pronto la universidad, y Cintia irá en unos años prefiero que sea destinado a eso.

—Está bien, no seré yo quien te lleve la contraria, aunque estés pisoteando la última voluntad de tu marido —sonrió.

—Estamos en paz, él pisoteó mi confianza una vez —me encogí de hombros.

—*Touché*. En cuanto a lo otro, ¿has pensado qué hacer?

Miré a los chicos, que estaban esperándome en el coche, y suspiré.

—No, pero sí seguí tu consejo.

—Estás pasando tiempo con ellos —asumió, y asentí—. Son unos chicos estupendos, Victoria, no los dejes solos ni permitas que los separen.

Se fue hacia su coche y yo al mío, Cintia sonrió al verme después de secarse las mejillas.

—Ya no lloro más, de verdad —me dijo con esos ojos marrones vidriosos.

—Cielo, llorar es bueno —me puse en cuclillas ante ella para secarle las mejillas—. Lloro todo lo que necesites, que, si nos quedamos sin pañuelos, cogemos sábanas —le hice un guiño.

—Vale —soltó una risilla.

—¿Queréis que vayamos a comer juntos? —propuse abriendo la puerta para que ella se sentara.

—Darío, ¿podemos ir?

—Claro.

—Vicky —dijo mientras se abrochaba el cinturón—, ¿nos llevas al restaurante italiano que hay en el centro comercial? A papá y a mí nos gustaba mucho comer un postre de allí.

—¿Qué postre? —pregunté, aunque podía intuir cuál.

—Es una tartaleta de galletas con mousse de vainilla, chocolate caliente y nueces.

—Sí, ese era el postre favorito de tu padre —sonreí dándole un beso—. Vamos a por uno de esos.

’ Ella sonrió mientras yo cerraba la puerta. Ocupé mi asiento al mismo tiempo que Darío se sentaba en el del copiloto, y fuimos al centro comercial.

El restaurante al que íbamos fue el primer lugar en el que Miguel y yo tuvimos una cita de manera oficial, cenando pasta y comiendo aquel postre.

Cuando llegamos y tomamos asiento en una de las mesas, pedimos refrescos para beber y echamos un vistazo a la carta, al final acabamos eligiendo lasaña para los tres.

Mi móvil empezó a sonar y al sacarlo del bolso vi que era Izan, suspiré y me levanté para alejarme un poco y

hablar con mi mejor amigo, no podía seguir ignorando sus llamadas.

—Hola —saludé.

—Alabado sea Dios, al fin das señales de vida. ¿Dónde te metes, Vicky?

—Estoy ocupada.

—En la oficina no, desde luego, porque cada vez que te llamo y no me atiendes, llamo a Emilia y dice que no saben nada de ti. ¿No era que te quedabas para ir a trabajar?

—He estado en casa liada con los bocetos de Abi.

—¿Vas a llenar un cuaderno solo para mí, hermana? —preguntó ella.

—Izan, ¿tienes el manos libres?

—Sí, todos queríamos hablar contigo, hija.

—Mamá —suspiré.

—Ha dicho todos, papá y yo también estamos aquí —comentó Héctor—. ¿Se puede saber qué estás haciendo, Victoria?

—Deja de llamarme así, que pareces papá a punto de regañarme.

—Oh, y lo haré, no te preocupes. Me ha dicho mi secretaria que te ha visto por allí con un par de críos. ¿De verdad, hermana?

—Héctor, es mi vida.

—Y nosotros somos tu familia, joder. Esa sabandija te hizo pedazos, te pisoteó, y tú, ¿juegas a las casitas con sus hijos?

—Héctor, hemos dicho que íbamos a ser civilizados —comentó Izan.

—No puedo serlo, hermano, no cuando ese cabrón llevó a mi hermana a tener casi una depresión por todo lo que había hecho, y ahora ella piensa en cuidar de sus hijos. Victoria, es probable que la sabandija los instruyera para que te encariñes con ellos y acabar robándote la empresa, como quería hacer él.

—Ya basta, Héctor —la voz de mi padre sonaba como siempre que estaba molesto, seria y autoritaria.

—Ni siquiera los conoces, no sabes cómo son —le dije a mi hermano.

—¿Y tú sí, Victoria? —preguntó mi madre— ¿Tú sabes cómo son con solo unos días que has pasado con ellos?

—Si los conocieras, mamá, te darías cuenta de que no son malos chicos —dije mirando hacia la mesa y vi que Cintia sonreía al ver a Darío hacer una figura con una hoja de papel—. Poneos en su lugar por un momento, si hubierais perdido a vuestros padres y no tuvierais a nadie más, si os fueran a separar de vuestro hermano, o hermana, ¿qué os habría gustado que hiciera la única persona en la que vuestros padres confiaran para cuidar de sus hijos?

Colgué y no pude evitar poner el móvil en modo cámara y grabar un poco de aquel momento que ambos hermano compartían.

Cintia miró hacia mí, sonrió y me saludó con la mano antes de coger el papel, que ahora tenía forma de pájaro o algo así, y mostrármelo.

Envié el vídeo a Izan por mensaje y lo acompañé de un texto.

Victoria: *No sé qué voy a hacer porque no quiero perder a mi familia, pero sí sé que en esa niña me imagino a Abi, y me moriría si me apartaran de ella.*

Controlé las ganas que tenía de llorar y volví a la mesa con ellos, justo en el momento en el que nos trajeron la comida, pues la bebida la habían llevado mientras yo hablaba con mi familia.

Comimos mientras ella me hablaba de Miguel, como si no supiera realmente cómo era su padre, que en realidad era mi marido, Darío asentía cuando decía algo en lo que le preguntaba si se acordaba, y no dejaba de llamarme la atención el hecho de que solo contaban cosas de su padre, pero no de su madre.

—Voy al baño —dijo Cintia después de comer—. Darío, pídemme una tartaleta, ¿vale?

—Vale —sonrió él.

Cuando la vi desaparecer por el pasillo, miré a Darío y pregunté lo que me rondaba la cabeza.

—¿Por qué no cuenta anécdotas de vuestra madre? Al fin y al cabo, acabáis de enterrarlos a los dos.

—Porque con ella no pasaba demasiado tiempo. Era mi padre el que nos llevaba a comer o cenar, incluso al cine. Ella solo salía con sus amigas. Ya te dije que no nos quiso, fuimos solo un medio para un fin, como le dijo una vez a mi padre, y no entendí a que se refería hasta leí esa carta.

—Lo siento.

—Yo me acostumbré, pero ella, no lo merecía —dijo al ver que Cintia volvía.

—¿Y mi postre? —Frunció el ceño.

—No ha venido el camarero —contesté—, pero ahora mismo lo pedimos.

Llamé al camarero y pedimos tres postres, cuando los trajeron cogí el móvil y les pedí si podíamos tomarnos una foto juntos, sosteniendo cada uno su plato.

Lo hicimos, sonriendo y hasta poniendo caras absurdas.

s

Cuando vimos todas las fotos que habíamos hecho porque puse la cámara en modo ráfaga, Cintia no paró de reír a ver algunas de las caras, en las que incluso cogimos un pedazo del postre para saborearlo.

Después de comer los llevé a casa, Cintia me abrazó diciéndome que lo había pasado bien, a pesar de haberse despedido de su padre, y a mí me dio un pellizquito en el corazón.

Me fui a casa quedando en llamarlos para ver cómo estaban, y pasé el resto de la tarde con el portátil trabajando, al día siguiente iría a las oficinas para ver si teníamos todo lo necesario para confeccionar el vestido de mi hermana.

Cogí el móvil e hice una foto al boceto en el que había trabajado y se la envíe a Abi.

Victoria: *Buenas noches, Abi. Este diseño es el último que he hecho, y si te gusta pongo al equipo a trabajar en él para que lo confeccionen.*

l

Dejé el móvil en la mesa y fui a prepararme un sándwich, como siempre que estaba trabajando se me había pasado el tiempo sin darme cuenta.

Después de cenar me di una ducha, y cuando me estaba poniendo el pijama para meterme en la cama, me llegó un mensaje de mi hermana.

Abi: *Es precioso, Vicky, me encanta. Y sí, quiero que sea mi vestido de novia.*

Sonreí, puse la alarma para levantarme temprano, aunque posiblemente no me hiciera falta, y me acosté.

Quería aprovechar el día siguiente para hacer todo el trabajo que pudiera en cuanto al vestido de Abi, en unos días Zestarían todos de vuelta y quería tenerlo confeccionado para que hiciera una primera prueba y ver los arreglos que hubiera que hacer.

1

2

3

4

5

Capítulo 30



Llegué a las oficinas a las nueve, saludé a los empleados con los que me iba cruzando y llegué a mi despacho.

Tenía algo de trabajo pendiente sobre la mesa, en la bandeja de documentación para firmar, así que tras un sorbo al café que acaba de comprar en la cafetería para llevar, me senté y comencé a revisar aquella documentación.

Emilia apareció poco después y arqueó la ceja al verme, por no hablar de su pose de madre con los brazos en jarras.

—¿Qué haces aquí si se supone que estáis todos de vacaciones en el paraíso marbellí? —preguntó antes de caminar hacia el escritorio y sentarse frente a mí.

—Surgió una emergencia y tuve que volver, así que después, solo, decidí quedarme.

—Madre mía, Vicky, para un mes que te vas completo de vacaciones —suspiró—. ¿Y qué emergencia fue esa? Porque Izan se ha pasado los últimos días llamando para ver si estabas aquí, yo ni siquiera sabía que tenías pensado venir a trabajar, porque claro, hasta el martes que me llamó a eso de las doce de la mañana, no tenía idea de que habías vuelto.

—Me llamó la policía para decirme que Miguel había fallecido.

—¡No fastidies! ¿Miguel ha muerto? Joder.

—Él, y su novia, tuvieron un accidente de coche bastante impactante, la verdad.

—Bueno, lo siento porque, aunque estuvierais separados, no dejaba de ser alguien que formó parte de tu vida.

—Gracias.

—Tenía dos hijos, ¿verdad? —asentí— ¿Qué va a pasar con ellos? Digo, a Miguel no le quedaba familia después de perder a su padre.

—Ella tampoco tenía, así que están solos. Me pidió en una carta que fuera su tutora.

—¿Dejó una carta? ¿Acaso sabía que él iba a...?

—No, no, al parecer la carta la escribió hace dos años, cuando le pedí el divorcio.

Le conté lo que mi ex había escrito en esa carta destinada a mí, y Emilia, que tenía un par de años más que yo, no salía de su asombro con cada palabra que le decía.

Ella conocía a Miguel, igual que muchos de los empleados de mi empresa, y sabía lo que pasé al enterarme de todo lo que el padre de mi ex dijo ante mí.

Después de decirme que si necesitaba cualquier cosa no dudara en decírselo, salió de mi despacho para ir a su puesto y yo seguí firmando aquellos papeles tras leerlos con detenimiento.

Eran las doce y media cuando terminé de estampar mi rúbrica en el montón de pendientes, llamé a Raquel para que los recogiera, pues fue ella quien los dejó en mi mesa, y de paso le pregunté si teníamos todo lo que apunté en la lista y que necesitaría para la confección del vestido de mi hermana.

Eché un vistazo y dijo que solo faltaban un par de cosas, pero que las pediría a nuestro proveedor y para el lunes las tendría en el almacén.

—Perfecto, voy a la sala de confección para hablar con Rita y Diego —dije cogiendo mi cuaderno de bocetos y haciendo un par de copias del diseño para Abi.

—¿Qué tal el viaje? Vi las fotos que subías, y ese lugar es precioso —comentó con una sonrisa mientras salíamos de mi despacho para ir hacia el ascensor.

—La verdad que sí, es un lugar precioso y tranquilo. Desconecté un poco, y he vuelto con energía.

—Eso está bien —rio—. Oye, ¿y las sesiones de fotos con los vestidos? Cuando Izan nos pidió que los enviáramos, nos quedamos un poco en plan, ¿qué? Porque se suponía que ya había unas fotos hechas.

—Sí, pero a ese loco y a mi hermana les pareció una buenísima idea hacer una nueva campaña para promocionarlos —mi móvil sonó con un mensaje, eché un vistazo rápido y vi el nombre de Eric en la pantalla, pero no lo leí—. Y hasta me convencieron para hacer las demás campañas allí si esta resultaba ser un éxito.

—Pues seguro que sí, porque aquello es un marco perfecto para tus diseños —respondió entrando en el ascensor conmigo.

Seguimos hablando de trabajo y en cuanto llegamos al almacén, comprobamos que, efectivamente, muchas de las

cosas que tenía apuntadas para confeccionar el vestido de Abi sí las teníamos, y las que no, Raquel las pidió en es mismo momento llamando por teléfono al proveedor que nos aseguró que las recibiríamos el lunes a primera hora

Regresamos al ascensor y ella se bajó una planta antes que yo para quedarse trabajando en su despacho, yo continué hasta llegar a la de confección.

Saludé a los chicos y chicas que estaban allí liados con patrones y telas, montando algunas piezas en los maniquís y fui hasta la mesa en la que Rita y Diego, mis diseñadores estrella, miraban varios patrones.

—Buenos días —saludé al acercarme, y ambos me miraron con cara de sorpresa.

—¿Ya habéis vuelto? Creí que os quedabais todo el mes allí —dijo él, dándome un par de besos.

—Solo he vuelto yo, me llamaron por una emergencia y decidí quedarme, a fin de cuentas, solo faltaban unos días para volver.

—Desde luego, eres como tu padre y tu hermano, os cuesta tomaros un descanso —comentó Rita, chascando la lengua.

—Os traigo algo que quiero que empecéis a montar —dije entregándoles a ambos la copia del boceto—. Esta es la lista de telas y demás, Raquel ha pedido algunas cosas que faltan, pero estarán aquí el lunes.

—¿Es para Abigail? —preguntó Rita con una sonrisa, y asentí— Va a estar preciosa, Vicky, la novia más guapa del mundo.

—Os dejo, voy a seguir trabajando.

—Eso, tú no descanses, no sea que te acostumbres —suspiró Diego.

Reí mientras volví al ascensor y me sonó de nuevo el móvil, pero uno de los chicos me preguntó sobre el diseño que estaba confeccionando y no le presté mucha atención. Hablé con él unos minutos, le di un par de consejos pues era uno de los nuevos que habíamos contratado, y me marché.

Salía del ascensor y recordé los mensajes, el último era de Darío, así que lo abrí por si se trataba de alguna emergencia.

Darío: *Buenos días, Victoria. Leandro me ha dicho que el seguro va a hacer el pago de ambas cantidades en nuestra cuenta, y no estoy de acuerdo. En cuanto lo reciba te hago la transferencia.*

No respondí, sino que marqué su número para llamarlo.

e—Hola, Victoria —saludó.

.

—Hola, Darío. Disculpa que no te atendiera antes, pero estaba en el trabajo. En cuanto al dinero, es vuestro, me da igual lo que dijera tu padre. Hablé con Leandro y le dejé claro que os lo diera a vosotros porque tú empiezas la universidad en breve, y Cintia irá en unos años, ese dinero os vendrá bien. Y no hay nada más que discutir, ¿de acuerdo?

,

—Mi padre debió advertirme en algún lado que eras un poquito cabezota.

—En eso me parezco a él. Pero no me ganan —le escuché reír—. ¿Cómo estáis hoy?

—Bien, Cintia está en el jardín dibujando, eso le gusta y hace que esté distraída. Yo estoy mirando algunas opciones de clases en la universidad.

s

—Si necesitáis algo, me llamas, ¿ok? Voy a estar lo que queda de mañana en la oficina, pero si tengo que salir corriendo, lo hago.

—Vale, gracias Victoria.

a—No hay de qué, Darío —sonreí.

Colgué, tras entrar en mi despacho me senté para revisar los e-mails que tenía pendientes.

Ni diez minutos llevaba allí cuando me llamaron de recepción, y me dijeron que Eric estaba allí. Le dije que lo hicieran subir y recordé que me había enviado un mensaje. Lo leí rápido y me preguntaba si podíamos vernos.

¿Qué estaba haciendo Eric en Madrid? No entendía nada, así que le mandé un mensaje a Izan preguntándole si sabía que Eric iba a venir, a lo que no tardó en responder.

Izan: *Algo comentó, pero no creímos que hablara en serio, pero al parecer sí lo hacía.*

No dijo nada más, no se interesó por el trabajo ni por mí, y tampoco me sacó el tema que me había hecho quedarme en Madrid desde que supe que Miguel había muerto.

Suspiré dejando el móvil de vuelta en la mesa y no tardé en escuchar un par de golpecitos en la puerta. Al mirar y ver a Eric allí, con un traje gris oscuro, camisa blanca y corbata, un tono más claro que el traje, vi que estaba guapísimo.

—Hola —saludó con una leve sonrisa mientras caminaba hacia mi escritorio, con ambas manos en los bolsillos.

—¿Qué haces aquí? —pregunté poniéndome en pie para ir a saludarlo, pero, ¿cómo lo hacía? ¿con un apretón de

manos, dos besos en la mejilla, uno en los labios...?

a—Ya ves, pasaba por aquí me dije: voy a saludarla —se inclinó y me dio un beso en la mejilla, pero cerca de la comisura de los labios.

—Oh, así que pasabas por aquí —arqueé la ceja y suspiré.

—Ajá —sonrió aún más—. ¿Cómo estás, preciosa? —preguntó llevando sus manos a mis brazos, acariciándolos despacio.

—Trabajando.

—Eso ya lo veo, pero me refiero a cómo te sientes. Han pasado algunas cosas últimamente.

—Si te refieres a lo de Jasmine, da igual. La verdad es que sí pensé que habías estado con ella porque, bueno, ya sabes que mi marido me mintió durante años. Y a fin de cuentas nosotros no teníamos nada serio.

—No hables en pasado, que parece que se haya acabado todo.

—Eric, no sé qué puedes querer de mí, la verdad. Tú estás en Marbella, yo aquí...

—¿Y? Hay aviones, por si lo has olvidado.

—Claro, y pasaríamos todo el año volando, un fin de semana tú, otro yo.

—¿Cuál sería el problema? ¿Sabes la de puntos que íbamos a acumular? Nos daría para hacer un viaje gratis, piénsalo —se encogió de hombros.

—Estás loco —suspiré—. ¿Por qué has venido?

—Quería verte —me acarició la mejilla—. Necesitaba verte, mejor dicho.

—Ya me has visto.

—Y estás guapísima —se inclinó y me dio un beso rápido en los labios—. Te invito a comer y hablamos. Porque tenemos que hablar.

—No te mandarán mis padres para hacerme entrar en razón en cuanto a los hijos de mi exmarido, ¿verdad? Porque si me dices que estás aquí por eso, me da algo.

—Tus padres no me envían, no. Pero sí que están un poco preocupados, no hay más que ver las conversaciones

que habéis tenido. Y tu hermano también.

—No digas preocupados, cuando en realidad están molestos —suspiré mientras iba hacia el ventanal, abrazándome a mí misma—. Sé que haga lo que haga perjudicará a alguna de las dos partes. Si no soy su tutora, los separarán, si lo soy, mi familia se molestará aún más y seguro que dejarían de hablarme. Es cierto que Miguel fue una sabandija, que me mintió y todo eso que ya sé, pero esos chicos no tienen la culpa, y ni por asomo son como él. O sea, vale, Darío sí es físicamente como su padre, y Cintia tiene sus ojos, así como ambos han heredado el sentido del humor que él tenía cuando nos conocimos, pero nada más.

—Victoria, basta —me pidió mientras me abrazaba desde atrás—. Tu exmarido no lo hizo bien, te mintió y todos le odiáis, es normal. Pero deja de presionarte a ti misma. Date tiempo, y dáselo a tu familia. Si algo he visto en estas semanas es que estáis todos muy unidos, que os queréis y apoyáis en todo. Tal como son, creo que todos acabarían por entender si accedieras a esa petición.

—No lo veo tan claro, pero gracias por los ánimos —suspiré.

—¿Qué te parece si vamos a comer? Tenemos mucho de lo que hablar, preciosa —dijo dándome un beso en la mejilla.

Asentí, recogí mis cosas y cuando salimos del despacho noté su mano en la parte baja de mi espalda.

Entramos en el ascensor y me atrajo hacia él, inclinándose para besarme una vez más, un gesto rápido y suave que hizo que cuando se apartó, ambos sonriéramos.

Una vez en la calle fuimos hasta mi coche, pues él había cogido un taxi desde el aeropuerto hasta el hotel en el que iba a alojarse, y de ahí, a mi oficina.

—¿Dónde te gustaría comer? —pregunté cuando puse el coche en marcha.

—Me dejo llevar por tus preferencias —sonrió.

—Pues hoy me apetece mejicano, fíjate.

—Mejicano, entonces, unas fajitas y quesadillas.

Volví a reír, porque así era con Eric, en cada conversación que teníamos se las ingeniaba para provocar mis risas.

Capítulo 31



Entramos en el restaurante mejicano al que solíamos ir Izan y yo alguna que otra vez a cenar, y nos acomodamos en una de las mesas junto al ventanal que daba al parque.

Pedimos refrescos para beber, ya que luego tenía que volver a coger el coche, y tras un vistazo rápido a la carta pedimos tacos, fajitas y quesadillas para compartir.

Fue cuando nos quedamos solos después de que nos trajeran la bebida, cuando Eric empezó a hablar.

—He venido porque quiero dejar claras un par de cosas —dijo mientras apoyaba ambos codos en la mesa con las manos entrelazadas.

—No sé si debería tener miedo, por tu cara, más que nada.

—Nunca me tengas miedo, preciosa —sonrió—. Lo primero que quiero aclararte, es que Jasmine ya no está en el resort.

—¿Qué? —Fruncí el ceño— ¿Por qué?

—Ella solo era la encargada, ese negocio como muchos otros que hay en el resort, es mío o de Rober. Hemos ascendido a una de las chicas que llevaba tiempo allí y la verdad, lo merecía. Despedimos a Jasmine y le pedí que no volviera ni siquiera al local. No me gustó lo que hizo, ella no era quién para hacerte creer algo que no pasó, ni volvería a pasar, tal como le dije. Lo que tuve con ella fue algo esporádico y lo sabía, no le prometí nada romántico, ni la Luna, una casa con hijos, perros, gatos o cualquier otra mascota. Era sexo, simplemente eso.

—Por cómo nos miró la noche que estuve contigo en el local, no solo estaba celosa, sino que te consideraba suyo.

—Craso error, porque jamás en mi vida he sido de nadie, hasta que te conocí —acercó la mano a la mía y las entrelazó—. Como te dije, ya te había visto en fotos y me pareciste una mujer, no solo preciosa, sino perfecta por cómo me hablaba Abigail de ti, incluso Samuel solo tenía buenas palabras para su cuñada.

—Es que me hago querer —sonreí encogiéndome de hombros.

—Eso desde luego, porque me di cuenta el día que te fuiste, de que no iba a sentir nunca lo que sentía por ti. Me di cuenta de que te quiero más de lo que pensé que sería posible. Como te dije la noche que estuvimos en el local, eres mi futuro, Victoria. Y me gustaría ser el tuyo también.

—Sabes que ahora mismo tengo la cabeza en otros asuntos —suspiré mirando nuestras manos unidas, observando cómo Eric me acariciaba despacio el interior de la muñeca.

—Y por eso he venido también. Si quiero ser tu futuro, y te planteas acoger a esos chicos, quiero que sepas que estoy dispuesto a estar a tu lado, a ser su tutor también.

—Eric, pero eso es... Es una locura, ¿cómo vas a querer eso?

—Si es lo que tú quieres, Victoria, yo también. Tengo cuarenta y cinco años, no soy ningún muchacho de veinte a que le pueda dar miedo ser padre, o lo más parecido a eso.

—No, no podría pedirte algo así —dije negando mientras apartaba la mano, y él se levantó para acercar su silla a mi lado.

—Es que no me lo estás pidiendo, preciosa, yo te estoy diciendo que quiero hacer esto contigo —me acarició la mejilla—. Si esto no es un compromiso en toda regla, tú me dirás qué es —sonrió.

—Si acepto, es posible que pierda a mis padres y a mis hermanos, no quiero que tú tengas que ver a tu sobrino y a mi hermana a escondidas, o peor, que mi familia tampoco te acepte a ti.

—Voy a decirte algo, pero que no salga de aquí —me pidió.

—Miedo me da —suspiré—. ¿Qué pasa?

—Le mandaste un vídeo a Izan de ellos dos, y dijiste que ver a esa niña era como ver a Abigail.

—Sí.

—Todos vimos ese vídeo, y tu hermana dijo que se ponía en el lugar de esos chicos y si la alejaban de vosotros sufriría mucho. No es fan de tu ex, tal como aseguró, pero al igual que tú dijiste, ella está de acuerdo en que esos chicos no tienen culpa de cómo fueran sus padres.

—La madre ni siquiera los quería —murmuré.

—Y tú empiezas a sentir cariño por ellos, ¿me equivoco? —curioseó.

—Son un encanto, Eric, de verdad.

—Te conozco lo suficiente para saber que tienes razón, y que has visto algo en ellos que te impide desentenderte. No sé qué pensarán tus padres y tu hermano si aceptas ser su tutora, pero te aseguro que, a mí, no me perderás si decides dar ese paso.

—Miguel me dijo que también tenía la opción de adoptarlos, si quería.

—¿Y te gustaría?

—Ni siquiera sé si aceptaría ser su tutora, pero, supongo que sí, me gustaría al menos adoptarla a ella. Es solo una niña, y por muy bien que pueda estar en una casa de acogida, no es lo mismo.

l—Permiso —dijo el camarero cuando llegó con nuestra comida.

Eric asintió, regresó con su silla al lugar que ocupaba frente a mí en la mesa, y el camarero sirvió todo diciendo que esperaba que disfrutáramos de la comida.

Y sí, lo hicimos, disfrutamos de aquella comida juntos en la que Eric no dejó de mirarme, sonreír, cogerme la mano y decirme lo guapa que me veía, algo que conseguía sacarme los colores y que sonriera avergonzada.

Me llegó un mensaje y vi que era de Leandro, me confirmaba que el lunes llegarían las transferencias a la cuenta de los chicos y sonreí, al menos me quedaba tranquila sabiendo que nunca les faltaría nada, fuera cual fuera mi decisión.

También me llegó un mensaje de mi hermana, habían decidido regresar unos días antes y llegarían al día siguiente por la tarde, es decir, el sábado, y mis padres querían que fuera a verlos el domingo a casa.

Suspiré dejando el móvil en la mesa y Eric me preguntó si estaba todo bien.

—Abi dice que llegan mañana, y mis padres quieren que vaya a verlos el domingo. Seguro que querrán hacerme entrar en razón, que no haga nada de lo que arrepentirme.

—Estaré contigo —dijo cogiéndome la mano—. Y también me gustaría conocerlos antes de ver a tus padres, para poder hablar de ellos en caso de que sea necesario.

—Pero a ver, Eric, que esto sería cosa mía.

—Y yo te he dicho que es cosa de los dos —interrumpió—. Es más, vamos a ir a verlos ahora.

—¿Ahora? —Fruncí el ceño.

—Ahora, en cuanto terminemos de comer.

—De verdad que no sabes dónde quieres meterte, Eric —negué mientras cogía un pedazo del postre que había pedido.

Me pidió que llamara a Darío y eso hice, me dijo que estaban en casa viendo una película y le comenté que iba a pasarme por allí, a lo que escuché a Cintia gritar emocionada porque iba a ir a verla.

Sonreí, y de nuevo noté ese pellizquito en el corazón. Esa niña era un amor, de verdad que sí, y seguía sin poder creer que su madre no lo viera y no mostrara ni una pizquita de cariño por ella, como tampoco entendía que no se lo mostrara a Darío, pues se notaba a leguas que se desvivía por su hermana pequeña.

Salimos del restaurante y al pasar por delante de una tienda de chuches recordé que a Cintia le gustaban unas que vi en el escaparate, no pude evitar ir dentro y coger un surtido de chuches, y también de chocolatinas.

Cuando salí, Eric levantó la vista del móvil, pues estaba tecleando algo, y al ver las dos bolsas que llevaba se echó a reír.

—Así que voy a tener una novia que es una golosa —comentó, al tiempo que cogía un regaliz que le ofrecía.

—A mí nadie me ha pedido que sea nada, así que no sé de qué novia golosa hablas —me encogí de hombros.

—De ti, cariño, obvio que hablo de ti, porque no lo habré pedido, pero puedes apostar lo que quieras a que eres mi novia, y futura esposa, por no hablar de madre de mis hijos.

—¡Hala! —resoplé— Y abuela de tus nietos también. Qué manera de correr, madre mía.

Subimos al coche mientras él seguía sonriendo, lo puse en marcha dejando las bolsas en el asiento trasero, y conduje hasta la casa de mi ex, bueno, ya no era suya, era prácticamente de sus hijos a falta de unas firmas.

El móvil de Eric empezó a sonar y se disculpó para atender la llamada, habló con Rober sobre algo del resort y antes de acabar con la conversación lo vi sonreír.

—Sí, estoy con ella —escuché que le decía—. Estamos en ello, pero creo que llegaremos a un buen acuerdo —me miró por el rabillo del ojo y arqueó la ceja—. Espera, un segundo. Dile lo que quieras —vi que había conectado el altavoz del móvil.

—Victoria, buenas tardes.

—Uy, qué serio te noto, Rober —comenté, y Eric se echó a reír.

—Esto es serio, señorita. El hombre que tienes al lado está enamorado hasta las trancas. Mira, con pareado y todo me ha salido. A lo que iba. Ha cogido un avión para ir a por ti, y más le vale que no vuelva si no es contigo de la mano. Que vale, tú tienes tu negocio allí y todo eso, pero que aquí se vive como en el paraíso, que seríais como Adán y Eva, pero en traje de baño, y tenemos trescientos días de sol al año, que es un dato a tener en cuenta. Y tú, diseñar, puedes diseñar desde que cualquier parte.

—A ver, que me quede claro, ¿me estás proponiendo que me vaya a vivir contigo, o con Eric?

—Con Eric, con Eric, solo me faltaba decirle que me quedo con su chica, vamos, que me corta las pelotas y yo las quiero mucho.

—Jamás me había hecho una propuesta el mejor amigo del que se supone que va a ser mi marido —reí.

—¡Coño! ¿Ya estamos en ese punto? Joder, os habéis saltado varias páginas de mi libreta —escuché el sonido de papeles y me reí—. Nada, que cualquier día me decís que estáis en estado de buena esperanza y voy a ser tío, porque si corréis tanto, me espero ya lo que sea. En fin, os dejo que tengo trabajo. Eric, no te digo nada porque ya lo sabes. Victoria, a ti te he dicho lo que tenía que decirte. Espero veros pronto por aquí, y juntos a ser posible. Hablamos mañana, socio.

—Ok, adiós Rober.

—Adiós, Rober —me despedí, y Eric colgó—. No sé quién está más loco, si él, o tú.

i

—Él, obviamente. Pero es cierto, me dijo que, si no volvía diciéndole que había recuperado a la mujer de mi vida, me echaba del resort. O sea, es mi resort, no el suyo, pero insinuó que podía alegar que había perdido la cordura. En fin, cosas de Rober —suspiró.

—Qué lástima que sea hetero, porque haría muy buena pareja con Izan.

Nos reímos y cuando paramos en un semáforo, Eric se inclinó hacia mí, sostuvo mi rostro entre sus manos y me dio un beso, uno de esos besos que decían todo sin necesidad de palabras. Cuando se apartó nuestros ojos se encontraron compartiendo una mirada cómplice y sincera.

, —Te quiero, Victoria, eso no lo dudes nunca —me aseguró, y cuando escuché el claxon del coche que tenía detrás avisando de que podía continuar, avancé y seguí conduciendo.

Ni siquiera Miguel me dijo aquellas palabras en tan poco tiempo de conocerme, no las escuché de sus labios hasta pasados unos meses de salir con él.

Tal vez sí era cierto eso de que el amor llegaba así de esa manera que uno no se daba ni cuenta, como decía la

canción que tantas veces escuché en casa de mis padres.

,

;

,

s

l

canción que tantas veces escuché en casa de mis padres.

Capítulo 32



Llegamos a la casa y cuando fui a llamar a la puerta, esta se abrió y Cintia sonrió al verme.

—¡Vicky! —gritó y la abracé.

—Hola, cielo.

—Pasa, pasa. Oh, hola —sonrió con timidez mirando a Eric, que estaba a mi espalda, pero era tan alto que desde luego intimidaba.

—Hola —saludó él.

—Cintia, te presento a Eric.

—¿Es tu novio? —curioseó.

—Lo soy —respondió él.

—Insisto, a mí, nadie me ha preguntado tal cosa —le advertí, y se echó a reír, al igual que ella, que se tapó la boca para hacerlo con disimulo.

—¿Cintia? —escuché la voz de Darío, y no tardamos en verlo llegar desde el salón— Hola, Victoria. No he oído el timbre —frunció el ceño.

—He visto el coche y he bajado corriendo a abrir —dijo Cintia.

—Vale —sonrió.

—Es Eric, el novio de Victoria —le informó la niña, al ver que se quedaba mirándolo.

—Darío, encantado —le tendió la mano.

—Igualmente —Eric se la estrechó.

—He traído chuches y chocolatinas de las que te gustan —le enseñé la bolsa a Cintia, y sonrió con los ojos abiertos.

—¡Mis favoritas! —gritó cuando vio las que compró cuando estuvimos en el parque.

—Más vale que no te las comas todas —dijo Darío.

—No, no, me van a durar todo el fin de semana, ya verás —contestó cuando entramos en el salón.

—¿Qué tal llevas lo de las asignaturas? —le pregunté a Darío.

—Todavía estoy con ellas, tengo duda con varias y no sé cómo me irán —suspiró.

—¿Vas a empezar la universidad? —curioseó Eric.

—Sí, este va a ser mi primer año.

—¿Qué carrera?

—Empresariales. A fin de cuentas, voy a tomar el mando de los negocios de mi padre —se encogió de hombros.

—Si necesitas ayuda, puedo echarte una mano, yo hice esa carrera también.

—Eric es dueño de un resort y otros negocios en Marbella —dije—, de empresas sabe mucho —sonreí.

^a—Es bueno saberlo, la verdad. Mi padre siempre me enseñó un poco, pero ahora que la cosa se pone seria.

—Asusta, lo sé —comentó Eric con una sonrisa—, pero no es tan difícil como pueda parecer.

Y ellos empezaron a hablar de la universidad y la carrera de empresariales, mientras Cintia y yo, los mirábamos a tiempo que nos comíamos un regaliz rojo de esos rellenos de nata extra largo.

—¿Quieres ver mi habitación? —me preguntó, y entendí que estaba un poquito aburrida de la charla que tenía su hermano con Eric.

—Claro, vamos —sonreí poniéndome en pie, y me cogió de la mano para llevarme hasta ella.

La casa de Miguel tenía dos plantas, y por lo que recordaba de cuando estuve en ella, en la planta baja estaba el despacho, además del salón, la cocina y un pequeño cuarto de baño para las visitas.

En la planta de arriba había tres habitaciones.

Cintia abrió la puerta del fondo a la derecha, y sonreí al ver los colores en tonos pastel que había en toda la estancia.

Paredes en rosa y amarillo, muebles en blanco, así como las cortinas, donde había dibujado un arcoíris.

Tenía varias muñecas, peluches, cuentos, libros de colorear e incluso había puzles enmarcados decorando las paredes.

—Los hice con papá —dijo sonriendo, al ver que me quedaba mirando un grupo de cuatro que estaban juntos, y parecían de una misma colección—. Le gustaba ayudarme y me sorprendía enmarcándolos.

—Así que te gustan los puzles.

—Sí, y dibujar. ¿Quieres ver mi cuaderno?

—Claro —sonreí mientras la acompañaba a su cama, donde nos sentamos, y sacó un cuaderno del cajón.

Me recordó al que yo tenía cuando era pequeña, ese en el que me pasaba horas y horas dibujando. Y también me sorprendió lo que había dicho de Miguel, al final sí que iba a resultar que no conocía al hombre que una vez fue mi marido.

Cintia me dio su cuaderno, lo abrí, y me quedé maravillada con aquellos dibujos. Se notaba que eran los trazos de una niña, pero estaban perfectos.

Había paisajes, sobre todo, algún que otro primer bodegón, como yo también empecé, y vi que tenía varios retratos, todos con una foto al lado.

Estaban Miguel, Darío, la madre de Cintia y ella misma, y a pesar de que le faltaba aún mucha técnica y práctica, había hecho un buen trabajo y se parecían bastante a las fotos.

—Están muy bien, Cintia.

—No, no son buenos, me queda mucho que aprender, pero pongo empeño como decía papá —sonrió.

—Eso es cierto, y además es lo principal si quieres dedicarte a ello.

—No sé si sería buena pintora.

—Yo también dibujaba cuando era pequeña, ¿sabes?

—¿En serio?

—Ajá, y mi mejor amigo fue el que me dijo que no dejara de hacerlo y que practicara todos los días. Fue a él a quien le enseñé mis primeros bocetos de vestidos, me animó a seguir y acabé cumpliendo el sueño que tenía de ser diseñadora de vestidos de novia.

—Seguro que son unos vestidos muy bonitos.

—Puedo enseñarte algunos, ¿quieres verlos?

—Sí, me gustaría.

—Vamos al salón, que me he dejado el móvil en el bolso —dije poniéndome de pie, ella se levantó y me cogió de la mano.

Sonrió al mirarme y así salimos de su habitación, bajamos por las escaleras y cuando Darío y Eric escucharon el repiqueteo de mis tacones, nos miraron un momento hasta que Darío vio a su hermana cogida de mi mano.

—Podéis seguir con vuestra charla de empresariales —comenté, al ver que ambos se quedaban callados mirándonos—, nosotras nos vamos al jardín —cogí el móvil del bolso y fuimos hacia fuera de la casa.

Nos acomodamos en el balancín que había en el porche, Cintia se acurrucó a mi lado y entré en mis redes para que viera las fotos de aquellos vestidos.

Le gustaron todos, y mientras decía eso de: “qué bonito es este”, “no, este me gusta más”, “mira este, si parece para una princesa”, no podía dejar de reírme.

—Este es el boceto que hice para el vestido de mi hermana, se casará en unas semanas —le enseñé la foto que le había hecho al dibujo de mi cuaderno.

—Es precioso. Si a ella no le gusta, resérvalo para cuando yo me case —me advirtió, mirándome muy seria.

—¿Para cuándo tú te cases? Pero si eres muy pequeña todavía, para pensar en eso.

—Lo sé, y no me casaré hasta que tenga por lo menos veinticinco años, es la edad que me dijo papá, que podía casarme si quería —y ahí sí que solté una carcajada, porque eso desde luego que era muy del estilo de Miguel.

—Cuando tengas que casarte, estaré encantada de diseñar tu vestido, si tú quieres.

—Me haría ilusión —sonrió.

—¿De verdad?

—Sí, porque eso significaría que sigues siendo amiga de Darío y mía.

r

—Así que somos amigas.

—Sí, ¿no? —Frunció el ceño.

—Claro que sí, cielo, somos amigas —sonreí, y le di un beso en la frente.

Seguimos viendo algunas fotos más, y como estábamos en el perfil de mis redes vio las que habíamos hecho en Marbella y preguntó si la chica era mi hermana.

—Sí, ella es Abigail, pero todos la llamamos Abi, salvo Eric, él es más formal y la llama Abigail.

—Es muy guapa, se parece mucho a ti, menos en el pelo y los ojos.

—Eso lo ha heredado de mi padre, yo lo heredaré de mi madre. Y este es mi hermano Héctor, que tiene el color de ojos de nuestra madre y del pelo de nuestro padre.

—Como nosotros, Darío se parece a papá, y yo a nuestra madre, pero con los ojos de papá —sonrió.

e

—Exacto.

—¿Tienes fotos de tus padres?

—Uy, sí, muchas —reí—. Espera que busco alguna. Aquí están. Antón y Lola.

—Qué guapos, sobre todo tu madre —y se me quedó mirando con los ojos entrecerrados mientras giraba la cabeza de un lado al otro y fruncía el ceño.

—¿Qué pasa?

—Nada, es que, al ver a tu madre, es como verte a ti dentro de unos años, creo. Os parecéis mucho, casi podías decir que sois hermanas.

—Eso dice ella —reí.

—¿Qué tal por aquí, señoritas? —preguntó Eric, saliendo con ambas manos en los bolsillos, y Darío tras él.

—Viendo fotos de su familia. ¿Conoces a sus padres? —curioseó Cintia.

—Sí, los conozco.

—¿Tú crees que cuando Vicky tenga la edad de su madre, se parecerá a ella?

—Lo creo ciegamente —contestó con tranquilidad.

—Te lo dije —sonrió ella.

—Cintia, seguro que tienen que irse ya —comentó Darío.

—No, no tenemos prisa —dijo Eric.

—¿Os quedáis a cenar? —preguntó ella, emocionada— Darío iba a preparar hamburguesas.

—Cintia —insistió él.

—¿Y si mejor pedimos las hamburguesas? —propuse.

—¿Y helado de tarrina grande de postre?

—Cintia, en serio.

—Déjala, que pida lo que quiera —le dijo Eric—. Esta noche invito yo a la cena. ¿De qué sabor te gusta el helado princesa?

—Es que me gustan tres sabores diferentes —murmuró mientras miraba a su hermano con disimulo.

a—Joder, Cintia —suspiró él.

—Ey, tranquilo —escuché que le susurraba Eric.

—A ver si coincidimos en esos sabores —le dije a ella—. ¿Cuáles son?

—Me gusta el de vainilla con pepitas de chocolate, el de frambuesa y el de menta.

—A mí también me gustan esos, pero en el búrguer no los tienen.

—Hay una hamburguesería donde pedía papá, que sí los tienen, en tarrinas así de grandes —movió ambas manos hasta tenerlas en el tamaño que ella recordaba y parecían ser tarrinas de las de medio litro.

—¿Tenéis el teléfono de esa hamburguesería? —preguntó Eric sacando su móvil del bolsillo.

—Sí, pero, a ver, que puedo pagar yo la cena —dijo Darío.

—Sé que puedes, pero no te voy a dejar —contestó Eric encogiéndose de hombros mientras miraba el móvil—. El número, y qué queréis cenar cada uno.

Darío suspiró mirando a Cintia, le dio a Eric el número de teléfono y llamó para pedir cuatro hamburguesas grandes con queso, patatas, refrescos, alitas de pollo y una tarrina de helado de cada sabor. La sonrisa de la niña en ese momento no tenía precio, de verdad.

Como tampoco lo tuvo el ver a Eric hablando con ella, viendo los dibujos de su cuaderno y diciéndole que, si aquello era lo que le gustaba, que no lo dejara, que posiblemente algún día sería una gran artista.

A pesar de que eran las once de la noche cuando nos marchábamos, debía decir que las horas con ellos, entre risas locuras y los suspiros de Darío, se me hicieron hasta cortas.

Fue Eric quien les propuso salir al día siguiente a pasar el día fuera, y Darío acabó accediendo, porque si algo me había quedado claro ya, con el poco tiempo que hacía que conocía a ese par de hermanos, era que, con una carita triste de Cintia, Darío no tenía modo de decir que no a algo.

Subimos al coche y antes de ponerlo en marcha escuché que me llegaba un e-mail, al echar un vistazo vi que era Xander, el fotógrafo, y me enviaba todas las fotos que habíamos hecho de aquellas sesiones con los vestidos de mi última colección.

Eric y yo dimos un vistazo rápido a algunas de las fotos y comprobamos que habían quedado espectaculares.

—¿En qué hotel te alojas? —pregunté tras poner el coche en marcha.

—Uno que no está muy lejos de tus oficinas, pero, ¿no vas a invitarme a una copa en tu casa? —curioseó con una sonrisa de medio lado y la ceja arqueada.

—Eric, si te invito a una copa en mi casa, los dos sabemos cómo puede acabar la cosa —suspiré.

—¿Y? ¿Acaso tienes miedo, preciosa? Ya sabes lo que te digo siempre, que te dejes llevar, y te atrevas.

¿Y qué hice? Pues...

Capítulo 33

Nada más entrar en mi casa, Eric me rodeó por la cintura atrayéndome hacia él para besarme.

Sentí sus labios sobre los míos en un roce suave, mordisqueó el labio inferior mientras me miraba fijamente y sí, ese era su modo de tentarme, de incitarme a no pensar en nada más en ese instante y que tan solo me dejara llevar por lo que mi cuerpo y mi mente deseaban.

Le rodeé con ambos brazos por los hombros, llevé mis dedos a su cabello y jugué con él mientras era yo la que lo besaba. Tenté a mi hombre pasando despacio la punta de la lengua por sus labios, los entreabrió y compartimos un beso íntimo y sensual, de esos que acabarían con nosotros enredados en las sábanas.

Me alzó en brazos y caminó hasta el salón, se detuvo mirando a ambos lados y sonreí.

—¿El dormitorio, preciosa? —preguntó con la ceja arqueada.

—Por el pasillo, segunda puerta a la izquierda —contesté.

Volvió a besarme y reanudó el paso, llegamos a mi habitación y se sentó en la cama conmigo a horcajadas sobre sus piernas.

Sentí las manos de Eric deslizándose despacio por mi espalda, subiendo poco a poco, dejando un calor abrasador a su paso que podía sentir aun a través de la tela de mi blusa.

Volvió a bajarlas y comenzó a tirar de la tela hasta subirla y quitármela. Me besó el hombro, siguió avanzando con un camino de besos suaves por el cuello, bajó por el torso y noté que retiraba los tirantes del sujetador hasta quitármelos, lo desabrochó y se deshizo de él, liberando mis pechos y masajeándolos mientras los contemplaba.

Lamió un pezón, lo mordisqueó y se llevó el pecho a la boca sin dejar de lamer hasta conseguir que no solo ese, sino que también el otro pezón se endureciera.

Y se centró entonces en ese segundo pezón al mismo tiempo que subía una mano por mi pierna, deslizándola despacio bajo la falda hasta alcanzar mi zona íntima. Pasó el pulgar con una lentitud que podría considerar como tortura por encima de la tela de la braguita, haciendo fricción con ella sobre el clítoris, y gemí ante aquel contacto.

Habían pasado días desde la última vez que estuve con él, pero seguía respondiendo a su tacto estremeciéndome y deseándole como el primer día.

Me moví sobre él, alentándolo a que siguiera, a que avanzara más bien, tentándolo una vez más con el roce de mi sexo sobre su miembro, ese que podía sentir erecto, duro y palpitante.

Escuché un leve quejido ronco salir de su boca y sonreí con disimulo, estaba excitándose tanto como yo, así que

seguí moviéndome y eso provocó que, por fin, Eric retirara la tela de la braguita a un lado y deslizara dos dedos entre mis pliegues.

Gemí dejando caer la cabeza hacia atrás, manteniendo la suya entre mis manos, tirando levemente de su cabello mientras él seguía dando atenciones a mis pechos y pezones de manera alterna.

Cuando noté que me penetraba con los dedos gemí un poco más fuerte y comencé a moverme al ritmo que él marcaba.

1

En ese momento me sentía como una bomba de relojería, hacía tanto que no me tocaba que estaba convencida de que no necesitaría mucho para hacer que me corriera.

Le atraje hacia mis labios y me apoderé de los suyos en un beso fiero y cargado de necesidad, no me cabía la más mínima duda.

Y en ese momento me pregunté quién era yo y qué había pasado con Victoria, esa mujer cuyas experiencias en el sexo se reducían a tocar apenas si la dejaban y quedarse quieta mientras la penetraban.

No, Eric no tenía nada que ver con mi ex, y es que el hombre que me besaba en ese instante, era puro fuego, exudaba pasión por cada poro de su cuerpo y sí, también se ocupaba de que primero disfrutara yo antes que él.

a

Me acercaba al orgasmo, podía sentirlo comenzar a formarse lentamente en lo más hondo de mi ser, seguía moviéndome rápido y rozando sobre su miembro mientras él llevaba los dedos dentro y fuera de mi vagina haciendo que enloqueciera, y entonces rompí el beso.

—¿Quieres que tenga un orgasmo, o quieres que te dé el control? —pregunté entre jadeos mirándolo a los ojos, esos ojos verdes que en el momento en el que fueron conscientes de mis palabras, se oscurecieron un poco más, volviéndose casi perversos.

—¿Qué quieres tú, cariño? ¿Qué deseas esta noche? —seguía penetrándome y, entre eso y el tono sensual y ronco de su voz, casi me corrí ahí mismo.

. —Quiero darte el control, Eric —respondí.

· —Oh, joder, Vicky —se apoderó de mis labios en un beso rudo y casi salvaje, me estremecí ante ese gesto y el modo en el que me penetraba con sus dedos, y caí en la cuenta de que era la primera vez que me llamaba Vicky.

Y sonaba bien, había pronunciado el diminutivo de mi nombre como si de una caricia se tratara.

Siguió llevando sus dedos dentro y fuera de mí sin parar, rápido y fuerte, hasta lo más profundo de mi ser, mientras yo gemía en su boca y me movía sobre el palpitante miembro que parecía luchar con la ropa que lo

mantenía encerrado, queriendo liberarse.

Pensé que me dejaría liberar el clímax, pero debí sospechar que al darle el control no permitiría que aquello ocurriera, y cuando estaba a punto de hacerlo, mientras mi cuerpo se estremecía y mis gemidos morían en la boca de Eric, retiró la mano y rompió el beso dejándome con las ganas y jadeando mientras me miraba.

—Todavía no, cariño —susurró antes de darme un beso rápido en los labios.

Me levantó y tras dejarme de pie ante él, desabrochó la cremallera lateral de mi falda y la dejó caer al suelo. No tardó en coger la tela de la braguita y mientras las bajaba, dejó un camino de besos desde mi vientre hasta el muslo.

—Separa las piernas —me pidió, mirándome mientras subía las manos despacio por ellas, y lo hice.

Al llegar a mis nalgas, me atrajo hacia él y comenzó a lamer mi sexo con avidez, moviendo la lengua rápido y sin descanso, haciendo que todo mi cuerpo temblara y se erizase pidiendo a gritos que me permitiera liberar el orgasmo.

Jadeé, gemí y grité agarrándome con todas las fuerzas de las que disponía en ese instante a sus hombros, me moví buscando más y quise correrme, pero de nuevo Eric se detuvo en el momento justo para que no ocurriera.

Se retiró mirándome con los ojos cargados de deseo y lo vi quitarse la chaqueta mientras se ponía de pie. Me quedé quieta, tan solo observando, hasta que empezó a deshacer el nudo de su corbata y yo llevé mis manos a los botones de la camisa, ayudándolo a desnudarse al igual que estaba yo.

Cuando se había quitado la corbata lo vi sonreír de medio lado.

—Date la vuelta, y pon las manos a tu espalda —me pidió.

—¿Qué vas a hacer?

—Usar lo único que tengo a mano para inmovilizarte —susurró en mi oído cuando me giré haciendo lo que me había pedido.

Noté la suavidad de la corbata en mis muñecas, la anudó tras algunas vueltas y llevó ambas manos a mis caderas mientras se acercaba a mi cuerpo, de modo que el miembro erecto de Eric quedó a la altura de mis manos.

Comenzó a subir las suyas despacio mientras me acariciaba cada centímetro de mi cuerpo, me estremecí al notarlas sobre el vientre y siguió subiendo hasta volver a sostener mis pechos con ellas. Sentí sus labios dejando varios besos en el hombro y el cuello mientras pellizcaba y tiraba de los pezones, haciendo que con cada uno de esos gestos una punzada de deseo y necesidad llegara a mi sexo.

Cerré los ojos dejando caer la cabeza hacia atrás, apoyándola en su pecho desnudo cuando Eric deslizó la mano por mi vientre hasta que la sentí sobre mi sexo.

La movía despacio, rozando el clítoris con la palma hasta que me moví para incitarlo a que me penetrara, y lo hizo. Sentí dos dedos entrando despacio haciéndome gemir.

—Puedes tocarme —murmuró, y de manera instintiva me pasé la lengua por los labios.

Deslicé las manos sobre su dureza, esa que se ocultaba tras la tela de su ropa, y noté como el miembro de Eric palpitaba ante el contacto. A pesar de estar en aquella posición y con las muñecas inmovilizadas, desabroché su pantalón y llevé ambas manos al interior, otro gemido de Eric que me hizo sonreír ante la satisfacción de saber que le gustaba.

Seguí moviendo mis manos despacio con su miembro entre ellas, contoneando mis caderas en movimientos rítmicos mientras sentía sus dedos entrando y saliendo al tiempo que pellizcaba los pezones de manera alterna.

—Eric —jadeé al sentir que de nuevo podría correrme si tan solo me dejara hacerlo, y él rio levemente.

—Aún no —susurró.

Retiró ambas manos y me apartó de él, de modo que solté su miembro y giré para quedar de nuevo frente a él. Sostuvo mis mejillas entre sus grandes manos y me besó. Correspondí a aquel gesto entregándole en ese instante todo de mí, todo cuanto tenía y era, diciéndole en silencio que era suya y siempre lo sería.

Cuando separamos nuestros labios lo miré fijamente, comencé a arrodillarme ante él y lo vi tragar con fuerza pues sabía lo que tenía en mente. No tardó en reaccionar y, tras dejar caer sus pantalones y el bóxer, separé mis labios y deslicé la lengua por toda su longitud.

—Dios, pequeña —jadeó y dejó caer la cabeza hacia atrás.

No me detuve, todo lo contrario, lo acogí por completo en mi boca y le di placer como él me lo había dado a mí poco antes. Escuchaba sus jadeos, sus sonidos roncoss y era consciente de que lo estaba llevando al límite.

Eric sostuvo mi cabello con una mano y guio mis movimientos hasta que sentí sus caderas embistiendo mi boca y yo misma gemí.

—Vicky, eres una tentación muy peligrosa —dijo con una leve sonrisa mirándome fijamente.

Me ayudó a incorporarme y, sin dudar un instante, hizo que me colocara de rodillas en la cama con las piernas separadas y las caderas bien elevadas.

Eric entrelazó nuestras manos y comenzó a penetrarme.

Gemí ante ese contacto, ante aquello que mi cuerpo tanto había deseado, y dejé que me tomara como quería. Cada una de sus embestidas eran fuertes, rápidas y profundas, seguras, poderosas y dominantes, y mi cuerpo se estremecía en respuesta.

Cuando sentí que aumentaba aún más el ritmo, que su respiración al igual que la mía era cada vez más acelerada y entrecortada, y noté que mi cuerpo se preparaba para el orgasmo como el suyo, simplemente esperé a que ocurriera.

El miembro de Eric comenzó a palpar entre los músculos contraídos de mi vagina, entraba y salía cada vez más rápido, y segundos después los dos gritábamos liberando el clímax al que acabábamos de llegar.

Se dejó caer sobre mi espalda unos instantes mientras me besaba el hombro, liberó mis muñecas y se retiró para recostarse a mi lado en la cama, abrazándome y buscando mis labios para besarme.

—¿Por qué no te conocí antes, preciosa? —preguntó colocándome un mechón de cabello tras la oreja— Si te hubiera conocido yo, en vez de tu ex...

—Como dice mi madre —le interrumpí—, cada quién tiene su destino escrito desde el momento en el que nace, y las personas indicadas llegan a nuestras vidas cuando tienen que hacerlo. Si nos hemos conocido ahora, sus motivos tendrá el destino —sonreí.

—Sea como sea, cariño, eres mi presente y mi futuro, y no voy a separarme de ti. Soy tuyo, Vicky, completa y absolutamente tuyo desde hoy y para siempre —me dio un beso y lo abracé.

/

Y sí, yo también pensaba que, si lo hubiera conocido a él en vez de a Miguel, no habría pasado por las mentiras que pasé, pero tampoco estaría planteándome ser la tutora o madre adoptiva de un par de hermanos que, sin ellos saberlo y sin que yo me diera cuenta, me habían ido robando poco a poco y día a día el corazón desde que entraron en mi vida apenas unos días antes.

Eric y yo nos quedamos abrazados, acariciándonos la espalda el uno al otro en silencio, hasta que el cansancio nos venció y acabamos quedándonos dormidos.

Eric entrelazó nuestras manos y comenzó a penetrarme.

Gemí ante ese contacto, ante aquello que mi cuerpo tanto había deseado, y dejé que me tomara como quería. Cada una de sus embestidas eran fuertes, rápidas y profundas, seguras, poderosas y dominantes, y mi cuerpo se estremecía en respuesta.

Cuando sentí que aumentaba aún más el ritmo, que su respiración al igual que la mía era cada vez más acelerada y entrecortada, y noté que mi cuerpo se preparaba para el orgasmo como el suyo, simplemente esperé a que ocurriera.

El miembro de Eric comenzó a palpar entre los músculos contraídos de mi vagina, entraba y salía cada vez más y más rápido, y segundos después los dos gritábamos liberando el clímax al que acabábamos de llegar.

Se dejó caer sobre mi espalda unos instantes mientras me besaba el hombro, liberó mis muñecas y se retiró para recostarse a mi lado en la cama, abrazándome y buscando mis labios para besarme.

—¿Por qué no te conocí antes, preciosa? —preguntó colocándome un mechón de cabello tras la oreja— Si te hubiera conocido yo, en vez de tu ex...

—Como dice mi madre —le interrumpí—, cada quién tiene su destino escrito desde el momento en el que nace, y las personas indicadas llegan a nuestras vidas cuando tienen que hacerlo. Si nos hemos conocido ahora, sus motivos tendrá el destino —sonreí.

—Sea como sea, cariño, eres mi presente y mi futuro, y no voy a separarme de ti. Soy tuyo, Vicky, completa y absolutamente tuyo desde hoy y para siempre —me dio un beso y lo abracé.

Y sí, yo también pensaba que, si lo hubiera conocido a él en vez de a Miguel, no habría pasado por las mentiras que pasé, pero tampoco estaría planteándome ser la tutora o madre adoptiva de un par de hermanos que, sin ellos saberlo y sin que yo me diera cuenta, me habían ido robando poco a poco y día a día el corazón desde que entraron en mi vida apenas unos días antes.

Eric y yo nos quedamos abrazados, acariciándonos la espalda el uno al otro en silencio, hasta que el cansancio nos venció y acabamos quedándonos dormidos.

Capítulo 34



Noté una caricia en la espalda y mientras abandonaba el mundo de los sueños, fui consciente de que estaba abrazada a un cuerpo, un cuerpo grande, fibroso y masculino para más señas.

Abrí los ojos y me encontré con la mirada de Eric y su sonrisa.

—Buenos días, preciosa —se inclinó para besarme en la frente.

—Buenos días. ¿Qué hora es? —pregunté, ya que veía mucha luz entrando por la ventana.

—Las diez.

—¿Qué? Pero si yo nunca duermo tanto —dije intentando incorporarme, pero él no me dejó.

—Has tenido una semana que podríamos decir, fue agotadora.

—Rara, más bien —sonreí—. Porque nadie espera que su ex le pida que se haga cargo de sus hijos.

—A mi modo de ver, si te hizo esa petición, es porque confiaba en ti, a pesar de que te mintiera.

—Mejor no hablemos de él.

—Cierto, hablemos de nosotros. ¿Cuándo nos casamos?

—¿Qué? —me desperté de golpe, vaya que sí, porque no esperaba escuchar aquello, pero claro, cuando vi a Eric soltar una carcajada, me relajé un poco— Oye, no me des estos sustos.

—¿Tan malo sería casarte conmigo, cariño? —preguntó mientras me colocaba un mechón de cabello tras la oreja.

—A ver, que ya pasé por eso y... no fue una bonita experiencia, te recuerdo —suspiré.

—No lo fue porque no era la persona indicada, eso te diría mi madre.

—Y la mía —volteé los ojos.

—¿Qué planes tienes para hoy?

—Pues antes de tu llegada sorpresa, pensaba pasarme el día en casa con mi cuaderno de bocetos.

—Menos mal que vine —suspiró—. Voy a darme una ducha rápida, tú llama a los chicos a ver si quieren pasar el día con nosotros —dijo dándome un beso rápido en los labios—. Mientras te duchas preparo el desayuno, y después vamos al hotel por mis cosas.

—¿Y dónde vas a quedarte? —Arquee la ceja.

—¿Tú qué crees, cariño? —sonrió de medio lado y se levantó.

Me quedé mirándolo, observando cómo caminaba hacia el cuarto de baño, y de manera inconsciente me lamí los labios porque, digo, ese hombre estaba cañón y era mío.

Dios, mi mente pecaminosa empezó a recordar lo ocurrido la noche anterior y tuve que recostarme en la cama para no pensar más.

Cogí el móvil y llamé a Darío, esperando no despertarlo.

—Victoria, ¿pasa algo? —preguntó al descolgar.

—No, tranquilo, está todo bien. Por cierto, buenos días —sonreí.

—Ah, joder, lo siento —resopló—. Buenos días.

—Llamaba para saber si os apetecería pasar el día con Eric y conmigo, y antes de que digas nada, ha sido idea suya.

—¿Él sabe... lo de la carta de mi padre? —preguntó, y lo noté nervioso.

—Sí, lo sabe.

—Y en caso de que aceptes ser nuestra tutora, ¿estaría de acuerdo?

—Sí —sonreí, pensando en que el hombre que estaba en ese momento en la ducha de mi casa, no pensaba dejarme marchar bajo ninguna circunstancia—. Bueno, qué me dices, ¿os venís a pasar el día con nosotros?

—Pues, no sé, espera que le pregunte a Cintia. Quería que la llevara al parque de atracciones.

—Esa es una gran idea, podemos ir los cuatro.

—¿Quién es? —escuché la voz de Cintia.

—Es Victoria.

—¡Vicky! ¡Hola!

—Espera que pongo el altavoz —dijo Darío—. Ya está.

—¡Vicky!

—Hola, cielo. Qué energía tienes, por favor, qué envidia me das.

—Darío dice que es porque todavía soy pequeña, pero que cuando tenga dieciocho, no me levantaré tan contenta.

—¿Habéis desayunado ya? —curioseé.

—Sí, un vaso de leche con cacao y tostadas.

—Muy bien. Me ha dicho Darío que quieres ir al parque de atracciones.

—Yo sí, pero él decía que igual ir solos no era buena idea —suspiró.

—¿Y qué tal si vamos Eric y yo con vosotros?

—¿En serio? Sí, porfi, porfi, porfi —empezó a gritar y hasta diría que daba saltitos.

—Genial, pues nos vemos a las once y media en vuestra casa, ¿vale? Os da tiempo a prepararos, ¿verdad?

—Sí, solo tenemos que vestirnos, seguimos en pijama —contestó él.

—Pues hasta dentro de un rato, chicos.

—Adiós, Vicky —respondió Cintia y colgué con una sonrisa.

^e—Esa sonrisa es que vamos a ver a los chicos —dijo Eric y al mirar hacia la puerta, lo vi con una toalla alrededor de las caderas, secándose el pelo con otra, y esas gotas de agua cayendo por su torso desnudo.

—Ajá —acerté a decir.

—Cariño, no me mires así o no salimos de casa —arqueó la ceja.

—Voy a ducharme —salí de la cama y fui corriendo hacia el cuarto de baño, tapándome el ojo izquierdo al pasar por delante de Eric—. No te estoy mirando —dije, y él soltó una carcajada.

Sonriendo, así entré en el cuarto de baño y abrí el agua de la ducha para meterme bajo ella.

Después de diez minutos allí, disfrutando de la sensación de alivio en algunas zonas de mi cuerpo después del sexo de la noche anterior, me coloqué la toalla en el cuerpo para secarme el pelo y hacerme una coleta alta.

Al volver a la habitación Eric ya no estaba, y su ropa tampoco. Ni siquiera las toallas que había usado.

Cogí unos pantalones vaqueros cortos del armario, una camiseta con el hombro caído y las deportivas blancas, y me vestí para después aplicar un poco de maquillaje natural antes de ir a la cocina a desayunar.

Eric llevaba el pantalón y la camisa, con las mangas remangadas hasta los codos y sin corbata.

—Señorita, el desayuno —dijo poniendo frente a mí una taza de café con leche y un plato con un par de tostadas—. ¿Dónde tienes pensado llevar a los chicos? —preguntó sentándose a mi lado y dando sorbo a su café.

—Vamos al parque de atracciones, Cintia quería ir.

Eric asintió y desayunamos hablando de ellos, de Darío y Cintia, y de lo buenos chicos que le habían parecido cuando los conoció el día anterior.

Después de desayunar salimos de casa y fuimos al hotel, subimos a su habitación, se cambió de ropa y se visitó con un *look* casual como el que yo llevaba, y una vez regresamos a la recepción canceló su cuenta.

Me pidió las llaves del coche y dijo que desde ese momento conducía él, por lo que no puse objeción alguna.

Nada más llegar a la casa, vi que se abría la puerta y Cintia salió corriendo para venir hasta el coche, sonrió y al bajarme se abrazó a mí con fuerza.

—Quería pedirle a Darío que te llamara para ver si venías con nosotros, pero no me atrevía —dijo cuando le dio un beso.

—¿No te atrevías? Pues a partir de ahora, podéis llamarme cuando queráis, si puedo hacer planes con vosotros, lo haré —contesté sonriendo.

—Y yo, si estoy aquí, también —añadió Eric.

—Cintia, en serio, no puedes salir de casa corriendo de ese modo. Se te ha olvidado la mochila —resopló Darío mientras cerraba la puerta de casa.

—Lo siento, es que vi llegar a Vicky —se excusó mientras la cogía.

—¿Listos para un día divertido? —curioseé.

—¡¡Sí!! —gritó ella, haciendo que los tres riéramos.

Darío y ella subieron a la parte de atrás del coche, yo me acomodé en el asiento del copiloto, y Eric al volante.

Condujo con mis indicaciones y tuvimos suerte de no encontrar mucho tráfico, gran parte de los que vivían allí estaban de vacaciones fuera, y cuando llegamos aparcamos relativamente cerca de la entrada.

Nada más bajar del coche Cintia se colgó su mochila a los hombros y me cogió de la mano, ambas sonreímos y caminamos así hasta las taquillas, mientras ella me iba diciendo qué atracciones le gustaban más.

Eric pagó las entradas a pesar de que me estuve oponiendo, pero me bastó una mirada suya para saber que no había más discusiones al respecto, que ese día él se encargaba de todo.

Entramos en el parque y fuimos a la zona infantil para que Cintia se subiera a algunas de esas atracciones que tanto le gustaban. No dejaba de saludar una y otra vez cuando pasaba por delante de nosotros, con esa sonrisa y los ojos brillantes de felicidad.

—Papá solía traernos —dijo Darío, apoyado en una de las vallas mientras miraba a su hermana—. Nuestra madre nunca vino con nosotros. La verdad es que no hay muchos momentos en familia todos juntos, la verdad.

—Pues es una pena, porque seguro que se perdió muchas cosas con vosotros —comenté.

—Prefería salir con sus amigas. Nunca se lo dije a mi padre, pero sospeché que había otro hombre. Esto es algo que no llegué a confirmar, y ya no lo haré.

—Si aceptas un consejo —le dijo Eric—, no pienses más en nada de eso. Quédate con los momentos buenos que pasasteis con tu madre, por pocos que estos fueran, y con tu padre. Ahora eres la única familia que le queda a Cintia y te necesita, vas a ser su modelo a seguir en muchas cosas. Te lo digo por experiencia, Darío, porque yo tuve que hacerme cargo de mi sobrino. Y habrá veces que te preguntes si lo estás haciendo bien o no, que tengas miedo de fallarle, pero lo que no puedes hacer bajo ningún concepto, es decaer, flaquear, si lo haces entonces sí estarás fallando a tu hermana.

Darío asintió y yo sonreí cuando me encontré con la mirada de Eric. Desde luego que ese consejo iba a tomarlo yo también, porque si finalmente me convertía en la tutora de esos dos hermanos, no podía fallarles a ellos, pero tampoco a su padre que había confiado en mí para eso.

Cuando Cintia bajó de la atracción se colgó de nuevo su mochila después de coger un zumo que llevaba en ella y me cogió de la mano, así fuimos hasta la siguiente en la que quería subirse.

La mañana se pasó rápida y cuando quisimos darnos cuenta era la hora de comer, así que entramos en una de las hamburgueserías y pedimos cuatro menús y helado de postre.

Cintia cogió el plano que tenía en su mochila y sonreí, la verdad es que mi pequeña princesita iba muy preparada para su visita a la diversión.

Nos dijo dónde podíamos montar nosotros con ella, como hacía su padre, y nos turnamos para montar cada uno en una atracción.

Tras bajar de la última dijo algo que a mí me dejó muy sorprendida.

—¿Vamos al pasaje del terror?

—¿Quieres entrar en el pasaje del terror? —preguntamos Eric y yo, al unísono, con una cara indescifrable, desde luego, mientras que ella y Darío se partían de risa.

—Le encanta —dijo Darío—. No le da miedo en absoluto. Lleva entrando ahí desde que tenía cuatro años.

—Por Dios, pero si esos personajes son todos feos y asustan —comenté.

—Es maquillaje, Vicky —contestó ella con una risita—. Papá decía que no daban miedo, que solo se maquillaban para asustar porque era su trabajo.

—Bueno, pues si no te da miedo, vamos entonces —dijo Eric.

—¿Qué? No, no, a ver, que a mí sí que me asusta que salga alguien así, de repente, de detrás de una cortina negra o algo —les informé.

—Tranquila, cariño, que yo estaré a tu lado —Eric se inclinó para darme un beso en los labios y escuché la risita de Cintia, además de que le decía a Darío que se veía que nos queríamos.

—Si me da infarto ahí dentro, será culpa tuya —señalé a Eric, y me dejé llevar hasta el pasaje del terror.

Y sí, Cintia iba como quien pasea por el parque, sin miedo, saludando a cada personaje que nos asaltaba, porque eso no era sorprendernos, no señor, era asaltarnos.

De modo que mientras una niña de siete años, repito, siete años, reía delante de mí, yo pegaba cada bote y salto con grito incluido y algún que otro “me vais a matar de un susto”, claro, ellos tres se descojonaban de la risa, así tal cual.

Por suerte el recorrido se acababa, ya me quedaba menos para llegar a la salida y estaba deseándolo, hasta que...

—Mira qué chica más guapa —dijo con voz de ultratumba alguien a mi espalda.

—¡Me cago en tus muelas, hijo de la gran fruta! —grité dando un salto y al girarme, acabé estampando la mano en la cara de aquel desgraciado.

—Joder, cariño, qué hostia me has dado —esa ya era la voz de Eric, y al abrir los ojos, y ver que Darío lo iluminaba con la linterna del móvil, lo vi frotándose la mejilla.

—Yo te mato, jodido. ¿Quieres que me dé un infarto? La madre que te parió, el susto que me ha dado.

Eric empezó a reírse, Cintia y Darío lo siguieron y yo, bueno, yo tuve que reírme también porque ya se sabía que la risa solía ser contagiosa.

Aunque vamos, el susto que me había dado el señor ojos verdes, no se lo iba a perdonar en la vida.

Y así se lo hice saber al final de aquel día, cuando después de cenar en una pizzería cerca de la casa de los chicos, y de dejarlos a ellos quedando en hablar pronto, pusimos rumbo a mi casa.

—Que sepas que ese susto que me has dado, te va a salir caro.

—¿Cómo de caro? ¿Quieres que ponga mi parte del resort a tu nombre?

—No, cariño —dije con cierto tono sarcástico—. Pero ya puedes olvidarte de tener sexo conmigo durante el tiempo que te quedes aquí.

—Preciosa, no hagas amenazas que sabes que no vas a poder cumplir.

—Ah, ¿no? —Arqué la ceja.

—No.

—¿Y eso por qué, si puede saberse?

—Porque en cuanto te sientes tentada, dejas que tome el control y te haga estremecer entre mis brazos.

—Vaya, qué seguro te veo de lo que dices.

—Lo estoy.

—Vale, pues, en ese caso, atrévete a tentarme y vemos qué pasa, cariño.

n

—Porque en cuanto te sientes tentada, dejás que tome el control y te haga estremecer entre mis brazos.

—Vaya, qué seguro te veo de lo que dices.

—Lo estoy.

—Vale, pues, en ese caso, atrévete a tentarme y vemos qué pasa, cariño.

Capítulo 35



Sí, vale, debía admitir que en cuanto la noche anterior Eric y yo entramos en mi habitación, el muy diablo supo cómo tentarme para hacer que cayera en su trampa de placer y deseo.

Sobraba decir lo que ocurrió bajo las sábanas.

Y sí, también ocurrió cuando nos despertamos.

Pasamos la mañana en casa tranquilos, pedimos comida y después de tomar café y darnos una ducha, nos vestimos para ir a casa de mis padres pues querían hablar conmigo.

Abi me envió un mensaje diciéndome que ya estaban todos esperándome, incluido Izan, y suspiré al subir al coche.

—¿Qué pasa? —curioseó Eric, cogiéndome la mano cuando puso el motor en marcha.

—Pues que me espera una buena charla con mi familia, ya verás.

—Ey, estoy contigo —me dio un leve apretón en la mano y sonreí.

Sí, sabía que estaba conmigo y que se pondría de mi parte, siempre lo haría, y más después de haberlo visto el día anterior con Cintia y Darío. Aparte de que parecía que los conociera de toda la vida, el modo en el que congeniaron los tres fue increíble, pero con la niña fue aún mejor.

Hubo un momento en el que nos llevaba a los dos cogidos de la mano y Eric y yo compartimos una mirada que lo dijo todo sin necesidad de decir una sola palabra.

Cuando llegamos a casa de mis padres caminamos cogidos de la mano, era su forma de hacerme saber no solo que estaba ahí para mí, sino de infundirme el valor que me faltaba.

Llamé al timbre y fue Abi quien me abrió, con una sonrisa al verme con Eric.

—¿Ya te tengo que llamar cuñado, en vez de tío Eric? —le preguntó tras un abrazo.

—Pregúntale a ella —contestó con una sonrisa de medio lado, y Abi me miró a mí.

—Llámallo como quieras —sonreí.

—Cuñado, qué fuerte —rio.

Cerramos la puerta y fuimos hacia el salón, donde vi a mis padres, a mi hermano, a Izan e incluso a Samuel sentados esperándonos.

—Hola —saludé.

—Hola, Vicky —Samuel fue el primero en acercarse para darme un abrazo y un beso—. Tío Eric —lo saludó.

—Hola, sobrino.

s—Te veo bien, Vicky —comentó Izan con una sonrisa antes de abrazarme—. Estás temblando —murmuró.

—Es que es como si estuviera haciendo algo malo, Izan —confesé.

Mi hermano se limitó a saludarme con un leve gesto de cabeza, y mis padres con un hola. Nunca antes había sentido a mi familia tan dividida como en ese momento.

—Viéndoos a los dos, asumo que estáis juntos, ¿no? —dijo mi hermano, y Eric me volvió a coger de la mano.

—Asumes bien —contestó él.

—Vale, entonces la cosa va así, mamá —miró a nuestra madre—: somos tres contra cinco. Podemos darnos por jodidos y a Victoria por perdida, porque si aceptas ser la tutora de esos chicos, es que has perdido la cabeza por completo.

—Ni siquiera los conoces, Héctor, no sé cómo eres capaz de pensar así.

—No me hace falta conocerlos, seguro que son versiones pequeñas de tu ex. ¿Quién puede asegurarte que no van a querer tener parte de tu empresa, como quiso él?

,

—Para empezar, yo puedo asegurar eso —contesté—. Darío ni siquiera quería aceptar el dinero del seguro de vida que Miguel me dejó a mí.

—Espera, ¿has renunciado a ese dinero?

—Sí, lo he hecho. Siempre dije que no quería nada de él, y lo mantengo. Esos chicos merecen un futuro y ese dinero va a dárselo.

—Para una cosa buena que hace la sabandija, tú la rechazas. Definitivamente, has perdido la cabeza.

—No la he perdido, hermano. Solo he hecho lo correcto. Darío va a empezar la universidad y Cintia algún día también querrá ir, así que mejor que sea con un dinero que ya tienen, a que tengan que endeudarse.

—Hija, ¿has pasado todo este tiempo con esos chicos? —preguntó mi padre.

—No todo, pero sí que he estado con ellos.

—Yo también, quise conocerlos y estuvimos el viernes en su casa, y ayer propuse que pasáramos el día los cuatro juntos —dijo Eric.

—Lo dicho, va a dar igual lo que argumentemos para que Vicky no acepte la locura que su ex le pedía, porque él está de su parte —Héctor señaló a Eric.

—Mamá, dime que de verdad no te has puesto en el lugar de esos chicos. Que no has pensado, aunque sea solo unos minutos en que nosotros tres nos quedáramos huérfanos de pronto, y a mis dieciocho años pudiera perderlos a ellos, que nos separasen y acabaran en casas de acogida. Dime que no se te parte el alma como a mí, solo de pensar de que Abi pasara las noches llorando porque no estoy con ella.

Mi madre me miraba y por el modo en el que le brillaban los ojos, sabía que sí lo pensó en algún momento de estos últimos días.

Si había algo que caracterizaba a nuestra familia, era que estábamos todos muy unidos, y mi madre siempre me pidió que, si alguna vez les pasaba algo a ellos, cuidara de mis hermanos como lo hacía siempre, que no los dejara solos y fuera ese faro al que aferrarse en medio de la oscuridad.

—No se parecen a Miguel —continué hablando—. O sea, físicamente sí que se parecen, era su padre, pero no en la manera de ser. Esos chicos son encantadores, inteligentes y educados. No han sentido el amor de su madre nunca, solo el que Miguel podía darles. Y no, no sé qué voy a hacer porque no quiero perder a mi familia si acepto ser su tutora, y tampoco quiero dejarlos a su suerte si no lo hago. Jamás creí que me vería en esta situación, pero os digo algo. Si finalmente cumpliera con la petición que me hizo mi exmarido, os pediría que la respetarais y que no me dierais de lado por querer darles cariño a esos chicos y ofrecerles un futuro sin tener que pasar por casas de acogida y estar separados. Odio a Miguel por lo que me hizo, como todos vosotros, por el dolor que sentí y por ¹hacerme creer que no valía nada como mujer ni como esposa, pero esos chicos no tienen la culpa. Los hijos no deberían ser juzgados por los pecados de sus padres, o eso pienso yo en este caso.

Eric me dio un apretón en la mano y fue cuando me di cuenta de que tenía la voz ligeramente entrecortada y sentí los ojos algo húmedos. Pasé la mano por ellos evitando que se derramara una sola lágrima, y seguí mirando a mis padres que permanecían en silencio, al igual que mi hermano.

—Quiero conocerlos —dijo mi madre.

—Bien, hablaré con ellos y vendremos...

—Ahora, hija —me interrumpió—. Quiero conocerlos ahora.

Miré a Eric y me asintió. Cogí el móvil del bolso y llamé a Darío.

—Hola, Victoria.

—Hola, Darío. Escucha, ¿podrías venir a un sitio si te doy la dirección?

—Claro, pero, ¿ocurre algo?

—Mi familia quiere conoceros —silencio, eso fue lo que obtuve de su parte—. ¿Darío?

—Sí, sigo aquí. Es que... ¿por qué quieren conocernos?

—Por si decido aceptar la petición de tu padre.

—Claro, ellos también lo saben.

—Así es. Te mando la ubicación de casa de mis padres, coged un taxi que Eric y yo os esperaremos en la puerta para pagarlo.

—Vale, voy a ver cómo se lo digo a Cintia, no quiero que después se pueda hacer ilusiones.

—Lo entiendo. Os veo ahora.

Colgué, le mandé el mensaje con la ubicación y me quedé allí parada esperando a que me avisara cuando hubieran subido al taxi, algo que ocurrió diez minutos después.

—Vicky —me giré al escuchar a Izan—. Si me permites decirte algo, en el fondo ya has aceptado ser su tutora, pero ni siquiera lo sabes. No hay más que ver cómo has hablado, eres una mamá leona en toda regla. Y tu madre también lo ha visto.

—No sé lo que haré, Izan.

a

—Sí que lo sabes, solo que no te has dado cuenta de que lo has decidido —sonrió.

—Voy fuera, necesito un poco de aire.

Salí a la calle y me senté en las escaleras pensando en si Izan tendría razón y en el fondo ya había aceptado cuidar de esos chicos. Suspiré apoyando la barbilla en mis brazos, y vi las zapatillas de Eric, después sus piernas y noté que me pasaba el brazo por los hombros al sentarse a mi lado.

—Tranquila, ¿vale? —me dijo— Estoy seguro de que les van a gustar.

—¿Tú también crees que en el fondo ya he decidido lo que voy a hacer?

—Si te soy sincero, preciosa, lo decidiste incluso antes de que yo llegara. Y te lo dije, estoy aquí y estaré a tu lado en esto. Si tu hermano o tus padres no están de acuerdo, lo siento porque puedes perderlos, pero es tu vida, y tu decisión. Tienes cuarenta años, no quince.

Suspiré y me dejé mimar, Eric me atrajo hasta su costado y me quedé allí entre sus brazos, en silencio, hasta que vimos llegar el taxi y nos levantamos.

En cuanto los dos bajaron de él, Eric dio unos golpecitos en la ventana del copiloto y pagó al taxista.

—Dice Darío que nos quiere conocer tu familia —me dijo Cintia—. ¿Vas a ser nuestra tutora como te pidió papá?

—¿Cómo sabes tú eso? —sonreí.

—Me lo ha contado en el camino.

—Sigo teniendo mucho en que pensar —le cogí la mano.

—A mí, no me importaría —sonrió y me dio un vuelco el corazón.

1

—Sí que lo sabes, solo que no te has dado cuenta de que lo has decidido —sonrió.

—Voy fuera, necesito un poco de aire.

Salí a la calle y me senté en las escaleras pensando en si Izan tendría razón y en el fondo ya había aceptado cuidar de esos chicos. Suspiré apoyando la barbilla en mis brazos, y vi las zapatillas de Eric, después sus piernas y noté que me pasaba el brazo por los hombros al sentarse a mi lado.

—Tranquila, ¿vale? —me dijo— Estoy seguro de que les van a gustar.

—¿Tú también crees que en el fondo ya he decidido lo que voy a hacer?

—Si te soy sincero, preciosa, lo decidiste incluso antes de que yo llegara. Y te lo dije, estoy aquí y estaré a tu lado en esto. Si tu hermano o tus padres no están de acuerdo, lo siento porque puedes perderlos, pero es tu vida, y tu decisión. Tienes cuarenta años, no quince.

Suspiré y me dejé mimar, Eric me atrajo hasta su costado y me quedé allí entre sus brazos, en silencio, hasta que vimos llegar el taxi y nos levantamos.

En cuanto los dos bajaron de él, Eric dio unos golpecitos en la ventana del copiloto y pagó al taxista.

—Dice Darío que nos quiere conocer tu familia —me dijo Cintia—. ¿Vas a ser nuestra tutora como te pidió papá?

—¿Cómo sabes tú eso? —sonreí.

—Me lo ha contado en el camino.

—Sigo teniendo mucho en que pensar —le cogí la mano.

—A mí, no me importaría —sonrió y me dio un vuelco el corazón.

Capítulo 36



Nerviosa, así estaba en el momento en el que puse la mano sobre la puerta y decidí abrirla.

Entramos en casa de mis padres y al llegar al salón, todos se quedaron mirándonos. Abi fue la primera en venir hasta nosotros, y Cintia la reconoció.

—Tú eres Abi, y vas a casarte pronto —dijo con una sonrisa.

—Vaya, veo que mi hermana te ha enseñado fotos mías.

—Y el vestido que ha diseñado para ti, es precioso.

—¿Verdad qué sí?

—Sí, vas a estar guapísima, como una modelo.

—Ay, mira, no soy modelo y ya tengo una fan —comentó, haciendo que Darío, Eric, Izan, Samuel y yo nos riéramos—. Eres una niña muy guapa, Cintia, ¿lo sabías?

—Mi padre me lo decía —murmuró, y escuché a mi hermano resoplar.

—Hola, Cintia, yo soy Lola, la mamá de Victoria.

—Hola, a ti también te vi en fotos. Os parecéis mucho.

—Eso nos dicen, sí —sonrió mi madre—. Tengo helado en la nevera, ¿te apetece un poco?

—¿De qué sabor?

—De los sabores que les gustan a mis hijos, frambuesa, menta, vainilla, limón, naranja, chocolate, hay tantos que tengo un cajón solo para sus helados.

—A mí me gustan los mismos sabores que a Vicky —respondió.

—Vaya, eso sí que es coincidencia. ¿Vamos por un tazón de helado de varios sabores? —preguntó ofreciéndole la mano, Cintia me miró, sonreí al tiempo que asentía, y soltó la mía para coger la de mi madre.

—Vale —contestó con una sonrisa.

Y las vimos a las dos desaparecer por el pasillo hablando como si se conocieran de toda la vida.

—Te llamas Darío, ¿verdad? —preguntó mi hermano, y todos nos giramos a mirarlo.

—Así es, señor.

—Hostia, hermano, que te acaba de llamar señor —dijo Izan—. Chaval, creo que las ha liado —le dio una leve palmada en el hombro, y Darío me miró con el ceño fruncido.

—No le hagas caso, es que a Héctor eso de que lo llamen señor con treinta y cinco años, como que le disgusta —sonreí.

—Vale, dado que soy un señor y tú eres un hombre —se acercó a Darío—, vamos a hablar, y mi padre se une a la charla. Papá, saca el whisky al jardín.

—Yo no bebo —contestó Darío, y mi hermano arqueó la ceja.

—¿No tomas alcohol?

—No.

—Vale, pues para ti un café.

—No tomo café.

—Empiezas este año la universidad, ¿cierto?

—Así es.

—Bien, pues te diré algo. Yo tampoco tomaba café, y cuando empecé en la universidad, aprendí que era lo que más despierto me mantenía para estudiar, nada de pastillas o bebidas energéticas como otros estudiantes. Un café bien cargado y listo. Ya me dirás si empiezas a tomar café cuando comiences en la universidad. Papá, whisky para nosotros y un refresco para él. ¿Eso sí?

—Sí —sonrió Darío.

—Te esperamos en el jardín.

Fui a salir con ellos, pero mi hermano me miró y negó con un gesto de cabeza. Fruncí el ceño, quise protestar, pero Eric me cogió de la mano y Abi me agarró del brazo.

—Creo que deberías dejar que tengan esa charla los tres solos —dijo Eric.

—Sí, hermanita, mejor espíamos a mamá y la niña desde el pasillo —comentó Abi.

—¿Espíarlas? ¿Es que ahora tenemos cinco años?

—Si prefieres nos metemos en la cocina para incomodar a la niña o que mamá no sea natural con ella —miré a Izan y se encogió de hombros—. Él sabe que tengo razón. Vamos. ¿Vienes, Izan?

—Hombre, pues claro que voy. Yo a Lola no me la pierdo en el papel de casi abuela.

Miré a Eric y sonrió.

—Tranquila, nosotros vigilamos a tu hermano —me dijo, y no es que me quedara muy tranquila, pero al menos un poquito sí.

Y allí fuimos los tres, al pasillo, quedándonos junto a la puerta de la cocina para escuchar la conversación de mi madre con Cintia.

La niña dejaba escapar alguna que otra risita cuando mi madre le hablaba sobre nosotros, sobre cómo éramos de pequeños y las veces que nos caímos del columpio que teníamos en el árbol del jardín.

—A tu madre se le está cayendo la baba con esa niña —murmuró Izan, y Abi asintió.

Mi madre también se reía y bromeaba con Cintia, me gustaría verla, pero si me asomaba nos descubriría, y no quería eso.

No fue hasta unos minutos después, cuando la niña dijo que se había acabado el helado, que decidieron regresar al salón.

—Corred, que nos pilla —dijo mi hermana poniéndose en pie, Izan y yo la seguimos y salimos corriendo, pero como siempre, mi madre parecía estar viéndonos en ese momento.

—Sabía que estabais allí, no disimuléis —comentó al entrar en el salón y vernos.

Pero claro, el que peor estaba disimulando era Izan, que se había quedado de pie con las manos en los bolsillos de pantalón, mirando hacia el techo y silbando.

—Es que hijo, siempre se te dio fatal disimular —protestó Abi volteando los ojos.

—Ah, claro, qué fácil es hablar cuando se tiene al novio al lado para que te besuquee —respondió él con retintín.

—Vicky, tu madre es muy divertida —Cintia se acercó a mí sonriendo, y fue Eric quien la cogió en brazos para sentarla en su regazo—. Y tiene el helado de menta más bueno que he probado nunca.

—Lola, te has ganado a la niña —dijo Izan, y por la mirada y la sonrisa que tenía mi madre, había sido Cintia quien se la había ganado a ella.

—Este chico tiene futuro —todos nos giramos al escuchar la voz de mi padre, que entraba junto con mi hermano y Darío—. Creo que va a ser un buen empresario.

—Sí —corroboró Héctor, y vi que se acercaba a mí—. No es como él, este chico le da mil vueltas a la sabandija —me dijo con una sonrisa.

—Bueno, ¿quién quiere quedarse a cenar? —preguntó mi madre— Tengo una ensaladilla y unas croquetas listas para servir.

—¿Podemos quedarnos, Darío? —Cintia miró a su hermano, que a su vez nos miró a Eric y a mí.

—Si os apetece probar las croquetas de mi madre, podemos quedarnos —sonreí.

—Bien. Lola, yo te ayudo a poner la mesa —Cintia se bajó del regazo de Eric y fue hasta mi madre, a quien cogió de la mano, y a ella se le dibujó una sonrisa de oreja a oreja.

—Yo también voy, que tú con los platos tienes mucho peligro, pequeña —le dijo Darío.

—Solo se me rompió uno el otro día, y era el primero.

—El primero de este mes, que ya he perdido la cuenta de los que llevas durante el año —volteó los ojos yendo a la cocina con ellas.

—Vicky —miré a mi hermana—, si decides ser su tutora, tienes mi apoyo —sonrió.

—Yo creo que tendría el de todos nosotros —comentó Izan, y al mirar a mi padre y a mi hermano, vi que ambos asentían.

El resto de la noche en casa de mis padres transcurrió entre risas, y sobraba decir que Cintia se hizo con la atención de todos y se robó todo el protagonismo.

Nos despedimos y mi madre dijo que le encantaría que volvieran a ir los chicos a casa.

Cuando Eric aparcó delante de la casa de ellos, me giré en el asiento antes de que salieran.

—Quería haceros una pregunta —dije.

—¿Cuál? —curioseó Cintia.

—Vuestro padre me pidió que fuera vuestra tutora, pero también dijo que, si quería, podía adoptaros. Y mi pregunta es: si decidiera hacer eso, y convertirme en vuestra madre, ¿estarías de acuerdo?

y

Ambos se miraron, Cintia sonrió y supe que iba a decir que sí.

—Si solo la aceptas a ella, por mí también estaría bien —contestó Darío.

—He dicho adoptaros, a los dos, sois hermanos y no voy a separaros.

—No vamos a separaros —añadió Eric—, porque yo también os adopto —me miró y sonreí.

—Entonces, ¿seríais nuestros padres? —preguntó Cintia.

—Cielo, tus padres siempre serán Miguel y Elvira, nosotros seremos vuestros segundos padres —sonreí.

' —Yo sí quiero, con tal de que no me alejen de mi hermano. Y porque me gustáis los dos, sois muy simpáticos, aunque estéis un poquito locos.

—Cariño, nuestra hija nos acaba de llamar locos, esto era lo que me faltaba, que solo tiene siete años —suspiró Eric, y Cintia soltó una risita.

—Entonces, ¿estamos todos de acuerdo? —insistí.

a

—Sí, estamos todos de acuerdo —contestaron los tres.

—Pues tendremos que buscar una casa más grande para que os mudéis, por lo pronto mañana llamaré a Leandro para que empiece con los trámites.

Darío asintió, bajamos del coche y Cintia me dio un abrazo y un beso que me llegaron al alma.

Miguel no hizo las cosas bien conmigo, pero me había confiado lo más valioso que tenía en su vida. Y por ellos, por esos chicos, iba a ser una buena madre.

Miguel no hizo las cosas bien conmigo, pero me había confiado lo más valioso que tenía en su vida. Y por ellos, por esos chicos, iba a ser una buena madre.

Capítulo 37



Desde el momento en el que decidí que tramitaría la adopción de Darío y Cintia en la puerta de su casa, habían pasado dos meses.

Dos meses en los que Leandro estaba moviendo todo, pero como la adopción sería un proceso lento, empezamos por lo más rápido, que fue convertirme en su tutora legal.

Toda mi familia estuvo de acuerdo, e incluso mi padre me ayudó con la venta de mi piso y la búsqueda de una casa donde poder vivir con ellos, puesto que por espacio en el piso no podíamos estar los tres, y en la casa de Miguel ellos entendieron que no me sentía cómoda.

Cintia seguía sin saber la verdad, que yo fui la esposa de su padre, y todos en mi familia, incluido Darío, estuvieron de acuerdo en que se lo contaríamos cuando fuera mayor de edad.

Eric se quedó con nosotros en Madrid hasta que comenzaron las clases, dijo que quería acompañar a nuestro hijo mayor a la universidad y darle esa confianza y tranquilidad que sabía que necesitaba.

Entre ellos se había formado un vínculo increíble, se llevaban genial, pero nada que ver con el que tenía con Cintia, esa niña adoraba a Eric de tal modo, que hacía que se me dibujara una sonrisa cuando los veía juntos.

Y a mí me quería con locura, Darío decía que sentía pasión por mí, pero no mentía al decir que era mutuo, yo sentía lo mismo por ella.

En este tiempo se habían integrado tanto en la familia, que incluso le confeccioné un vestido a Cintia para ser la pequeña dama de honor de Abi junto conmigo.

Mi hermana insistió en que las tres debíamos ir de blanco, y por más que le dije que no, que era su día y ella debía lucir blanca y radiante como todas las novias, aquí estaba yo, en una cabaña del resort de Eric en Marbella terminando de ponerme los zapatos.

Sí, sola en una cabaña porque hasta eso quiso mi hermana que hiciera, que me vistiera tranquila y sin que Eric viera el diseño que me había hecho para ese día. Ni que fuera a casarme yo, vaya.

Pero lo peor no era eso, lo peor era lo que tenía en la mesita de noche desde hacía horas.

Un par de golpes en la puerta y la voz de mi hermana hicieron que fuera hacia allí con los ojos abiertos, solo a esa loca se le ocurría salir con el vestido de novia y que su futuro marido la viera, es que era para echarla de comer aparte.

—Abi, ¿se puede saber qué haces envuelta en la sábana? —me eché a reír.

—Coño, para que no vean mi vestido —contestó encogiéndose de hombros—. Le he pedido a papá que venga aquí a buscarme, así no me muerdo las uñas que me las han dejado preciosas con este rojo —levantó ambas manos dejando caer la sábana al suelo.

Sonreí al verla, ya comprobé con las pruebas que el vestido la hacía verse preciosa, pero así, con él completamente acabado, con el pelo recogido, las perlas adornándolo y el maquillaje, se veía realmente increíble.

El corpiño era entallado, tenía tirantes anchos y escote en forma de V, desde la cintura hasta el final de la falda era todo con caída, de gasa, y como no quería llevar una cola muy exagerada, le había colocado una capa de seda con cristales adornándola que tenía una discreta cola y que podría quitarse después de la ceremonia.

—Cariño, eres la novia más guapa que he visto en mi vida —sonreí.

—Y tú como dama de honor, estás cañón. Cuando te vea Eric va a querer casarse contigo, ya lo verás —rio.

—Hablando de Eric —suspiré.

—¿Qué pasa? No me dirás que vas a romper con él o algo así, porque me da algo.

—No, no es eso.

—Joder, que susto. Vale, ¿entonces?

—Ve a la habitación y mira en la mesita de noche, por favor.

—¿Qué se supone que tengo que ver ahí?

—Tú solo dime qué ves, ¿vale?

Abi fue a la habitación y yo comencé a caminar de un lado a otro.

El vestido que llevaba era de escote recto, con tirante fino, el corpiño entallado como el de Abi, y la falda de gasa

era de lo más vaporosa, de esa que, con cada movimiento, la tela se movía de un lado a otro como si bailara.

—Vicky, esto un termómetro no es, ¿verdad? —dijo desde el pasillo levantando lo que tenía en la mano.

—No. ¿Qué pone?

—Según las marcas, estás embarazada.

—Ay, Dios —me dejé caer en el sofá.

S—¡Ay, la hostia! ¡Estás embarazada, Vicky! —gritó, cayendo en la cuenta de lo que había leído.

—Joder, pero, ¿cómo...?

—A ver, que eres la mayor, no me hagas contarte lo de las abejas y el polen, por favor, que se supone que tú de eso sabes más que yo.

a

—No, si lo que digo es que, no sé cómo ha pasado, si se supone que nosotros...

—Pues se ve que se rompió el gorrito del pajarito —soltó una carcajada y acabé riéndome hasta yo—. Ay, qué voy a ser tía, jolín, qué ilusión Vicky —me dio un abrazo.

—Abi, que yo ya tengo edad casi para ser abuela.

—Uy, qué guantazo tienes. Pero si ya eres madre, tonta. Tienes un hijo adolescente y una niña de siete años. Y ahora vas a tener un bebé, Vicky, ¡un bebé! Verás mamá qué alegría se lleva. ¿Eric lo sabe?

—No, si yo misma me acabo de enterar.

—Es verdad, si es que me ha podido la emoción, y los nervios. No vamos a ganar para sorpresas hoy —comentó, frunció el ceño y quise preguntar a qué se refería con sorpresas, en plural, pero llamaron a la puerta—. Ese es papá que viene a recogernos. Venga, ¿estás lista?

—Sí, solo hay que coger tu ramo de novia.

—Y el tuyo de dama de honor —sonrió.

Sí, mi hermana pequeña había insistido también en eso, en que debía llevar un ramo de dama de honor.

Abrimos la puerta y ahí estaba nuestro padre, alto, guapo y elegante, con ese porte que le caracterizaba.

—Estáis preciosas, hijas mías —sonrió al vernos y nos dio un abrazo.

—Joder, vaya hermanas más guapas tengo —dijo Héctor, que esperaba junto al coche para llevarnos hasta la zona de la playa donde se celebraría la boda.

—¿Listas? —preguntó mi padre.

—Sí, vamos —contestó Abi.

Subimos al coche y durante el camino, mientras mi padre le preguntaba a Abi si estaba nerviosa, yo no podía dejar de pensar en lo que había descubierto apenas unos minutos antes.

Estaba embarazada, a mis cuarenta años estaba esperando mi primer bebé. ¿Cómo se lo tomaría Eric? Porque una cosa era estar de acuerdo conmigo y dispuesto a adoptar a los hijos de mi difunto exmarido, y otra saber que seríamos padres de un bebé en unos meses.

Dios mío, y al menos hacía un mes y medio que me debí quedar embarazada, porque sí, tirando de memoria, recordé aquella noche en la que nos dejamos llevar en mi casa, con algunos juguetes que yo misma compré para sorprenderlo, y nos olvidamos de todo. Incluido del gorrito para el pajarito como había dicho mi hermana.

¿Y si no quería? ¿Y si estaba bien siendo solo padres de dos chicos adoptados? Dios, me iba a empezar a doler la cabeza.

Por suerte llegamos a la playa, bajamos del coche y caminamos hacia la alfombra blanca que habían colocado para que mi hermana llegara hasta el lugar en el que la esperaba su futuro marido.

Comenzamos a avanzar, yo detrás de ella como su dama de honor, y al mirar hacia el frente vi a Eric y sentí que mi corazón se aceleraba. Ese hombre conseguía ponerme nerviosa tan solo con una mirada.

Estaba guapísimo con el traje azul marino, como el de Samuel, sonrió al verme y cuando mi padre le entregó la mano de Abi a mi cuñado, me situé junto a Eric.

Entrelazamos nuestras manos mientras el cura empezaba con la ceremonia, mi hermana y su sobrino se miraban con complicidad, sonreían, se dedicaban alguna que otra caricia, y cuando llegó el momento de los anillos, Eric se los entregó.

—Samuel, ¿quieres a Abigail como esposa? —preguntó el cura.

—Sí, quiero.

—Y tú, Abigail, ¿quieres a Samuel como esposo?

—Pues... —abrí los ojos como si fuera un búho, de verdad que sí, porque no esperaba que mi hermana fuera a decir que no— Claro que quiero —sonrió—. Tú no te vas a ir con otra, que lo sepas.

—Ya me está amenazando, padre, y acabamos de casarnos —resopló Darío.

—Cosas que pasan, hijo —el cura se encogió de hombros y todos reímos—. Ahora sí, yo os declaro marido y mujer.

Se besaron y todos aplaudimos, yo sentía los ojos humedecidos por la emoción y la felicidad de ver a mi hermana en ese día tan importante para ella. Y fue cuando me estaba secando esas lágrimas que no quería que brotaran, cuando escuché la voz de Eric.

—Es nuestro turno, cariño.

—¿Qué? No, no irás a pedirme en la boda de mi hermana y tu sobrino, que me case contigo —pánico, eso sentí.

—No.

—Joder, menos mal —murmuré con la mano en el pecho.

—Nos vamos a casar hoy.

a—¿Cómo? —Poquito me faltó para desmayarme.

—Lo que oyes, que nos vamos a casar hoy, y así cuando sea un hecho la adopción, los chicos llevarán nuestros apellidos.

—Tú lo sabías —señalé a mi hermana que estaba sonriendo.

—Todos lo sabíamos, Vicky —contestó Izan—. ¿Por qué crees que te ayudé con el diseño de tu vestido?

—Esto es una encerrona, yo no sabía nada.

—¿Vienes a tu boda sin ser consciente, hija? —me preguntó el cura.

—Claro que no era consciente, si no me lo ha pedido siquiera —respondí.

—Ah, pues si ella no quiere casarse, yo no os puedo casar, Eric —dijo el cura, levantando ambas manos.

—No me digas que no quieres casarte conmigo, preciosa, porque a mí me hace ilusión —Eric me rodeó por la

cintura.

—Pues no sé si te hará tanta cuando te diga que vas a ser padre.

—Eso ya lo sé, desde hace dos meses que hablamos de adoptarlos.

—No me estás entendiendo, Eric —resoplé, y mi hermana carraspeó.

Ambos la miramos y la muy jodida hizo el gesto de llevar una mano desde su cintura a modo de barriga invisible.

—¿Estás embarazada? —gritó Izan.

—¿Qué es embarazada, Darío? —preguntó Cintia.

—Pues, que vamos a tener un hermanito —sonrió él.

—¿En serio?

—Vicky, ¿me has hecho padre de verdad? —preguntó Eric, y asentí— Ahora sí que nos casamos. Padre, empiece la ceremonia.

—Porque sé que esta mujer te quiere, si no, no te casaba —suspiró el cura.

Y nos casamos, por supuesto que nos casamos el mismo día que mi hermana y el sobrino de Eric, mientras él me mantenía abrazada y pegada a su cuerpo desde atrás con una mano sobre mi vientre, y a nuestro lado estaban Darío y Cintia como esos hijos que íbamos a adoptar y formar una familia que, ahora sí, sería numerosa.

Lloré al igual que mi madre y mi hermana, y no digamos mi mejor amigo, a quien Rober le daba un pañuelo tras otro.

Pasamos a celebrar el convite de ambas bodas, los cuatro sentados en la misma mesa, acompañados de nuestra familia, pues no había más gente allí con nosotros que esos a quienes queríamos y siempre tendríamos en nuestras vidas.

Llegó el momento de abrir el baile y tal como le prometí a mi hermana, en su boda sonaría la canción de la película *Ghost*, y con esa misma bailamos Eric y yo como marido y mujer.

“Are you, still mine? I need your love...” ^[6]

Eric me mantenía abrazada, nos movíamos al unísono en ese baile lento, con la melodía que mejor podía definir e

amor.

—Siempre voy a quererte, Vicky, siempre —dijo sosteniendo mis mejillas entre sus manos—. Voy a querer a nuestros hijos y a cuidarlos hasta mi último aliento. Y siempre, cariño, siempre necesitare tu amor.

—Yo también, Eric, todo lo que has dicho —sonrió negando—. Es que me he quedado sin palabras. Empezando porque me haya casado. ¿Cómo se te ocurrió esta locura?

—Pues, porque era ahora o nunca. Que te veía venir, hemos sacado el tema varias veces y tú siempre me decías lo mismo. Ya me casé y no salió bien.

—Es que no salió bien.

—Si me permites un pequeño apunte, gracias a ese fracaso amoroso, tienes dos hijos maravillosos, que no has parido tú, lo sé, pero te quieren como si fueras su madre.

—Eric, ¿tú crees que lo haré bien?

—Lo vas a hacer mejor que bien, mi amor. Vas a ser una madre estupenda, porque ya lo eres. Darío y Cintia no hacen más que presumir de su futura madre con todo el mundo.

—Tengo miedo de fallarles a ellos, al bebé, a ti...

—No —hizo que lo mirase fijamente—. Si nos amas, si nos das tu cariño y todo el amor que tienes aquí —señaló mi corazón—, jamás nos fallarás.

—No sabía que eras tan romántico.

—Además de perverso, te faltó decir.

—Bueno, pero eres mi perverso, solo mío —le advertí, levantando el dedo.

;

—Solo tuyo, mi amor.

Nos besamos sin dejar de bailar al ritmo de aquella preciosa canción, sintiendo que el amor siempre podía con todo.

Epílogo



Dieciocho años después...

La vida desde el momento en el que Eric y yo nos casamos, cambió para todos.

El proceso de adopción de Darío y Cintia fue largo, tanto, que en esos meses de espera llegó al mundo Erika, nuestra hija, nuestra preciosa niña, que a sus diecisiete años ya era toda una mujercita de cabello rubio y ojos verdes como su padre.

Desde el momento en el que nació, tanto Darío, como Cintia, se volcaron con ella, la cuidaban y mimaban e incluso se ofrecían a quedarse en casa con ella para que Eric y yo pudiéramos salir a cenar juntos.

Cuando Erika tenía dos meses por fin pudimos hacer oficial la adopción de nuestros chicos, esos a los que queríamos como si fueran nuestros hijos desde que nacieron.

Eric se volcó en la carrera universitaria de Darío, lo ayudaba con sus proyectos y con los trabajos que le pedían los profesores, y cuando acabó la carrera lo hizo con una de las mejores notas.

Al cumplir los veinticinco años se convirtió en el chico más joven en ser dueño de una de las empresas multimillonarias más conocidas en España y resto de Europa.

Ahora, a sus treinta y seis años, seguía manteniendo el éxito y los pies en la tierra, y guardaba dinero para el futuro de sus hermanas, a pesar de que tanto Eric, como yo, le decíamos que no era necesario.

Físicamente verlo a él, era como ver a su padre, a ese hombre del que una vez me enamoré, al que tanto odié por el daño que me hizo, pero a quien a día de hoy le agradecía el haberme dado el regalo de ser la madre de sus hijos.

Darío seguía soltero, había tenido un par de novias, pero nada serio, decía que al igual que Eric, mi hermano Héctor y mi mejor amigo Izan, esperaba al verdadero amor de su vida para dar el paso.

Cintia por su parte hizo la carrera de diseño, siguiendo mis pasos, pues decía que quería ser una gran diseñadora de vestidos de novia como lo era yo.

Y ahora, con veinticinco, me recordaba tanto a mí a esa edad.

La hice socia de mi empresa y junto a Izan, trabajábamos las dos, codo con codo en los diseños de más fama internacional.

Las campañas de cada nueva colección que lanzábamos seguían haciéndose en el resort de Eric, algo que sí fue un éxito aquella primera vez y que nos diferenciaba de las demás firmas.

Mis padres estaban encantados con sus tres nietos, no hacían distinción alguna entre Erika y Darío y Cintia, decían que no los había parido yo y no compartían su sangre, pero era su abuela y nadie le iba a llevar nunca la contraria.

Mi padre incluso se había lanzado al mundo de la inversión con Darío, y entre ellos había una relación de abuelo y nieto con una complicidad que nos sorprendía a todos.

Mi hermana Abigail y Samuel también fueron padres. Dos años después de nacer mi hija llegaron al mundo Héctor e Izan, los gemelos que ahora, con quince años, estaban igual de altos que su padre.

Rubios como sus padres y con los ojos marrones de mi hermana, esos dos ya apuntaban maneras y todos sabíamos que de mayores iban a ser un peligro.

Héctor encontró finalmente a la mujer de su vida y lo hizo en el trabajo, cuando conoció a la sobrina de un cliente que, tal como dijo, lo dejó sin palabras y quedó prendado del gris de sus ojos.

Se conocieron dos años después de mi boda y se casaron al año siguiente, treinta y ocho años tenía mi hermano y su hija Gabriela, que así se llamaba, treinta, convirtiéndose en padres dos años después, cuando nació su hijo Adrián.

Izan también se casó y con quien menos podíamos haber imaginado, la verdad, pero yo mejor que nadie sabía que el amor llegaba de improviso y sin que lo esperasen.

Xander, el fotógrafo que nos acompañó en aquellas primeras sesiones en el resort, y con quien contamos para el resto de colecciones, fue quien acabó robándole el corazón a mi mejor amigo.

Se casaron tres años después de que conociéramos al fotógrafo, Izan tenía cuarenta y cinco y Xander treinta y ocho, y después de un tiempo esperando poder adoptar, un año después de su boda se unió a la familia Rebeca, una preciosa niña de cabello negro azabache y ojos azules como el océano que tenía seis años en aquel entonces.

Ahora tenía veintiún años, y la pasión de Xander por la fotografía la había heredado ella también.

Quien seguía soltero era Rober, decía que prefería ser el tío guay de todos nuestros hijos y quien organizara las mejores fiestas de cumpleaños para los adultos.

Indagando mucho supe por mi marido que su mejor amigo se enamoró una vez, la perdió porque sus padres la obligaron a casarse con otro, y él seguía queriéndola tanto que no podría querer a nadie más.

—Hermana —me giré al escuchar a Abi—. Traigo unos zumos para soportar el calor —dijo sentándose a mi lado.

—Gracias, cariño —sonreí.

—¿Dónde está tu marido? —preguntó y señalé hacia el agua.

n

Estábamos pasando el verano en el resort, como siempre, todos juntos en familia, y mi marido, que a sus sesenta y tres años seguía estando cañón, se había ido al agua con nuestra hija pequeña y nuestros tres sobrinos, los gemelos de Abi y el hijo de Héctor.

—Os faltó un hijo más, siempre te lo dije.

—Con tres, es más que suficiente —reí.

s —Cierto, yo tengo dos y mamá siempre pidiéndome la niña. Encima de que le di nietos. Héctor también podía haber tenido otra hija, pero ahí lo tienes, con un solo chiquillo.

—Oye, y muchos son por nuestra parte, que mamá nos daba a los dos por perdidos.

—Es verdad —sonrió.

—¡¡Mamá!! —me giré al escuchar el grito de Cintia, esa preciosa mujer en la que se había convertido, que corría hacia nosotras junto a su prima Rebeca, la hija de Izan y Xander.

:

Incluso por el rabillo del ojo vi a Eric empezar a correr hacia donde estábamos.

—¿Qué pasa, cielo? —pregunté asustada.

—Cintia, por Dios, respira, que te va a dar algo, niña —dijo mi hermana, levantándose al ver que mi hija se llevaba la mano al costado y le costaba respirar—. Si me dices que se ha muerto alguien, me da algo.

—No —cogió aire y lo soltó.

—Más vale que os sentéis —nos aconsejó Rebeca, y sí, pensé que el novio le había hecho algo.

—Cintia, cariño —escuchamos a Pablo, su novio, que se acercaba llamándola.

—Habéis discutido —dijo Eric—. Lo mato.

—¡No, papá!

—¿Se puede saber qué pasa? —preguntó mi hermano, que llegaba en ese momento con Gabriela, Izan, Xander, Samuel y Darío.

—La niña, que ha venido corriendo.

—Pablo, si le has hecho algo a mi hermana... —le advirtió Darío.

/

s —Que no me ha hecho nada. Bueno, sí, pero... son dos cosas buenas, o sea, espero que lo sean, vaya.

—Cintia, o hablas o nos da un infarto a todos, y mira que somos ya de la tercera edad —comentó Izan.

—Pues menos mal que no están los abuelos —escuché que dijo mi hija Erika—, que a ellos igual sí que les daba un chungo raro.

—¿Tú sabes qué pasa, prima? —curioseó Adrián, que al igual que los gemelos, se había acercado hasta donde estábamos todos.

—Sí, sí lo sé —sonrió—. Dilo ya, hermana, o lo suelto yo.

—Vale, Pablo —lo miró y este se acercó cogiéndole la mano—, ¿estás listo para la que se nos viene encima?

—Hombre, si con treinta años no estoy listo, más vale que mis padres me encierren —contestó este.

—Nada, que no nos dicen qué pasa. ¿Quieres hablar, sobrina? —se quejó mi hermano.

—Allá voy —respiró hondo—. Estoy embarazada y Pablo me ha pedido que me case con él.

Silencio, miradas de unos a otros, mi hija pequeña sonriendo como el gato de Alicia en el país de las maravillas, y entonces Abi rompió en gritos de emoción.

—¡Qué se nos casa la niña, por favor! —La abrazó.

—Vicky, dime que esto no es un *dejá vu* de esos —me pidió mi hermano Héctor—, porque te juro que algo así ya viví.

—Es que ya lo vivimos los tres, hermano —contestó Izan—, cuando Abi dijo que se casaba.

—A ver, que nos estamos olvidando de algo —dijo Gabriela sonriendo.

—No, yo no me olvido, que mi hija ha dicho que está embarazada —comentó Eric.

—Eso, eso, que vais a ser abuelos —rio Izan.

—¿Dónde está Darío? —pregunté.

—Aquí, a punto del desmayo —respondió Samuel que estaba a su lado.

—Míralo, si se ha quedado blanco como si el padre fuera a ser él —dijo uno de los gemelos.

—Por Dios, que es mi hermana pequeña.

—No, esa soy yo, Darío —le recordó mi hija Erika.

—Pablo, ¿tú sabes en la familia de locos en la que has caído, criatura? —preguntó Izan, y mi yerno sonrió.

—Oye, lo de loco dilo por ti, amor, que yo estoy muy cuerdo —protestó Xander.

—Pues serás el único, mi vida, porque el resto... —Izan volteó los ojos.

Y sí, podíamos tener todos, un puntito de locura, pero es que sino nuestras vidas serían un poquito aburridas.

Eric me cogió de la mano y acabó abrazándome, apoyé la cabeza en su pecho y suspiré.

—Nos acaban de hacer abuelos, ¿qué te parece, preciosa? —susurró en mi oído.

—Pues que vamos a ser un par de abuelos la mar de sexis —me encogí de hombros.

—Cierto. Así que tenemos otra boda que preparar en el resort.

—Eso parece —sonreí mientras miraba a Cintia, y de ella, a Darío que seguía sentado observando a su hermana y me recordó a mí misma, a Héctor e Izan cuando Abi nos dijo que se casaba—. Nuestra niña ha crecido, Eric.

—Todos lo han hecho.

—¿He sido buena madre? —Lo miré por encima del hombro.

—La mejor que esos chicos podían haber tenido —me besó—. Su padre seguro que está agradecido contigo por lo que hiciste.

Sonrei, y durante unos segundos pensé en mi ex, en el padre de Darío y Cintia.

Me dijo que confiaba en mí para cuidar lo más valioso que tenía, y en estos dieciocho años me había empleado a fondo en darles el cariño y el amor que él siempre les dio y su madre les negaba.

Porque no es necesario que un hijo nazca de tu vientre para amarlo más que a nada.

Sonreí, y durante unos segundos pensé en mi ex, en el padre de Darío y Cintia.

Me dijo que confiaba en mí para cuidar lo más valioso que tenía, y en estos dieciocho años me había empleado a fondo en darles el cariño y el amor que él siempre les dio y su madre les negaba.

Porque no es necesario que un hijo nazca de tu vientre para amarlo más que a nada.

Esperamos que os haya gustado y si es así nos podéis seguir en las siguientes redes y en nuestras páginas de Amazon ¡Gracias!

Facebook:

[Dylan Martins](#)

[Janis Sandgrouse](#)

Amazon:

Dylan Martins: relinks.me/DylanMartins

Janis Sandgrouse: relinks.me/JanisSandgrouse

Instagram:

@dylanmartinsautor

@janis.sandgrouse.escritora

Twitter:

@ChicasTribu

[1] Traducción: Me vuelves loco. ¿Y qué si estoy jodido, y me he enamorado? ¿Y qué pasa si soy un adicto al placer?

[2] Traducción: El cielo no es tan hermoso como tú

[3] Traducción: Porque no eres ninguna santa... Me alegro que hayas venido – Canción: Heaven – Artista: Finneas

[4] Traducción: Oh, mi amor, mi querida. He tenido hambre de tus caricias

[5] Traducción: Los ríos solitarios suspiran espera por mí, espera por mí

[6] Traducción: Tú, ¿sigues siendo mía? Necesito tu amor – Canción_ Unchained Melody – Artista: Righteous Brothers

Esperamos que os haya gustado y si es así nos podéis seguir en las siguientes redes y en nuestras páginas de Amazon ¡Gracias!

Facebook:

[Dylan Martins](#)

[Janis Sandgrouse](#)

Amazon:

Dylan Martins: relinks.me/DylanMartins

Janis Sandgrouse: relinks.me/JanisSandgrouse

Instagram:

@dylanmartinsautor

@janis.sandgrouse.escritora

Twitter:

@ChicasTribu

[1] Traducción: Me vuelves loco. ¿Y qué si estoy jodido, y me he enamorado? ¿Y qué pasa si soy un adicto al placer?

[2] Traducción: El cielo no es tan hermoso como tú

[3] Traducción: Porque no eres ninguna santa... Me alegro que hayas venido – Canción: Heaven – Artista: Finneas

[4] Traducción: Oh, mi amor, mi querida. He tenido hambre de tus caricias

[5] Traducción: Los ríos solitarios suspiran espera por mí, espera por mí

[6] Traducción: Tú, ¿sigues siendo mía? Necesito tu amor – Canción: Unchained Melody – Artista: Righteous Brothers